

Myrian González Britos

Dulce
destino

Más allá del miedo



**Dulce
destino**

ΣΧΕΔ

Myrian González Britos

© 2019 Myrian González Britos
Todos los derechos reservados

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición mayo 2019

ISBN: 978-1234567890

Nota de la autora

Muchos de nuestros sueños parecen primero imposibles, luego parecen improbables, y luego, cuando despertamos nuestra fuerza de voluntad, pronto parecen inevitables.

(Christopher Reeve)

Agradecimientos

Agradezco a Dios y a mis ángeles en primer lugar. A mi madre, a mi padre, a mis hermanos y en especial a mi marido, que siempre me han apoyado y animado a perseguir mis sueños...

A mis amigas y lectoras: Paloma Samanta Jaen, Teresa Mateo Arenas, Jessica Sabio, Patricia Alejandra Celedón Aguilera, Flavia Farias, Mariluz Aquino y a todos mis futuros lectores.

Capítulo 1

Beatriz



«Dulce destino»

Lila cerró lentamente los ojos a medida que la vida abandonaba su cuerpecito peludo tras la inyección que le había aplicado por petición de su ama, que lloraba a lágrima viva a su lado mientras le susurraba tiernas palabras de despedida.

—Siempre... siempre te echaremos de menos, princesita.

Las lágrimas acudieron a mis ojos, siempre lo harían en una situación similar. Era la peor parte de mi profesión, no poder salvar a mis pacientes de la muerte segura.

—Adiós, mi amor —le dijo Josefina a su amiguita de cuatro patas, que dejó de sufrir tras una larga batalla contra el cáncer—. Fuiste mi mejor amiga —besó su cabecita—, ningún ser humano es capaz de dar tanto amor como lo has hecho tú.

Me retiré de la sala y me enjuagué las lágrimas con el dorso de la mano derecha. Mi colega y amiga de toda la vida, Fátima, se acercó y me estrechó con afecto. Siempre me apapachaba sin la necesidad de pedírselo.

—Siempre dolerá, Fátima —mascullé antes de romperme a llorar entre sus brazos—. Siempre.

Veinte años atrás, había pasado por lo mismo con mi perro Tony. Mi fiel amigo murió tras catorce años de haberme regalado el amor más puro y desinteresado del mundo. A cambio de un mimo o un beso me dio su corazón. ¿Algún ser humano era capaz de darte todo sin esperar nada a cambio como ellos? Sonará raro, lo era, pero siempre había soñado con un amor así, un amor sin límites, inocente, sin malicia ni pretensiones. Un amor puro y

cristalino. Eso explicaba por qué seguía soltera a mis treinta años.

—¿Tomamos un café? —me invitó mi dulce amiga de la melena rojiza—. Mañana viajarás y ni siquiera he podido prepararte una fiesta de despedida.

Cerré la clínica veterinaria tras despedirme de Josefina, y Lila, mi última paciente antes de mudarme a mi nuevo local de trabajo en una lejana y bucólica granja situada en un pueblo llamado «Nueva Esperanza». ¿Muy apropiado, eh?

—Aún no puedo creer que hayas aceptado el empleo —me dijo Fátima tras verter el azúcar en su taza—, ¿me abandonarás!

Ella era algo dramática. Esboqué una sonrisa ladina, una sonrisa que la hizo soltar un bufido de indignación. Bebí un sorbo de mi taza sin abandonar mi deje ladino.

—El sueldo me vendrá bien, Fátima —musité tras coger una galleta de chocolate—, podré ahorrar y abrir mi propia clínica veterinaria —ella me sonrió—, nuestra clínica.

Ella sonrió.

—¿Siento envidia de ti, Bea?

Me encogí de hombros en un gesto más bien teatral.

—Puedes hacer tantas cosas, Beatriz, cosas que una mujer casada ya no puede hacer.

Mi amiga estaba felizmente casada y tenía dos hijos maravillosos como siempre lo deseó. Era fan número uno del amor, junto con nuestra otra amiga en común, Laura.

—Te quejas de barriga llena —apostillé sonriendo—. Amas tu vida con locura.

Ella asintió. Aquel sentimiento siempre me abrumó. El amor era como la fe en mi vida, un enigma. No siempre fue así, pero tras lo que viví en el pasado con mi familia, todo cambió. Algunas desgracias ponían a prueba nuestra fe, otras, simplemente, la destruía para siempre.

—Además, Débora me necesita —acoté tras hacer una mueca—, mi hermanita de veintitrés años sigue internada en la clínica de rehabilitación.

Débora era mi dolor de cabeza constante. Desde lo que vivimos en el pasado, se metió de lleno en el mundo de las drogas. Fue su guarida emocional, su único escape. Rescatarla de su submundo era todo un desafío.

—Mientras ella no decida, Beatriz —la miré con atención—, tu hermana seguirá en ese mundo.

Era consciente de ello, pero era demasiado tozuda para dejarme vencer

por las animadversiones impuestas por el sagaz e implacable destino.

—Cada quien elige ser feliz o no —apostilló mi amiga con su peculiar voz de hada madrina—, tú has elegido salvar el mundo y olvidar el tuyo —solté un gruñido—, ¿cuándo piensas formar una familia? ¿En el 2025?

Esbocé una amplia sonrisa burlona. Fátima puso sus ojos en blanco al deducir lo que diría antes mismo de abrir la boca. Me conocía mejor que nadie.

—Necesitaré unos cinco años más para lograr mis objetivos, Fátima —me mofé y nos echamos a reír.

No todas las mujeres anhelábamos formar una familia y dedicarnos a ella de lleno. Algunas teníamos otros planes, otras metas. Cada quien elegía su camino, cada quien era feliz a su manera.

—¿Vemos una película melodramática? —propuse con voz misteriosa—, ¿alguna adaptación del libro de tu escritor favorito?

Fátima se limpió los labios con la servilleta de color naranja.

—¿No echas en falta a Mateo?

Solté un gañido de indignación al oír aquel nombre.

—Uhm, creo que te van más las películas de terror —me mofé.

Mateo era mi exnovio, con quien estuve a punto de casarme años atrás. Para ser sincera, no lo echaba en falta, en absoluto.

—No —le dije con mucha sinceridad—, me sentía tan sola a su lado.

—Qué triste, Bea.

—Es la verdad, Fátima.

El hombre perfecto para mí debía tener la esencia de un perro. Noble, inocente, dulce, amoroso, desinteresado, y fiel. ¿Existía un hombre así?

—Me sentía atada a un sentimiento que no existía, Fátima. Que nunca existió.

Era la verdad, con él me sentía sola, vacía y sin rumbo. Mateo siempre fue muy asfixiante y machista. Un hombre incapaz de ver más allá de sus narices.

—Tengo una reunión familiar —me dijo mi amiga tras visualizar su reloj de pulsera—, con mi adorable suegra —matizó con sarcasmo—. A ver qué pegas me pone hoy...

Ella amaba su vida, aunque fingiera lo contrario. ¡Incluso a su insufrible suegra!

Nos despedimos en la acera.

—Disfruta de la reunión, Fátima.

—Nos vemos mañana —nos abrazamos con afecto.

Llegué a mi casa y me duché por horas. Agua caliente, jabón de rosas y vapor, ¡era mi paraíso! Tras ello, me preparé un sabroso bocadillo de tomates, aceitunas y pepinillos. Era vegetariana por convicción y amor a los animales. Los amaba demasiado como para comérmelos, como diría Débora.

«Te echo en falta» dije en un susurro. Mi hermana era la adrenalina que necesitaba de vez en cuando en mi vida. A su lado siempre me reía, siempre me enervaba, siempre me sentía tan viva.

—Hola, Forrest —saludé a mi perro—, hola, princesa Diana —besé a mi perra—, Casper —acaricié la cabeza de mi gato—, ¡Dumas! —besé la cabecita de mi hámster.

Todos ellos rescatados de un albergue comunitario donde solía trabajar de forma voluntaria los fines de semana. Otras salían a hacer compras, yo, Beatriz Aquino, bañaba y curaba a los animales abandonados. A cambio me ganaba sus corazones. ¿Existía mejor premio?

—¿Vemos algo? —les pregunté a mis hijos peludos, y sonreí—, ¿por qué cuando hablo con vosotros, mi voz cambia radicalmente?

Me senté en el sofá sonriendo y busqué algo en la caja mágica como solía llamarla mi madre, mientras devoraba mi bocadillo.

—¡Marley y yo! —exclamé emocionada al encontrar aquella película descorazonadora en algún canal abierto—. ¡Mi día de suerte!

Lloré a moco tendido al final de la cinta, entremezclando mis lágrimas con la triste situación de horas atrás.

—Tienes razón, ningún ser humano sería capaz de darte tanto por tan poco —le dije al protagonista de la cinta.

Me incorporé del sofá y me acerqué a la ventana de la sala. Escruté el cielo estrellado con ojos lacrimosos.

—Granja «Dulce destino» —murmuré con el corazón hecho trizas—, ¿qué me espera allí?

Era mi gran oportunidad para trabajar en lo que amaba y ganar el dinero que necesitaba para abrir una clínica con mi amiga. Un año sabático lejos de mi ciudad y de todos. Un regalo del cielo, un regalo tuyo, Ángela. Una lágrima recorrió mi mejilla al evocarla.

«Siempre te echaré en falta, mariposa azul».

Me sorbí por la nariz con fuerza al tiempo que acariciaba la medalla en forma de mariposa de mi colgante.

—Iré a por mi sueño, Ángela —dije y sonreí—. Te llevaré conmigo, como te prometí.

ΣΧ3

Al día siguiente, cogí el autobús que me llevaría a Nueva Esperanza antes del mediodía en la terminal. Me despedí de mi padre y de mi mejor amiga con lágrimas en los ojos. ¡Más de 200 kilómetros nos separarían!

—Iré a verte —prometió Fátima—, y te llevaré a tus bebés.

Me costaba mucho separarme de mis bebés peluditos, pero había decidido instalarme primero en mi nuevo hogar antes de portarlos conmigo.

Mi sufrido padre se limitó a llorar.

—Cuídate, hija —me rogó entre sollozos—. Y no me olvides...

Aquello me dejó sin aire en los pulmones. ¿Olvidarlo? ¡Eso era imposible!

—Nunca, padre. Nunca sucederá.

Mi padre era un hombre mayor, tenía casi setenta años. Era viudo hacía mucho tiempo. Mi madre murió cuando yo tenía apenas doce años. Él jamás volvió a casarse, la amaba demasiado para profanar su recuerdo.

—Te llamaré todos los días, papá —le prometí.

Él nunca superó la partida de mi madre, nunca superó nuestra mayor desgracia. Ninguno consiguió hacerlo.

—Te quiero, papá.

Era el mejor padre del mundo. Siempre atento, amoroso, dócil y servicial. Pero muy triste, sus ojos eran el portal de su alma ensombrecida.

—Yo lo cuidaré —me dijo mi amiga—, tú tranquila, cielo.

Me subí al autobús rumbo a mi nuevo destino, a mi dulce destino. No sabía qué me esperaba allí, sin embargo, el desafío había sido lanzado y yo iba a por él.

Al llegar a la terminal del pueblo, un hombre con un sombrero típico de los vaqueros se acercó a mí.

—Buenas tardes, ¿doctora Aquino? —me preguntó con timidez.

Asentí.

—Buenas tardes —le saludé.

Aquel hombre alto, canoso y de tripa considerable se presentó como el capataz de la granja «Dulce destino», donde trabajaría.

—Soy Martín Schneider —se presentó con amabilidad tras quitarse el sombrero de color crema.

Apretujé su mano con vigor. Él, al igual que mi nuevo patrón, era descendiente de alemanes, como la mayoría de los pobladores del lugar, según

entendí. Era una colonia alemana perdida en medio de la nada, como me dijo Laura ayer.

—Mucho gusto, señor Schneider —le dije con una amplia sonrisa—. Soy la doctora Beatriz Aquino.

Nos acercamos a una camioneta roja algo pasada de moda y mugrienta a continuación. Era algo observadora y maniática de la limpieza.

—Adelante, doctora —me dijo tras abrirme la puerta del copiloto.

Asentí con un leve cabeceo.

—Gracias, señor Schneider.

Me senté en el asiento de cuero y me puse el cinturón de seguridad. Durante el viaje, observé el sitio a través de la ventanilla acristalada con ojos soñadores. ¡El sitio era idílico!

—Le espera mucho trabajo, doctora —me dijo él y me limité a sonreír.

Era algo tímida. «Bienvenidos a Nueva Esperanza» rezaba un cartel verde con letras blancas en medio de la carretera. Un largo camino de árboles frondosos adornaba a ambos lados del sendero.

—Parece un túnel —comenté embelesada—, es hermoso...

Los pájaros trinaban a todo pulmón mientras la cálida brisa me rozaba la cara. Mi pelo se mecía con gracia de un lado al otro.

—¿No le molesta el viento, doctora?

Aquello era épico.

—No —contesté con una sonrisa en los labios—. Es un masaje para el alma, señor Schneider.

Para alguien que nació y vivió toda su vida en la ciudad, aquel sitio era el paraíso. Me miré en el espejo y me ordené el pelo castaño con los dedos. Como no lo tenía muy largo, no necesitaría un cepillo para arreglarlo. Me puse algo de labial y me alisé la blusa de color rosa vieja con ambas manos. Mis vaqueros azules y mis zapatillas, también de color rosa vieja, complementaban mi look, mi estilo aburrido, como siempre me decía mi amiga Laura. Me miré en el espejo y sonreí al evocarla.

—Llegamos, doctora —me dijo el capataz—. Bienvenida a la granja «Dulce destino».

Observé maravillada el lugar repleto de árboles frutales, flores silvestres, vacas, cerdos, caballos, cabras, ovejas y un sinfín de aves. ¡Era mi cielo!

—Los animales viven libres, doctora —me comentó—, crecen en un hábitat tranquilo y feliz.

«Hasta que los maten» pensé con el alma a mis pies.

El capataz se detuvo unos instantes enfrente de un enorme portón de madera tallada que llevaba el nombre de la granja en la parte superior.

—Permiso, doctora —me dijo antes de apearse del vehículo.

—Propio.

A unos metros de nosotros, vi a un joven con un conejo entre las manos. Mientras el capataz abría el pesado portón principal de la granja, contemplé maravillada al joven sin camiseta.

—Vaya —musité algo alelada.

Nunca fui muy observadora con respecto a los hombres. Me fijaba en la mirada más que en el cuerpo. En los ojos hallaba la respuesta que buscaba, no en su físico.

—¿Es un ángel? —me pregunté boquiabierta.

El joven tenía la cabeza gacha y no pude apreciar su rostro. Creo que le decía algo al animal. Mis ojos se deslizaron por su abdomen plano y definido. No era muy musculoso, más bien era bastante fibroso. Tenía unas largas y torneadas piernas. La piel era muy clara, pero sonrojada por el sol que resaltaba los vellos dorados de sus antebrazos. Tenía el pelo voluminoso y de un castaño más bien claro. Unos mechones le caían en la frente. Una brisa que olía a césped y a rosas me rozó la cara en aquel lapso mágico.

—Disculpe la tardanza, doctora —me dijo el capataz tras secarse la frente con un pañuelo—, ese portón pesa lo suyo —siguió mi enfoque—, ese es Daniel Schmidt —me dijo—, es un chico muy especial, doctora —acotó con cariño.

Lo miré de reojo y luego volví a observar al joven, a Daniel Schmidt. Él levantó su rostro cuando el capataz gritó su nombre. Sus ojos eran el portal del cielo. Lo miré maravillada y mal pude disimularlo.

—Madre mía —musité para mis adentros.

Daniel tenía unos ojos muy expresivos. Eran de un azul claro muy similar al cielo en pleno verano. Me miró con atención por unos segundos. Nunca había visto un rostro más hermoso que aquel. El mentón cuadrado, la nariz respingona, los pómulos bien marcados y el hoyuelo en la barbilla le daban un aire muy masculino, pero angelical al tiempo. Cuerpo de dios mítico y rostro de ángel. ¡Vaya combinación!

—Hola —le dije y le balanceé la mano derecha.

Él se limitó a mirarme desde su sitio. No se movió, no parpadeó, no sonrió, ni respondió a mi saludo.

—Pronto lo conocerá mejor, doctora —me dijo el capataz y me robó la

atención—, es un chico excepcional, pero algo miedoso.

¿Miedoso? ¿Qué edad tenía?

—Tiene treinta años —me dijo el capataz como si me hubiera leído la mente—, pero el alma de un niño.

¿El alma de un niño? ¿Qué significaba? Arrancó el coche y nos marchamos a la casa de mi nuevo patrón, el señor Hermann Weber. El señor Martín se detuvo para hablar con alguien. Busqué en ese lapso al joven del rostro perfecto con la mirada y lo vi cruzar el campo con el conejo entre las manos. Se volvió en un acto reflejo y me sonrió. Era aún más hermoso cuando sonreía.

—¡Daniel! —gritó una mujer mayor—, ¡ponte tu camiseta o te asarás, mi amor!

Recorrí su espalda con la mirada y me mordí el labio inferior en un acto reflejo. Aquel joven despertaba un lado mío que no conocía hasta entonces.

—¿Irás a jugar al fútbol con Luisito? —le preguntó la mujer.

Él asintió con mucha energía, demasiada, diría yo. ¿A quién me recordaba? ¿Aquel gesto dónde lo había visto antes?

—¿Daniel ha hecho sus tareas sin problemas? —demandó el capataz con cierta sorna.

El otro hombre, delgado y muy moreno, sonrió con malicia.

—Sin usted le cuesta un poco —le dijo sin abandonar su sonrisa burlona—, pero lo ha hecho muy bien, señor.

¿Por qué se referían al muchacho con aquel deje un tanto irónico? ¿Acaso era nuevo por aquí?

—¡Daniel! —gritó un niño—. ¡Hora del partido!

El capataz y el hombre delgado rieron por lo bajo mientras Daniel corría con el niño hacia algún sitio de la granja. Esta vez llevaba una camiseta azul cielo.

—Daniel siempre será un niño —comentó el hombre delgado—. Un eterno niño.

¿Era algo negativo? ¿Por qué me molestaban tanto sus comentarios peyorativos? Los ojos de Daniel se encontraron con los míos y sonrió de un modo muy tierno.

—Le cae bien, doctora —me dijo el capataz antes de arrancar el coche—, algo muy inusual en él.

No le repliqué, me volví y escruté con embeleso a aquel ángel perdido en la tierra. ¿Por qué sentía tanta ternura por él? ¿Qué lo hacía tan especial?

Daniel corrió por el campo con el niño, libre y feliz. Esbocé una sonrisa

melosa ante la imagen.

«Bienvenida a Dulce destino» me dije sin abandonar mi deje.

Capítulo 2

Daniel

ΣЖЗ

«Secretos del alma»

Luisito me dio unas gominolas asquerosas de color negro llamadas «regalices». Los escupí tan pronto como las metí en la boca. Él rio de buena gana ante mi reacción.

—Son deliciosas —me dijo entre risas—. ¡A mí me encantan!

Cogí una goma de mascar de fresa para eliminar el sabor raro de aquellas gominolas. Le quité el envoltorio y la metí en la boca. El líquido que se hallaba en su interior endulzó mi cavidad en pocos segundos, robándome un gemido de placer en un acto reflejo. Siempre llevaba unas gomas de mascar de fresa en los bolsillos, bueno, desde que Diana me dijo que mis labios eran una dulce tentación tras masticar una goma de fresa. No sabía qué significaba al cierto, pero supuse que era algo bueno. Todo lo que venía de ella era bueno para mí.

—¡Luisito! —le llamó Emilia, su tía—, hora de comer —puso sus manos en su cintura—, ¿vienes a comer con nosotros, Daniel?

Negué con la cabeza y le agradecí la invitación con una sonrisa.

—Saludos a tu abuela —acotó antes de girar sobre sus pies.

Mi amiguito se levantó a toda prisa y se despidió de mí. Corrió por el campo abierto silbando la melodía de la película Madagascar.

—¡Nos vemos más tarde, Daniel!

Asentí con la cabeza. No tenía otra manera de comunicarme con las personas tras mi repentino mutismo. No era mudo de nacimiento, sino como consecuencia de un shock post-traumático, según el psicólogo que visité tras el ataque que sufrí.

Un día, en plena noche, alguien me atacó duramente mientras retornaba a

mi casa. Me pegó hasta el hartazgo, hasta dejarme inconsciente. Emanuel y otros vaqueros de la granja me hallaron semimuerto cerca del bosque. Cuando me desperté, no lograba emitir una sola palabra, solo unos gemidos cuando algo me dolía. Mi abuela casi se murió de tristeza, porque yo era lo único que le restaba a ella en esta vida. Mi madre y mi abuelo se habían marchado a una granja lejana, a una granja que se hallaba en el cielo. Siempre que levantaba la vista, los podía ver a través de las nubes.

—¡Daniel! —me gritó el señor Schneider—, debes cambiar el agua de los caballos —ordenó con poca delicadeza.

El capataz era un hombre muy severo, en especial conmigo. No me tenía paciencia y mucho menos estima. Emanuel, mi mejor amigo, me dijo que estaba celoso por Marcia, la chica del burdel. En la granja solían llamarla con un calificativo muy feo, una palabra que mi abuela me prohibió usar desde niño. Prefería llamarla «mariposa», por sus vestimentas un tanto coloridas y brillosas. Además, siempre llevaba una bata, cuyas mangas me recordaban a las alas de aquellos simpáticos insectos voladores.

—¿También estás sordo?!

Me levanté a toda prisa y me enfilé hacia los establos sin dirigirle la mirada. Nunca sabré si era cierto lo que me dijo mi amigo, pero en más de una ocasión, el señor Schneider me vio salir de la casa de Marcia. Siempre nos cruzábamos en el portón. Ella me dijo que era su cliente, que hacía con él lo mismo que solía hacer conmigo, con la diferencia de que a mí no me cobraba por sus servicios. Me dijo que era mi instructora íntima y que me estaba preparando para mi amor verdadero.

Diana Weber era mi gran amor, pero al final se casó con Sascha, un tipo bastante rudo y frío. Era el hijo del señor von Falk, el dueño de la granja «Santa fe», y amigo íntimo del señor Weber.

—¡Daniel! —me gritó Agustín, el nuevo empleado de la granja—, ¡debes ordenar la paja!

Aquel hombre me trataba peor que el señor Schneider, y eso que apenas nos tratábamos. Se aproximó y me dio un golpe seco en la espalda. Fruncí el ceño ante el impacto.

—Eres demasiado lento —volvió a golpearme.

No levanté la mirada una sola vez. Me alejé de él e hice mis tareas en silencio.

—No comprendo para qué te quieren aquí —terció tras encender un cigarro—, eres más burro que una puerta.

¿Más burro que una puerta? Me imaginé a una puerta con la foto de un burro. No tenía sentido lo que decía.

—¡Torpe! —me gritó y me dio una palmada feroz en el hombro.

Aquellos comentarios peyorativos siempre me lastimaban, y mal podía ocultarlo. Mis ojos terminaban delatándome ante mis hostigadores.

—¿Estás llorando? —me preguntó en tono burlón.

Una lágrima se me escapó, fue inevitable.

—Además de retrasado, ¿eres un marica?

Siempre me llamaban retrasado, pero nunca llegaba tarde a ningún sitio. ¿Qué era un marica? ¿El padre de la mariquita?

—Cuando termines ve a por las gallinas —me ordenó tras lanzar la colilla de su cigarro a un costado—, muñequito —me alborotó el pelo con brusquedad.

Tras limpiar, arreglar y dar de beber a los animales, fui a comer en el comedor de la granja. Olga, el ama de llaves de la granja, me reservaba un sitio especial en su mesa, donde nadie me molestaba durante las comidas.

—Te he preparado una vianda para tu abuela —me dijo ella tras besarme la frente—, mi niño hermoso.

Ella siempre me trataba con mucho amor. Me decía que le recordaba a alguien muy especial. Le agradecí con la mirada y una sonrisa bobalicona.

—He preparado lasaña de pollo —me guiñó un ojo—, tu plato favorito, mi vida.

Cogí su mano derecha y deposité un beso en el dorso en señal de gratitud. Olga me ordenó un mechón rebelde de mi frente con sumo cuidado. Esbocé una sonrisa.

—Eres un ángel, Daniel.

Quise decirle que no era un ángel, ya que no tenía alas como ellos.

—Buen provecho, cielo —me dijo tras servirme la comida.

Después del almuerzo, le llevé a mi abuelita la comida que le había preparado Olga.

—¡Mi amor! —me dijo mi abuela al verme—. No te hubieras molestado, mi ángel.

Éramos muy pobres, a veces mal teníamos para comer, pero mientras viviera, nunca le faltaría un trozo de pan a mi abuelita. En la granja me trataban muy mal, pero soportaba por ella, solo por ella.

—¿Has comido bien, mi amor? —me preguntó, dispuesta a darme la mitad de su comida.

Asentí con la cabeza y sonreí. Ella me miraba con ternura mientras comía la sabrosa comida. Cogí una goma de mascar de uno de los bolsillos de mis ajados vaqueros de trabajo.

—Más tarde iré a la casa de Estela, cielo.

Levanté la vista y la miré con profundo dolor. El dinero que ganaba no cubría los gastos de la casa y, por ende, mi abuela realizaba algunos trabajitos por el pueblo como: limpiar casas, planchar ropas y cocinar. Escruté sus manos encallecidas con un enorme nudo en la garganta.

—Mi vida —cogió mis manos y las besó—, no te me pongas triste.

Una lágrima atravesó mi rostro y posó sobre la mesa de madera que alguna vez tallé con mi abuelo. Nos cogimos de las manos y nos miramos con devoción.

—Juntos saldremos de este aprieto, mi ángel.

El señor Weber aumentó el alquiler y la luz el mes pasado, pero mi salario no, al contrario, siempre me estaba descontando por cualquier cosa que supuestamente hiciera mal. Para empeorar las cosas, los medicamentos que usaba mi abuela también subieron de precio. Para pagarlos comencé a hacer trabajitos extras los domingos o, al menos, los que tenía libre. Los últimos meses, en la granja me obligaban a trabajar incluso los domingos y los días festivos.

Me levanté de la mesa tras meter la goma de mascar en la boca.

—Que Dios te bendiga, mi amor —me santiguó mi abuela antes de que retornara a la granja—, eres mi ángel —besó mi frente con ternura.

La estreché con fuerza y le di un beso en la cabeza. Era mi manera de decirle cuánto la quería.

—Hasta luego, mi vida.

Salí de nuestra humilde casita con el corazón encogido. Me volví y observé a mi abuela con lágrimas en los ojos. Me hubiera gustado poder darle una vida más cómoda, sin estrecheces. Balanceé la mano derecha en el aire.

—Cuídate, mi ángel —me dijo con su peculiar dulzura.



Observé el cielo azul con ojos soñadores a través de las copas de los árboles. Los rayos del sol se desparramaban por las ramas y el suelo con mucha gracia. Me encantaba aquel efecto que provocaba la luz del sol, pero

me costaba describirlo con precisión. Mi abuelo siempre me decía que había cosas indescriptibles, la belleza de aquel sitio era una de esas cosas.

«Abuelito».

Mi abuelo era un hombre muy bueno, atento, cariñoso y trabajador. Con él aprendí el arte de tallar la madera y las piedras. Como también a amar las cosas maravillosas que Dios nos ofrecía a través de la naturaleza. Tenía veintiocho años cuando murió. El dolor que experimenté con su partida fue insoportable. Nunca podré olvidarlo, aunque pasen mil años. Mi abuela siempre decía eso, pero no creo que viva mil años. A veces no comprendía mucho las cosas que solía decir la gente.

En medio del camino, me encontré con Marcia, que frenó su moto para saludarme.

—Hola, mi amor —me dijo tras descender de la moto—, te he echado mucho de menos —me abrazó con afecto—, hueles tan rico, Daniel —succionó mi cuello y me erizó toda la piel como consecuencia.

Se apartó y me dio un beso en la boca. Hoy en día ya no besaba con torpeza como tiempo atrás. Diana me enseñó el arte del beso cuando éramos adolescentes. El beso de Marcia no tenía el mismo sabor que los de Diana. No me aceleraban el corazón, ni me hacían suspirar, pero me gustaban mucho de todos modos.

—Necesito sentirte, Daniel —me succionó la lengua con impaciencia—, te deseo con locura.

Me acarició el abdomen de un modo muy excitante. Luego me tocó la parte íntima con discreción. Aquel sitio siempre estaba desértico, pero nunca estaba de más ser precavidos.

—¿Nos vemos por la noche? —jadeó sobre mis labios.

Tenía mucho calor tras sus besos y caricias. Marcia era una mujer muy hermosa y apasionada. Me gustaba cómo me besaba, cómo me tocaba y, ante todo, cómo me trataba.

—¿A las diez? —me propuso con una sonrisa muy sensual.

Asentí con la cabeza y sonreí para enfatizar mi respuesta. Le ordené un mechón rebelde con sumo cuidado. Ella entrecerró sus ojos y soltó un largo suspiro. Abrió sus ojos y sonrió de un modo muy dulce.

—Te haré aquellas cositas que tanto te gustan, mi vida —me dijo y tras ello, me limpió los labios con un pañuelo que olía a ella—, lo siento, sé que este perfume no te gusta.

Ciertos aromas me causaban mucho dolor de cabeza. Mi abuela me

compraba desde pequeño una colonia para bebés, que sigo usando hasta ahora. A Diana le gustaba mucho, y eso me impulsaba a usarla siempre.

—Te esperaré ansiosa, mi pequeño querubín —me dijo antes de montarse en su moto—. Me encanta el sabor de tus besos.

Marcia tocó el claxon a modo de despedida antes de arrancar. A veces me dejaba conducir su moto por horas. Era la única persona que no me trataba con desprecio, además de mi abuela, claro estaba.

Por la tarde, mientras arreglaba unos troncos, me quité la camiseta para no estropearla aún más. No tenía muchas ropas, así que, cuidaba las pocas que tenía. Puse la camiseta en la rama de un árbol cuando de pronto oí algo, parecía un gemido. Busqué con la vista al animal. Luego de unos minutos, vi entre las flores a un conejito. Esbocé una amplia sonrisa antes de acercarme y cogerlo entre mis manos. Le di un beso en la cabecita y le ronroneé mi melodía favorita.

—¡Daniel! —me gritó el señor Schneider a lo lejos.

Levanté la vista de golpe y me encontré de cara con una mujer que yacía a su lado en la camioneta. Ella me miró con mucha atención y toda la sangre de mi cuerpo se instaló en mis mejillas. Siempre me intimidaban mucho los desconocidos. Ella sonrió con afabilidad y me saludó con la mano. Me limité a mirarla. El sol la enmarcó de un momento a otro, su rostro me recordaba mucho a Diana, a mi amor perdido, como solía decirme Sofía, la hermana de Luisito. Esbocé una sonrisa casi imperceptible en mis labios.

—Hola —me dijo.

¿Quién era? ¿Y qué hacía por aquí? Nos miramos con intensidad por unos segundos más. Su rostro era de una belleza indescriptible, como diría mi abuelo. La miré con intensidad a pesar de mi timidez. En sus ojos hallé algo muy inusual en mi vida, hallé bondad.

Capítulo 3

Beatriz

ΣЖЗ

«Hogar dulce hogar»

El señor Schneider aparcó la vieja camioneta en el camino de entrada circular de la residencia y apagó el motor. Contemplé la casa blanca de estilo victoriano con ojos soñadores. La arenisca y la terracota le otorgaban una discreta elegancia, mientras que los altos muros blancos y las grandes ventanas proyectaban un aura más bien histórica. La entrada estaba flanqueada por un prado verde que se extendía hasta los pies de la mansión y que la rodeaba por completo. Las jardineras de las ventanas estaban cuajadas de flores de todos los colores y aromas. Me apeé de la camioneta con la ayuda del señor Martín.

—Mariposas —dije embobada.

Las mariposas eran símbolo de transformación, de fortaleza, de esperanza, decía mi padre. Una de ellas posó sobre mi maleta roja con rueditas. La escruté con mucha atención.

—Hola, amiguita —la saludé con una sonrisa melosa en los labios—. ¿Eres tú? —le dije con ojos soñadores—, sé que eres tú...

Acaricié mi colgante en un acto reflejo. Era en forma de mariposa al igual que mis pendientes. Mi padre me los regaló, en honor a alguien muy especial.

Levanté la vista y observé una vez más la mansión. La planta de arriba contaba con una amplia terraza con barandilla de hierro, donde se habían dispuesto mesas y sillas de bambú.

—Los Weber tienen mucha pasta —musité.

La cálida brisa rozó mi cara y me robó un suspiro. El airecillo de aquel lugar era sublime.

—Bienvenida, doctora —me dijo el capataz tras quitarse el sombrero—. Hogar, dulce hogar.

La mansión irradiaba calidez desde cada una de las columnas clásicas del elegante porche que le rodeaba. Sus enormes ventanales con contraventanas azules realzaban sus blancas paredes con altivez. Giré sobre mis pies y observé con embeleso los caballos que se encontraban en el predio situado enfrente de la casa. ¿Daban clases de hípica?

—¡Doctora Aquino! —exclamó un hombre alto, rubio como el sol y de unos ojos azules muy claros—. ¡Bienvenida a su nuevo hogar!

Apretujó con vigor mi mano tras presentarse.

—Buenas tardes, señor Weber.

El señor Weber era un hombre bastante atractivo. Su amabilidad me dejó sin palabras. Lo imaginaba más serio y formal, como mi anterior jefe.

—Adelante, doctora —nos metimos a su casa.

El suelo de la mansión era de mármol brillante y los techos muy altos. En el centro del vestíbulo estaba la enorme y elegante escalinata con barandillas doradas y negras.

«Wow».

—Adelante, doctora —me cedió el paso.

Pasamos a su sofisticado despacho de paredes revestidas con paneles de madera y sofás de piel. La sala destilaba un aire moderno, pero rústico al tiempo. Un ambiente formal, aunque amistoso. Decidí olvidar el nudo que se me formaba en el estómago cada vez que tenía aquel tipo de reunión laboral.

—Por favor, doctora —me dijo y me indicó el sillón de cuero negro que estaba delante de su reluciente escritorio de cerezo lustrado.

—Hablemos de su trabajo aquí, doctora.

El señor Weber fue directo al grano. Nos pusimos de acuerdo con respecto a mi trabajo en la granja, que comenzaría a partir del lunes próximo. Tendría bastante trabajo y, a la larga, necesitaría de ayuda. No podría con todo sola, era imposible.

—Mi granja está en sus manos, doctora.

Observé maravillada los trofeos que se encontraban en una estantería de cristal detrás de su escritorio. La granja había participado en varios eventos agrícolas y ganaderos importantes por todo el país. El señor Weber me enseñó el último trofeo que había ganado uno de sus mejores jinetes.

—También damos clases de equitación, doctora.

Una mujer alta y de unos sesenta años apareció en la sala. Era el ama de llaves.

—Olga la llevará hasta su casa, doctora.

Asentí con un leve cabeceo.

—Muchas gracias, señor.

El señor Weber me aconsejó que disfrutara del fin de semana en la granja más alegre y pintoresca de la zona. Una sonrisa radiante imperó en mis labios cuando me ofreció sus caballos.

—Así la irán conociendo mejor —bromeó él.

Salí de la casa con el corazón latiéndome a mil por hora. La canción de Shania Twain «*When you Kiss me*» empezó a sonar en alguna parte de aquel paraíso diseñado por Dios. La música country era mi favorita y aquella cantante, en especial, podía conmigo.

—¿Le gusta, doctora? —me demandó el ama de llaves con timidez.

Me volví y la miré con expresión bobalicona, no había otra manera de definir aquella mueca jubilosa estampada en mi cara.

—Mucho, señora.

Ella meneó la mano de un lado al otro y sonrió ampliamente, dejando al descubierto sus dientes bien alineados. Un suspiro se me escapó, un suspiro de alivio. Cuando acepté el trabajo temí terminar en alguna cárcel, como me pasó tiempo atrás con mi primer trabajo.

—¡Llámeme solo Olga! —exclamó sin abandonar su deje amistoso—. Por favor, doctora.

—Está bien, Olga —tercié sonriendo.

Me llevó a la casa donde viviría un año, un maravilloso año. ¡Debía ser optimista! Ralentiqué los pasos de golpe enfrente del pequeño y pletórico chalé estilo suizo que me ofrecían para vivir. ¡Era el castillo perfecto de mi cuento de hadas!

—¡Es hermoso! —grité como una niña—, ¡me encanta, Olga!

Ella rio de buena gana ante mi exagerada reacción. Siempre fui muy expresiva con respecto a mis emociones. Nos metimos en la casa. ¡Era aún más hermosa por dentro! Le faltaba uno que otro toque mío para ser perfecto, pero todo a su tiempo. Me llevó a mi cuarto. Contemplé embelesada la cama de gran tamaño con el dosel más increíble que había visto nunca. Un cordón sostenía en lo alto una espumosa cortina rosa, como si fuera una telaraña.

—Espero que le guste, doctora.

La miré con ojos melidrosos.

—Puede tutearme, Olga —le pedí.

Ella asintió con una sonrisa que mal cabía en su cara surcada de arrugas. Tenía los ojos verdes más hermosos y expresivos del mundo.

—Está bien, doctora.

Acaricié la cortina.

—Es perfecto, Olga.

Mi nueva habitación era de cuento de hadas, con su cama con dosel, la cortina rosa y los cojines acolchados. Dormir allí debía ser como hacerlo en el castillo de la Cenicienta. Después de vivir entre paredes beige y caminar sobre fríos pasillos, deseaba poder quedarme allí el resto de mi vida.

—Aquí tienes el cuarto de baño —me dijo tras abrir la puerta—, puedes redecorarlo a tu gusto, doctora.

Me enseñó el resto de la maravillosa casa.

—La cena será servida a las siete, doctora.

Estreché con afecto a Olga, que sorprendida, se petrificó entre mis brazos. Le dije que era una mujer muy expresiva y que me costaba ocultar mis emociones. Ella sonrió y me devolvió el gesto tras relajarse.

—Nos vemos más tarde en el comedor, doctora.

Después de retirarse de la casa, me metí en el cuarto de baño y me di una larga ducha caliente. ¡Era mi lugar favorito en toda la casa!

Me puse unos vaqueros holgados y una blusa sin mangas bastante ajustada. Me arreglé la melena en un rodete y salí a dar un paseo por la finca de ensueño tras rociarme algo de mi perfume.

—¡No me cogerás, Daniel! —chilló una niña al otro lado del predio—, ¡nooo! —rio de buena cuando él la cogió en brazos y la levantó sobre su cabeza—. ¡Tienes las piernas muy largas! —se removió enfurruñada—. ¡No vale!

El otro niño se carcajeó detrás de ambos. Me acerqué a la valla de madera que rodeaba gran parte del patio donde paseaban los caballos. Me recliné y apoyé los codos en los rugosos listones de madera y seguí observando el paisaje.

—¡Daniel es muy listo! —tronó el niño rubio como el sol—, aunque todos digan lo contrario.

Esbocé una sonrisa al oírlo. Observé con atención al hombre que sostenía a la niña.

«Es el joven de horas atrás» musité.

El joven del rostro perfecto meneó la cabeza y se encogió de hombros al tiempo. Aquel gesto me hizo fruncir el ceño en un acto involuntario.

—Mariana te mandó saludos, Daniel —le dijo la niña tan rubia como el otro niño—, mi prima también está coladita por ti —se arregló los rizos con

una manita—, como todas mis primas.

Daniel se sentó con ella en brazos sobre el césped, bajo un sauce llorón. El otro niño se sentó al lado de ambos. Los observé por un buen rato sin que percibieran mi presencia. El joven del rostro angelical no emitió una sola palabra. Se limitaba a sonreír o a asentir. Enarqué ambas cejas al comprender cuál podría ser su problema.

—Es mudo —musité.

—Sonia también está coladita por ti, Daniel —dijo el simpático niño—, Flora, Edith, María y Esperanza también.

¡Vaya! ¡Era un rompecorazones! No me extrañaba, su belleza era cautivante.

—Pero tú solo quieres a Diana —amonestó la niña—, ¿aún la quieres, Daniel?

¿Era una niña en verdad? ¿O era una mujer disfrazada de niña? Daniel no dijo nada, absolutamente nada. Aquel ángel no tenía voz, estaba casi segura de ello. Giró su hermoso rostro hacia mí y me miró con magnitud. Solté un gemido de asombro. ¿Por qué reaccionaba de aquel modo cada vez que me miraba? Él no desvió la mirada de mi cara, tenía una mirada profunda, desafiante, pero dulce a la vez.

—¡Hola! —me saludó la niña—. Soy Sofía...

Esboqué una amplia sonrisa amistosa.

—Hola, cielo —le dije y le balanceé la mano derecha—. Mucho gusto.

Ella se levantó con torpeza del regazo de Daniel, y se aproximó. Sus rizos dorados se mecieron con gracia de un lado al otro. El niño la siguió, Daniel permaneció sentado en su sitio tras desviar la mirada. Sofía trepó la valla de madera y se sentó sobre ella con destreza.

—Hola, princesa —le dije tras besarle sus mofletes sonrojados.

Ella me devolvió los besos.

—Hueles a rosas —me dijo tras acariciarme la cara con su manita—, eres muy hermosa, señorita.

Besé el dorso de su manita con afecto. Aquella niña era un sol.

—También tú, cielo. Soy Beatriz, la nueva veterinaria de la granja —me presenté.

Ella sonrió y dejó al descubierto sus pequeños dientes. Daniel empezó a jugar con el césped algo cabizbajo. Dobló la pierna derecha a la altura de su pecho. Era bastante alto y atlético. De cerca podía apreciar mejor ciertos rasgos físicos suyos. Tenía unos brazos bien torneados, brazos de alguien que

trabajaba duro.

—Soy Luisito, hermano de Sofía —se presentó el otro niño—, el más sexy del pueblo —me guiñó un ojo—, pero sigo soltero, doctora.

Sonreí ampliamente. ¿Estaba flirteando conmigo? ¡Toma ya! Y eso que Fátima dudaba de mi poder de seducción.

—Mucho gusto —le dije al pequeño Don Juan—, es bueno saber que sigues disponible, Luisito —le seguí el chiste.

Luisito se volvió y llamó a Daniel, que lo ignoró por completo. Aquello me dolió un poco, aunque también me causó ternura. Creo que mi presencia lo intimidaba mucho. En general, las personas con alguna discapacidad solían ser más introvertidas, más distantes.

—Es muy tímido, doctora —me dijo Luisito algo azorado—, pero es muy buen tipo.

Sofía me tocó la cara con su manita.

—Es muy bueno, doctora —apostilló Sofía—, todas quieren ser su novia... —se volvió—, mi prima dice que es tan guapo como mi amor imposible, Justin Bieber.

¿Justin Bieber? Preferí no opinar al respecto. Daniel se levantó y se marchó del lugar. Se volvió antes de entrar en el comedor de la granja y nuestras miradas se cruzaron. Esbozó una sonrisa, una dulce e inquietante sonrisa.

—Le caes bien, doctora —me dijo Sofía—, Daniel es muy tímido al inicio, pero luego es muy amigable —sonrió—, y es muy guapo, intenta no enamorarte de él, doctora.

La miré con socarronería.

—Lo intentaré —le dije y me reí por lo bajo.

Quise preguntarles si era mudo como desconfiaba, pero no me pareció apropiado. Aún no era el momento.

—¡Doctora! —dijo Olga desde la puerta—, hora de la cena.

Sofía y Luisito relamieron sus labios de un modo muy cómico. No pude evitar reírme de sus exageradas reacciones.

—¡Estáis invitados! —les dijo Olga—. ¡Pequeños terremotos!

Solté una risita.

—¡Sí! —chocaron los cinco.

Aquellos dos hermanos eran unos personajes sacados de alguna serie cómica. Daniel apareció detrás de Olga, y nos miró de un modo muy meloso. Unos mechones rebeldes le caían en la frente y realzaban aún más su belleza

casi dolorosa. ¡Dios! Nunca había visto un hombre más atractivo que él y, eso que, según Sofía, podía competir con el cantante canadiense. Olga le dijo algo a Daniel, y él se limitó a asentir. Lo miré circunspecta desde mi sitio, llegando a una sola conclusión.

—Es mudo —me dije.

El señor Schneider se acercó a él y le dijo algo en un tono muy severo. Daniel bajó la cabeza como un niño pequeño ante el regaño de sus padres. Mi corazón se encogió ante su azoramiento.

—Oh, le está reprendiendo como siempre —dijo Luisito, indignado—, siempre le llama la atención por cualquier cosa y él termina llorando tras ello.

Me volví de manera vertiginosa hacia Luisito, y lo miré estupefacta, como si acabara de insultarme. ¿Lloraba? El señor Schneider se alejó de Daniel, y él se metió dentro del comedor a toda prisa. Luisito saltó de la valla y se dirigió hacia el comedor. Sofía y yo lo seguimos.

—Aquí, doctora —me dijo Olga con su peculiar entusiasmo—. Te he reservado este sitio.

Busqué a Daniel con la mirada, pero no lo vi por ninguna parte. ¿Dónde se metió? ¿En el servicio quizá? Tampoco vi a Luisito. Sofía se sentó a mi lado y cogió un trozo de pan. Lo untó con algo de mantequilla y lo devoró con apetencia a continuación. En pocos minutos, los empleados de la granja entraron y se acomodaron en sus lugares. Me miraron como unos perros hambrientos lo harían ante un buen trozo de carne.

—Espero que mi comida te conquiste, doctora.

Olga me sirvió una deliciosa sopa de verduras. Daniel y Luisito aparecieron minutos después.

—Ha llorado —me dijo Sofía con la pena estampada en la cara—, pobrecillo, siempre llora cuando lo regañan.

Miré con expresión melancólica a Daniel, que tenía los ojos muy enrojecidos. Luisito le dijo algo y él asintió con un leve cabeceo. El niño le dio un golpecito cariñoso en el brazo. Daniel levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron de golpe. Sus ojos se nublaron lentamente. ¿Cómo pudo el señor Schneider regañarlo? ¿Qué habría hecho mal para hacerlo llorar? Una lágrima recta y brillante atravesó su mejilla derecha y posó en su plato. Se levantó de golpe y salió del comedor como alma que lleva el diablo. Los empleados se codearon y se rieron de él.

—Idiotas —dijo Sofía tras empapar su trozo de pan en la sopa—, siempre se burlan de él —devoró con avidez el pan.

Luisito untó un trozo de pan con mantequilla y salió del comedor como una exhalación. Me levanté en un acto reflejo y lo seguí.

Luisito se acercó a Daniel, que lloraba a lágrima viva cerca de un árbol. Su llanto me dejó sin aire en los pulmones. Daniel se volvió en un acto reflejo y me miró con profundo dolor.

—¿Doctora? —me dijo Olga por detrás—, ¿Te sirvo el segundo plato?

Giré mi rostro y asentí.

—Sí, Olga. Gracias.

Me volví de manera vertiginosa y mis ojos se encontraron de golpe con los de Daniel. Nos miramos por unos segundos, por unos eternos segundos.

—¡Daniel! —chilló una mujer joven—, ¿quieres comer un trozo de tarta de chocolate? —se acercó.

Luisito saltó a los brazos de la mujer y la llamó tía. La misma acarició el rostro de Daniel, y le dijo algo. Él asintió.

—¿Con un sabroso chocolate caliente? —le demandó ella con afecto.

Daniel volvió a asentir, pero no emitió una sola palabra. Ella le cogió de la mano y se marcharon del lugar. Daniel giró su hermoso rostro y me sonrió. Levanté la mano derecha a modo de saludo y, él, por primera vez, me devolvió el gesto.

«Carita de ángel».

Capítulo 4

Daniel

ΣϞΣ

«Mil lágrimas»

Diecisiete años antes...

—¡Preparados o no, allá voy! —chillé.

Me quité las manos de los ojos y me di media vuelta. Me eché a correr, haciendo que la vegetación crujiera bajo mis zapatillas mientras zigzagueaba entre los árboles.

—¡Os encontraré! —bramé a voz en grito.

El canto de los pájaros se entremezclaba con el sonido peculiar de la suave brisa de aquella tarde primaveral. El aire olía a tomillo, a naranja y a jazmines. Ralentiqué los pasos al oír una risilla cerca del pequeño arroyo a un costado.

Me dirigí hacia el sonido, pero solo conseguí sorprender a un pájaro negro que caminaba sobre unas hojas marchitadas. Lo miré con embeleso antes de volver a mi búsqueda. Un rápido vistazo al escondite habitual de Emanuel me reveló que no estaba allí.

—Hola, Daniel —me dijo Diana, la hija del dueño de la granja.

Di un respingo al oírla. Me volví y la oteé con asombro. Ella estaba sentada sobre un tronco caído con las piernas cruzadas. Mis mejillas se ruborizaron lentamente. Diana esbozó una sonrisa amistosa antes de ofrecerme una goma de mascar.

—Gracias —le dije tras cogerla.

—Es de fresa.

Ella se levantó y se acercó a mí. Las piernas empezaron a temblarme mientras un hormigueo me recorría de pies a cabeza. Siempre me ponía muy

nervioso cuando estaba a mi lado.

—Mañana regreso a mi casa, Daniel —me dijo con mucha tristeza.

¿Por qué estaba tan triste? ¿Por qué no se quedaba aquí? La miré fijo por unos instantes. Era la chica más hermosa del pueblo, según mi amigo Emanuel. Para mí, en particular, todas las chicas del pueblo eran hermosas. Mi abuelo siempre me decía que ninguna mujer era más guapa que la otra, y, era cierto, al menos para mí.

Escruté el rostro de Diana con ojos soñadores. Su pelo era una mezcla de tonos que iban desde el castaño claro al dorado. Su cara era delgada, de rasgos definidos y muy armoniosos. Sus ojos eran de un verde muy claro, muy similar al color de las peras del jardín de mi casa.

—¿Quieres jugar con nosotros, Diana?

Ella se encogió de hombros para quitarle importancia al asunto. Luego meneó la cabeza, haciendo que su coleta se agitara. Giré sobre mis pies, dispuesto a marcharme de allí.

—Te quiero, Daniel.

Dejé un pie suspendido en el aire, sin acabar de dar el paso. El graznido de un pájaro resonó en las alturas en aquel preciso instante. Levanté la barbilla y la miré con asombro.

—¿Me quieres?

El estómago me dio un vuelco, se me aceleró el corazón y empezaron a sudarme las manos.

—¿No te habías dado cuenta? —retrucó con las mejillas muy acaloradas—. Casi todas las chicas del pueblo están coladitas por ti, Daniel.

Sus palabras me escocieron el corazón. ¿Todas las chicas estaban coladitas por mí? ¿Qué era coladita? ¿Era algo bueno? Las dudas me atravesaron como un rayo, pero fui incapaz de preguntarle qué significaba aquella palabra.

—¿Me quieres también? —me preguntó con ilusión.

¿Por qué no era como Emanuel? ¿Por qué prefería pintar, tallar y jugar con los animales antes que fijarme en las chicas? A lo mejor Sascha von Falk tenía razón y era demasiado lento para ciertas cosas. Los ojos de Diana se nublaron ante mi mutismo. Se dio la vuelta, dispuesta a huir de allí a toda prisa.

—Espera —le dije con voz temblorosa.

Diana se quedó de espaldas un momento, como si estuviera considerando lo que me dijo minutos atrás. Se dio la vuelta muy despacio.

—¿Qué?

Acorté la distancia que nos separaba y me planté delante de ella. Me temblaban las piernas. Sentía algo muy raro en el cuerpo. Como si estuviera a punto de desmayarme.

—Te quiero, Diana.

La quería desde el preescolar. Mi corazón latía distinto cuando la tenía a mi lado. Todo era más bonito cuando la tenía a mi lado. Diana cogió mi mano y me llevó hasta el lago, en el viejo muelle de madera que hizo mi abuelo tiempo atrás por petición del señor Weber. Un sauce llorón barría el suelo con sus ramas a pocos metros del muelle. Diana me puso contra el tallo del mismo de sopetón. ¿Acaso estaba enfadada? ¿Me golpearía?

—Eres el chico más guapo del mundo, Daniel —me ruboricé como un tomate—, nadie podría competir contigo, ni siquiera los actores de mis series favoritas.

La miré con atención, fijando mis ojos en los suyos. ¿Era el chico más guapo del mundo? No lo creo, éramos muchos en el mundo para ser el más guapo.

—Ah —susurré con expresión dubitativa.

—Quiero darte mi primer beso —me dijo decidida—, mi primer beso de amor verdadero...

Solté un gemido de asombro. ¿Quería besarme? ¿En la cara? ¿En la boca? ¿Cómo se hacía? ¿Acaso los besos de amor verdadero no se daban únicamente a los novios?

—¿Quieres ser el primero, Daniel?

¿El primero? ¿A qué se refería exactamente? Las sienes empezaron a palpitarme ante las dudas. No lograba comprender lo que decía.

El beso de amor verdadero era en la boca, me dije caviloso al tiempo que evocaba la escena de una película que había visto días atrás con Emanuel y Emilia.

«Besar es muy sencillo» me dije muy nervioso.

—¿Listo?

—Sí —le dije con los labios alargados y algo apretados.

Sentí el roce ligero y tibio de su aliento en mi boca, sus labios rozaron los míos con mucha suavidad. Experimenté un sinfín de emociones con aquel simple contacto. Ella se apartó de mí y me miró con ternura.

—No puedes besar a otra chica —me dijo con firmeza—, solo a mí, Daniel.

Asentí con la cabeza.

—Algún día me casaré contigo, Diana —le dije y ella sonrió.

Me abrazó con mucho afecto y lloró.

—Te echaré de menos, Daniel.

Mis ojos se nublaron, me dolía mucho su partida, mucho más que antes.

—Algún día nos casaremos, Daniel —me dijo llorando.

Tras aquel beso, vinieron muchos más.

Cada verano, Diana y su familia se instalaban en la mansión. Ella y yo vivimos intensamente nuestro amor secreto.

—Te quiero, Daniel —gritó antes de lanzarse al agua.

Emanuel, Emilia y Antonio rieron al ver mi cara de tonto enamorado.

—¡Te quiero, Diana!

Jugamos, reímos, trazamos nuestras iniciales en el sauce llorón, nadamos, bailamos y nos besamos hasta cansarnos. A los dieciséis años tuvimos nuestra primera vez, cerca del muelle, al lado de una fogata.

—Eres mi primer y único amor, Daniel —me dijo aquella noche mágica.

Diana era muy celosa, siempre se enfadaba conmigo si una chica me hablaba.

—Solo te amo a ti —le decía yo.

—¿Tenías que ser tan guapo?

—No soy guapo —me defendí.

Hacer el amor por las siestas cerca del sauce llorón o en el bosque se hizo una adicción para ambos, a veces, incluso, lo hacíamos tres veces al día.

El amor no tenía lógica, me decía ella, pero nunca comprendí a qué se refería al cierto. Casi nunca entendía lo que decía, Diana era demasiado inteligente y muchas veces decía cosas ininteligibles para mí. Me limitaba a sonreír o a encogerme de hombros. Una vez me leyó el cuento «El principito», pero nunca me explicó el trasfondo de la historia. La timidez siempre dominó mi lengua y optaba por callarme a meter la pata.

—Escapémonos, Daniel —me dijo a pocos días de su cumpleaños número dieciocho.

Sus padres jamás me aceptarían, ya que era más pobre que una rata de iglesia. Mi abuelo solía decir eso, aunque creo que todas las ratas eran pobres por iguales.

—No quiero que nos separen, Daniel.

Diana me amaba, a pesar de mi situación económica. Decidimos huir tras su fiesta, sin embargo, el destino tenía otros planes.

—¡Diana! ¡Te amo! —grité a voz en cuello en medio de la fiesta—, te amo

—repetía mientras me adentraba entre sus invitados, completamente desnudo y borracho.

Diana salió corriendo del salón, horrorizada con la situación. Todos empezaron a murmurar y a reírse de mí. Todo me daba vueltas.

—¿Diana es amiga de ese chico?

—¿Es un chico especial?

—Tiene retraso mental —terció Sascha tras mirarme con desdén.

Su padre me sacó a empujones de la casa y me lanzó al patio sobre el duro pavimento de cemento. Solté un quejido de lamento ante el fuerte impacto. Emanuel vino a por mí con una manta entre manos minutos después.

—¡Llévalo de aquí! —tronó el señor Weber—. ¡No lo quiero volver a ver por un buen tiempo!

—Diana —lloré con amargura.

Al día siguiente, cerca del sauce llorón, Diana me buscó. Sabía que estaría allí. Antes de que pudiera abrir la boca, me dio un fuerte bofetón.

—¿Por qué me humillaste de aquel modo tan vil, Daniel?!

¿Vil? ¿Qué era eso? Quise decirle que uno de sus invitados me ofreció una bebida antes de la fiesta, alguien que no conocía, pero ella no me dejó hablar.

—Marina tenía razón —lloraba a moco tendido—, no nací para estar con un deficiente.

¿Qué era deficiente? ¿Era pobre? ¿Era eso?

—Diana, yo te amo con toda el alma —le dije llorando—, perdóname, mi amor —me arrodillé—, por favor —el dolor se filtró en mi voz.

Ella me empujó y perdí el equilibrio. Me caí sobre unas piedras y me lastimé aún más la espalda.

—Daniel —me dijo con ojos lastimeros—, lo siento —no me tocó—, no puedo seguir contigo —mis lágrimas no la conmovieron—, siento vergüenza de ti —me clavó un puñal en el pecho—, siempre lo haré...

Siempre tuvo vergüenza de mí, mucho antes de lo ocurrido. Siempre lo supe, pero tenía mis dudas hasta entonces.

—Siempre te amaré —le dije llorando a lágrima viva—, siempre.

Ella viajó a otro país para estudiar medicina. No volví a verla hasta el día de su boda, cinco años después. Ella y su flamante novio decidieron celebrarla en la mansión de la granja.

Estaba plantando verduras en el huerto cuando la vi con su futuro esposo, Sascha von Falk, el tipo más cruel y arrogante del pueblo. Nuestras miradas se cruzaron y por unos segundos, volvimos a mirarnos con amor, con aquel amor

tan puro, tan real y tan verdadero que vivimos en la adolescencia. Desvié la mirada, porque las lágrimas me habían empañado la vista.

Un día antes de la boda, Diana me encontró cerca del sauce llorón, enfrente de una fogata que olía a pino y a cerezo. Ella se sentó a mi lado en el banco que había tallado años atrás con mi abuelo.

—Hola —me dijo con timidez.

Me ofreció una goma de mascar.

—Gracias.

Cogí la goma y la metí en la boca sin desviar la mirada del fuego. Diana cogió mi mano encallecida y depositó un beso en la palma.

—Has venido a despedirte, ¿no? —le dije con lágrimas en los ojos.

Ella no me respondió, en lugar de ello me besó. Mi mano se congeló en su espalda. Por un instante me había parecido que volvíamos a los viejos tiempos.

—Necesito que me liberes, Daniel —me rogó llorando—, necesito que me dejes libre.

Mis lágrimas empaparon mi cara en pocos segundos.

—Diana —dije con el alma a mis pies.

La recosté sobre el césped con delicadeza sin dejar de besarla un solo segundo mientras llorábamos juntos.

—Te liberaste de mí el día que decidiste casarte con otro —le dije con voz temblorosa—, siempre serás mi amor, Diana, aunque con otro te cases.

No sabía muy bien por qué le decía aquellas cosas, era como si mi alma tuviera vida propia. Un tendón sobresalió en brusco relieve en mi cuello y el sudor comenzó a caerme de las sienes mientras ella lloraba con desfallecimiento bajo mi cuerpo.

—Daniel —gimió en mi boca.

La desnudé con parsimonia, grabando a fuego cada centímetro de su cuerpo, consciente de que aquel día sería la última vez que nos veríamos. Me quité las ropas mientras veneraba su desnudez.

—Siempre te amaré —me dijo.

¿Por ello se casaba con otro? El amor era muy complicado, demasiado complicado para alguien como yo, que mal lograba comprender sus propios pensamientos.

—También yo, Diana —me acomodé entre sus piernas sin dejar de llorar—, siempre.

¿Siempre la amaría? ¿A pesar de estar con otro? Fui introduciéndome poco

a poco en ella, centímetro a centímetro hasta que al fin me hundi hasta tal punto que los cosquilleos de placer me recorrieron la columna entera.

—¿Estás bien?

Los brazos me temblaban un poco al soportar mi peso.

—No.

El dolor que sentía era incurable. Se apretó contra mí y deslizó las manos por mi espalda y me cogió de las nalgas, apretándoselas para introducirme todavía más en ella. Empecé a moverme, saliendo y entrando de su cuerpo poco a poco.

—Eres tan delicado —me susurró—, tan dulce...

¿Su futuro esposo no lo era? ¿No la trataba con amor? ¿Con delicadeza? Un grito gutural se nos escapó cuando llegamos al orgasmo. Ella me rodeó con sus brazos y sus piernas mientras me besaba con ardor, con amor.

—Te amo, Daniel —sollozó—. Solo Dios sabe cuánto te amo.

Aquella confesión resucitó mi corazón y, por unos instantes, la ilusión se adueñó de mi ser. ¿Sería capaz de dejar todo por mí?

Pero todo no pasó de un sueño...

Diana era la novia más hermosa que había visto jamás. El vestido de color blanco sin tirantes me recordaba al vestido de una princesa de cuento de hadas. El velo le ocultaba la cara, pero a mí no me costaba ver en mi mente su hermoso rostro.

—Adiós, mi amor —le dije a pocos metros de la iglesia del pueblo—. Espero que seas muy feliz —lloré con amargura cerca de un árbol, en la plaza.

Diana se volvió en un acto reflejo, como si me hubiera escuchado. Sentí un nudo en el pecho cuando nuestras miradas se encontraron.

—Te amo —le dije, antes de girar sobre mis pies y marcharme a mi casa.

Aquella tarde fue la última vez que hablé, horas después, alguien me atacó en medio de la oscura noche, alguien que no lograba recordar.

—¡Daniel! —chilló Sofía y me arrancó de mi trance melancólico.

Corrí detrás de ella y la cogí en brazos. Luisito se echó a reír, siempre se reía de su hermanita cuando la cogía.

—No es justo ¡tienes las piernas muy largas! —se quejó.

Nos sentamos sobre el césped, esperando ansiosos por la cena. Sofía saludó a alguien, me volví y me encontré con la mujer de horas atrás. Nos miramos por unos segundos. Sus ojos eran tan bonitos, tan limpios. Luisito y Sofía se acercaron a ella. Me levanté minutos después y me metí en el comedor. Tenía mucha hambre aquel día. Olga me saludó y me dijo que la cena

estaba casi lista.

—Lávate las manos —me dijo tras besarme el brazo—. Te preparé tu sopa favorita —se alejó.

En ese lapso, el señor Schneider se acercó y me reprendió duramente.

—¿Cuántas veces debo decirte que no toques el tractor, Daniel? ¿Tanto te cuesta comprender lo que te decimos? —puso su dedo índice en mi frente y me empujó levemente la cabeza hacia atrás—. ¿Has comprendido?

No había tocado ningún tractor, pero no podía defenderme, él no comprendía mi lenguaje silencioso.

Apabullado y humillado, una vez más, me metí en el servicio y lloré. Me dolía profundamente que me tratara de aquel modo. Luisito golpeó la puerta con sus pequeños nudillos, él conocía mejor que nadie mi escondrijo. Abrí la puerta del cubículo y lo miré con profundo dolor.

—No llores, Daniel.

El dolor me obligaba a llorar, siempre fui muy sensible, demasiado, diría yo. Muchos de los empleados me decían que parecía una niña, pero no podía evitarlo, me era imposible hacerlo.

—Ven, cielo —me dijo Olga desde la puerta—. No llores, me partes el alma, mi niño.

Me levanté y me lavé las manos. Después me senté en mi sitio, al lado de Luisito. Cuando levanté la vista, me encontré con la mujer de la mirada pura. La vergüenza comandó mi ser. Salí del comedor llorando a lágrima viva. Luisito me siguió con un trozo de pan entre manos. Me acerqué a un árbol y lloré, lloré con toda el alma.

—Come esto, Daniel —me dijo mi amiguito—, seguro que tienes hambre. Me enjuagué las lágrimas con el dorso de la mano derecha.

—¡Daniel! —chilló Emilia a lo lejos—, ¿quieres comer un trozo de tarta de chocolate?

Ella se acercó a nosotros. Luisito saltó a los brazos de su tía, quien me acarició el rostro.

—¿Estás bien, mi amor?

Luisito le puso al tanto antes de que pudiera asentir con la cabeza.

—Ese malnacido —dijo por lo bajo, refiriéndose al señor Schneider—, ¿quieres un sabroso chocolate caliente? —me demandó con afecto—: Luego puedes llevarle un pedazo a tu abuelita —aquello alegró mi corazón.

Ella me cogió de la mano y nos enfilamos hacia su casa. Giré mi rostro en un acto reflejo y sonreí al ver a la mujer de la mirada pura. Levantó la mano

derecha a modo de saludo y yo le devolví el gesto tras sonreírle. Aquella mujer me inspiraba confianza, me inspiraba algo más, algo que no sabía muy bien qué era.

Capítulo 5

Beatriz

ΣЖЗ

«Más allá de una mirada»

El primer día de trabajo en «Dulce destino» fue bastante extenuante. Me levanté con el canto del gallo y examiné a fondo el ganado, confirmando el buen estado de todas las reses, siguiendo con los demás animales.

—Buen día, doctora —me saludó Olga con su peculiar chispa.

Me alisé la camisa blanca con ambas manos mientras cruzaba el patio rumbo a mi consulta.

—Buen día, Olga —le devolví el saludo.

Me detuve enfrente del jardín y observé las flores coloridas repletas de maripositas.

—Hola, amiguitas.

Siempre que veía una mariposa, veía a Ángela. Eché un vistazo al lugar y exhalé una gran bocanada de aire fresco antes de enfilarme hacia mi pequeña consulta, donde atendería a mis pacientes, ya fueran los de la granja o de fuera de ella. Escruté embelesada el cielo un tanto plomizo aquel día.

—Lloverá —repose con una sonrisa—. Lluvia sanadora...

Me encantaba la lluvia: una taza de café, una ventana grande y un buen libro. ¡Perfecto!

Emilia, la tía de Luisito y Sofía, era mi ayudante. Una joven simpática y bastante parlanchina, que adoraba a sus sobrinos y a Daniel, según me dijo Olga.

—¡Buen día, doctora! —me saludó mientras limpiaba mi sala—, le he preparado un sabroso café.

Aquello era mi paraíso.

—Gracias, Emilia.

En más de una ocasión, quise preguntarle sobre la de Daniel, pero no me animé. No me pareció oportuno tocar aquel tema un tanto delicado.

—En breve llegará la hija del patrón —comentó en un tono algo revoltoso

—, y su esposo.

Ella, por primera vez, no sonrió. Supuse que la hija del patrón no le caía muy bien, o, quizás, el arrogante marido que tenía. Luisito me puso al tanto de ciertas cosas ayer mientras paseábamos por los predios de la granja.

—Esa chica le hizo mucho daño a Daniel, doctora —me confesó apenada y me robó por completo la atención—, ella se burló de él.

¿Se burló de él? ¿Ella era la famosa novia que lo dejó por otro? Luisito me comentó algo, pero no se adentró mucho en el tema.

—Ah, ¿sí? —le dije, dándole carta blanca para que prosiguiera.

Emilia titubeó antes de continuar. Me contó que Diana Weber estaba enamorada de Daniel desde que eran unos críos, pero que tras su cumpleaños número dieciocho, ella lo repudió y terminó casándose con Sascha von Falk, el hijo del segundo granjero más adinerado del pueblo «Nueva Esperanza».

—Daniel es un chico muy especial, doctora —sus ojos se nublaron—, lo que le hicieron fue muy cruel.

Emilia no me habló de su discapacidad, no era necesario. Me comentó que Daniel apareció completamente desnudo en la fiesta de cumpleaños de Diana, en aquel entonces.

—Nunca supimos al cierto lo que pasó, doctora —fregaba el piso mientras me contaba la historia—, Daniel estaba muy borracho aquella noche.

¿Ella estuvo presente? ¿Fue ella amiga de la tal Diana? No quería sacar ninguna conclusión precipitada, pero había algo más detrás de aquella historia. Siempre fui muy intuitiva y observadora. Emilia hablaba con nerviosismo y dolor. Era dolor personal y no empático.

—La hija del patrón siempre tuvo vergüenza de lo que sentía por Daniel —una mueca de dolor se estampó en mi cara—, por su discapacidad.

Solté un largo y sonoro suspiro.

—Sus padres nunca lo hubieran aceptado a él —esbozó una sonrisa llena de amargura—, aunque creo que Diana nunca estuvo dispuesta a luchar por su amor.

¿Lo amaba en verdad? El amor siempre fue un misterio para mí, nunca nos conocimos en persona. ¿Qué hubiera hecho yo en el lugar de Diana? El rostro angelical de Daniel irrumpió mi mente y endulzó mi corazón. Aquel chico no me inspiraba lástima, sino ternura. Me daban ganas de abrazarlo, protegerlo.

—Lo siento, doctora —se disculpó Emilia algo ruborizada—. No quise...

La interrumpí con un ademán.

—Tranquila —le dije—, me gusta conversar contigo, Emilia.

Caso contrario, estaría hablando con los animales, y, en general, era una charla unilateral. A continuación, me dijo que Diana y Daniel tuvieron un tórrido romance a escondidas de todos, en especial de los padres de la chica, que según entendí, eran muy prejuiciosos.

—El señor Weber es muy buena gente —se encogió de hombros—, pero jamás permitiría que su única hija se hubiera casado con Daniel.

«Con un deficiente» pensé entristecida. Me serví más café.

—Daniel sufrió mucho cuando Diana se casó, casi murió de pena —bajó la mirada—, no comía, no dormía bien y se pasaba gran parte del día llorando en la gruta.

¿Era su sitio favorito? ¿Allí se encontraba con Diana en el pasado? Mi mente solía tener vida propia. Los ojos de Emilia se nublaron, en aquella historia había mucho más de lo que ella se animaba a confesarme. Pero ¿qué?

—Qué historia más triste, Emilia.

Me dijo que en ese lapso su cuñada fue atropellada mientras corría por los alrededores del pueblo, y que nunca hallaron a su asesino. Su hermano casi enloqueció.

—Madre mía —le dije atónita.

Emilia asintió apenada.

—Emanuel siempre cuidó y protegió a Daniel —se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—, pero mi hermano no volvió a ser el mismo tras la muerte de Leda. Viajó por el país para participar en rodeos, peligrosos rodeos. Daniel se quedó solo aquí, rodeado por lobos feroces y despiadados.

Se refería a los empleados, que, en más de una ocasión, se burlaron de él.

—¿Daniel no tiene parientes? —le demandé tras descender la taza sobre mi escritorio.

Emilia me dijo que él solo tenía a su abuela materna, Rita, una anciana muy dócil y muy sufrida.

—La madre de Daniel murió cuando le dio a luz, a sus dieciocho años —apostilló con expresión compungida—, por una complicación en el parto, Daniel... —su voz se enronqueció.

La interrumpí con un ademán.

—Tiene una discapacidad intelectual leve —completé.

—Sí, doctora —confirmó apenada:

—¿Y el padre?

Emilia se encogió de hombros.

—Nadie nunca supo al cierto quién era el padre de Daniel. Su madre

murió con ese secreto.

La abuela de Daniel fue la cocinera de los Weber durante años, pero tras un incidente en la cocina, los Weber contrataron a otra cocinera.

—Poco tiempo después de la boda de Diana —acotó Emilia—, ellos la echaron y contrataron a otra. El señor Weber contrató a Daniel para que él pudiera ayudar a su abuela con los gastos —soltó un suspiro—, pero con lo que recibe, apenas pueden sobrevivir, doctora.

Mis patrones eran muy quisquillosos con respecto al dinero, esta mañana, el señor Weber protestó cuando le pasé la lista de medicamentos que necesitaban algunos animales de su granja. Intentó persuadirme para comprar unos menos costosos, pero no cedí, fui rotunda al respecto. No me echó a patadas solamente porque me necesitaba o, caso contrario, hoy estaría en paro.

—Doña Rita trabajó hasta sus setenta años aquí —adujo mientras limpiaba los muebles—, Daniel siempre la ayudó con los gastos —sonrió con ternura al nombrarlo—, pero muchos empleados abusan de él y le hacen trabajar como un verdadero esclavo.

Dicho esto, una gran idea nació en mi cabeza. Esboqué una sonrisa y asentí al mismo tiempo. ¡Era perfecto!

—A veces trabaja hasta la medianoche —prosiguió Emilia—, él es muy obediente y nunca se niega, aunque a veces esté muerto de cansancio —me miró a los ojos con magnitud—, los muchachos le tienen envidia, doctora —enarcó una ceja—, Daniel tiene el don de hechizar a las mujeres con su candorosa belleza.

Esboqué una sonrisa de costado al evocar el día que lo vi por primera vez. Daniel tenía un cuerpo de ensueño y un rostro esculpido por los mismísimos ángeles.

—Un ángel con cuerpo de dios mítico —dijo Emilia, como si me hubiera leído la mente—, como esas estatuas repartidas en el jardín de la señora Weber.

Nos miramos con complicidad.

—Además, tiempo atrás, Marcia, una mujer de la vida, dijo que nunca había estado con un hombre más fogoso que él. Desde entonces, las mujeres lo acosaron aún más en el pueblo. Despertando la envidia de muchos hombres.

Aquello me dejó atónita. ¿Daniel frecuentaba ese tipo de sitios? Emilia rio al ver mi mueca de asombro. Me explicó que uno de los empleados, un tal Rafael, lo llevó a un famoso burdel del pueblo cuando retornó a la granja tras su recuperación. Daniel había bebido más de la cuenta y Rafael decidió

pagarle una noche apasionada con la prostituta que él eligiera. Al final, las prostitutas formaron fila, ¡todas lo querían! Palabras textuales de Emilia.

—Al inicio por curiosidad y luego por atracción, doctora —sonrió con malicia—, él tiene ese don con las mujeres —rio por lo bajo—, sonará repetitivo, pero es la verdad.

Me senté en mi silla mientras Emilia ordenaba unos libros en la pequeña estantería de madera rústica que estaba en el rincón de la sala. Encendí mi pequeña radio y la canción «*Nervous girls*» de Lucy Hale comenzó a sonar. Le pregunté qué labores realizaba Daniel en la granja mientras anotaba algo en el historial de algunos animales enfermos.

—Muchas cosas, doctora.

Me dijo que Daniel cepillaba la crin y el lomo de los caballos todas las mañanas sin falta con otros empleados. Luego le daba de comer a los caballos, a las vacas, a los cerdos y a las gallinas. Limpiaba los rediles, regaba los pastizales. También ayudaba a los otros empleados a llevar todo el ganado de un prado al siguiente, para que siempre dispusieran de forraje fresco.

—También ayuda en el huerto, doctora.

—Vaya —dije impresionada—. ¡Hace de todo!

Emilia sonrió, hablaba con mucho entusiasmo de Daniel, demasiado, diría yo. ¿Estaba enamorada de él? Todo era posible.

—Los domingos vende calabazas, arándanos, miel, queso y maíz con su abuela cerca de la carretera. También algunas piedras talladas.

—¿Piedras talladas?

—Daniel es muy bueno en ello, doctora. Lo aprendió con su abuelo, don Francisco.

Emilia me dijo que me enseñaría algunas obras de Daniel. Le dije que moría por conocerlas.

«Alma de artista» pensé con una sonrisa de lado.

A veces pasaba parte del día plantando o deshierbando o regando, prosiguió Emilia. Otras veces recolectaba la miel de las colmenas. Otras veces ayudaba a reparar, ya sea el tractor, el Gator o la valla del granero o el tejado de los establos.

—Siempre hay algo que hacer —acoté algo apenada.

El señor Weber se aprovechaba de las necesidades de Daniel y su abuela. ¿Acaso no sentía empatía por él? ¿Por su discapacidad?

—Daniel incluso aprendió a aplicar vacunas en el ganado —me dijo Emilia, y me arrancó de mis pensamientos de golpe—, es un chico muy listo,

aunque muchos duden de ello.

Se encogió de hombros tras arreglarse su larga melena rubia como el trigo.

—¿Sabe vacunar al ganado? —le dije embelesada—, es perfecto —me dije a mí misma.

Emilia me explicó que el anterior veterinario le instruyó bastante.

—Pero ese hombre tenía segundas intenciones, doctora.

Fruncí el ceño.

—El tipo intentó abusar de Daniel.

Abrí mis ojos de par en par al oírla. ¿Segundas intenciones? Pensé en algo, pero me negaba a aceptarlo.

—El señor Weber, como ya le dije, es bastante prejuicioso y lo dimitió al conocer su verdadera condición sexual. No le importó mucho lo que aquel animal le hizo a Daniel.

Emilia me dijo que Daniel no pudo levantarse de la cama por una semana tras recibir una paliza de muerte, el mismo día de la boda de Diana y Sascha.

—¿Lo golpeó? —le dije exaltada—. ¡Qué infeliz!

Emilia me miró algo asombrada. Le pedí que continuara tras recuperarme de la impresión.

—El veterinario lo golpeó con brutalidad tras su rechazo —Emilia hizo una pausa—, el infeliz juró que no fue él, y, ante la falta de pruebas, el caso quedó impune.

El corazón me latía por todas partes. ¿Cómo pudo hacerle algo así al pobre Daniel? ¡El caso quedó impune!

—A los pobres nadie les hace justicia, doctora —me dijo Emilia con lágrimas en los ojos—. Le costó caminar y alzar el brazo por encima del hombro por varias semanas. Daniel intentó trabajar a pesar de su estado —comentó con una sonrisa de incredulidad en la cara—. Temía perder su trabajo.

El señor Weber era bastante intransigente con Daniel, me dijo Emilia con una mueca un tanto indefinida. Hubo rumores sobre el romance de Diana y Daniel, el chico especial, como muchos lo llamaban por aquí. Tales murmuraciones llegaron a los oídos del señor Weber y desde entonces, Daniel tuvo otro trato en la granja. ¿Acaso lo estaba castigando a través de sus empleados abusivos?

—Pobrecillo.

—Recuerdo que el leve gesto de mover la cabeza de un lado a otro le arrancaba muecas de dolor, pero él decía que no le dolía tanto, doctora.

El infeliz que atacó a Daniel le había roto unas costillas y torcido el ligamento de una rodilla que le impidió caminar bien por unas semanas. Le había destrozado la muñeca izquierda y dislocado el hombro derecho.

—Dios mío —dije con el corazón en un puño.

Emilia se secó la frente perlada con un pañuelo.

—Diana es médico, doctora —repuso—, ella vino de la capital tan pronto como pudo para verlo.

Abrí mucho los ojos. La hija de mi patrón seguía enamorada de Daniel, según Emilia.

—Ella no se apartó de Daniel durante todos los días que estuvo en el hospital, doctora.

¿Su padre no se dio cuenta de nada? ¿El marido tampoco? Como si me hubiera leído la mente, Emilia dijo solemne:

—Su padre y su marido habían viajado por unos negocios —asentí—, ella aún lo ama, siempre lo amará, doctora.

Hay amores eternos, al menos eso decían en los libros. Observé con ojos interrogantes a Emilia, ¿Por qué me contó todo aquello si mal me conocía? ¿A una extraña? Siempre fui muy desconfiada y me costaba comprender a ciertas personas, a Emilia, en este caso.

—Daniel no volvió... —alguien entró a mi sala.

—Doctora, el señor Weber te solicita en su sala —me dijo Olga.

Me despedí de Emilia, y me dirigí a la sala de mi jefe para hablar sobre algunos tratamientos alternativos para mejorar la calidad de los caballos que usaban en las clases de equitación. Todos padecían de estrés, algo que mi jefe no comprendía muy bien, pero tras nuestra charla, aceptó el tratamiento a regañadientes.

Por la noche, tras un arduo trabajo en la granja, me preparé una sabrosa taza de café y observé la tímida lluvia que caía en Dulce destino aquella noche un tanto nostálgica. Me senté en el alféizar de la ventana de mi cuarto y contemplé el patio con ojos soñadores. Recosté mi espalda en la pared y doblé las piernas mientras bebía el café con aire pensativo. Cogí mi móvil y busqué la canción de Lucy Hale «*Nervous girls*». Solté un largo suspiro al evocar a Daniel y lo que el veterinario le hizo tiempo atrás. ¿Qué le habrá dolido más? ¿Los golpes de ese hombre o perder a su gran amor? Me senté de golpe.

—¿Daniel?

Abrí mis ojos como dos naranjas al verlo al otro lado de la valla, bajo la

lluvia y sin camiseta. ¿Estaba loco? ¿Quería pillar un resfriado? Me incorporé del alféizar a toda prisa. Descendí la taza sobre la mesita rinconera y abrí la puerta acristalada impulsada por mi instinto protector. Salí a la terraza como una exhalación, a pesar de la tormenta.

—¡Daniel! —le grité ceñuda—. ¿Qué haces ahí?

La canción de Shania Twain «*You`re got a way*» empezó a sonar en mi móvil entremezclándose con el sonido peculiar de la lluvia. Daniel se volvió trepidante y me miró con atención. Un trueno cruzó el cielo en ese preciso instante e iluminó su hermoso rostro con fulgor. Nos miramos por varios segundos. Todo se había ralentizado a nuestro alrededor.

—Vete a tu casa —le dije con voz temblorosa—. Ahora mismo.

Era la primera vez que le dirigía la palabra. Él esbozó una sonrisa apenas perceptible en sus siempre sonrojados labios. Me miró de un modo difícil de definir con palabras. Me hizo una reverencia con la cabeza antes de marcharse.

—Hasta mañana, Daniel.

Se volvió y sonrió, sonrió con el corazón.

Capítulo 6

Daniel

ΣϞ3

«Alas de mariposa»

Llegué a mi casa casi a las nueve de la noche. Estaba muy cansado, pero había quedado con Marcia. Me duché a toda prisa y me rasuré la barba algo prominente. Después me vestí, optando por mis vaqueros de los domingos, una camiseta blanca y encima una camisa escocesa roja y negra. Me peiné y me rocié algo de mi colonia de bebé. Esbocé una sonrisa ladina al evocar lo que Marcia y yo solíamos hacer cada vez que nos reuníamos en su casa, en su cama. Paola, la hija del confitero, solía decirme que era pecado mantener relaciones sexuales sin estar casado.

—Debes enamorarte y luego casarte, Daniel —me decía siempre que podía—. Yo me casaría contigo —acotaba.

El silencio siempre me salvaba de meterme en problemas, ya que, en general, cuando aún tenía voz, solía ser muy sincero y terminaba hiriendo a las personas sin querer. Con respecto a su consejo...

Yo no estaba enamorado de Marcia, pero me gustaba mucho estar con ella. Para redimirme de mis pecados, solía confesarme cada domingo con el padre José, bueno, solía escribirle mis pecados en un papel. Él siempre me aconsejaba usar condones durante las relaciones íntimas. Marcia se encargaba de ponérmelo, ya que a mí me costaba hacerlo. Siempre se me resbalaba.

Salí de mi cuarto limpio, peinado y perfumado. Cogí una zanahoria de la nevera y la trocéé. Comí una manzana mientras «Lolita», la conejita que había encontrado horas atrás, comía los trocitos de zanahoria que le había preparado. Mi hija era un encanto.

«Te quiero» le dije para mis adentros, antes de depositar un beso en su cabecita.

El domingo la bautizaremos con Luisito y Sofia, sus padrinos. Le di un beso antes de llevarla a mi cuarto, en una cajita de zapatos. Le acaricié la cabecita con ternura.

«Descansa, cielo» murmuré para mis adentros.

Me despedí de mi abuela.

—No tardes mucho, mi amor.

Le tapé con su manta y le di un beso en la frente. Ella me santiguó antes de besarme la frente.

—Hasta mañana, mi amor —me dijo con su peculiar dulzura.

Mi abuela fingía no saber adónde me iba todos los viernes por la noche. No me decía nada, porque Marcia le caía bien, a pesar de su profesión.

«No me abandonen» les rogué a mi abuelito y a mi mamá al cruzar el portón.

Por fortuna, Marcia vivía a pocas cuadras de mi casa. Desde que me atacaron, tenía mucho miedo. Me toqué las mejillas con ambas manos, las tenía muy acaloradas. El terror recorría mi sangre y alteraba los latidos de mi corazón. Di un respingo cuando una moto se cruzó conmigo en el camino.

«Falta poco» me animé.

Llegué a la casa de Marcia con la respiración entrecortada, como si acabara de correr varios kilómetros. Me senté en el banco de hierro que estaba en el jardín y observé el pequeño estanque escondido entre las hierbas y el follaje. Fijé mis ojos en la pequeña cascada que goteaba sobre unas piedras trabajadas mientras una luz indirecta iluminaba el agua. Respiré hondo antes de acercarme a la puerta principal.

—¿Daniel?

Me volví con la respiración aún agitada. Ella me miró con expresión preocupada.

—Mi amor, ¿te sientes bien? —Marcia se acercó—, ¿has tomado las gotas que te traje el otro día?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué, cielo?

Hice una mueca de dolor.

—¿Te da dolor de estómago?

Asentí con un cabeceo sin abandonar mi mueca. Las gotas contra la ansiedad me dieron calambres estomacales insoportables, tanto que, no pude comer por dos días.

—Tranquilo, mi vida —me acarició la cara—, no pasa nada, nadie te

atacará —me estremecí.

Marcia cogió mi mano derecha y me llevó hasta su casa. Abrió la puerta de la sala, y me cedió el paso tras entrar. Cerró la misma y se acercó.

—Tranquilo, mi amor —me repitió y se abrazó a mí acto seguido—, aquí estás a salvo, Daniel.

Marcia se puso delante de mí y me quitó la camisa con sumo cuidado. Luego me quitó la camiseta blanca y empezó a besarme todo el torso.

—Hueles tan rico, Daniel —me pasó la lengua por los pechos, el abdomen —, tu piel, tu calidez, tu aroma me vuelven loca, cielo.

¿Le volvían loca? ¿Como a la anciana que vivía cerca del bosque? ¿La loca Gertrudes? Solté un gemido de placer cuando empezó a chuparme los pezones. En el instante en que sus labios me tocaron, mi cuerpo sintió unas sensaciones difíciles de describir con palabras. Su boca era caliente y suave. Me hacía vibrar, suspirar. Era como tomar un helado de chocolate o unos bombones. El chocolate era mi gran debilidad, al igual que las gomas de mascar.

—¿Me has echado en falta, Daniel?

Marcia había viajado un tiempo a un pueblo vecino. La miré con curiosidad, antes del viaje, me parecía que estaba más rellenita que ahora.

—¿Daniel?

La eché en falta, pero no tanto como a Diana. Asentí con un movimiento de mi cabeza.

—Yo también, mi amor.

Su mano posó en mi parte íntima y me robó un jadeo involuntario. Eché hacia atrás la cabeza y disfruté de lo indecible de sus besos. La punta de su lengua se deslizó por mi tripa y me erizó toda la piel. De repente, di un leve respingo cuando una corriente eléctrica me recorrió de pies a cabeza.

—Tu cuerpo es el sueño de cualquier mujer —me dijo antes de posar su boca sobre la bragueta de mis vaqueros—, ningún hombre enciende mi cuerpo como tú, Daniel —descendió la cremallera y sacó mi endurecido miembro.

¿Yo encendía su cuerpo? ¿Como una cerilla? ¿Y si se quemaba? No comprendía muy bien lo que me decía, pero me encantaban aquellas sensaciones que me provocaban sus caricias y sus besos. Metió mi miembro en su boca y empezó a chuparlo. Diana nunca me hizo aquellas cosas. ¿O acaso aquellas cosas solo la hacían las mujeres como Marcia? Agarré su cabeza con ambas manos y la acaricié mientras ella continuaba succionándose. Aquello que sentía era tan excitante, tan inexplicable.

—Eres delicioso, mi ángel —me dijo tras apartar la cabeza unos centímetros—. Soy adicta a ti...

Supuse que aquello era algo bueno. Esbocé una sonrisa torcida. La excitación no me dejaba reaccionar con naturalidad. Marcia se levantó tras acariciar mi miembro y me llevó al dormitorio con una urgencia que me emocionó y asustó a la vez. Siempre había sido algo torpe en las actividades físicas y seguramente ésta no sería la excepción.

—Es mi nueva cama —me dijo orgullosa.

Miré fijamente la cama que dominaba la habitación y tragué saliva.

—Esta cama solo la usaremos tú y yo —me miró con dulzura—, a los demás los llevaré al cuarto contiguo.

Ella deslizó sus dedos sobre la cinturilla de mis vaqueros, que colgaban a la altura de las caderas. Le temblaron las manos y vaciló. ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Qué le pasaba? La tomé por la nuca y ágilmente enredé los dedos entre sus rizos. La miré fijo.

—No sé qué me pasa, Daniel —me dijo con voz llorosa—, cada vez que te tengo a mi lado —su labio inferior tembló—, siento que la vida vuelve a tener sentido para mí.

¿Qué significaba? ¿Qué se ocultaba detrás de aquellas palabras? Ella esbozó una sonrisa melosa, muy melosa. ¿Por qué me miraba de aquel modo? ¿Le dolía algo? Sentí la boca seca cuando lentamente ella tiró con fuerza de mis vaqueros. Mirando al suelo, ella se arrodilló. Con infinita lentitud, ella deslizó los vaqueros sobre mis caderas y sobre mis muslos hasta mis tobillos. Levanté los pies para que pudiera quitármelos.

—¿Te ha gustado la ropa interior que te regalé, Daniel?

Asentí. Me quitó la ropa interior que llevaba el nombre de un tal Pierre Cardin. Una vez busqué una ropa interior con mi nombre, pero nunca la encontré. Pocos podían llevar sus nombres en ellas, pensé tras tanta búsqueda inútil. Costarían lo suyo.

Marcia se sentó sobre las pantorrillas. Levantando la mirada, se paró a la altura de mis caderas.

—Oh, Dios mío —me temblaban las piernas—, eres hermoso, Daniel. Ningún hombre puede compararse contigo. Competir contigo, mi amor.

¿Competir? ¿Comparar? Abrió la boca sin poder apartar la vista. Levantando la cabeza rápidamente me lanzó una mirada herida. Un rubor rojo quemó su piel.

—Mi ángel —me dijo con una voz muy apagada.

Mortificada, se puso rápidamente de pie. ¿Por qué actuaba de aquel modo? ¿La han golpeado como el otro día? ¿La han obligado a hacer lo que no quería como tiempo atrás?

—Oh, mi vida —me dijo con voz ensombrecida.

La envolví entre mis brazos y ella se sintió tan aliviada, o eso me pareció, ya que soltó un suspiro.

—Moriría aquí —me dijo mientras besaba mis pechos—, me encanta tu sabor, Daniel, me siento tan pequeña ante esto que siento por ti.

Marcia me llegaba a la altura del cuello. No era tan bajita, Sofía era mucho más bajita que ella. ¿Por qué se sentía tan pequeña ante mí? Nada de lo que decía aquella noche tenía mucho sentido.

—Vuelvo en unos minutos —se apartó de mí y se metió en el cuarto de baño—, ya sé que no te gusta besarme tras —miró hacia abajo y sonrió—, ya vuelvo, cielo. Ponte en la cama, mi amor.

Llevábamos mucho tiempo haciendo aquellas cosas, teniendo intimidad. Una vez intentó besarme tras hacerme sexo oral, pero no me sentí a gusto. Desde aquel día, Marcia siempre se lavaba la boca. Me acomodé en la nueva cama y di unos saltos, ¡era mucho mejor que la anterior!

—¿Te gusta? —me preguntó tras aparecer con un camisón transparente que dejaba al descubierto su hermoso cuerpo.

Si pudiera hablar le diría: ¿para qué usar un camisón transparente si al final no cubría nada? Se sentó a horcajadas sobre mi regazo y me miró con mucha ternura. Envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y tocó su lengua con la mía mientras le quitaba el camisón. No tenía sentido llevarlo puesto, prefería verla sin nada, su desnudez me excitaba mucho más.

—No tengas miedo, mi amor —me rogó—, no te preocupes por nada, ¿sí?

Asentí con un leve cabeceo. Siempre tenía miedo cuando estaba con ella, tenía miedo de perder el control, de terminar antes del tiempo. Cuando su beso se hizo más hondo, sentí el calor húmedo de su cuerpo sobre mis piernas.

—Relájate, mi amor —me suplicó—. Eres mi mejor amante —me animó.

Era un desastre, solía acabar antes de lo previsto.

—Los últimos meses estuviste maravilloso, Daniel.

He aprendido a controlarme, a soportar, a no ceder al deseo con tanta facilidad. Hundió los dedos en mis hombros y tomó mi lengua más profundamente en su boca. Me comenzaron a arder los pulmones, y me di cuenta de que me había olvidado respirar. Me eché para atrás para coger aire.

—¿Estás bien, cielo?

Enterré los labios en la V de su garganta como le gustaba y mordisqueé el delicado hueso con mis dientes.

—Lo haces cada vez mejor, Daniel —me dijo al tiempo que meneaba con sensualidad sus caderas—, eres el mejor amante del mundo —se estremeció cuando le succioné el cuello—. Me tocas como ninguno...

Comenzó a besarme otra vez. Mis manos estaban por todo su cuerpo, amasando sus nalgas y frotándola contra mí. Envolvió los brazos alrededor de mi cuello una vez más y los elevó hasta rozar con la punta de los dedos mi cabeza. Recorrí su espalda, la tendí sobre la colcha, y la coloqué en medio de la cama. Ella enlazó su mirada con la mía y lentamente abrió las piernas para mí, ofreciéndome su cuerpo.

—Daniel —deslizó su mano derecha por mi cara—, ¿eres un ángel?

Quise decirle que no, porque si fuera uno, ¿dónde estaban mis alas? Los ángeles de la iglesia tenían alas como los pájaros. Yo no tenía alas, aunque me hubiera gustado tenerlas para volar y visitar la granja donde estaban mi abuelito y mi mamá. Mi abuela me dijo que allí iban todas las personas que morían. También los animales iban a esa granja, supongo que Mimi, mi amiga, la vaca gruñona estaba allí.

—Eres la criatura más hermosa que jamás vi en mi vida —deslizó su mano hasta mi barbilla—, tu belleza me tiene cautivada.

Le sonreí y me tumbé a su lado en la cama, pasando la palma de la mano por su vientre plano. ¿Cómo perdió tanto peso en tan poco tiempo?

—Tus ojos son el portal del cielo, Daniel.

Me gustaba mucho lo que me decía, a pesar de no comprender muy bien lo que significaban sus palabras. Marcia aplaudió y la luz central se apagó. Aplaudió tres veces y una luz tenue se encendió en alguna parte de la habitación. Miré maravillado la luz y quise copiarle el gesto, pero ella no me dejó.

—Jugarás con la luz otro día, mi amor —me dijo sonriendo—, hoy no.

Inclinando la cabeza, la besé otra vez, arrastrando los dedos entre sus rizos sedosos y tan perfumados. El pelo de Marcia olía a manzana verde y su piel a un perfume floral muy suave.

—Rosas —me dijo, como si me hubiera leído la mente—, ¿te gusta? Es el perfume más suave que tengo.

Asentí con la cabeza.

—Acaríciame, Daniel —me rogó—, como me gusta, cielo.

Bajé los dedos para acariciar el interior de sus muslos. Comenzando a

torturarla con mis caricias, acercándome más y más, pero sin tocarla donde más necesitaba.

—Oh, Daniel —gimió y se arqueó.

Ella perdió el control, arqueándose contra mi mano cada vez más, tensando cada uno de sus músculos.

—¡Por favor! —chilló sin aliento contra mis labios—, no te detengas...

La abrí, y su respiración se transformó en un sollozo cuando rocé sus pliegues con la yema del dedo. Se estremeció de pies a cabeza.

—Te necesito, Daniel —alargó la mano derecha y cogió un preservativo que estaba sobre la mesilla—, te lo pondré, cielo —rasgó el envoltorio y en pocos segundos me puso aquella goma aceitosa—, así, muy bien —lo deslizó por mi miembro con mucha agilidad.

Me coloqué encima de ella y abrió más sus piernas. La penetré lentamente. Tensó las manos sobre mis hombros cuando empecé a moverme.

—Oh, despacio —me pidió—, así durarás más, cielo.

Me adentré, invadiéndola poco a poco.

—Así, cielo —su voz era tensa, como si estuviera muy cansada—, así —apretujó mis nalgas con fuerza.

Ella levantó las caderas y envolvió las piernas alrededor de las mías. Su respiración sonaba en mi oído como el silbido del viento en plena primavera.

—Te deseo tanto, Daniel.

Las sensaciones que me envolvieron fueron las más poderosas que había sentido. La humedad de nuestros cuerpos se mezcló con sus gritos hasta que alcanzamos el cielo, como solía decirme cuando aquel líquido denso y blanquecino salía de mi miembro.

—¡Sííí! —gritó, sacudiéndose con violencia contra mi cuerpo—. Oh, sí —jadeó sin resuello.

Salí de ella y me quité el condón repleto de aquella crema blanca y pegajosa. Ella me indicó un bote de basura a un costado. Lo lancé allí y luego me metí en el cuarto de baño para lavarme las manos. También me lavé la cara y mi parte íntima. Retorné al cuarto tras enjugarme. Marcia permanecía tumbada boca arriba en la cama. Me miró con mucha atención.

—Me encanta tu boca, tu mentón cuadrado, tus pómulos bien marcados, tus largas pestañas, esos ojos indecibles y tu nariz de botón.

¿Nariz de botón? Me toqué la nariz y ella rio por lo bajo. Me quedé en mi sitio, mirándola con expresión de confusión. ¿Por qué me decía aquellas cosas? No era lo que decía, sino cómo lo decía. Estaba distinta a la Marcia

que conocí años atrás. Más cariñosa, más dulce y mucho más celosa.

—Tu piel parece rosada bajo la suave luz de la lámpara. Eres tan guapo que me dejas sin respiración, Daniel.

Siempre me decían que era muy guapo. Me lo decía la peluquera, la hija del confitero, la prima de Luisito, las amigas de la prima de Luisito y la mujer del carnicero. Me hubiera gustado ser rico y no guapo, para poder ayudar a la gente pobre y a los animales abandonados.

—Ven, mi amor.

Me acerqué y me acosté a su lado como me lo pidió. Contemplé sus pechos, sin tocarlos, mirándolos con verdadera adoración. Marcia tenía unos pechos muy grandes, los de Diana eran muy pequeños.

—Tócalos —me dijo con una sonrisa—, chúpalos con fuerza, como me gusta, Daniel.

Presioné los labios sobre un pecho y luego sobre el otro mientras ella acariciaba mi parte íntima. En pocos minutos, mi miembro estaba muy duro otra vez.

—Ponte encima de mí, Daniel.

Me puse encima de ella, con la boca en sus pechos. Marcia me hundió los dedos en el pelo.

—¿Listo?

Asentí con un cabeceo. Me puso el condón con la misma agilidad de minutos atrás. Luego me clavó los dedos en la espalda y automáticamente separó los muslos. Levantó las rodillas y arqueó la espalda cuando la penetré. Uní mi boca a la de ella, la agarré por las caderas y la acometí sin parar, como ella me lo pedía.

—¡Ohhh, sííí! ¡Más rápido!

Marcia me empujó con violencia de un momento a otro y se puso a horcajadas sobre mí. Empezó a moverse a toda prisa. Rocé sus pezones con los dedos, luego los apreté con fuerza y empecé a masajearlos.

—Así, cielo. Tócame.

Abandoné sus pezones y volví a hacer perezosos círculos alrededor de sus pechos. Ella se retorció contra mí. Rodeé los pechos otra vez. Esta vez ella gimió cuando alcancé sus pezones y los apreté entre mis dedos.

—Me vuelves loca, Daniel.

Su respiración era ahora más pesada y sonora. Se quedó sin aliento y casi saltó de mi regazo cuando aumentó el ritmo de sus caderas.

—¿Te gusta? —me preguntó sin detenerse en sus embates casi salvajes.

Sus pechos se bamboleaban con sensualidad de un lado al otro. Los cogí con las manos y empecé a besarlos. Vi destellos de luz tras mis ojos cuando aquel cosquilleo delicioso me envolvió. Doblé las piernas en un acto reflejo. Marcia me besó con desesperación cuando el orgasmo la envolvió. Sentí el peso de su cuerpo desplomándose sobre mí, echó la cabeza hacia atrás y cayó rendida. Llegué segundos después.

—Dios —gimió estremeciéndose contra mi cuerpo.

La atraje hacia mi piel humedecida y empecé a jugar con sus cabellos.

—Te quiero —musitó tras enterrar su cara en mi cuello.

¿Me quería? Nunca me lo dijo, hasta entonces. Estuvimos en aquella posición por varios minutos. ¿Me quería? ¿Como se quiere a un novio? ¿Como Diana alguna vez me quiso?

—¿Te gustó, mi amor?

Asentí con un cabeceo. El sueño me envolvió poco a poco, me costaba mantener abiertos los ojos. Estaba muy cansado.

—¿Te quedas a dormir?

Negué con la cabeza tras bostezar.

—Te llevaré a tu casa, cielo. ¿Nos duchamos antes?

Asentí. Nos duchamos y volvimos a hacer el amor. No sé cómo, pero aquella noche lo habíamos hecho tres veces, en general solo podía dos veces. Nos marchamos a mi casa con su moto tras vestirnos.

—Para ti —me alargó unos billetes—, para los medicamentos de tu abuela.

Negué con las manos. ¿Me estaba pagando por lo que hicimos? La miré enfurruñado y me di la vuelta, dispuesto a entrar en la casa sin despedirme. Marcia cogió mi mano y me rogó que la mirara.

—No te lo estoy regalando —la miré fijo—, el domingo me arreglarás el jardín —tragué con fuerza—, nunca te regalaría dinero por haber estado conmigo.

Metió los billetes en el bolsillo de mi camisa. Tiró de mí y me besó con mucha pasión.

—Nos vemos el domingo, mi amor.

Asentí antes de entrar en mi casa. Marcia me miró con unos ojos muy dulces, me recordaba a la mirada de las ovejitas de la granja. Tierna e inocente. ¿Por qué me miraba de aquel modo? ¿Por qué sollozó en la ducha mientras se abrazaba a mí tras el clímax? ¿Qué le dolía? Entré en mi casa y me desplomé en la cama. Lolita dormía en su camita, al lado de la mía.

«Buenas noches, Lolita».

Un embravecido trueno en el cielo me hizo respingar con violencia. Evoqué de pronto algo. Me levanté de la cama como un rayo. Me puse mis pantalones y salí disparatado hacia la granja sin camiseta. No tenía tiempo para ello. Llegué al establo y ordené algunas cosas que había dejado antes de marcharme. La lluvia empezó a caer tímidamente mientras acomodaba aquellos trastos o, caso contrario, el señor Schneider se las tomaría conmigo.

«Listo» me dije para mis adentros.

Me encaminé a mi casa, cuando de repente, vi a la nueva veterinaria. Luisito me habló de ella mientras comíamos la tarta de chocolate en su casa. Se llamaba Beatriz Aquino. Estaba en la casita de las visitas, como la llamaba Diana. Me quedé allí, bajo la lluvia, mirándola con admiración. Era tan hermosa y tan... tan... no sabía cómo definirla. Me pasaba algo similar cuando veía una ovejita recién nacida o una mariposa azul. El azul era mi color favorito y siempre que veía una mariposa de ese tono me quedaba hipnotizado mirándola. Aquella mujer me provocaba un extraño cosquilleo en el estómago. ¿Por qué?

Ella miraba a lo lejos, sin percibir mi presencia. Bebía algo, supuse que era café, lo deduje por la taza que sujetaba entre las manos. Un rayo fulguroso cruzó el cielo e iluminó su rostro de un modo indescriptible, como diría mi abuelito. Una canción sonaba de fondo, era muy emotiva.

Sus ojos se encontraron de un momento a otro con los míos. Me miró con sorpresa y tras ello, dijo mi nombre. No necesitaba escucharla, me bastaba leerle los labios. ¿Ella sabía mi nombre? Aquello me emocionó mucho. Salió a la terraza, no le importaba la lluvia.

—¡Daniel! —me gritó con expresión enfurruñada—. ¿Qué haces ahí?

Me di la vuelta, dispuesto a marcharme del lugar. Definitivamente, ella sabía mi nombre. Una sensación muy rara irrumpió mi pecho al oírla. Me volví y la miré con atención por unos instantes. Un nuevo trueno cruzó el cielo en aquel preciso instante e iluminó todo el lugar. A pesar de mi terror, me quedé quieto allí por unos instantes. Siempre le tuve mucho respeto al mal tiempo.

Nos miramos por varios segundos. ¿Por qué me miraba de aquel modo? No era lástima y tampoco desprecio lo que veía en sus ojos. ¿Qué era? No conocía muchas palabras bonitas para describir ciertas cosas, pero una palabra definía todo, al menos, según mi abuelo.

«Indescriptible».

—Vete a tu casa —me ordenó con voz temblorosa—. Ahora mismo —me ordenó.

Su manera de ser me recordaba mucho a la vaca Mimi, mi vieja amiga. Ella era gruñona, indomable y dulce a la vez. Esboqué una sonrisa nostálgica al evocarla.

«Mimi» susurré para mis adentros.

Escuchar mi voz en mi cabeza era tan raro, podía hacerlo con nitidez. Sin embargo, llevaba años sin lograr articularla fuera de ella. Quizá nunca volvería a hablar.

Antes de marcharme a mi casa, hice una reverencia con la cabeza a la nueva veterinaria.

—Hasta mañana, Daniel —vocalizó con los labios.

Esboqué una sonrisa cómplice.

«Hasta mañana, doctora Aquino».

Capítulo 7

Beatriz

ΣЖЗ

«Carita de ángel»

A la mañana siguiente, a primera hora del día, hablé con el señor Weber y le exigí, prácticamente, que Daniel trabajara conmigo. Él me miró con estupor y cierta indignación. ¿Quién era yo para exigirle nada a él?, supuse que pensó. Tragué con fuerza, pero no muté mi expresión y mucho menos mi decisión. Mi patrón me oteó fijo por unos instantes.

—Quiere que ese chico trabaje con usted, ¿a pesar de su discapacidad, doctora?

¡Era mudo! ¡Por el amor de Dios! Daniel era mucho más listo y eficaz que muchos de sus empleados.

—Sí —le dije con rotundidad—, ese chico tiene mucho potencial, señor.

El señor Weber achinó los ojos al oír mi afirmación vehemente. ¿Por qué reaccionaba de aquel modo? Me pidió que tomara asiento, aquella charla duraría más de lo previsto.

—Ese chico no tiene capacidad para ciertos trabajos, doctora —se sirvió café del termo que se encontraba en una mesita rinconera—, es lento, distraído y bastante sensible. ¡Llora por cualquier cosa!

Apreté con fuerza los dientes y los puños. ¡Aquel hombre era un insensible! Me arañé la palma con las uñas para serenarme un poco.

—Y desde que lo atacaron —compuso una mueca de tristeza bastante teatral—, no ha vuelto a hablar.

¿Qué? Di un leve respingo hacia atrás al oírlo. ¿No volvió a hablar? ¿Daniel hablaba? ¿No era mudo de nacimiento? Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor.

—Su discapacidad intelectual y su mutismo —mis ojos se agrandaron

como dos naranjas—, requieren un tratamiento distinto, doctora.

Mi reacción lo sorprendió.

—Veo que no estaba al tanto de su problema, doctora.

El corazón dejó de latirme por unos instantes, luego latió a toda prisa. ¿Daniel era deficiente intelectual? Evoqué cada uno de sus movimientos mientras el señor Weber me servía agua en un vaso de plástico. Llevé la mano a mi boca y ahogué un gemido ante la impotencia.

—Según el médico del pueblo —el señor Weber me ofreció el vaso de agua—, Daniel tiene una discapacidad intelectual leve, debido a las complicaciones de su madre durante el parto.

Bebí un sorbo de agua mientras ordenaba mis emociones. Aquello no me lo esperaba. Mi alma, de cierta u otra manera, ya lo sabía, pero se negaba a creer hasta ahora.

—¿Cree que ese chico podrá ayudarla en algo útil, doctora?

El desprecio de aquel hombre hacia Daniel despertó el mío en su contra. Emilia tenía razón, el señor Weber jamás hubiera permitido que su única hija estuviera con Daniel. Un enorme nudo obstruyó mi garganta y mal me dejaba respirar.

—Ese chico apenas es capaz de limpiar los corrales sin supervisión, doctora.

Daniel hacía muy bien cualquier tipo de trabajo, pero nadie valoraba su esfuerzo, nadie. Él tenía una discapacidad intelectual leve, pero los demás tenían una grave discapacidad emocional. Bebí un sorbo de agua antes de lanzar una demanda que llevaba atascada en la garganta desde el día que lo supe.

—¿Por qué el veterinario salió impune tras lo que le hizo a Daniel, señor Weber?

El señor Weber sufrió un leve casi imperceptible cambio en su expresión, como si aquello no le importara en lo más mínimo. Negué con un cabeceo en un acto reflejo.

—No había pruebas suficientes en su contra, doctora —me dijo con una serenidad inquietante—, Daniel nunca pudo aclararnos nada —lo miré ceñuda—, enmudeció por completo tras las palizas, que supuestamente, recibió de ese veterinario.

El señor Weber se puso muy nervioso de repente, demasiado, diría yo. Según Emilia, él no insistió en el asunto para mantener las apariencias. Un escándalo como aquel podría ensuciar la buena imagen de su granja. ¿Y la

vida de Daniel? ¿No valía nada? Miré a mi jefe. No, para él, Daniel valía menos que la comida del ganado.

—Doctora —se levantó de su silla y llevó sus manos a la cintura—, muchos en el pueblo dijeron que Daniel y ese veterinario eran más que amigos —puse mis ojos en blanco—, el veterinario lo golpeó cuando Daniel le exigió que dejara a su esposa y a sus hijos.

¡Qué patraña! Daniel no podía defenderse de aquellas calumnias lanzadas por personas tóxicas, como diría mi amiga Fátima. Emilia me había comentado acerca del rumor malintencionado en contra de Daniel.

—¿Aún lo quiere como ayudante, doctora?

Era una mujer bastante obstinada cuando me proponía.

—Lo quiero como ayudante, señor Weber —fui contundente—, caso contrario, denunciaré el maltrato de sus empleados en su contra ante las autoridades.

Mi jefe me miró como si acabara de asesinarle el perro. Me dirigió una mirada bastante elocuente casi fulminante. Tragué con fuerza mientras él cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a otra unas cinco veces consecutivas. Mentalmente me estaba troceando con algún machete. Mis manos empezaron a sudarme y las sienes a palpitarme. El silencio se hizo eterno en la sala.

Tras unos minutos, me dijo solemne:

—Está bien, doctora —me dijo sin acotar nada más.

Esbocé una amplia sonrisa al escucharlo. ¡He logrado mi objetivo! Me levanté de la silla y le estiré la mano derecha sin abandonar mi expresión jubilosa.

—No se arrepentirá, señor.

Cogió mi mano con vacilación. Mi amenaza lo tomó por sorpresa y mal podía disimularlo. Estaba dispuesta a defender a Daniel con uñas y dientes de todos aquellos que atentaran en su contra. Y aún más al conocer su discapacidad.

—Eso espero, doctora.

Salimos de su despacho para hablar con Daniel. Nos estábamos acercando a los corrales, cuando uno de los empleados empujó a Daniel con violencia por detrás mientras él cogía algo del suelo.

—¡Daniel! —chillé al verlo dentro del charco de lodo.

Todos empezaron a reírse, menos Luisito, que les insultó a voz en cuello. El señor Weber les regañó con dureza. Le seguí los pasos y ayudé a Daniel

para salir del lodo. ¿Por qué me sonó tan falso el tono de mi jefe? ¿Acaso estaba fingiendo? Daniel cogió mi mano con timidez.

—Ven, cielo —le dije con el alma a mis pies.

Estaba completamente enlodado, de pies a cabeza.

—Oh, cielo.

El señor Weber meneó la cabeza en un gesto negativo. Su expresión mostraba total desinterés en Daniel, aunque fingiera lo contrario ante mis ojos.

—Doctora, el chico se tropezó solo —me dijo el empleado que lo empujó.

Daniel temblaba como una hoja a mi lado, le tenía miedo a alguien, pero ¿a quién? ¿Quién era ese empleado? No solté la mano de Daniel un solo instante mientras Luisito le decía palabras de aliento. Aquel niño era un ángel.

—¡No estoy ciega! —rugí como una leona—, vi muy bien lo que ha hecho —crucifiqué al empleado con los ojos—, si vuelve a suceder —mi tono era cada vez más áspero—, lo denunciaré por maltrato.

Todos me miraron con asombro. Mientras estuviera allí, nadie, absolutamente nadie, volvería a tocarle un solo pelo a Daniel. No se burlarán, ni abusarán, ni reirán de él nunca más. Luisito les sacó la lengua.

—Vámonos a mi casa, cielo —le dije a Daniel, que mantuvo la cabeza gacha todo el tiempo—, te darás un baño caliente.

El señor Weber dijo algo por lo bajo, algo que no comprendí, pero que me sonó un tanto burlón. Intercambiamos una mirada fugaz con el empleado que empujó a Daniel. Aquel rostro ladino lo grabé a fuego en mi retina.

—Permiso, señor Weber —le dije a mi patrón en tono seco—, lo acordado queda en pie a partir de ahora —le dije resoluta antes de girar sobre mis pies.

Nos marchamos a mi casa, Daniel titubeó antes de cruzar la puerta principal. Se miró y luego me oteó a mí con ojos de cordero degollado.

—No tengas miedo, cielo —le dije tras apretujarle la mano—, luego limpiaré el piso, no te preocupes.

—Yo lo haré —dijo Luisito.

—¿Ves? No hay por qué preocuparse, cielo.

Daniel no me miró, tenía mucha vergüenza de mí. Temblaba como una hoja, como si tuviera mucho frío.

—Siempre se burlan de él, doctora —me dijo Luisito—, y desde que perdió la voz, aún más.

Un enorme nudo se me formó en la garganta.

—Vámonos, cielo —insistí.

Daniel subió a mi cuarto y se metió en la ducha sin quitarse las ropas.

—Dúchate tranquilo —le dije con la voz algo enronquecida—, luego quítate las ropas —me miró con timidez—, las pondré en la lavadora y después en la secadora. En menos de una hora tendrás ropas limpias y secas.

Asintió y me obedeció al instante. Se quitó la camiseta y los pantalones, quedándose únicamente con su ropa interior. No pude evitar mirar su cuerpo semidesnudo y enlodado. Cada músculo se podía apreciar a simple vista.

Daniel despertaba un lado mío que no conocía, que no sabría definir con palabras. Mi lado tierno y también salvaje al tiempo. Una dualidad bastante compleja.

—Aquí tienes una pastilla de jabón —le estiré—, huele a rosas —esbocé una sonrisa amistosa.

Luisito tiró de mi camiseta con su manita y me robó la atención.

—Él usa jabón y colonia de bebé, doctora —me dijo—, otros aromas le dan dolor de cabeza.

Daniel escrutó a su amiguito con ojos implorantes. El niño se encogió de hombros e ignoró su mueca por completo.

—Es la verdad, Daniel —resaltó Luisito—, la doctora es nuestra amiga, ¿no, doctora?

Miré a Luisito y asentí.

—Así es, Luisito.

La ternura que sentía por Daniel se magnificó a niveles insospechados. Esbocé una sonrisa que mal curvaba mis labios.

—Luisito y yo iremos a la farmacia del pueblo a por un jabón y una colonia de bebé —anuncié con entusiasmo—. De paso, me compraré unos para mí también —aduje sonriendo—. Siempre me han gustado mucho, pero los dejé de usar cuando... —meneé la mano en el aire en un gesto desenfadado—. En fin...

Daniel me miró con profundo dolor. Lo estaba tratando como todos lo hacían. Me detesté con toda el alma por ello. Los ojos de Daniel se nublaron y sus labios empezaron a temblarle. Le dolía cómo actuaba con él, le dolía que lo tratara como todos los demás lo hacían. Luego evoqué un detalle y lo expuse a continuación sin rechistar:

—Porque mi futuro ayudante necesita estar limpio y perfumado —dije con una sonrisa afable.

Daniel me miró con magnitud.

—Así es, Daniel —Luisito hizo piruetas a mi alrededor—, serás mi ayudante a partir de hoy.

Sus ojos brillaron con intensidad e iluminaron los míos. La alegría que le causé con aquella noticia, no tenía precio.

—Volvemos al rato —le dije sonriendo—, quítate el barro mientras tanto, cielo.

Daniel asintió con un cabeceo leve y encendió la ducha a continuación. Se asustó ante la presión del agua, pero luego se adaptó a ella. Observé con ojos melosos su cuerpo inmejorable. El barro empezó a desaparecer, dejando a la vista su piel nívea. La ropa interior cedió un poco cuando el agua se acumuló en ella, mis ojos atrevidos posaron en su tripa definida hasta la raya de la pelvis.

«Madre mía» contuve un gemido a duras penas.



Salí del cuarto de baño con Luisito tras recuperarme de la impresión. Durante el camino, el amiguito de Daniel, me puso al tanto de muchas cosas, cosas que despertaron mi curiosidad, más que nada.

—¿Lo hacen trabajar incluso los domingos?

Luisito asintió mientras buscaba alguna cadena en la radio del viejo escarabajo blanco que me dieron en la granja para que pudiera movilizarme por el pueblo.

—Sí, doctora. Por ello Daniel muchas veces se duerme en medio del trabajo. El señor Schneider siempre lo reprende por ello, siempre —me dijo apenado

El trabajo duro en la granja esculpió cada músculo de su cuerpo, pero lastimó cada fibra de su alma.

—Todos le tienen envidia, doctora —me dijo Luisito—, porque casi todas las mujeres del pueblo quieren ser su novia.

¿Solo por eso actuaban con Daniel de aquel modo tan violento? ¿Por qué el señor Weber lo permitía?

—¿Sabes algo del veterinario que golpeó a Daniel? —lancé con sumo cuidado.

Luisito tenía solo diez años, pero la mentalidad de uno de veinte.

—Ese infeliz lo golpeó con dureza, doctora —se rascó el puente de la nariz algo pensativo—. Pero salió de la granja negando haberlo hecho. Gritó a voz en cuello que nunca tocó a Daniel, que no tenía motivos para ello.

Aquella afirmación me dejó anonadada.

—Ah, ¿sí?

Luisito al fin halló una cadena que le gustó.

—El señor Weber lo echó a patadas de la granja —Luisito abrió mucho los ojos—, el veterinario intentó golpearlo, pero mi padre lo atajó a tiempo — la adrenalina aceleró mi corazón—, el hombre gritó que no fue él el que le golpeó a Daniel durante todo el camino.

Luisito me contó cómo Diana, la hija del señor Weber, cuidó a Daniel durante unos días mientras su padre y su marido viajaron a otro pueblo.

—Ella lloró en varias oportunidades, doctora —me dijo él con expresión triste—. Daniel mal podía levantarse de la cama.

Luisito me dijo que el veterinario visitó a Daniel en dos oportunidades.

—¿Y cómo reaccionó Daniel al verlo? —le pregunté mientras nos apeábamos del coche—, ¿tuvo miedo?, ¿lloró?, ¿tembló?

Luisito frunció ligeramente el entrecejo.

—Daniel no le tenía miedo, doctora —afirmó él—. Al contrario, le trató súper bien, como si fuera un amigo.

Aquello me dejó pasmada. ¿Por qué Daniel no reaccionó al ver a su agresor? ¿El veterinario era inocente como alegaba? Evoqué de pronto a Mark, uno de mis mejores amigos del instituto. Él era informático, un hacker muy sagaz, capaz de entrar en cualquier ordenador, incluso en los de la policía. ¿Podría ayudarme a descubrir el misterio oculto detrás de aquella historia mal contada?

—Buenas tardes —me saludó la dependienta de la farmacia.

Una mujer morena, alta, de ojos verdes y curvas perfectas ingresó al local y saludó con afecto a Luisito.

—Hola, mi querubín.

Acarició el rostro de Luisito con la mano.

—Hola, Marcia —le dijo él con una amplia sonrisa.

¿Marcia? ¿Era la mujer del burdel? ¿La mujer que estuvo con Daniel? La miré de reojo y la estudié de pies a cabeza. Aquella mujer era el sueño de cualquier hombre.

—¿Cómo está mi hermoso príncipe?

¿A quién se refería? ¿A Daniel? Me puse muy seria, muy ceñuda. ¿Por qué me molestaba tanto? Luisito le contó lo sucedido horas atrás en la granja.

—Ella es su nueva jefa —me presentó—. Doctora, esta es Marcia.

La mujer me miró con ojos inquisitivos casi especulativos. Me estudió de pies a cabeza y sonrió con malicia.

—Hola —me dijo—. Mucho gusto, doctora.

Esboqué una sonrisa amistosa, pero ella fue incapaz de devolverme el gesto. Sí, en definitiva, le caía mal.

—Dile a Daniel que lo esperaré en mi casa el domingo —le dijo a Luisito —, permiso, doctora —me dijo antes de alejarse de nosotros dos.

¿El domingo? ¿Daniel y ella seguían liados? Los celos arañaron mi ser con aleve. ¿Dije celos? Fruncí mi entrecejo en un gesto de asombro. No eran celos, sino cariño. No quería que nadie se burlara de Daniel, y aquella mujer no me inspiraba confianza.

—Es una de las novias de Daniel —me dijo Luisito como si tal—, ella lo adora —sonrió con malicia—, es muy celosa, doctora.

¿En verdad aquella criatura tenía solo diez años? Marcia compró varias cajas de condones y otras cosas que no alcancé a ver desde mi sitio. Se despidió de nosotros tras pagar por sus cosas.

—Una de sus novias, ¿eh? —bisbiseé con sorna.

Daniel era un rompecorazones.

Salimos de la farmacia con un champú, un jabón, una colonia, un talco y una crema para bebés.

—Una tienda de ropas —dije ilusionada—. Ven, Luisito.

Le compré una ropa interior y una camiseta para Daniel. Los vaqueros decidí dejarlos para otro día, ya que no tenía a mano sus medidas.

—Me gusta ese suéter negro —me dije tras coger el atuendo—, lo llevaré.

—¡Cuántas cosas, doctora!

Nos marchamos a la granja a continuación. Cuando entré al cuarto de baño, lo encontramos llorando con amargura bajo el agua, sentado en el piso y abrazado a sus piernas. ¿Estaba allí desde que nos marchamos? Aquella imagen destrozó mi corazón en mil pedazos.

—Está muy triste, doctora —me dijo Luisito.

Me acerqué a él impulsada por mi instinto protector y me senté a su lado bajo la ducha. El agua caliente caía sobre nosotros como una cascada. Luisito nos miró con profundo dolor desde la puerta.

—No llores, cielo —le rogué—, por favor...

Daniel lloró con más amargura. Llevaba tiempo cargando aquella pena en su corazón.

—Te cuidaré, Daniel —le dije con ternura—, nadie volverá a lastimarte, mi carita de ángel.

Le pedí a Luisito el jabón. Él se acercó y me estiró la pastilla con manos

temblorosas. Le dolía profundamente ver a su amigo en aquel estado. Daniel no levantó la cabeza una sola vez.

—Nunca más, Daniel.

Le lavé los brazos con sumo cuidado mientras él, derrotado por el dolor, seguía llorando como un crío.

—Siempre te cuidaré, Daniel —me dije a mí misma.

Daniel me miró a los ojos como si me hubiera escuchado. Una lágrima atravesó su mejilla y se entremezcló con el agua. Él deslizó su mano derecha por mi cara sin apartar la vista de mis ojos.

—¿Te gusta el aroma de esta pastilla? —le demandé con una sonrisa melosa.

Daniel cogió mi mano derecha con timidez y olisqueó la palma con los ojos entrecerrados. El simple contacto me erizó toda la piel. Abrió sus ojos de par en par y asintió con una sonrisa casi imperceptible en sus labios.

—No llores —le supliqué.

Sus grandes y expresivos ojos azules me miraron con mucha magnitud. Daniel no necesitaba voz para comunicarse conmigo, le bastaba con mirarme para ello. Alguien cruzó mi mente en aquel preciso instante, alguien muy especial.

Capítulo 8

Daniel

ΣϞΣ

«Dulce sonrisa»

Lloraba a moco tendido bajo la ducha de la doctora Beatriz, tras un triste episodio cerca del charco de los cerdos. Abracé mis piernas y recliné mi cabeza sobre mis rodillas y lloré con amargura lacerante. Me dolían partes de mi cuerpo que ni siquiera sabía que tenía. Evoqué lo que Agustín me hizo mientras limpiaba el chiquero de los cerdos...

—¿Hola, muñequito? —me dijo con voz burlona—. Dime una cosa, ¿qué has hecho para conquistar a Marcia? ¿Le has chupado el coño?

¿Qué era eso?, me pregunté sin detenerme en mi tarea. No conocía aquella palabra, bueno, la palabra sí, pero no sabía qué era al cierto.

—¿Ella te chupa el pene?

Decidí ignorarlo y continué con mi trabajo. Las cosas que hacía con Marcia no eran de su incumbencia. ¿Qué era coño?, volví a preguntarme. Sonaba chistoso. En un descuido, Agustín cogió mi brazo derecho de golpe y me quitó la pulsera que llevaba en la muñeca. Aquella pulsera en forma de rosario fue el último regalo que me hizo mi abuelo antes de morir. Intenté cogerla, intenté suplicarle que me la devolviera.

—¿La quieres?

Agustín la giró alrededor de su dedo índice al tiempo que me miraba con expresión maliciosa. Era un hombre bastante malvado y peligroso. En más de una ocasión, se peleó con algún que otro empleado de la granja. También violentaba a su mujer y a su hijo, según Emilia.

—Dios te dio mucha belleza —me dijo con sorna—, pero no te dio inteligencia —se golpeó la sien derecha con el dedo índice—, ¿eso te hace especial ante los ojos de Marcia? ¿Tu retraso le atrae?

¿Mi retraso? ¿Por qué siempre me hablaban de retraso si era el más puntual de todos los empleados?

—¿Qué le gusta de ti?

Marcia nunca aceptó acostarse con él y por eso se las tomaba conmigo cada dos por tres. Emilia me dijo que era mala persona y que me envidiaba. Nunca supe lo que era la envidia. Según ella, era un sentimiento mezquino, que carcomía el alma de una persona como el cáncer solía hacer con el cuerpo de sus víctimas. Tampoco sabía muy bien qué era el cáncer, supuse que era algo malo, ya que una vecina de Luisito murió de eso tras sufrir mucho.

—¿Es importante para ti, cara de leche?

¿Cara de leche? ¿Qué significaba aquello? Viniendo de él, no podía ser cosa buena. Intenté coger la pulsera, pero él la lanzó en el charco tras reírse a carcajadas de mi desesperación. Solté un gemido de dolor antes de agacharme para rescatarla del lodo. Él me empujó con violencia y perdí el equilibrio. Me caí de cabeza en el lodo.

—¡Torpe! —rio de buena gana. —¡Esos cerdos son más despabilados que tú!

Aproveché el momento para buscar la pulsera, pero no la encontré por ninguna parte. Unos empleados se acercaron, pero en lugar de ayudarme, se rompieron a reír. Luisito se aproximó, y les gritó a voz en cuello.

«¿Dónde está?» me pregunté con desesperación a medida que me hundía en el charco con los cerdos.

—Ven, Daniel —me dijo Luisito.

Pero no podía salir antes de encontrar la pulsera. La necesitaba para que me defendiera de todo mal como me dijo mi abuelo en su lecho de muerte. La exasperación alteró los latidos de mi corazón. Las risas llegaban a mis oídos como ecos lejanos. El señor Weber y la doctora Aquino se acercaron minutos después. Él les regañó duramente, o, al menos, eso me pareció. La doctora le dijo algo a Agustín, algo que no comprendí, ya que los nervios me ensordecieron por completo.

—Ven, cielo —me dijo la doctora.

¿Cielo? Aquello me erizó toda la piel. Estaba completamente enlodado, de pies a cabeza. El señor Weber meneó la cabeza en un gesto negativo. Me miró con expresión seria, casi fulminante. Desde que supo lo mío con su hija me trataba como todos los demás en la granja, con desprecio. Emanuel, el padre de Luisito y Sofía, desconfiaba que el trato que me daban era por órdenes expresas suyas. Todo era posible.

—Eres un maldito bastardo muerto de hambre, un retrasado mental sin futuro. ¿Crees que permitiría que mi única hija se liara con alguien como tú? ¡Los animales de mi granja son más listos que tú! —me gritó aquella funesta noche en que aparecí desnudo en la fiesta de Diana.

—La amo, señor. ¡Con toda mi alma! —me defendí.

—¡Eres un hijo de puta! —me gritó antes de lanzarme al suelo con violencia.

—Mi madre no es una puta —lloré con amargura—, no la ofendas.

Él me miró con desdén.

—¿Cómo mi hija pudo fijarse en alguien como tú? ¡Das penas!

La voz de mi agresor me devolvió al presente de golpe.

—Doctora, el chico se tropezó solo —le dijo Agustín con cinismo.

Temblaba como una hoja. Cada vez que me ponía nervioso o triste, mi cuerpo reaccionaba de aquel modo. Marcia me decía que necesitaba unos medicamentos y atención psicológica, pero no tenía dinero para ello. Una vez me llevó a un centro para personas con alguna discapacidad, pero el mismo se cerró por falta de rubro, según entendí. Si tuviera dinero, los hubiera ayudado para conservar el lugar donde conocí a tanta gente buena.

—¿Estás bien? —me preguntó Luisito.

Quise decirle que sí, pero jamás le mentí. En ese lapso, evoqué lo que Sascha me hizo cuando teníamos unos quince años.

—¿Tienes miedo? —me preguntó Sascha en tono amenazante.

Estábamos cerca de los establos. Sus amigos se rieron a mandíbula batiente de mí, ya que acababa de hacerme pis.

—¿Sabías que ese toro es muy malo, retardado de mierda?

Sascha me empujó con violencia, a pesar de mi resistencia, terminé dentro del establo del famoso toro «Furia», como le habían bautizado en la granja. Sascha y sus amigos me lanzaron las heces de algunos animales mientras yo me rompía a llorar. Me acurruqué en un rincón del establo, temblando como una hoja. Furia no me atacó, al contrario, parecía mirarme con empatía, con compasión.

—Hola —me imaginé que me dijo.

Sascha y sus amigos se marcharon del lugar minutos después. Aquel toro podía haberme atacado y matado. Sin embargo, me enseñó que el peor animal de la tierra eran los humanos.

La doctora y Luisito fueron los únicos que me preguntaron cómo me encontraba. No hice ningún movimiento. La doctora no me soltó la mano un

solo instante mientras Luisito me decía palabras de aliento. Era mi mejor amigo en todo el mundo, después de su padre, claro.

—¡No estoy ciega! —rugió la doctora como una leona—, vi muy bien lo que ha hecho, si vuelve a suceder —su tono era muy severo casi furioso—, lo denunciaré por maltrato.

Todos la miraron con asombro, incluso el señor Weber. El padre de Diana detestaba los escándalos y haría cualquier cosa para evitarlos. Incluso me trataría mejor si fuera necesario. La doctora me miró de un modo muy tierno. No me miró con desdén o con lástima, no, ella me miró con dulzura, como lo hacía mi abuelita. Bajé la mirada intimidado y algo avergonzado por la situación. Estaba más mugroso que los cerdos.

—Vámonos a mi casa, cielo —me dijo—, te darás un baño caliente. Permiso, señor.

Nos marchamos a su casa, que estaba a pocos metros de la mansión del señor Weber. Titubeé antes de cruzar la puerta principal. Me miré y luego la atisé con ojos de cordero degollado. No quería ensuciar el piso con el lodo. Prefería irme a mi casa.

—No tengas miedo, cielo —me dijo tras apretujarme la mano—, luego limpiaré el piso, no te preocupes.

Quise decirle que podría hacerlo yo, pero no sabía cómo. Ella no me comprendería, ella no conocía mi lenguaje. El lodo de mi cara empezaba a secarse al igual que el de mis ropas. Era muy molesto. Mi amiguito me miró con profundo dolor. No era la primera vez que me hacían una broma como aquella y, probablemente, no sería la última.

—Yo lo haré —dijo Luisito.

Escruté con ojos melosos a mi amiguito.

—¿Ves? No hay por qué preocuparse, cielo.

No pude mirarla, tenía mucha vergüenza. Temblaba como una hoja, como si tuviera mucho frío. El miedo me carcomía por dentro.

—Siempre se burlan de él, doctora —le dijo Luisito, muy apenado—, y desde que perdió la voz, aún más.

Mis ojos se nublaron, fue inevitable. Me hubiera gustado poder hablarle a ella, pero no podía. Me hubiera gustado decirle «gracias, doctora», pero no podía. Fue la primera vez, en mucho tiempo, que extrañé mi voz.

—Vámonos, cielo —insistió.

Nos subimos a su cuarto, en aquel cuarto donde Diana y yo estuvimos tantas veces. Escruté con nostalgia el lugar.

—*¿Siempre me amarás, Daniel? —me preguntó la última noche que estuvimos en aquella cama de princesa de cuento de hadas.*

Estaba sobre su cuerpo, dentro de ella.

—*Siempre te amaré, Diana —le dije con el corazón en la mirada.*

Antes era amor, ahora era solo dolor lo que sentía cuando evocaba a Diana.

La doctora me cedió el paso y me adentré en el cuarto de baño con pasos muy lentos. El lodo seco pesaba lo suyo al igual que los recuerdos del pasado.

—*¿Me puedes lavar la espalda, Daniel? —me preguntó Diana tras darse la vuelta.*

Cogí el jabón que olía muy rico y empecé a enjabonarle la espalda con sumo cuidado.

—*Tienes manos de un ángel, Daniel.*

¿Ella conocía a un ángel? ¿La ha bañado? Diana hablaba muy bonito, pero muchas veces no comprendía lo que decía.

La voz de la doctora me rescató de mi trance. Me metí en la ducha sin quitarme las ropas. Jamás me desnudaría enfrente de una extraña. Me costaba hacerlo incluso con Marcia.

—*Dúchate tranquilo —me dijo la doctora con la voz algo enronquecida.*

¿Le dolía la garganta? ¿Pilló un resfriado?

—*Luego quítate las ropas —me miró con timidez—, las pondré en la lavadora y después en la secadora. En menos de una hora tendrás ropas limpias y secas.*

Me quité la camiseta y los pantalones con parsimonia. Me quedé solamente con la ropa interior.

—*Aquí tienes una pastilla de jabón —me estiró—, huele a rosas —esbozó una sonrisa amistosa.*

Luisito tiró de su camiseta con su manita.

—*Él usa jabón y colonia de bebé, doctora —le dijo y me sonrojé como un tomate—, otros aromas le dan dolor de cabeza.*

Lo escruté con ojos implorantes a Luisito, que se encogió de hombros sin mirarme a la cara.

—*Es la verdad, Daniel —resaltó—, la doctora es nuestra amiga, ¿no, doctora?*

Ella oteó a Luisito y asintió con un leve cabeceo. La miré con cautela y comprobé lo hermosa que era. Olía tan rico, olía a rosas y a algo más que no lograba identificar. ¿Era suavizante de ropas? Sí, podía ser. Aunque también

podía ser alguna crema corporal, Marcia solía ponerse una que olía muy rico tras ducharse.

«Concéntrate» me dije tras menear la cabeza. A veces me descolgaba con facilidad. La volví a mirar con atención mientras ella hacía lo mismo conmigo. Su pelo era muy sedoso, me recordaba al pelo de Lolita, y su piel parecía tan suave, tan tersa como el algodón. Me gustaba mucho la sensación que me provocaba en la palma el algodón. No era muy alta, pero tampoco baja. Era delgada, de piel blanca y pechos medianos. Me ruboricé como un tomate ante mi escrutinio atrevido, pero no logré desviar la mirada de sus senos. No eran grandes como los de Marcia, y tampoco diminutos como los de Diana. Levanté la vista y observé su boca, era muy pequeña y muy carnosa. La nariz era muy delicada y la barbilla algo puntiaguda. Cuando sonreía, unos agujeritos se le formaban en los mofletes, me gustaba el efecto que causaba en toda su cara. Me contempló fijo por unos segundos más. ¿Estaría ella analizándome? ¿Oliéndome? No estaba muy presentable aquel día. ¿Los cerdos no sentían vergüenza cuando los otros animales los miraban? ¿No se sentían sucios? ¿Malolientes? Ahora sabía cómo se sentían cuando salían de sus charcos, no era muy agradable que digamos.

«Tenían hambre, no vergüenza» me dije tras meditarlo.

Volví a mirarla. El color de sus ojos me recordaba a la miel bajo el sol, dorada y brillante. Y su mirada me causaba la misma sensación que la miel en la boca. Era dulce, casi empalagosa. Sin embargo, cuando me defendió, tenía la mirada de una abeja asesina. No tenía sentido, me dije tras analizarlo mejor, puesto que nunca vi de cerca la mirada de una abeja asesina, en general, no me daba tiempo para ello, ya que salía corriendo para evitar que me picara.

—Así es, Luisito —contestó ella y me arrancó de mi ensoñación.

La doctora esbozó una sonrisa que mal curvaba sus labios. Escruté con fascinación aquellos agujeritos en sus mofletes. ¿Cómo se llamaban? No lo recordaba. Llevé mi mano a mi mentón, yo tenía un agujerito allí. Una vez pensé que algún animal me había arrancado un pedacito, pero mi abuela me dijo que no. Luego me explicó que aquello me hacía especial, diferente a los demás. No había muchas personas con agujeritos en el mundo. Según Luisito, Dios nos hizo con sus propias manos, como Emilia, su tía, solía hacer el pan. Me preguntaba si él, durante mi amasamiento, ¿metió el dedo en mi barbilla? Pondré aquella pregunta en mi larga lista de preguntas. Cuando muera, me reuniré con Dios y le preguntaré muchas cosas mientras esté amasando a otras personas en su enorme panadería. Mi expresión se torció un poco. Tras

amasarnos, ¿Dios nos metía en algún horno para asarnos? Nueva inquietud, nueva pregunta en mi lista.

—Luisito y yo iremos a la farmacia del pueblo a por un jabón y una colonia de bebé —anunció la doctora con entusiasmo—. De paso, me compraré unos para mí también —adujo con una voz algo infantil.

Mis ojos se nublaron y mis labios empezaron a temblarme. Me dolía profundamente que me tratara como todos los demás.

—Porque mi futuro ayudante necesita estar limpio y perfumado —me dijo con una sonrisa afable minutos después.

La miré con mucha atención. ¿Su ayudante? ¿Ella quería que la ayudara con los animales?

—Así es, Daniel —Luisito hizo piruetas a su alrededor—, serás mi ayudante a partir de hoy.

¿Hoy? Una inmensa alegría me recorrió de pies a cabeza. Sentía algo similar cuando comía chocolate o pan untado con miel y algo de avenas encima.

—Volvemos al rato —me dijo sonriendo—, quítate el barro mientras tanto, cielo.

¿Cielo? Me gustaba cuando me llamaba así. Marcia solía hacerlo, pero sonaba distinto en sus labios. Cuando la doctora me lo decía, una dulce sensación me recorría todo el cuerpo. ¿Cómo podía definirlo? Evoqué lo que me dijo mi abuela cuando murió mi abuelo.

«Algún día volveremos a encontrarnos con él en la granja celestial». La simple idea de volver a verlo algún día, me provocaba una alegría que mal me cabía en el pecho. Cuando la doctora me llamaba cielo, sentía lo mismo.

Me metí bajo la ducha tras asentir y abrí la ducha a continuación. Me asusté ante la presión del agua, pero luego me adapté a ella. Aquella ducha siempre me asustaba.

Cuando salieron del cuarto de baño, las lágrimas se entremezclaron con el agua.

«Lo siento, abuelo» mascullé para mis adentros tras otear mi muñeca derecha.

Me recliné contra la pared llorando de manera incontrolable. Me deslicé lentamente, hasta sentarme en el suelo. Abracé mis piernas y lloré con toda el alma. En ese lapso, evoqué lo que le había pasado a mi amiga Mimi, la vaca más cascarrabias que jamás conocí.

«Mimi» dije llorando.

En la granja la llamaban Mimosa, justamente por ser tan rezongona. Al principio nos peleábamos bastante, en especial cuando tenía que ordeñarla. En más de una ocasión, se movió y me derrumbó en el suelo. A veces, incluso, me daba la sensación de que se reía de mí.

«¿Eres una vaca o una cerda?» me pregunté en más de una ocasión, ya que ella siempre hacía sus necesidades mientras la llevaba al establo.

Con el tiempo, tras muchas peleas, nos tornamos amigos, muy buenos amigos, tanto que, siempre que me veía, mugía a modo de saludo. No podía hablar, pero siempre le acariciaba la cabeza y le daba un beso.

—¡Al fin conocemos a tu novia! —se burló Gustavo, cierta vez—, ¿o es tu madre?

Aquello me enfureció y le lancé un cubo de metal, acertando de lleno su cabeza. Él vino a por mí, pero Emanuel me defendió de sus propósitos.

—¡Me las pagarás, maldito enfermo!

Quise decirle que no estaba enfermo, pero no tenía cómo hacerlo. Emanuel me pidió que no volviera a hacer aquello, que fuera menos impulsivo durante su ausencia. Le prometí que así sería.

«Hola» saludé a Mimi, que comprendía mejor que nadie mis expresiones.

Le quité la leche como todas las mañanas. Ya no se enfadaba cuando le tocaba sus ubres.

«No somos novios» le dije con la mirada mientras apretujaba sus ubres.

Prefería llamarlas tetas, pero mi abuela me dijo que los órganos mamarios de las vacas se llamaban ubre. Mimosa me miraba de un modo muy cómico, como diciéndome: ¿entonces por qué me tocas las ubres? Mis pensamientos me divertían mucho. Por las tardes, solíamos ver el atardecer juntos, antes de llevarla a su establo. Mimi era bastante celosa.

«Antes no me soportabas, y, ¿ahora me celas?». Los animales eran mi gran debilidad. Me gustaba estar con ellos más que con las personas. Ellos nunca me trataron mal, bueno, no todos. Esboqué una sonrisa y Mimi mugió a modo de saludo.

«¿Mimi era una vaca loca?» me pregunté mientras ella comía a mi lado. Cierta vez oí que había unas vacas locas, pero nunca supe si Mimi era una o no. ¿Perdían el juicio como las personas? Supuse que sí y que por ello la llamaban así.

A veces la llevaba cerca del lago y nos quedábamos allí hasta el atardecer. El señor Weber no se impuso, al contrario, me dijo que siendo ella la mejor vaca de la granja, merecía aquellos paseos.

Mimi comía algo de pasto entretanto yo escrutaba el horizonte etéreo de aquel sitio, evocando de vez en cuando a Diana, mi dulce amor perdido. ¿Era feliz con su marido? Emilia me dijo cierta vez que Diana no era feliz con Sascha, que nunca lo sería, ya que no lo amaba. Entonces, ¿por qué se casó con él? Nunca comprenderé sus motivos. Emanuel alegó que se casó por interés, ya que su padre no pasaba por un buen momento económico en aquel entonces.

«Diana» susurré con dolor para mis adentros.

El señor Schneider se acercó con otros empleados cierta mañana mientras ordenaba la paja en los establos.

—Lleven a Mimosa al matadero —ordenó—, tú irás con ellos, Daniel.

¿Matadero? ¿Qué era eso? Seguí los pasos de Gustavo y otros hombres. Varias vacas fueron transportadas a aquel sitio cuyo nombre no sonaba muy bien.

—Hoy pagarás tu deuda —me dijo Gustavo tras palmearme la espalda con poca delicadeza.

Llegamos al sitio y descendimos a las vacas. Me dijeron que aquel sitio era como un hospital para las vacas enfermas. ¿Mimosa estaba enferma? El señor Schneider ordenó que Mimosa fuera la primera. Oteé el suelo con asombro. ¿Aquello era sangre? Gustavo afilaba un cuchillo a pocos metros de Mimi. ¿Qué haría con aquel cuchillo? Mi corazón latió con fuerza en mi pecho ante una horrible posibilidad. Di exactamente dos pasos antes de que dos hombres me sujetaran por los brazos. Miré con desesperación al señor Schneider, que se limitó a mirarme con mucha pena. Mis ojos se nublaron mientras forcejeaba con aquellos dos. Perdí el equilibrio y me caí de rodillas sobre el duro pavimento. Mimi me miró con dulzura, con una dulzura inusual en ella. Me removí con violencia, pero aquellos hombres tenían mucha fuerza. Rogué con los ojos misericordia, pero nadie en aquel lugar estaba dispuesto a concedérmela. Mimi mugió de un modo muy lastimero y me partió el corazón en dos. Ella sabía que aquel sería su último día.

Gustavo se acercó con el cuchillo.

—Dile adiós a tu novia —me dijo en tono burlón antes de cortarle el cuello a Mimi.

«¡Nooo!» grité para mis adentros y me removí con ferocidad. Me liberé de aquellos hombres y corrí hasta Mimi que acababa de caerse en el piso sin vida. Lloré con una desesperación que los dejó sin palabras. Gustavo me miró asombrado y, por qué no decir, apenado.

—Lo siento, chaval —me dijo al ver mi reacción.

Me abracé a Mimi e intenté pararle la hemorragia con las manos. Ella se había ido a la granja celestial.

—Daniel —me dijo el señor Schneider—, se ha ido, chaval.

Me manché de pies a cabeza con la sangre de Mimi. Nadie me apartó de ella por varios minutos. Todos me miraban con profundo dolor.

—Ese chico no está muy bien de la cabeza, ¿no? —demandó alguien en tono preocupado.

—Así es —le contestó el señor Schneider.

¿Querer a los animales era malo? ¿Tratarlos con cariño era malo? ¿Ser amigos de ellos era malo? El dolor que sentía era insoportable y me desmayé ante él.

Cuando me desperté, estaba en mi casa, en mi cama. Mi abuela me puso una toalla fresca sobre la frente. Tenía mucha fiebre.

—Mi vida —ella lloraba con desconsuelo—, lo siento mucho.

Emanuel estaba sentado en la silla de madera que se encontraba en un rincón de mi cuarto, mirándome con tristeza infinita.

—Lo siento mucho, Daniel —me dijo mi amigo.

Estuve en cama durante días. Me dolía la cabeza, el corazón y el alma. En medio de mi martirio, Diana apareció y me cuidó. Era producto de mi delirio, pero fue tan bonito tenerla a mi lado aquellos días grises.

—Lo siento mucho, mi amor —me dijo llorando—, mi mundo —me besó en los labios—, lamento lo que le hicieron a tu vaca, Daniel.

Mimi no era mi vaca, Mimi era mi amiga. ¿Por qué les costaba tanto comprender aquello? Mimi me amó de verdad, no le importaba mi condición financiera como a otros que decían amarme. Le gustaba estar conmigo, no me pedía nada a cambio. Era gruñona, celosa, desobediente, pero la mejor amiga del mundo. Ella me aceptaba tal cual era, me comprendía y me aconsejaba con la mirada.

«Tú trazaste tu destino» me dijo el señor Schneider durante el camino de regreso. ¿Qué significaba? ¿Qué se ocultaba detrás de aquellas palabras?

La doctora y Luisito retornaron y me arrancaron de mi triste viaje al pasado. Lloraba por Mimi, lloraba por la pulsera que me dio mi abuelo antes de morir, lloraba por todas las humillaciones que pasaba a diario, lloraba por Diana y, ante todo, lloraba por ser yo.

Capítulo 9

Beatriz

ΣϞΣ

«Sonrisas y lágrimas»

Daniel se puso sus ropas con timidez, las que le regalé, decidió conservarlas para otro día. Al menos no las rechazó, pensé aliviada. Luisito me dijo que Daniel era muy orgulloso y que podría tomar mal mi gesto, sin embargo, no fue así.

—Te quedará muy bien este suéter negro —le dije con una sonrisa—. Cuando lo vi, pensé en ti.

Daniel me miró con magnitud y toda mi sangre se instaló en mis mejillas. ¿He pensado en ti? ¿Eso le he dicho? El suéter negro, cuello v y algo ajustado, le quedaría muy bien, pensé para mis adentros. Aunque, aquel joven, incluso con un saco de patatas quedaría bien.

—¿La camiseta es de tu agrado?

Daniel asintió y cogió mi mano derecha tras suspirar hondo. La giró y depositó un ligero beso en el dorso. Toda la piel se me erizó ante su tierno gesto de gratitud.

—Está muy contento, doctora —me dijo Luisito—, es su manera de decirte gracias.

Solté un largo suspiro, un suspiro de sosiego.

—De nada, cielo —le dije tras apretujarle la mano con afecto.

A continuación, nos enfilamos hacia la cocina. Luisito me ayudó a preparar algo para comer. Era casi el mediodía. Daniel apenas probó bocado. Cogí una caja de galletas de chocolate del armario y la coloqué sobre la mesa. Luisito me dijo que Daniel era una hormiga gigante. Amante de los dulces, en especial de los chocolates, como yo, cavilé sonriendo.

—Come, cielo —le insistí—. Son mis favoritas —lo animé.

Cogió una galleta de chocolate con timidez y la comió con parsimonia. Tenía los ojos muy hinchados y la punta de la nariz muy enrojecida.

—¡Están exquisitas, doctora! —me dijo Luisito.

Observé con ojos lastimeros las hermosas, pero maltratadas manos de Daniel. Sus largos y finos dedos me robaron un suspiro. Tenía las manos de un pianista.

—¿Quieres café, cielo? —le pregunté.

Él negó con la cabeza tras lanzarme una mirada muy melosa.

—Él no bebe café, doctora —me dijo Luisito—, le da dolor de estómago y le altera un poco los nervios.

Asentí con un leve cabeceo.

—¿Chocolate?

Daniel me miró con entrañable afecto. Cada vez que me miraba de aquel modo, el corazón se me volcaba inevitablemente. Luisito aplaudió con entusiasmo, robándome una sonrisa.

—Los prepararé.

Tras calentar la leche y agregarle cacao, les serví. Daniel sopló sobre su taza, un gesto que me robó una sonrisa. Cogí una taza con aire pensativo sin desviar la mirada de Daniel, que estaba de espaldas a mí. Me serví el café recién hecho y bebí un sorbo mientras ellos bebían sus chocolates calientes.

—¿Te gusta, Daniel? —le preguntó Luisito, y él asintió con un leve movimiento de su cabeza.

Observé meticulosamente a Daniel desde mi sitio. Su pelo castaño, brillante y sedoso, su nuca repleta de vellos finos y dorados, sus fuertes y dorados brazos. Se volvió trepidante y nuestras miradas se encontraron de golpe. Me ruboricé como un tomate ante el flagrante y desvié la mirada en un acto reflejo.

¿Qué? ¿Beatriz Aquino intimidada por un hombre? ¡Increíble! Aquello era algo inédito en mi vida. Jamás, ningún hombre, logró tal hazaña en mí, ni siquiera Mateo, mi exnovio con quien estuve a punto de casarme años atrás. Desistí de la boda el día que me pidió que abandonara mi profesión. El recuerdo asaltó mi mente y agitó mi corazón...

—¿Quieres que deje mi profesión para dedicarme a la casa? —le dije con expresión desencajada—. ¿He escuchado bien? —la incredulidad se filtró en cada palabra que solté.

Mateo me miró expectante y, por qué no decir, ilusionado. Entrecerré los ojos en un gesto de abatimiento. ¿En verdad me estaba pidiendo aquello?

¿Quería casarse conmigo y no conocía mi mayor pasión? ¿El matrimonio era una cárcel? ¿Estaría él dispuesto a dejar su profesión por mí?

—Es el sueño de toda mujer, mi amor —me dijo sin abandonar su deje.

¿Todas las mujeres soñaban con ello? ¿A qué siglo pertenecía? ¿Estuvimos juntos casi cuatro años! ¿Cómo era posible que no conociera mi mayor sueño? Me levanté y lo miré como si fuera la primera vez que lo estaba viendo en mi vida.

—Estás bromeando ¿no? —solté en un tono que emanaba furia y decepción—. ¿O has perdido el juicio?

El rostro de mi novio se desfiguró al escucharme. Parpadeó de un modo difícil de describir con palabras.

—No, mi amor —me dijo con soltura—, no necesitarás trabajar a mi lado —miró la sala ostentosa de su departamento con chulería—, puedo darte todo lo que anheles.

¿Inclusive mi libertad?

—No dejaré mi vida por ti, Mateo.

Nunca fui una mujer cariñosa, nunca le dije mi amor, o utilicé apodosos afectuosos con él. Nunca me inspiró. Mateo era mi futuro marido, mi compañero, pero no el amor de mi vida, según Laura, mi amiga. La señorita amor, como Fátima y yo la llamábamos desde el instituto. Laura era la típica chica que se enamoraba cada dos por tres. Buscaba el amor con vesania, lo encontraba y lo vivía intensamente, hasta que terminaba la relación y entraba en una profunda depresión, al menos por unas semanas, hasta volver a enamorarse. Por fortuna, Laura tenía inmunidad contra el desamor.

—Mi amor, piénsalo mejor —me dijo con voz serena—, ¿para qué trabajar si puedes vivir como una reina?

Incluso las reinas tenían sus obligaciones. Respiré hondo y medité bastante antes de pronunciarme.

—No pienso cambiar mi posición —le dije tajante—, ni por ti, ni por nadie.

Terminamos nuestra relación tras aquella noche. Él era tan tozudo como yo, así que, no llegamos a ningún acuerdo. Cada quien continuó con su vida como si nada. Cuatro años juntos y éramos dos perfectos extraños. Nunca lo eché en falta. Nunca lo busqué en mis soledades, nunca añoré sus besos o sus caricias. Mateo fue como un lindo viaje, un viaje para recordar, pero no para repetir.

—Iré a por tu pulsera —dijo de pronto Luisito, y me arrancó de mi trance de golpe—, ¡era el regalo de tu abuelo!

Fruncí el entrecejo antes de posar la taza sobre la mesada de la encimera de mármol de la cocina. ¿De qué estaba hablando? ¿Pulsera? Daniel se levantó de golpe, justo cuando me acercaba a Luisito, nuestros cuerpos se entrecocaron con cierta brusquedad. Daniel me sujetó con presteza entre sus brazos, evitando que me cayera en el suelo. Nos miramos por unos instantes.

—Estoy bien —le dije, sin apartarme de él.

Su dulce aroma irrumpió mis fosas nasales. Olía a bebé, a inocencia, a vida. Me pasé la lengua sobre los labios en un acto reflejo. Daniel fijó sus hermosos ojos en mi boca. Soltó un suspiro y su hálito caliente rozó mis labios. Me estremecí cuando unas gotas de su pelo mojado se deslizaron entre mis senos. Lo que aquel joven me hacía sentir con su simple contacto era mucho más apasionante que una noche entera al lado de mi ex en el pasado.

—Lo siento —le dije sin lograr apartar mis ojos de su rostro, de aquel rostro tan perfecto.

Era tan hermoso que me dolían las venas. ¿Me dolían las venas? Era súper extraño, pero cada vez que lo tenía cerca, las venas del cuello y de las muñecas se me hinchaban. ¿Por qué no se me llenaba el estómago de maripositas como la gente normal? Porque siempre fui muy rara. Daniel esbozó una sonrisa de lado, y aceleró mi pulso a niveles insospechados. Apreté los dientes en un acto involuntario. Pero, ¿qué cojones me estaba pasando con aquel joven? Había visto muchos hombres guapos a lo largo de mi vida, pero ninguno, absolutamente ninguno, despertaba aquella fiera indomable que vivía en mi interior y que desconocía hasta entonces. Me aparté de él con delicadeza. Sus manos eran muy ásperas, manos afanosas y maltratadas por el duro trabajo en la granja, sin embargo, pulcras como las de un recién nacido.

—¿Qué pulsera? —le pregunté a Luisito tras recomponerme.

Daniel lo miró con ojos de cordero a punto de ser sacrificado. Paseé mis ojos en la cara de Luisito, y luego en la de Daniel.

—Agustín lanzó al charco la pulsera que el abuelo de Daniel le había regalado antes de morir —me dijo Luisito ensombrecido—. Por eso Daniel lloró tanto, doctora.

Daniel se apoyó contra la encimera y suspiró derrotado tras arreglarse la camiseta. Se quedó mirándola por unos segundos, me dio la sensación de que

sentía vergüenza del estado de sus ropas. Al menos eso me pareció cuando las planché. Observé apenada su camiseta azul ajada repleta de agujeritos y sus vaqueros un tanto desteñidos. El corazón se me volcó, en especial cuando oteé su bello rostro entristecido aquel día. ¿Aquella pulsera le devolvería la sonrisa?, me pregunté enfrascada en mi propia pregunta.

—Iremos a por ella —les dije sonriendo tras cavilarlo—. Me pondré unas ropas acordes a la ocasión —anuncié tras rozar mi mano en el brazo de Daniel.

Él giró su rostro y me miró fijo. Cada vez que lo hacía, algo en mi interior se movía con cierta brusquedad. ¿Era atracción? ¿Ternura? ¿Deseo? ¿Lástima? Nunca me había pasado antes, y la sensación era como mínima: inquietante.

—Vuelvo en cinco minutos —les dije.

Luisito le dijo algo a Daniel mientras me alejaba de la cocina, me volví y nuestras miradas volvieron a encontrarse. ¿Me estaba mirando? Desvió la mirada de sopetón. Su gesto me recordó a alguien, me recordó a mí en el pasado ante mi primer amor. Esbocé una sonrisa nostálgica al evocar a Fernando. Tenía tan solo trece años cuando perdí el corazón por el chico más atractivo del colegio. Ir a la escuela se hizo casi una adicción para mí en aquel tiempo, en aquel lejano e inocente tiempo.

—Con tan poco me conformaba —me dije tras cambiarme de ropa—, una sonrisa y me tenía rendida a sus pies.

Me puse la ajada camiseta gris, que alguna vez fue negra, sonriendo con picardía. Aquella camiseta tenía más de diez años, la usaba como ropa de dormir. La sonrisa se convirtió en una mueca indefinida cuando llegué a una conclusión:

«Daniel me hacía sentir exactamente igual que Fernando en aquel tiempo».

Meneé la cabeza y espanté aquellos raros pensamientos.

—Daniel despierta mi lado más compasivo, nada más.

Me recogí el pelo en un rodete y me puse unas zapatillas deportivas para ir en busca de la pulsera, de la sonrisa de Daniel, para ser más precisa.

—¡A por ella! —les dije tras reaparecer en la cocina.

Daniel esbozó una sonrisa apenas perceptible en sus labios sonrojados al verme. Aquel fugaz gesto dibujó una sonrisa en mis labios. Nos enfilamos hacia el charco de los cerdos. ¡Era enorme! Pero Daniel sabía exactamente adónde había lanzado la pulsera aquel imbécil.

—Allí hay unos palos, doctora —me dijo Luisito.

Buscamos unas varas de madera que reposaban a un costado, cerca de un

tractor. Quise animarme, pero era casi imposible que encontráramos la pulsera. Siempre fui tan escéptica.

—¿Aquí? —le dije a Daniel.

Él asintió con una expresión que laceró mi ser en dos. Escruté el sitio para cerciorarme de que nadie nos veía. Era la hora del almuerzo. Por fortuna, estábamos solos allí, bueno, con los cerdos.

—No es muy profundo, doctora —me dijo Luisito mientras removía inútilmente el lodo con Daniel.

Mi vara se quedó atascada.

—Pero es bastante espeso —acoté desanimada—, muévete —le dije a mi vara y la retiré del barro de golpe.

Cuando logré sacarla del lodo, me tambaleé hacia atrás y pisé una piedra. Perdí al equilibrio, cayéndome de culo en el charco acto seguido. Luisito y Daniel me miraron perplejos desde sus sitios.

—¡Doctora! —chilló Luisito con ambas manos en su carita rubicunda.

Solté un taco antes de echarme a reír. Ambos me miraron con jovialidad. Daniel me alargó la mano derecha. Lo miré con expresión ladina antes de coger su mano.

—¿Me harías compañía, Daniel?

Abrió mucho sus ojos al oírme, pero era tarde para huir de mis malévolas pretensiones. Lo tiré hacia mí y lo derrumbé en el charco de un golpe. Luisito se rompió a reír mientras yo me preguntaba: ¿quién era aquella mujer que había usurpado mi cuerpo?

—¡Tenemos dos cerditos nuevos! —se mofó el chiquitín.

Daniel se cayó sobre mí con torpeza. Su expresión descompuesta por la gran sorpresa me robó una risotada. Él me oteó con profundidad y me quedé seria de un momento a otro. Nos miramos por unos segundos mientras nos hundíamos en el barro lentamente. Los cerdos gruñeron a modo de protesta, ya que al final y al cabo, estábamos invadiendo sus territorios. Daniel me miró fijo por unos segundos más, de cerca era aún más hermoso. Su belleza era indescriptible. No había palabras exactas para definirla con precisión y, juro por Dios, que no estaba exagerando. Ahora comprendía mejor lo que Emilia me dijo el otro día: ninguna mujer era indiferente a su belleza.

—Me he tropezado —le dije sonriendo—, ¿ves? A cualquiera puede pasarle, cielo.

Pestañeó a cámara lenta, robándome un suspiro con aquel simple gesto. Una sonrisa eléctrica se apoderó de sus labios. Quise morderle la barbilla,

aquel hoyuelo me incitaba a ello. De pronto tuve una idea muy traviesa.

—Apuesto a que no lograrás apartarme de ti —lo desafié.

Daniel, para mi mayor sorpresa, sujetó mis muñecas y las colocó sobre mi cabeza de sopetón. Se acomodó entre mis piernas resolutivo.

—Me libraré de ti —le dije y empecé a removerme bajo su cuerpo.

Daniel tenía mucha fuerza, demasiada, diría yo. Sonreía ampliamente mientras yo intentaba liberarme de sus garras. Él empezó a apretujarme contra su cuerpo, hundiéndonos más y más en el charco. Me rompí a reír al ver su mueca victoriosa. Me hizo un gesto con la cabeza, un gesto un pelín petulante. Solté una de mis manos y le lancé algo de lodo a la cara. Daniel hizo una mueca de asombro y no pude evitar reírme de su reacción. Cogió un puñado de lodo y lo desparramó por mi cara.

—¡No! —chillé y lo empujé de sorpresa—, ¡me las pagarás, Daniel!

Me puse a horcajadas sobre él y le hundí en el barro riendo. Daniel sujetó mis caderas con ambas manos mientras yo intentaba sujetarle en aquella posición.

—¡Gallina! —le dije y empecé a cacarear—. Cococo —Luisito rio de buena gana.

Daniel me giró de sorpresa y se abalanzó sobre mí. Se acomodó entre mis piernas y sujetó mis muñecas con una sola mano sobre mi cabeza. Le rodeé la cintura con ambas piernas y lo apretujé contra mi cuerpo con todas mis fuerzas. Empezamos a mecernos de un modo muy incitante. Nuestras respiraciones se agitaron tanto o más que nuestros corazones. Podía oír el suyo y supuse que él podía oír el mío. Nos paralizamos por unos segundos y nos miramos con mucha magnitud. Nuestras caras enlodadas quedaron ofuscadas ante aquello que nuestros cuerpos experimentaban en aquel breve lapso de locura. Daniel me miró como hombre y no como el chico tímido y temerario de horas atrás. A pesar del barro, su rostro continuaba siendo el más hermoso que jamás había visto en mi vida.

—Daniel —vocalicé con los labios sin apenas poder respirar.

Él liberó lentamente mis muñecas sin apartar sus ojos azules de los míos. El lenguaje silencioso decía más que mil palabras. Daniel acarició mi mejilla derecha como lo había hecho horas atrás bajo la ducha. Su cálido y dulce aliento rozó mi boca, despertando en mí algo que desconocía hasta entonces.

—¡Doctora! —chilló el señor Weber—. ¿Qué ha pasado?

Daniel y yo giramos trepidantes nuestros rostros hacia él. Ambos lo miramos algo azorados. Me preguntaba cómo era nuestra imagen ante los ojos

de aquel tirano hombre. Daniel y yo volvimos a mirarnos como si en aquel sitio estuviéramos completamente solos.

—Lo siento —le dije sonrojada.

Daniel me limpió la cara con la mano y me regaló una sonrisa.

—Lamento no poder devolverte la pulsera —acoté.

Él asintió sin abandonar del todo su hermosa sonrisa.

—¿A que fue divertido? —le dije sonriendo con picardía.

Daniel asintió con un leve cabeceo antes de levantarse y ayudarme. Tras emerger del charco, le dije al señor Weber que buscábamos la pulsera de Daniel, la que Agustín había lanzado al charco. El señor Weber me miró con verdadero asombro. Daniel y yo estábamos más enlodados que los cerdos.

—¿Por una pulsera de madera se han lanzado al charco?

Una idea absurda cruzó mi mente en aquel preciso instante. Le dije a mi patrón que aquella pulsera fue hecha de una madera muy tóxica y que podía afectar la salud de los cerdos. No tenía sentido, pero ha colado. El señor Weber mandó buscar la pulsera, que fue hallada casi al atardecer por el mismo idiota que la lanzó. Luisito cogió la misma y la trajo para mí. Cuando Daniel la cogió de mi mano, pude devolverle la alegría que le habían robado horas atrás. Me dio un beso en la mejilla, un beso que agitó, una vez más, mi corazón.



Daniel resultó ser un gran ayudante. Las obligaciones se hicieron más amenas y menos pesadas con su ayuda. El señor Weber estaba muy sorprendido con su rendimiento, pero yo no. Estaba tan orgullosa de él, que ni siquiera lo disimulaba.

—Muy bien —le decía cada vez que terminaba de revisar al ganado.

Daniel tenía una conexión especial con los animales. Incluso «Tormenta» el caballo más agresivo de la granja se dejaba domar por él.

—Increíble, doctora —me dijo el capataz—. Ese animal es indomable...

Observé maravillada a Daniel y al caballo mientras paseaban por el predio como viejos amigos. Aquel joven tenía un gran don.

—Oh —dije cierta tarde mientras observábamos a un pequeño caracol que Daniel había encontrado—, es maravilloso —dije embelesada.

El animalito se arrastraba sobre mi mesada con una gracia imposible de describir con palabras humanas. Daniel y yo estábamos lado a lado,

reclinados a la misma altura. Me volví en su dirección y me encontré de cara con su mirada azul. ¿Me estaba observando? ¿Analizando? Nos escrutamos por varios segundos hasta que Emilia entró y nos arrancó de aquel «inquietante» momento.

—Permiso, doctora —me dijo ella algo cohibida con la situación.

Daniel se levantó de golpe y se arregló la camiseta gris algo ajada sin levantar la vista. Siempre lo hacía cuando se ponía nervioso. Cogió al pequeño caracol y se retiró de la sala con él, rumbo a los establos. Antes de salir nos escrutamos. Nuestra comunicación iba más allá de una mirada.

—Doctora...

Emilia carraspeó al tiempo que empezaba a fregar el piso.

—El domingo será el cumpleaños de Sofía —comenzó a decirme—, nos gustaría mucho que compartiera con nosotros ese día.

La alegría iluminó mi cara. Casi no tenía vida social por allí, así que su invitación me venía como anillo al dedo.

—Gracias —le dije sonriendo—, me encantaría, Emilia.

Mi móvil timbró, era Fátima. Mi amiga me dijo que mi padre estaba la mar de contento con mis hijos peludos. Aquello me dejó sin palabras, ya que mi padre jamás quiso tener una mascota.

—Creo que tus hijos están mejor con él —me dijo mi amiga—, tu padre es otro desde que los tiene con él.

Los animales tenían ese efecto curativo en las personas. El año pasado hablé sobre ese tema en una conferencia de veterinarios. La terapia con animales podía servir en muchos ámbitos, desde brindar compañía a personas mayores hasta mejorar la motricidad o incluso la conducta en pacientes con trastornos psicológicos. La Zooterapia o terapia asistida con animales (TAA) tenía como misión aprovechar las ventajas de las mascotas para tratar los casos de enfermedades de cualquier tipo, sobre todo, en los niños y en las personas mayores. Actualmente, era una terapia muy utilizada en casos de autismo y discapacidades mentales o intelectuales.

—Tienes razón, amiga —le dije ensimismada mientras evocaba a Daniel, y su gran rendimiento como ayudante—. Hablamos más tarde, Fátima. Saludos a todos.

¿Aquel trabajo le servía como terapia a Daniel? El objetivo principal del contacto entre una persona y un animal era mejorar la calidad emocional del ser humano y, a la vez, aumentar la seguridad en aquellos que han perdido la motivación por diversas cuestiones.

—Daniel está tan feliz, doctora —comentó Emilia mientras yo lo observaba a través de la ventana de mi sala.

Cuando una persona veía a un animal muy cerca, sus niveles de agresividad bajaban, mostrándose cariñoso y amistoso. Hablarles a los animales era igual a conocer fidelidad y amor verdadero, se trataba de una motivación que ningún médico, por más empatía que tuviera, podía producir en tales pacientes.

—La convivencia con los animales está logrando un gran cambio en él y en su personalidad —dije para mis adentros—, Daniel tiene más confianza en sí mismo y menos temor.

Esboqué una amplia sonrisa. Daniel acariciaba la cabeza de una vaca sin miedo. Supe por Emilia lo que vivió con la pérdida de su amiga lechera, la vaca Mimosa. Daniel jamás volvió a acercarse a una vaca, hasta ahora.

—La terapia funciona —dije resoluta—. Daniel es prueba fehaciente de ello.

—¿Perdona? —me dijo Emilia.

Le hice un ademán con la mano, como restándole importancia al asunto.

—Nada, Emilia.

Mientras ella limpiaba mi consulta, yo escrutaba con ojos melosos a Daniel, mi ayudante y, de cierta manera, mi paciente.

—Esto podría servirme para el futuro —me dije y empecé a apuntar los cambios que fui notando en Daniel—. Interesante, no solo Daniel ha cambiado, sino también los animales que empezaron a convivir con él.



El domingo por la tarde fui a la casa de los Fischer para festejar el día de Sofía. La niña saltó de alegría cuando revisó el regalo que le compré.

—¡Es hermosa! —chilló al ver la muñeca de trapo de casi un metro de altura—, se parece a ti, doctora.

Le di un beso en la cabecita.

—Pues cuando la compré, te vi a ti en su lindo rostro.

Sofía me sonrió con dulzura. Luisito me saludó con un fuerte abrazo de oso, como solía llamarlo. Su padre, el famoso jinete de la granja, Emanuel, se acercó y me saludó.

—Buenas tardes, doctora.

Emanuel era alto, fuerte, guapo, de pelo castaño y ojos azules. Era muy

amable y bastante cariñoso con sus hijos. Pero sus ojos no brillaban, sus ojos no tenían vida. Emilia, su hermana menor, me dijo que nunca se recuperó de la muerte de su amada esposa.

—Buenas tardes, Emanuel —le devolví el saludo.

Emilia se acercó con unos canapés entre manos. ¡Estaban deliciosos!

—¿Dónde está mi princesita? —dijo una mujer bastante «pletórica» al entrar en la casa—, ¿acaso se ha marchado?

Sofía corrió hacia ella y se lanzó a sus brazos.

—¡Tía!

En ese lapso, Daniel apareció en la fiesta usando la camiseta que le había regalado el otro día. Nos miramos por unos segundos.

—¡Daniel! —chilló Emanuel con alegría—. ¡Hermano!

Emanuel lo estrechó con afecto. Daniel entrecerró sus ojos, parecía muy feliz. Emanuel se apartó y ahuecó su rostro entre sus manos.

—¿Sigues hechizando a todas las chicas del pueblo?

Daniel se ruborizó como un tomate.

—Sigo coladita por él —soltó la mujer pletórica—, pero él no me quiere —hizo un puchero la mar de teatral.

Daniel no se sentía cómodo cuando las personas resaltaban su belleza. Sus gestos lo delataban. Me acerqué con unos canapés entre manos y se los ofrecí. Él cogió unos cuantos con manos temblorosas tras mirarme con infinita ternura.

—¿Y la abuela Rita? —le demandó Luisito.

Daniel se puso triste. Al parecer, su abuela no andaba muy bien de salud.

—Iré a visitarla —anunció Emanuel—, le echo en falta.

Daniel asintió sonriendo. Una chica, de unos veinte años, se acercó a él y lo llevó a la terraza de la casa. Lo arrastró, en realidad.

—Es mi prima —me dijo Sofía—, está enamorada de Daniel.

Asentí con un cabeceo.

«Una de sus tantas admiradoras» pensé con expresión ladina.

Emilia se acercó y conversamos amenamente por un buen rato. Observaba la terraza de tanto en tanto. La joven hablaba como una cotorra mientras Daniel sonreía o se encogía de hombros. Una mano en la nuca me hizo comprender que no se sentía a gusto con ella.

—Ella pierde el tiempo —dijo la mujer pletórica—, Daniel está condenado a amar a Diana Weber para siempre.

La miré a ella y luego busqué a Daniel con los ojos. Nuestras miradas se

encontraron de golpe. Por unos largos instantes, nos escrutamos en silencio en medio de aquel barullo infernal. Todo se había ralentizado, todo, excepto los latidos de nuestros corazones que palpitaban al mismo compás. Daniel esbozó una tímida sonrisa, una sonrisa que desestabilizó mi ser. ¿Por qué siempre reaccionaba de aquel modo cuando me sonreía? ¡Parecía una colegiala!

—Diana y su esposo llegan el lunes —comentó Emilia con un enorme peso en el pecho—, no sé cómo reaccionará Daniel al verlos.

Aquello me hizo desviar la mirada de golpe. ¿Sería Diana un gran factor negativo para la estabilidad emocional de Daniel? ¿Todo logro con la terapia de los animales quedaría soterrado bajo la influencia de aquel amor perdido? Toda conjetura quedaría aclarada con la llegada de Diana y su esposo a la granja.

—¡Hora de la tarta! —gritó Emilia.

Nos acercamos a la mesa y le cantamos a Sofía el feliz cumpleaños. Daniel estaba a mi lado, y el simple roce de nuestros brazos nos hizo suspirar a los dos mientras Shania Twain canturreaba «You've a got away» en la radio. Nos miramos por unos segundos eternos. La piel sonrosada de Daniel parecía tan tersa, tan sedosa. Me quedé mirándole por varios segundos. Nunca había visto unos ojos más hermosos que aquellos. Eran indecible, pura poesía.

«Madre mía» me dije tras desviar la mirada.

Las sensaciones que experimentaba con él eran como mínimas inquietantes.

—¿Quiere un trozo de tarta, doctora? —la voz de Emilia me arrancó de mi trance.

Emilia me miraba de un modo muy extraño. ¿Me vigilaba? ¿O acaso estaba celosa? Tracé una mueca amistosa.

—Muero por probarla —le dije sonriendo.

Media hora después, Daniel se marchó con un enorme trozo de tarta de chocolate y unos canapés para su abuelita enferma.

—¿Vas a la casa de Marcia? —le preguntó Emanuel en tono recriminatorio.

Supuse que aquella mujer no le caía muy bien. Sinceramente, a mí tampoco. Había algo en su mirada que no me gustaba. Le acompañé a Daniel hasta la puerta con la mirada. Antes de salir de la casa se puso su visera de color azul. Se despidió de todos con una sonrisa.

—Me voy mañana junto a la abuela —le dijo Emanuel tras palmearle la espalda con afecto.

Daniel asintió sin abandonar su sonrisa.

—¿Has visto un hombre más guapo que él? —cuchicheó la prima de Luisito—, Daniel Schmidt es sin lugar a dudas el chico más guapo del mundo.

Se volvió e intercambiamos una mirada cómplice.

«Sin lugar a dudas» pensé con un hormigueo inefable en el corazón. Me puse muy seria de repente. ¿Qué me estaba pasando con él? ¿Qué era aquello que sentía cada vez que lo tenía a mi lado? Cariño, me dije con una sonrisa ladeada. Daniel me inspiraba ternura. Lo mismo me pasaba con los bebés o los animales. Su manera dulce de ser, su inocencia y su bondad acariciaban mi alma.

—¡Chau, Daniel! —dijeron a coro Sofía y Luisito—, nos vemos mañana en el lago.

Daniel me miró y luego asintió antes de cruzar la puerta. Dos horas después me retiré de la casa tras una bella tarde con los Fischer. Decidí hacer una caminata por la plaza del pueblo tras visualizar mi reloj de pulsera. Observé con ojos soñadores los árboles frondosos que rodeaban el lugar. Olfateé las diversas fragancias que exhalaban las flores de aquella estación mientras el sol bañaba con su manto dorado todo el lugar. Esboqué una sonrisa al ver a una pareja enamorada cerca del pequeño lago que estaba en el centro del lugar. Mi sonrisa desapareció de un plumazo cuando vi a lo lejos a Daniel, llorando con desfallecimiento cerca de un árbol.

—¿Qué le pasó? —dije con el alma a mis pies.

Daniel lloraba con amargura cerca de un enorme abedul. Aceleré mis pasos, preguntándome si le había sucedido algo a su abuela.

—Cielo, ¿qué ha pasado? —le pregunté tras arrodillarme a su lado.

Daniel levantó la vista y me miró con una tristeza deplorable. Su hermoso rostro anegado en lágrimas destrozó mi ser en dos. Todo su cuerpo vibraba ante el enorme dolor que sentía. Fruncí el entrecejo al ver unas marcas de dedos en su cachete derecho.

—¿Quién te pegó? —le demandé iracunda—, ¿quién te hizo esto, cielo?

Los brazos tenían marcas de cinto. Daniel fue víctima de violentos azotes. La sangre empezó a latirme al igual que las sienas.

—¿Tu abuelita?

Daniel no lograba controlar su llanto. Meneó con energía la cabeza en un gesto negativo cuando mencioné a su abuela. Lo estreché con afecto y él se rompió a llorar aún más. Alguien cruzó mi mente en aquel preciso instante.

—¿Fue Marcia?

El llanto de Daniel se profundizó, si es que aquello aún era humanamente posible. ¡Maldita sea! ¿Por qué lo golpeó de aquel modo tan salvaje? ¿Qué le hizo el pobre Daniel?

—Tranquilo, mi amor —le dije tras besarle la cabeza—, tranquilo.

Me senté a su lado y reposé su cabeza sobre mis piernas. Empecé a acariciarle como si fuera un crío pequeño e indefenso. De cierta u otra manera, Daniel lo era. Acomodó su cabeza en mi regazo sin dejar de llorar. ¿Qué hizo para merecer aquel castigo? Soltó unos hipitos que me conmovieron profundamente.

—Marcia jamás volverá a tocarte —le prometí—, tomaré cartas en el asunto.

Le ronroneé una vieja melodía, la misma que solía canturrearme mi madre antes de irme a la cama cuando era pequeña.

—Chsss —musité mientras enterraba mis dedos en su pelo—, tranquilo, cielo.

Daniel lloró hasta quedarse dormido sobre mis muslos. Tenía la mano izquierda al lado de su carita enrojecida por los golpes que había recibido.

—Mi pequeño —le dije con profundo pesar—, ¿por qué las personas se empeñan en hacerte daño?

El atardecer de aquel día se nubló ante mis ojos.

—Tranquilo, cielo —continué con mis caricias—, descansa.

Sus heridas me dolían tanto. ¿Era empatía? ¿Lástima? No, lo último estaba completamente descartado, ya que Daniel me inspiraba amor, no lástima.

«Ángela» pensé inevitablemente.

Levanté la vista de golpe al sentir una rara sensación y mis ojos se encontraron con los de Marcia, que nos vigilaba desde su portón. Nos separaban unos pocos metros y una enorme ira.

«Maldita arpía» dije entre dientes.

Todo aquel que hacía daño a Daniel, me lo hacía a mí de forma indirecta. Ella desapareció de mi enfoque de un momento a otro.

—Siempre te protegeré —le dije a Daniel, que dormía como un niño pequeño sobre mis piernas—, incluso cuando me marche de aquí.

Buscaría la manera de hacerlo a través de la distancia. Nadie, absolutamente nadie, volvería a tocarlo en esta vida.

—Naciste para recibir caricias, no golpes, mi amor.

Con Daniel me era tan fácil ser cariñosa, cosa que nunca me pasó con mi exnovio. Acaricié su rostro lastimado con suma ternura.

—¿Qué me está pasando contigo, Daniel?

Besé mi dedo índice y deposité el beso en su mejilla.

—Eres la personificación de la dulzura, cielo.

Todo se ralentizó alrededor de nosotros dos, como si allí, en aquel paraíso, estuviéramos completamente solos.

«Mi dulce destino era conocerte».

Capítulo 10

Daniel

ΣϞΣ

«Alma y corazón»

La luz de la tarde entraba a raudales por la alta cuña de ventanas y veteaba el claro suelo de madera. Abrí mis ojos con pereza tras bostezar. Me levanté algo mareado y me vestí. Marcia me ofreció un poco de vino antes de meternos a la cama y hacer el amor en plena tarde. Algo inusual, por cierto.

Entré en el cuarto que se encontraba al lado de la habitación secreta de Marcia, estaba vacío como el vestíbulo. Nada de muebles, ni tan siquiera una silla. ¿Qué pasó con sus viejos muebles? Observé la nueva pintura de las paredes y los cuadros nuevos. En el pueblo se rumoreaba que Marcia tenía un amante millonario. ¿Sería cierto?

«¿Dónde estaba ella?» me pregunté tras rascarme la barbilla.

Me metí en el cuarto de baño y me lavé las manos tres veces, como ella me había enseñado. Luego me lavé la cara y la enjuagué con la toalla de invitados. Marcia era muy estricta con respecto al uso de las toallas. Salí del cuarto con cautela. En general venía por las noches, nunca a estas horas del día. Me sentía raro, desorientado.

—Estoy aquí para servirte, mi amo —dijo Marcia de repente.

¿Dónde estaba? Miré la habitación donde me encontraba en aquel momento: una mesa rematada en piedra, frente a un sofá grande y confortable; sillas tapizadas en colores vivos; un equipo de música estilizado; libros y revistas desparramados. Fruncí el entrecejo al ver aquellos muebles costosos que Marcia se había comprado. Atravesé el comedor para ir a la cocina. Las encimeras estaban despejadas y los electrodomésticos eran todos nuevos. ¿Cuándo los compró?, me pregunté tras plegar mis ojos.

Regresé al salón y contemplé la calle por los ventanales. Con un suspiro,

evoqué lo sucedido horas atrás con Marcia. Mientras hacíamos el amor, pensé en otra persona, pensé en la doctora. ¿Por qué lo hice? La doctora era tan buena, no merecía que la recordara en aquellos momentos pecaminosos.

—El alma de aquella que odio es tuya —dijo Marcia con una voz muy rara.

¿Con quién hablaba? Me acerqué al cuarto secreto y acerqué mi oído derecho a la puerta. Siempre fui muy curioso, desde niño. Con mi peso ésta se abrió de golpe de un momento a otro y me robó un gemido de susto. Puse los ojos como platos al observar el interior de aquel macabro recinto repleto de velas e imágenes asustadoras. Marcia se volvió trepidante y me carbonizó con la mirada, como solía decir Luisito cuando Emilia se enfadaba con él. Se levantó completamente desnuda y vino a por mí.

—¿Qué haces aquí?! —me gritó con mucha furia—. ¡Te dije que nunca abrieras esta puerta! —se puso una bata roja brillante con dibujos en negro—. ¡Maldición, Daniel!

Me empujó con violencia contra una mesita de madera que estaba detrás de mí y empezó a golpearme con ambas manos. Me caí en el suelo junto con la mesita. Un dolor agudo en la espalda me hizo llorar.

—¿Qué te dije con respecto a este cuarto? —me preguntó sin detenerse en sus golpes—, ¿por qué me has desobedecido? —cogió un cinturón de cuero que se encontraba en el sofá y me azotó con brutalidad, como alguna vez lo hizo el señor Schneider cuando descompuse un tractor.

Me arrastré por el piso mientras ella seguía golpeándome.

—¿Por qué, Daniel? ¡Eres tan tonto! ¡Tan malo! ¡No sirves para nada!

¿Por qué me decía aquello? ¿Por qué me golpeaba? Me ardían los brazos, la espalda y las piernas. Marcia parecía otra persona. Jamás me había pegado, jamás me había dicho tantas cosas feas como en aquel día.

—¡Maldita sea! —gruñó y me pegó con más ferocidad.

Me levanté del suelo y salí de la casa como un caballo de carrera. Ella me siguió los pasos.

—¡Daniel! —gritó—, ¡perdóname, mi amor! —chilló con todas sus fuerzas—. ¡Daniel!

¿Estaba arrepentida? ¿Tras pegarme como una bestia? Corrí hasta la plaza, a pocos metros de su casa y me senté cerca de un árbol. Tenía la respiración muy agitada y el corazón me latía con violencia en el pecho. Doblé las piernas y lloré, lloré con amargura. ¿Por qué me pegó de aquel modo? ¿Qué hacía desnuda en aquel cuarto? ¿Por qué había tantas velas y tantas imágenes raras?

¿Y aquellas fotos? ¿De quiénes eran? El llanto me dominó y mal podía respirar. Las personas me miraban con perplejidad y lástima.

—¿Qué le pasa? —dijo una chica.

—¿Se encuentra bien? —dijo otra.

Llevé mi puño derecho a la boca para intentar aplacar el llanto, pero era inútil, más que los golpes, lo que en verdad me dolía, eran los insultos.

—Pobre, chico —dijo una anciana.

La doctora apareció de la nada y me preguntó qué me había pasado. Lloré aún más.

—¿Quién te pegó? —me preguntó en un tono algo severo—, ¿quién te hizo esto, cielo?

Me estrechó con afecto y me dijo cosas muy bonitas. Recibir aquel apapache, como decía Sofía, era tan bueno. Aspiré su dulce aroma y me tranquilicé un poco, solo un poco.

—¿Tu abuelita?

No lograba controlar mi llanto. Negué con la cabeza cuando mencionó a mi dulce abuela, quien jamás me ha tocado un solo pelo en toda mi vida. Me estrechó con más fuerza y me rompí a llorar con más desconsuelo.

—¿Fue Marcia?

El nombre de Marcia profundizó mi llanto y ella supo al instante quién me había lastimado. Jamás olvidaré aquellos golpes, aquellos gritos, aquellas palabras horribles y aquello que vi. Jamás.

—Tranquilo, mi amor —me dijo la doctora tras besarme la cabeza—, tranquilo.

Se sentó a mi lado y reposé mi cabeza sobre sus piernas. Empezó a acariciarme como si fuera un crío pequeño. Me sentía tan bien a su lado, tan protegido. No tenía miedo a nada, a nadie. Acomodé mi cabeza en su regazo sin dejar de llorar. Lo que me hizo Marcia me dolía profundamente, ya que jamás lo había hecho antes. Siempre me llamaba la atención, o me regañaba por no hacer bien ciertas cosas, pero nunca me levantó la voz y mucho menos la mano. Unos hipos se me escaparon de tanto sollozar. Algo así me pasó cuando Diana se casó con Sascha. Lloré tanto que, perdí el control de mi respiración.

—Marcia jamás volverá a tocarte —me prometió la doctora,— tomaré cartas en el asunto.

¿Le escribiría una carta a Marcia para que no volviera a pegarme? Comenzó a mecer las piernas levemente y a ronronearme una hermosa melodía

que me serenó el alma de un modo casi milagroso.

—Mi pequeño —me dijo con profundo pesar—, ¿por qué las personas se empeñan en hacerte daño?

Sascha me dijo una vez que nací para ser un perdedor, para ser un fracasado, un retrasado. Que los perdedores nacieron para sufrir ante los privilegiados como él. Nunca comprendí muy bien sus palabras, pero supuse que por esa razón las personas sentían odio por mí, por lo que era, por mi manera de ser.

—Chiss —me decía ella mientras acariciaba mi cabeza.

Me quedé profundamente dormido.



La doctora me despertó tiempo después y me dijo que era hora de irnos a mi casa para descansar. Me dolía mucho la espalda, las nalgas, los brazos y la cara. Estaban muy calientes tras los golpes. ¿Qué le dirá a mi abuela? Temía por su bienestar, más que nada. Cruzamos la plaza de manos dadas, aquel gesto me robó un largo y sonoro suspiro. Ninguna mujer nunca me trató como ella, ninguna mujer, por más que alegaba sentir algo por mí, tuvo la valentía de cogerme de la mano en público. Diana nunca lo hizo, siempre tuvo mucha vergüenza de mí, de lo que sentía, de lo que dirían los demás. Para ella era su gran amor, para los demás, un chico sin futuro y sin inteligencia.

—¿Estás bien, mi amor? —me preguntó la doctora a pocos metros de mi casa.

¿Mi amor? Cada vez que me decía aquello, una corriente eléctrica me recorría toda la espina dorsal. La miré con magnitud por unos instantes. Era tan hermosa, tan delicada y tan buena que me hacía doler las venas. Era tan extraña aquella sensación, nunca la sentí antes de conocerla a ella.

—¿Te encuentras mejor, cielo?

Asentí con un cabeceo antes de apretujarle la mano con fuerza. Ella clavó sus ojos claros en los míos. Rogué al cielo porque comprendiera el mensaje oculto en mis ojos, rogué porque ella pudiera hablar con mi alma como alguna vez lo hizo Diana. Marcia comprendía mis miradas, pero no como alguna vez lo hizo Diana.

—Le diremos a tu abuela que te has caído de un árbol mientras jugueteabas con Luisito —me dijo y la estreché con fuerza.

Ella se quedó muy sorprendida ante mi reacción. ¡Ella pudo descifrar el

mensaje oculto en mis ojos! ¡Ella podía hablar con mi alma!

—Daniel —me susurró al tiempo que me acariciaba la espalda con mucho cuidado—, mi vida.

Estuvimos varios minutos así. Quería estar así con ella toda la noche. Me gustaba su aroma, su voz, su ternura. Me gustaba cómo me miraba, cómo me trataba, cómo me apoyaba. La doctora Beatriz era como aquellas criaturas brillosas de los cuentos, aquellos seres mágicos que nacieron para proteger a las personas más débiles, más miedosas, más maltratadas.

—Siempre puedes contar conmigo —me dijo.

Me aparté de ella y le grité «gracias» a través de mis ojos. Ella acarició mi mejilla con una expresión que rayaba la tristeza y la impotencia. Copié su gesto y deslicé mi mano áspera como la lija en su cara de algodón. Nunca fui espontáneo, pero ella me inspiraba a serlo. Besó el dorso de mi mano y me erizó toda la piel.

«Doctora» dije para mis adentros.

Me hubiera gustado decirlo fuera de mi cabeza.

—¿Te duele, cielo?

Me dolía más allá de la piel. Me dolía haber confiado en alguien que no me quería. Me dolía haber sido tan vulnerable. Cogí su mano derecha y besé el dorso, lapso en que Matilde, una de las mujeres más cotillas del pueblo, se cruzó con nosotros. Aparté mi mano como solía hacerlo Diana en el pasado. No quería que la doctora tuviera vergüenza de aquel gesto, que hablaran de ella y el chico poca cosa. Para mi asombro, ella cogió mi mano y la besó, no le importaba la mirada curiosa y despectiva de aquella mujer que mal podía disimular su asombro.

—Mañana será otro día, mi vida —me dijo la doctora con una dulzura que me hizo suspirar hondo—, espero que las heridas de tu alma se sanen con el tiempo.

¿Las heridas de mi alma? ¿El alma podía ser lastimada? Mi abuelo me dijo una vez que cada ser humano tenía en su interior dos clases de esencias. Algunos las tenían muy oscuras y otras muy claras. Con el tiempo, cada quien elegía el color que más le gustaba. Mi abuelo decía que la mía era transparente, lloré a moco tendido en aquella ocasión, hasta que él me explicó que muy pocas personas la tenían tan limpia y tan pura como la mía.

Escruté a la doctora con ojos melosos. Creo que ella la tenía igual a la mía.

—¡Daniel! —chilló mi abuela—, mi amor —se acercó con su peculiar

andar lento—, ¿qué te paso? —llevó sus manos a su cara en un gesto de perplejidad al ver mis mofletes sonrojados.

La doctora se presentó y tras ello, le explicó lo sucedido. Le había mentido, pero era por su bien.

—Oh, mi amor —me dijo mi abuela tras besarme el pecho.

—Fue un pequeño incidente, nada grave —le dijo la doctora.

Mi abuela la invitó a pasar a nuestra humilde casita, que, a pesar de ser muy modesta, era limpia y repleta de flores. Lástima que las mariposas no se veían por las noches. La doctora amaba a aquellas criaturas. En ese lapso, tuve una gran idea.

—Mi Daniel es muy travieso, doctora —le comentó mi abuela mientras pasábamos adentro.

Encendió la luz, en general la apagábamos para no consumir tanto.

—¿Quiere una taza de café, doctora?

Ella aceptó encantada. Mi abuela puso el agua para calentar mientras yo colocaba el viejo colador de tela en la cafetera más antañona que el propio pueblo. Me hubiera gustado poder comprarle una cafetera eléctrica, como la que tenía Marcia. O comprarle tazas de porcelana como las que tenía Diana. La única vez que ella vino a mi casa, mal pudo disimular su asombro. Mi pobreza le dolía profundamente. Aquel día supe que nunca podría vivir allí conmigo, sin el lujo de su mansión.

—Dúchate —me dijo mi abuela—, mientras la doctora y yo hablamos un poco, mi vida.

Me metí en mi cuarto y cogí mi ropa de casa. Crucé la cocina y me metí en el cuarto de baño. Me duché bajo la penumbra, para ahorrar un poco la electricidad. Hice una mueca de dolor cuando me lavé la cintura, no podía ver nada en la oscuridad, pero seguro tenía un buen moratón en aquella zona. Me enjuagué y me vestí. La camiseta se me había caído en el piso mojado y tuve que colgarla al lado de la toalla. Salí del cuarto de baño con el torso desnudo. La doctora me miró de un modo muy raro, mi abuela, por fortuna, estaba preparando el café.

—Lo siento —me vocalizó la doctora con los labios.

Esboqué una sonrisa antes de meterme a mi cuarto.

—Mi Daniel es muy talentoso, doctora —le dijo mi abuela.

—Algo supe —le dijo la doctora.

—¿Quieres ver sus obras, doctora?

—Me encantaría.

Minutos después, como era costumbre de mi abuela, la llevó a mi cuarto. La doctora miró maravillada la cantidad de peluches que tenía en un viejo mueble que había hecho mi abuelo, el mejor carpintero del pueblo.

—¡Cuántos peluches! —exclamó la doctora.

—Mi abuela rio por lo bajo.

—Daniel recibe un montón de peluches en su cumpleaños —le dijo mi abuela—, tiene muchas admiradoras, doctora.

Las mejillas empezaron a arderme, pero no por los golpes que recibí horas atrás, sino por la vergüenza que me provocaba aquel comentario tan efusivo de mi abuela. La doctora me guiñó un ojo en señal de complicidad y me robó una risita por lo bajo. Cogí un peluche marrón claro con una mariposa en la panza de la estantería. Regalo de Edith, una chica del pueblo. Estiré el mismo a la doctora, que me miró con mucha ternura. Cada vez que lo hacía, mi corazón saltaba sobre sí mismo, como solía ocurrir en los dibujos animados.

—¿Para mí?

Asentí tras enseñarle la mariposa que se encontraba en la tripita del peluche de tres colores: rosa, azul y verde. Ella lo cogió con la misma alegría que Sofía cuando le di su regalo por la tarde.

—Es precioso, Daniel —lo olisqueó con los ojos entrecerrados—, huele a ti.

Era la única manera que tenía de agradecerle por todo lo que hacía por mí. Por el trabajo y por su manera de ser conmigo.

—Mi niño es un sol —le dijo mi abuela tras besarme—, un ángel, doctora. Si era un ángel ¿dónde estaban mis alas?

—Lo es —le dijo la doctora con una sonrisa ladeada.

Su móvil timbró. Ella pidió permiso para coger la llamada, habló con alguien por unos minutos y, tras ello, se despidió de nosotros a toda prisa. ¿Qué había pasado? ¿Por qué se puso tan triste de repente?

—Mañana nos vemos, Daniel —se despidió de mí con dos besos—, cuídate, mi amor —nos miramos por unos segundos,— gracias por el regalo —me enseñó el peluche—, dormiré conmigo todas las noches a partir de hoy.

Quería tener esa suerte, pensé y fruncí el entrecejo tras ello. ¿Por qué pensaba aquello? Mi abuela la estrechó como si la conociera de toda la vida.

—Descanse, doctora —la santiguó—, gracias por todo lo que hace por mi nietito.

La doctora le dio dos besos.

—Su nieto es un sol.

Ella cruzó el patio a grandes zancadas. Quise acompañarla hasta la granja, pero tenía miedo. El otro día fui por obligación, no tenía otra opción.

«Hasta mañana, doctora».

Ella giró y me sonrió antes de cruzar el portón.

—Hasta mañana, carita de ángel —solfeó.

¿Ella podía escucharme? ¿Carita de ángel? Esboqué una sonrisa antes de cerrar la puerta, sintiendo en mi interior una alegría indescriptible.

Al día siguiente, a muy tempranas horas, Diana y su marido llegaron a la granja. Estaba sentado en el jardín con un bollo caliente entre manos y un vaso de plástico con leche tibia. Diana y yo nos miramos por unos instantes. Todo se ralentizó a nuestro alrededor. Sus ojos se nublaron lentamente, los míos ya no. La escruté fijo por unos instantes. El amor que alguna vez sentí por ella se convirtió en dolor, nada más que dolor.

—Daniel —vocalizó con los labios.

Una lágrima solitaria recorrió su rostro demacrado, ¿estaba enferma? Nunca la vi tan triste como ahora. Creo que nunca superó la muerte de Adele, su hija recién nacida. Todos en el pueblo dijeron que su embarazo fue el motivo de su enlace apresurado con Sascha. Otros dijeron que su padre estaba en la ruina y necesitaba un buen inversionista. Rumores o no, Diana Weber se casó con mi peor enemigo, y me apuñaló dos veces con el mismo puñal.

—¡Buen día, Daniel! —me saludó la doctora con alegría—, Olga me dio un bollo extra —bromeó antes de sentarse a mi lado—. Para ti, cielo.

Ella no percibió la presencia de Diana al otro lado del jardín. Se sentó a mi lado. Su brazo se rozó con el mío y me erizó todos los vellos. Su sonrisa acarició mi ser de un modo difícil de describir con palabras. La miré con embeleso, como alguna vez miré a Diana.

—¿Lo quieres, cielo? —me preguntó sin abandonar su hermosa sonrisa.

El hambre se había esfumado. Un enorme nudo había usurpado su lugar. Levanté la vista y me encontré con la mirada interrogante de Diana. ¿Por qué me miraba de aquel modo? En ese lapso me fijé en ella con más precisión. ¿Por qué estaba tan delgada? ¿Estaba triste como alegaba Emilia? ¿No era feliz con su marido? La tristeza solía quitarnos el hambre. Me pasó a mí cuando murieron mi abuelo y Mimosa. También cuando ella se casó con Sascha.

—¡Mi vida! —chilló el señor Weber, robándose por completo nuestras atenciones.

La doctora observó a Diana, y luego a mí. Un suspiro se le escapó del pecho. ¿Le dolía algo? ¿Le pesaba algo? Sascha se acercó a Diana, y me fulminó con la mirada. El señor Weber les dio la bienvenida con su esposa, doña Bárbara, que había llegado con Diana y Sascha. Aquella mujer me odiaba tanto o más que el señor Weber.

—Lo siento —me dijo la doctora tras apretujarme la mano—. Sé qué te duele verla con otro, Daniel.

Le devolví el gesto y quise decirle que ya no me dolía como antes, que a su lado ya no me dolían ciertas cosas. Nos miramos por varios segundos. La doctora y yo podíamos comunicarnos más allá de la mirada.

—Tus ojos son el portal del cielo —me dijo en tono suave.

En un acto reflejo, miré a Diana de reojo, que ensombrecida, me miraba desde su sitio. Una mariposa azul con rayas negras posó sobre nuestras manos entrelazadas y nos robó por completo la atención. Beatriz y yo volvimos a mirarnos, volvimos a comunicarnos más allá del propio silencio.

—¡Daniel! —chilló Sascha desde la escalera—, ¿me has extrañado?

Di un respingo al escucharlo.

—¿Está loco? —dijo la doctora en un tono más bien arisco.

Lo miré desafiante por unos segundos, evocando la última vez que lo vi por estos lados...

Estaba en el bosque con una perra que había encontrado abandonada en la carretera. Era su último día antes de ser sacrificada. Decidí dar un paseo con ella por el bosque, hasta que Sascha y unos hombres aparecieron de la nada.

—¿Sabes cómo se sacrifican a los perros, Daniel? —me preguntó mientras unos hombres me sostenían por los brazos—, ¡así!

Sascha golpeó duramente a la perra enferma con un palo. Solté un gemido ante su crueldad, pero él no se detuvo, estaba cabreado porque me vio con Diana el otro día, cerca del lago.

—¡Mira! —gritó y uno de los hombres sujetó mi cabeza con brío—, ¡muere maldita basura! ¡Nadie te quiso y por eso te abandonaron!

Lloré con desesperación, lloré con todas mis fuerzas ante la crueldad que aquel ser sin alma practicaba en contra de aquella criatura tan noble y hermosa. El veterinario de la granja me dijo que la iba a sacrificar por la tarde, ya que no podía hacer nada para salvarla. El tumor que tenía era incurable y lo mejor para ella era terminar con su agonía.

—¡Mira cómo termino con su dolor! —Sascha la golpeó hasta matarla.

Intenté soltarme de aquellos hombres, pero no pude. Quise gritar, pero

tampoco lo pude. Sascha lanzó el palo a un costado y se secó el sudor de la frente con el brazo.

—Si te acercas a Diana, los inocentes pagarán tu culpa, retrasado de mierda.

Empujó el cadáver de la perra con el pie. Ella no se movió, ella nunca volvería a moverse.

—¡Maldito retrasado!

Me dio un duro golpe en el estómago antes de dejarme allí con la perra. La cogí en brazos y lloré con amargura, le pedí perdón besándole toda la cara ensangrentada. No sentía asco, al contrario, sentía pena, una enorme pena en el corazón.

«Lo siento» dije para mis adentros tras besarle la cabecita machacada por los golpes.

El veterinario fue el único que me creyó cuando le dije, a través de un papel, la verdad. Los demás estaban seguros de que fui yo el asesino de la perra.

—Tienes que tener mucho cuidado, Daniel —me dijo el veterinario días antes de su partida—, aquí no te quiere, chaval.

Todas las tardes, tras el trabajo, iba al bosque y conversaba con la perra que Sascha asesinó con bestialidad.

«En la granja celestial estarás mejor —dije para mis adentros mientras observaba el cielo a través de las copas de los árboles—. Mi abuelo y mi madre te cuidarán por mí».

Sentado sobre un viejo tronco caído, exhalé una gran bocanada de aire que olía a musgos, a setas, a hojas marchitadas, a tomillo y a tronco viejo. Aquel sitio me recordaba a una cueva, pero de árboles en lugar de piedras. A pocos metros de aquel sitio épico, se encontraba mi nuevo santuario, la gruta mágica, como lo llamé. Estaba en la finca del vecino, de un tal señor Franke. Un alemán que llevaba años sin pisar estas tierras.

«Algún día la naturaleza hará justicia con ese Sascha» me dijo el veterinario, el hombre más bueno que jamás conocí en toda mi vida. Lo mismo me había dicho mi abuelo cierta vez.

—¿Cielo? ¿Estás temblando? —me dijo la doctora y me arrancó de mi trance de golpe—, ¿te sientes bien?

La miré y luego oteé a Sascha a lo lejos.

«No» quise decirle, pero me limité a asentir.

Diana se acercó a su marido y le dijo algo. Sascha se apartó de ella sin

mirarla siquiera. Diana, mi primer gran amor, me miró con profundo dolor desde su sitio. Si la tristeza pudiera describirse, bastaría con observar sus ojos, el portal directo de la tristeza.

«Te amo» vocalizó con sus labios.

Por primera vez, en mucho tiempo, no sentí lo mismo. La doctora apretujó mi mano con afecto y me dijo que era hora de trabajar. Mi corazón latía distinto a su lado, mi corazón latía como alguna vez lo hizo al lado de Diana.

Capítulo 11

Beatriz

ΣЖЗ

«En tu ausencia»

Diana y su esposo llegaron a muy tempranas horas de aquel lunes a la granja. La bella hija de mi patrón parecía un zombi. ¿Qué tenía? ¿Qué le dolía tanto? Supe por Emilia que Diana había tenido una niña y que la misma había muerto días después de su nacimiento mientras ella le daba de mamar. Al parecer tuvo problemas respiratorios. Tras aquella terrible pérdida, ella tuvo dos abortos espontáneos.

—Diana decidió no volver a intentarlo, doctora —me dijo Emilia con profundo dolor—, la vida es tan injusta con algunas mujeres. Mientras unas regalan, abortan o matan a sus propios hijos, otras no los pueden tener.

Por unos instantes, por unos breves instantes, me puse en la piel de Diana, y pude sentir su dolor en cada fibra de mi ser. Años atrás me había pasado lo mismo. Estaba de pocas semanas cuando sufrí un aborto espontáneo mientras dormía. Mateo me llevó al hospital a toda prisa. Nunca estuvo en mis planes ser madre en aquella época, pero cuando supe de su existencia, toda certeza cambió.

—¿Lo intentamos de nuevo? —le pregunté a Mateo y meses después volví a embarazarme.

A los tres meses volví a perderlo. El médico me dijo que tenía un problema muy delicado en las trompas uterinas. En simples palabras, no conseguiría llevar a cabo un embarazo hasta los últimos meses.

Jamás hablé de aquel triste episodio con nadie, ni siquiera con mis mejores amigas. El dolor nunca me permitió hablar sobre ello.

—¿Doctora? —me dijo Emilia, y me arrancó de mi trance de golpe—, ¿le preparo su té?

—Por favor.

—Su marido es un mujeriego —me dijo Emilia mientras vertía el agua caliente en la taza—, un déspota que odia a la gente pobre, a los animales y a Daniel.

La miré estupefacta. ¿Odiaba a Daniel?

—¿Cómo dices?

Emilia me miró con una expresión ensombrecida. El otro día le dije que tuviera cuidado con las cosas que decía, que la prudencia podía salvarle el pellejo, pero creo que no fui muy clara al respecto.

—Lo siento, doctora.

Evoqué al marido de Diana. Sascha era un hombre imponente, alto, atlético, rubio como el sol, de ojos muy azules y pelo algo largo. Parecía un modelo de pasarela, pero Daniel era mucho más guapo que él. Y, además, Daniel tenía algo que él no: alma.

—Gracias, Emilia —le dije cuando posó la taza de té sobre mi mesa.

Daniel acababa de entrar en la sala con varias cajas entre manos. Nos miramos por unos segundos. Sus ojos estaban tristes, ¿era por ella? ¿Por Diana? El amor solía ser tan penoso, tan indomable. ¿Aún la amaba? Se acercó con algo entre manos. Me sonrió con ternura antes de abrir una caja repleta de agujeritos. Una mariposa azul salió de dentro y recorrió toda la sala con su peculiar gracia. Ambos la miramos embelesados por unos segundos.

—Es hermosa —le dije embelesada.

Observamos el vuelo etéreo que realizó aquella mariposa en el aire. Daniel sonrió y yo también. Nuestras miradas se encontraron y se estrecharon con mucho afecto. Aquel joven tenía el don de tocarme el alma con tan solo sonreírme. Mi móvil timbró y me arrancó de mi trance sublime de golpe.

—Perdona, Daniel —le dije antes de coger la llamada.

Era Constanza, la mejor amiga de Débora, mi hermana.

—Hola, Beatriz —me saludó con voz apagada—, Débora tuvo un lío, otra vez.

Mi hermana estaba en problemas, una vez más. Maldije por lo bajo al escuchar su nuevo problema. Esa misma tarde decidí viajar hasta mi ciudad para intentar llegar a un acuerdo con el juez que llevaba el caso de mi hermana.

—¿Daniel irá con usted? —me preguntó el señor Weber cuando le comuniqué sobre mi viaje.

Asentí sin vacilar, ni loca lo dejaría allí solo por más de dos días. No

confiaba en ningún empleado de la granja, y, mucho menos, en el dueño. Emanuel, el mejor amigo de Daniel, retornará a Dulce destino la semana que viene de manera definitiva. Tras su última presentación como jinete en el rodeo del pueblo, ha decidido dedicarse a sus hijos y a su antiguo trabajo en la granja. Aquello alegró enormemente mi corazón, ya que cuando me marche de allí, Daniel estará a salvo con él.

—De paso compraré los medicamentos que necesito para las vacas enfermas —acoté.

El señor Weber aceptó a regañadientes, ya que el viaje de Daniel entraba en los gastos de la granja. Mi lado malévolos afloraba cuando se trataba de defender a mi carita de ángel.

Esa misma tarde hablé con la abuela de Daniel.

—¿Lo cuidará bien, doctora? —me preguntó unas cinco veces consecutivas.

Para ella, Daniel era un crío pequeño e indefenso. Le prometí que lo cuidaría con mi vida y así sería. Daniel cogió sus cosas tras ducharse mientras doña Rita y yo charlábamos sobre él.

—Mi niño nació sin signos vitales —me comentó ella con lágrimas en los ojos—, mi hija murió durante el parto —una lágrima atravesó su rostro surcado de arrugas—, Daniel tardó más de lo normal en soltar su primer llanto, doctora.

Según el médico que lo atendió, aquello generó su discapacidad intelectual. Daniel cruzó la estancia envuelto en una toalla celeste. No pude evitar mirarlo con embeleso. Su cuerpo era pura tentación. Nunca, en toda mi vida, sentí aquello por alguien antes. Daniel despertaba lo mejor y lo peor de mí.

—Mi niño tenía una voz tan bonita, doctora —me dijo su abuela con nostalgia—, gruesa y melodiosa al tiempo.

Me hubiera gustado escucharlo, pero según el psicólogo que lo atendió tras el ataque que sufrió, dependía de él volver a hablar, pero algo en su interior se negaba a hacerlo. ¿Qué pasó aquella noche? ¿Quién lo golpeó al cierto? Los ojos fríos del tal Sascha asaltaron mi mente y me congelaron las entrañas. Aquel tipo me daba muy mala espina, en especial cuando Daniel empezó a temblar tras verlo. ¿Qué le había hecho aquel infeliz?

—Mi vida —dijo la abuela de Daniel—, ¡estás hermoso con el suéter que te regaló la doctora!

Su voz me arrancó de mi trance de golpe. Fijé los ojos en Daniel, que

estaba hermoso con el suéter negro cuello en v y sus vaqueros azules. Un mechón adornaba su frente con gracia. ¡Era la criatura más hermosa del mundo! Me miró con timidez. Un rubor casi morado le tiñó las mejillas, resaltando sus hermosos ojos azules.

—Estás precioso, cielo —le dije embobada—, los ángeles sentirían envidia de tu belleza.

Me miró con suspicacia, ¡me encantaba cuando lo hacía! Le daba un toque tan sensual, tan misterioso. Su abuela me dijo que poco a poco dejaría de ser tímido conmigo. Todo a su tiempo, me dije tras cogerle de la mano. Daniel cogió mi mano con firmeza.

—¿Nos vamos?

Él asintió.

—Buen viaje —nos dijo su abuela tras persignarnos—, vayan con Dios y vuelvan con él.

Besó a su nieto y luego a mí. Aquella mujer era un ángel. Cruzamos el jardín de manos dadas, la mujer del otro día nos miró con curiosidad y asombro. ¡Era tan cotilla! En ese lapso, Marcia se acercó a nosotros. Daniel dio un respingo al verla, confirmándome mis sospechas de días atrás. Aquella mujer le había golpeado.

—Necesito hablar contigo —le dijo a Daniel sin mirarme.

Él se puso muy tenso. No la miré.

—No tenemos tiempo —le dije a Daniel—, debemos viajar.

Marcia me fulminó con la mirada, pero la ignoré, como ella había hecho conmigo. Daniel no soltó mi mano un solo segundo, llamando la atención de Marcia de manera ineludible.

—Adiós —nos dijo la abuela de Daniel.

Marcia se limitó a mirarnos mientras nos subíamos al coche. Le puse el cinturón a Daniel y tras ello, arranqué.

—Te dije que ella nunca más te tocaría, cielo.

Daniel giró su hermoso rostro y me dedicó una mirada muy melosa, de aquellas que me dejaban sin aire en los pulmones.

—Siempre cumplo con mi palabra —acoté y dibujé una hermosa sonrisa en sus labios.

Durante todo el camino, Daniel jugueteó con el cubo de Rubik. Cada vez que frenaba el coche, lo atisbaba por el rabillo del ojo.

—¿Te gusta, cielo? —le pregunté.

Era la tercera vez que lograba resolver aquel cubo del más allá como solía

llamarlo yo. Daniel era mucho más listo de lo que la gente suponía. Me miró y sonrió tras terminar el juego por cuarta vez. Un trueno enfurecido en el cielo lo hizo respingar.

—Tranquilo —le dije en tono suave—, es solo un aguacero, cielo.

Daniel se puso muy tenso, creo que le tenía miedo al mal tiempo. Llegamos a mi departamento casi a las siete de la tarde. Compré pizza y unos zumos de naranja para cenar. Daniel se mantuvo quieto en la sala todo el tiempo.

—Ven, Daniel —le estiré mi mano derecha—, te enseñaré tu cuarto.

Lo llevé al cuarto de visita, donde solía quedarse Laura tras una noche de chicas. Daniel colocó su mochila sobre el sofá un pelín raído. Luego observó todo el recinto con ojos muy meticulosos.

—¿Te gusta?

Se volvió y sonrió. Tocaron la puerta, era la pizza. Daniel dio un brinco cuando escuchó el timbre. Se asustaba con mucha facilidad.

—¿Comemos? ¡Muerdo de hambre! —exclamé con alegría, fingiendo no percibir su nerviosismo.

Fui a por la pizza. Pagué al chico y luego la deposité sobre la mesa. Cogí dos platos y unos cubiertos mientras Daniel observaba con embeleso mi velador con dibujos de mariposas. Era como un acuario, pero eléctrico. En su interior tenía una bombilla LED de fondo algo azulada. Las mariposas giraban constantemente de un lado al otro. Daniel me miró con expectación, supuse que quería saber cómo metí a aquellas criaturitas coloridas en aquella caja mágica.

—¿Te gusta? —le pregunté con una sonrisa ladina.

Daniel se puso recto y asintió con un cabeceo.

—¿Lo quieres?

Frunció su entrecejo en un gesto inquisitivo.

—Es tuyo, cielo —maticé y negó con un cabeceo—, no acepto negativas, señor Schmidt.

Sus mejillas adoptaron un color muy similar al de mi blusa. ¡Rojo púrpura! Me pidió permiso para pasar al lavabo. Le llevé hasta el cuarto de baño. Daniel y yo nos comunicábamos de maravilla con simples gestos. Algo que nunca logré con mi hermana.

—Estás en tu casa, cielo.

Daniel se sentó y le serví un trozo de la pizza. Lo cogió con mucha timidez y lo llevó a la boca.

—¿Te gusta?

Se limpió los labios con la servilleta y sonrió.

—¡Es mi adicción! —chillé y le robé una risita por lo bajo.

Comimos y bebimos mientras unas canciones muy melodiosas sonaban en la radio. Yo hablaba como una cotorra mientras él se limitaba a asentir o a negar con la cabeza.

«Espero que Débora no se las tome con él» pensé con el corazón en un puño.

Pero era consciente de que lo haría, así era mi hermanita.

—Mañana nos levantaremos temprano —le dije a Daniel tras limpiar y ordenar los platos con su ayuda—, descansa, cielo.

Un relámpago estrepitoso tronó enfurecido en el cielo y le hizo respingar. Daniel tenía pavor al mal tiempo y el tembleque de su cuerpo lo delataba. Me pasé la lengua sobre los labios con nerviosismo antes de soltarle una propuesta.

—¿Prefieres dormir conmigo? —le pregunté.

Daniel me miró con sorpresa y júbilo al tiempo. Quise morder su barbilla, me sentía tentada cada vez que me miraba de aquel modo tan... tan... no había palabra exacta para definirlo con exactitud. Con un suspiro, me siguió hasta mi cuarto con su mochila entre manos. Daniel se quitó el suéter y dejó al descubierto su torso de ensueño. Me hubiera gustado que durmiera sin camiseta.

«Beatriz» me dije para mis adentros. Repito, él despertaba un lado mío que no conocía hasta entonces.

«Por suerte no puede leer mentes» pensé algo ruborizada.

Me metí en el cuarto de baño de mi habitación y me cambié de ropa. Me puse mi habitual pijama de dos piezas. Luego me solté el pelo y me lavé los dientes pensando en el cuerpo de Daniel.

—¿Qué te está pasando? —me reproché.

Me enjuagué la boca con aire pensativo.

—Todo tuyo —le dije a Daniel tras salir del lavabo.

Daniel me miró por unos segundos. Mi ropa de dormir era un pelín corta y escotada. ¿Por qué había elegido aquel conjunto? ¿El subconsciente me había traicionado? Daniel llevaba puesto una musculosa blanca y unos pantalones de algodón de color negro. Entró en el baño tras sonreírme. Me acomodé en ese lapso en la cama mientras afuera llovía torrencialmente. Daniel reapareció tiempo después. Guardó sus cosas en su mochila y me miró expectante.

—Ponte cómodo, cielo.

Se acostó a mi lado, hacia la puerta del cuarto de baño. Me volví hacia él y nos miramos por varios segundos. Su rostro era tan armonioso, tan perfecto. ¿Los ángeles lo esculpieron personalmente? Bostezó y su fresco aliento a fresa rozó mis fosas nasales, robándome un suspiro. Daniel usaba pasta dental para niños, lo vi sin querer. Aquello lo hacía tan especial, tan único. Su abuela lo trataba como si aún fuera un niño. Lo miré con mucha atención, Daniel tenía el alma de un niño, pero el corazón de un hombre, un hombre impoluto, sin maldad ni codicia. Me rozó la cara con la mano y sonrió.

—Hola —le dije sonriendo.

Deslizó su mano por mi mejilla con aire cansado. Parpadeó y ahogó un bostezo con la mano. Me sorprendí mirando sus labios sonrojados y algo carnosos. Me pregunté para mis adentros qué sabor tendrían. Daniel entrecerró sus ojos con pereza.

—Descansa, cielo —le dije con voz somnolienta—. No apagaré la luz de la mesilla, ¿vale?

Él asintió.

«Descansa, doctora» imaginé que me dijo. ¿Volverá a hablar algún día? ¿Escucharé su voz alguna vez? Nuestros párpados se cerraron lentamente.

Durante la madrugada, un feroz trueno asustó a Daniel, que desesperado se sentó en la cama de golpe y soltó un tipo de gemido. Me desperté sobresaltada.

—Tranquilo, cielo —lo estreché entre mis brazos—, aquí estoy.

Daniel colocó su cabeza sobre mis pechos sin dejar de temblar. Le canturreé mi melodía favorita y tras unos minutos, se quedó profundamente dormido entre mis brazos. Besé su cabecita fragorosa y sonreí. Dio una leve sacudida tras suspirar hondo.

«Lindos sueños, cielo».



Al día siguiente, tras hablar con el juez que llevaba el caso de mi problemática hermana, llegamos a un acuerdo. Débora realizaría unos trabajos comunitarios en la granja «Dulce destino» donde podría vigilarla personalmente. El señor Weber aceptó encantado, en especial porque no tendría que pagar por los servicios. Emanuel Fischer sería su jefe, el implacable jinete, como lo tildó mi patrón. Cuando salí del despacho del juez, me encontré a Daniel rodeado por varias mujeres. Ellas le hablaban y le

acariciaban los brazos de manera insinuante. Otras le ofrecían café, té, chocolate y galletas. No sabía si enfadarme o reírme. ¡Era el precio de ser tan atractivo!

—Listo, cielo —le dije tras carraspear.

Las abejas me miraron con curiosidad mientras Daniel se ponía de pie a toda prisa y se acercaba a mí con las mejillas muy arreboladas.

—Adiós —las saludé tras coger de la mano a Daniel.

Nos retiramos sonriendo ampliamente.

—Nadie se resiste a ti —le dije con sorna y lo ruboricé aún más—, no las culpo.

Daniel me miró con una expresión muy jovial antes de meterse al coche.

—Iremos a por Débora —le dije tras soltar un suspiro—, te ruego que la disculpes —su entrecejo se frunció—, ella es una chica muy especial, —hice una mueca indefinida—, que suele decir muchas tonterías...

Daniel asintió sin abandonar su mohín.

—Espero que no te caiga tan mal...

Dos horas después...

—¿Quién es el muñecón? —demandó mi hermana tras salir del centro de rehabilitación—. ¡Es hermoso! ¿Es soltero? —lo analizó de pies a cabeza—, ¿hetero? —puse los ojos en blanco—, ¡es demasiado guapo! Y algunos... —le interrumpí con un ademán.

—Daniel, esta es mi hermana —le presenté algo azorada—, Débora Aquino.

Mi hermana le dijo algo en francés. Daniel se limitó a mirarla con una expresión entre interrogante y asombrada. Ella le chasqueó los dedos enfrente de su cara.

—¿El gato te comió la lengua? —le dijo iracunda.

Daniel bajó la mirada de manera súbita. Cogí el brazo de mi hermana con cierta brusquedad y le expliqué la situación de Daniel.

—¿Es mudo y algo lento? —repuso la muy infeliz—, o sea, si lo violo por la noche ¿no podrá gritar? —le di un pellizco—, ¡ay! Estás muy salvaje, Bea —se masajeó el brazo—. Nunca vi un chico tan guapo como él y mis hormonas han reaccionado sin querer...

Puse los ojos en blanco.

—Es mudo, no sordo —le musité en tono severo.

Débora inspeccionó a Daniel de pies a cabeza con un gesto muy ladino. Aunque se mofara de él, le atraía, le atraía mucho. Aquello encendió una

alarma en alguna parte de mi cerebro y de mi corazón. Nunca fui celosa, hasta entonces. En ese lapso, la escruté de pies a cabeza, estaba muy delgada y bastante demacrada. Tenía el pelo muy largo, pero maltratado y algo desteñido. Antes de los tintes lo tenía de color castaño claro como el mío. Hoy en día era de un tono difícil de definir con exactitud. Su piel blanquísima le daba un aire muy vampírico. Sus ropas oscuras y repletas de agujeros le daban un aire gótico en plena decadencia.

—¿Me estás analizando, Beatriz?

Abrió mucho sus ojos color miel verdoso. Mi hermana, a pesar de aquel estado, era una mujer muy guapa.

—¿Eres virgen? —le preguntó a Daniel como si tal—, yo soy experta en la cama —entrelazó su brazo con el de él como si fueran amigos de toda la vida.

Daniel se sentía muy incómodo a su lado, no lo culpaba, mi hermana tenía ese efecto en las personas. Débora se volvió y me miró con picardía. ¡Nooo! Algo se traía entre manos.

—¿Puedo adoptarlo?

La miré como si acabara de decirme que era la hija no reconocida de Michael Jackson.

—Débora —le dije en tono amenazante—, basta...

Ella miró a Daniel con ojos muy taimados.

—Siempre quise tener una mascota —le dijo antes de que la empujara dentro del coche—, ¿qué? ¡No exijo una mascota de raza! ¡Me conformo con él!

Daniel nos miró horrorizado. Mi hermana era incorregible, ¿qué hice? ¿Por qué me comprometí con el juez? Pataleé, grité, me arranqué unos mechones, mentalmente, claro.

—¿Quieres ser mi perrito, Daniel?

Daniel la miró con cara de ¿Eh? Enterré mi cara entre las manos y solté un resoplido de indignación. ¡Era insufrible!

—Si quieres puedo ser tu perrita por las noches —se mofó riendo.

Puse los ojos en blanco por milésima vez.

—Débora...

Antes de marcharnos a la granja, mi hermana me pidió un favor, un delicado favor.

—¿Le ha vuelto a pegar? —le demandé, refiriéndome a su mejor amiga, Constanza.

Los ojos de mi hermana se nublaron y supe al instante que su amiga lo pasó

muy mal.

—Casi la mató —me dijo con la voz enronquecida—, por fuera ya está mejor, pero por dentro está destruida, Bea.

Mi hermana adoraba a su mejor amiga, una bruja muy sagaz, aunque Débora nunca le creyó del todo.

—Para empeorar, está sin trabajo, Bea.

En ese lapso, evoqué lo que Emilia me dijo el otro día.

—Están buscando una mucama para limpiar su casa, doctora.

Le pregunté a Débora tras volver al presente si Constanza estaría dispuesta a trabajar en la granja como mucama. Mi hermana me dijo que sí.

—¡Incluso de prostituta trabajaría! —exclamó con sorna tras darle un leve codazo a Daniel.

Él la miró como si fuera una vaca con cara de elefante.

—Hablaré con mi jefe antes, Débora.

Mi hermana saltaba sin parar.

—¡Constanza estará la mar de contenta, Bea!

Cogí mi móvil y hablé con el señor Weber, que aceptó encantado mi oferta al igual que Constanza, con quien Débora habló mientras yo lo hacía con mi patrón.

—¡Gracias, Bea! —me llenó de besos—. Es la peor bruja del mundo, pero la mejor amiga —me dijo mi hermana antes de posar sus ojos en Daniel—. ¿Quieres una goma de mascar de fresa? —le ofreció y él aceptó tras sonreírle —, ¡muy bien vaquero! —aplaudió.

La reprendí con la mirada antes de arrancar el coche. No me gustaba cómo trataba a Daniel. Hablar con voz aniñada y aplaudir cada dos por tres era denigrante.

—Débora... —mascullé y ella se echó a reír.

—¡Muy bien, Bea! —chilló con voz infantil y aplaudió.

Daniel soltó una risita y yo terminé riéndome con ellos. ¡Era inevitable!

Capítulo 12

Débora

ΣϞΣ

«Una cláusula del corazón»

Como siempre fui una chica muy entrometida, aquí estoy para narrar un poco mi historia. La autora de mi destino estará muy cabreada, pero a mí ¡no me importa!

Tras salir del centro de rehabilitación, me instalé aquí, en la granja «Dulce destino», donde trabajaba mi hermana y el bomboncito mudo, Daniel. Aquel chico me inspiraba cosas bonitas y también cosas malas. Una dualidad bastante peligrosa. Su inocencia me recordaba mucho a alguien que perdí en el pasado, y, a quien, de cierta u otra manera, no perdonaba haberme abandonado antes del tiempo. La muerte de aquellos que amábamos solía despertar sentimientos raros en nuestros corazones.

—¿Quieres un bombón o un beso con sabor a bombón? —le pregunté a Daniel ayer.

Él se limitó a sonreírme. Tenía una sonrisa franca, pura, hermosa y pueril. Una sonrisa no apta para cardíacos. Una sonrisa que me recordaba mucho a ella, a Ángela.

—¿O los dos?

Daniel era un chico muy especial, el otro día, mientras lloraba con amargura cerca de un árbol, me ofreció un pañuelo. Estaba muy mal, muy triste. Necesitaba llorar o me ahogaría en mi propio dolor.

—Nunca pensé que se moriría —le dije con amargura—, siempre la echaré en falta —temblaba como una hoja—. Murió por mi culpa, Daniel.

Se sentó a mi lado y me acarició la cabeza. Levanté la vista y lo miré a través de la cortina de lágrimas que anegaba mi rostro.

—Gracias por prestarme tus oídos —le dije llorando—, por

comprenderme, a pesar de tu... —me detuve antes de decir alguna tontería—, gracias.

Ladeó la cabeza y me miró con expresión interrogante. Creo que las metáforas no eran su fuerte.

El otro día le dije que su belleza hacía palpar con frenesí mi clítoris. Supuse que no sabía a qué me refería exactamente, tampoco podía enseñarle, bueno, podía, pero aún era temprano para ello.

—Me metí en este mundo en busca de la felicidad —le dije y no sabía muy bien por qué lo hacía—, pero lo único que encontré fue más dolor, más tristeza.

Daniel cogió mi mano y me miró con indulgencia. Recosté mi cabeza en su hombro y lloré hasta que me dolieron los ojos. La depresión y la abstinencia eran muy malas compañías. En ese lapso, uno de los dueños de la granja, Sascha von Falk, nos miró desde su sitio. Daniel se tensó al instante. ¿Tanto miedo le tenía?

—Ese tío no me gusta —le dije a Daniel—. Es hermoso por fuera, pero hueco por dentro.

El otro día lo vi cerca del bosque con el yerno del señor Weber. Me pareció que conversaban amenamente, hasta que el tal Sascha cogió a Daniel de un modo muy violento y lo puso contra un árbol. Me escabullí y los observé con los ojos palpitándome en sus órbitas. Sascha zarandeó a Daniel por los hombros y luego le dio varios bofetones. Le gritó cosas horribles mientras le seguía pegando en la cara. Daniel se marchó del lugar tambaleándose. ¿Por qué lo trataba así?

—No me lo dirías, aunque pudieras hacerlo —le dije y él se limitó a bajar la cabeza.

Me gustaba mucho su compañía, pero no del modo en que la mayoría lo suponía. Se alejó de mí a pasos lentos mientras mi mejor amiga, Constanza, se acercaba. Saludó a Daniel con una sonrisa afable. Siempre me preguntaba de dónde sacaba las fuerzas para seguir sonriendo. Mi amiga era admirable. Me saludó como si lleváramos días sin vernos, así era ella, una abejita feliz en pleno invierno.

—Este sitio es idílico, me reconforta el alma.

Observé el campo con ojos desapasionados. No era fan de la madre naturaleza, en absoluto, y menos tras conocer a Emanuel, mi jefe. Aquel tío me sacaba de mis casillas. ¡Preferiría beber mi propia orina!

—¿Qué tal va el trabajo, Debi?

La bilis me subió a la garganta.

—Estoy reventada —le dije enfurruñada—, ese cabrón que me asignaron como jefe me ha hecho trabajar como una negra —me quejé tras mirarme las manos.

Emilia, hermana de mi jefe, me saludó desde lejos. Aquella chica era muy comunicativa. Aprovecharé aquello para sonsacarle alguna información sobre su hermano, algo que pudiera usar en su contra, claro estaba.

—Esa chica es muy rara —comentó Constanza—, ¿no te parece?

Emilia era demasiado confianzuda, me ha narrado toda su historia el primer día que nos vimos.

—Es un poco carente —repuse cavilosa.

Emilia sufrió mucho en esta vida, amó a alguien que la usó y la dejó. Me dijo que también tuvo problemas con las drogas. Padecía de depresión, como yo. Para completar, fue bulímica en la adolescencia, como yo.

—¿No te parece muy trágica? —retrucó Constanza.

—¿Mi vida te lo parece?

Intercambiamos una mirada. Mi amiga siempre fue muy desconfiada y tras lo vivido con su novio, mucho más.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a mi amiga.

Ella asintió tras suspirar. Constanza estaba tan mal como yo. Yo padecía los terribles efectos de la abstinencia, ella los efectos del desamor. Muchos decían que el amor era una de las drogas más potentes del mundo.

—Mejor.

Le ofrecí un bombón. Siempre llevaba uno en los bolsillos, tras dejar las drogas, el chocolate fue mi escape. Una manera dulce de huir de la maldita adicción. Además de los bombones, me cortaba en ciertas partes del cuerpo y vomitaba. Era bulímica desde los trece años. Al principio me autoflagelaba por no ser como las demás, con el tiempo se convirtió en mi refugio emocional. Me gustaba comer como una cerda para luego desechar la comida hasta que me dolieran las tripas. ¿Estaba loca? Probablemente.

—El karma me vengará —me dijo mi amiga con lágrimas en los ojos—, él es justo.

Las cosas no ocurrían por casualidad en este mundo de surgir y desaparecer. No vivíamos en una especie de universo loco y accidental. Las cosas ocurrían de acuerdo a ciertas leyes. Leyes de la naturaleza, leyes como la ley del karma, la cual nos enseñaba que debido a que se sembró una semilla un fruto saldrá, al menos eso dijo Sharon Salzberg.

—Algún día la vida me devolverá el amor que malgasté con Ricardo —dijo en un tono que rezumaba odio—, y a él todo el odio que se merece.

Mi amiga creía fehacientemente en el sabio poder del universo y la brujería.

—Así será, amiga —le dije.

Constanza me miró.

—¿Recuerdas el conjuro que hicimos en el pasado?

Evoqué de manera ineludible nuestro viejo conjuro cuando éramos adolescentes, cuando éramos unas inocentes chicas de diecisiete años que creían en brujas, hechizos, destino y amor...

Contemplábamos en silencio la pequeña fogata que ardía en el centro de mi cuarto. Me preguntaba si oficialmente acababa de volverme loca. El trozo de papel que tenía en la mano describía todas las cualidades que quería que tuviera mi alma gemela: lealtad, inteligencia, belleza, riqueza, sentido del humor, fuertes vínculos familiares y amor por los animales.

—¿Pido demasiado, Constanza?

—No, pides lo que te mereces, Debi.

Tomé una honda bocanada de aire, y después tiramos nuestras listas al cubo metálico y las observamos arder.

—El universo nos concederá el hombre perfecto —dije con fervor.

Pero no fue así. Tiempo después conocí a Miguel, el chico que me llevó al mundo de las drogas. Por él hice muchas cosas horribles, por él perdí la noción por completo. Por él perdí a alguien muy especial. Por él perdí las ganas de vivir. Un amor enfermizo, un amor destructivo que envenenó mi sangre y mi alma.

—Tierra llamando a Debi —me dijo Constanza, y me devolvió al presente de golpe—, ¿recordabas nuestro conjuro, no?

¿Cómo lo sabía? Fruncí el entrecejo algo suspicaz y sonreí con expresión ladina. Constanza me guiñó un ojo en señal de complicidad.

—Eres la peor bruja del mundo —me mofé y la abracé—, siempre lo serás.

—¡Hola! —saludó mi hermana.

Beatriz y Daniel estaban cerca de los establos, ella anotaba algunas cosas mientras él se reclinaba a la altura de las patas de los animales y les revisaba.

—Ese chico tiene un aura muy brillante —comentó Constanza—, el otro día le leí la mano.

Me volví trepidante y la miré con un destello muy fulgoroso. Era cotilla de

nacimiento.

—Pero como soy la peor bruja del mundo —se burló antes de levantarse del banco de madera.

Me incorporé de golpe.

—¿No me lo dirás? —la perseguí.

Constanza cogió una cesta de mimbre y empezó a juntar unas manzanas del árbol que se encontraba a un costado, me dijo que haría unas deliciosas tartas de manzana. La ayudé tras rogarle con la mirada que me contara sobre el futuro de Dany boy, como solía llamarlo yo.

—Su destino es muy complejo —comenzó a decirme—, le depara una fortuna —abrí mucho los ojos—, y una gran encrucijada sentimental.

Observé a mi hermana y a Daniel con mucha atención.

—¿Te gusta ese chico? —me preguntó con la expresión algo desencajada.

La miré como si acabara de darme una bofetada.

—¡No!

Constanza cogió mi mano derecha y la analizó.

—¿Por qué me mientes, Debi?

Retiré mi mano de las suyas y la escruté con indignación. Tras dejar las drogas, me irritaba con mucha facilidad.

—Eres la peor bruja del mundo —despotriqué enfurecida—, ¡la peor!

Me alejé de ella a grandes zancadas. Me detuve cuando Beatriz rio a carcajadas. ¿De qué se reía? ¿Por qué me molestaba tanto? El hijo de mi jefe estaba con ellos, creo que les dijo algo ocurrente. ¿Por qué me molestaba tanto la relación de Daniel y Beatriz?

—¡Ey, vampira! —me dijo el ogro de mi jefe—, mañana debes coger los huevos del gallinero.

Lo pulvericé con la mirada. Beatriz y Daniel me miraron. Aquel ogro huraño me llamaba «vampira» por mi apariencia.

—¡Sí, vaquero sin alma! —exclamé tras hacerle el saludo militar—, que te den —mascullé por lo bajo.

Me enfilé hacia la casa, necesitaba comer y vomitar. Mis ojos se encontraron de golpe con los de Sascha. ¿Por qué me miraba de aquel modo? Desvié la mirada y oteé con rabia a Daniel y a Beatriz. ¿Sentía celos de ellos? ¿Era eso?

—Debi —me dijo mi amiga—, no dejes que la ira comande tu corazón.

No me volví, simplemente me eché a andar hacia la casa. Lo que hiciera o no, era cosa mía.

ΣΧ3

Los días pasaron, el trabajo y mis peleas con mi jefe ocupaban gran parte de mi día en aquella maldita granja. Estaba cada día más nerviosa y más enfurruñada mientras mi amiga, Constanza, estaba cada día más feliz en aquel recinto bucólico y aburrido.

—Pronto me escaparé —me dije mientras me acercaba al gallinero como todas las mañanas.

Salí gritando del mismo con desesperación al ser perseguida por una gallina cloquera.

—¡Auxilio! —grité corriendo como una loca.

Ella me persiguió por todo el gallinero. Logré escaparme con la ayuda de Emanuel, que mal podía reprimir su risa ante lo sucedido. Le di un golpe en su abdomen plano y bien definido. El desgraciado era extremadamente guapo, no tanto como Daniel, pero tenía los suyos.

—¡Capullo! —le grité.

Encaré a la gallina con ojos desafiantes. Le hice el gesto de la V con el dedo índice y el dedo corazón llevándolos a los ojos y la amencé:

—Te tendré vigilada.

La muy cínica levantó las alas y las movió como si me estuviera diciendo: «Ven cuando quieras». ¿Acababa de hablar mentalmente con una gallina? ¿Serían los famosos efectos colaterales de las drogas?

—Estás loca —me dijo Emanuel tras soltarme en el césped de golpe—. Totalmente loca.

—¡Capullo!

Enfurecida, cogí la mierda de los caballos y la lancé en su dirección. Me miró atónito antes de volver sobre sus pies.

—¿Qué mierda estás haciendo?!

—¡Yo no! —le contesté iracunda—, los caballos —le lancé una mierda a la cara.

Emanuel me levantó en volandas y me llevó hasta el charco de los cerdos. Miró el mismo y luego me oteó a mí con unos ojos muy ladinos. ¿Qué pensaba hacer?

—¡Ni lo pienses, salvaje! —le grité y me removí con todas mis fuerzas.

Perdimos el equilibrio y nos derrumbamos en el charco de un modo muy patoso. Emanuel rio a mandíbula batiente. Al final también terminé riéndome

con él. ¡Era tan bueno reír!

Pero aquel fugaz momento se ofuscó tras mi encuentro con alguien en el bosque por la noche, después de terminar mis tareas y ducharme.

—¿Me lo has traído? —le dije tras ordenarme el pelo en un rodete.

Me estiró un pequeño sobre transparente con cocaína. Mis ojos brillaron jubilosos.

«Al fin lograré calmar a mi otra yo».

Esbocé una sonrisa ladina al tiempo que evocaba a Daniel. ¿Qué pasará con él cuando la otra usurpe mi lugar?

Capítulo 13

Daniel

ΣϞΣ

«Una daga mortal»

La hermana de la doctora, Débora, era una chica bastante rara, pero divertida al tiempo. Decía cosas muy chistosas y algo desvergonzadas. En más de una ocasión me metió mano, no le importaban mis miradas reprobatorias o mis empujones nada sutiles. Incluso creo que aquello la incitaba. Llevaba unas semanas en la granja, trabajando y peleándose con Emanuel día y noche. Mi amigo la detestaba, según me dijo el otro día, tanto como ella a él.

—¡Es insoportable! —chilló mi amigo mientras arreglaba el viejo galpón de su casa—, ¡niña mimada!

Algo en su voz no me convencía del todo. Débora tenía ese efecto en todas las personas que la rodeaban. Una mezcla entre odio y amor. Algo así me pasaba con las galletas de coco, me gustaban, pero no mucho.

—¡Odio a tu amigo! —me gritó ella el otro día tras maquillar a «Vacalea», la nueva vaca—. ¿Te gusta, princesa Vacalea?

Ladeé la cabeza a un costado y observé atónito el resultado final. Vacalea parecía una de las prostitutas del burdel donde trabajaba Marcia. No sabía si reírme o lamentar su suerte.

—¡Cosita hermosa! —le dijo Débora, y ella mugió a modo de respuesta—. ¡Le ha gustado! —me miró con expresión socarrona—, ¿las has oído, Dany boy?

Quizá no le gustaba, pero Débora aún no había aprendido el idioma de las vacas.

—¿Saldrías con ella, Dany boy?

Asentí con la cabeza tras sonreír sin saber muy bien por qué lo hacía.

Aquella chica tenía cada ocurrencia.

—Es más guapa que tu ex, Dany Boy —se rascó la punta de la nariz—, la tal Marcia...

Mi sonrisa desapareció de mi rostro al oír aquel nombre. Hablando de Marcia...

—Te echo en falta, Daniel —me dijo el otro día, cerca de mi casa—, ¿tú no?

No hice ningún gesto. Ni afirmativo, ni negativo. Me limité a bajar la mirada.

—Siempre lamentaré lo que te hice, Daniel.

Yo también, pero el orgullo y el terror me domaban por entero. Marcia se marchó tras despedirse de mí con un beso, lo nuestro había acabado para siempre.

—Adiós, mi amor.

Supe por ahí, que ya no trabajaba en el burdel, que tenía un amante muy rico, un hombre que le daba todo aquello que quería. Las reformas de su casa lo comprobaban, al igual que el lujoso coche que tenía. Emilia me dijo que posiblemente su amante era Sascha, pero no tenía sentido. Él seguía muy enamorado de Diana, al menos eso me pareció el otro día cuando me amenazó cerca del bosque.

—No te acerques a Diana, maldito retrasado mental —me abofeteó varias veces—, ¿lo has entendido?

Sascha me vio con Diana el otro día, cerca del lago. Nos encontramos allí por pura casualidad. Ella me saludó tras acariciarme la cara.

—Hola, Daniel —me dijo con una tristeza que mal le cabía en el pecho—, estoy pagando caro el desprecio que te hice en el pasado.

Diana nunca asumió, hasta entonces, que se había casado por interés para poder salvar la granja de su familia y, por consiguiente, salvar su propia fortuna. Además, tenía demasiada vergüenza de mí, de lo que sentía por el chico pobre y sin futuro. Diana prefirió el dinero al amor y hoy lloraba tal elección. Bolsillos llenos, corazón vacío, diría mi sabio abuelito.

—Me resta vivir en la oscura cueva que elegí, Daniel.

Clavé mis ojos en los suyos. ¿Cueva? ¿Viviría en una cueva como Batman? Él también era rico, quizá todos los ricos tenían cuevas. La voz de Diana me arrancó de mi trance de golpe.

—Moriré amándote, Daniel Schmidt.

Se alejó llorando, llorando con toda el alma. Supuse que su marido nos vio

o, quizá, algún empleado de la granja que trabajaba para él.

—¿Quieres un bombón, Dany boy? —me ofreció Débora, y me devolvió al presente—. ¿En qué o en quién pensabas?

Cogí el bombón y esbocé una sonrisa misteriosa antes de girar sobre mis pies y marcharme del lugar.

—¡Eres malo!

Me volví y le dirigí una mirada traviesa.

—¡Malo y sexi!

Al día siguiente, mientras limpiaba algo, Débora intentó besarme en la boca, estaba muy rara. Sudaba mucho y sus ojos estaban muy oscuros. ¿Qué tenía?

—¿Por qué me rechazas, maldito retrasado mental? —me dio una bofetada—, ¡deberías estar rendido a mis pies!

La sujeté por los brazos y la miré a los ojos. Ella me empujó con fiereza y me oteó con desprecio, como solía hacerlo Sascha o el señor Weber.

—¿Piensas que mi hermana se fijaría en ti?

¿De qué estaba hablando?

—Piensas que la doctora Aquino, en su sano juicio, ¿se fijaría en un retardado como tú? —mis ojos se nublaron ante su afirmación—, ¡ella siente lástima de ti! —rio como una loca—, como todos a tu alrededor, incluso Diana, tu gran amor perdido.

Débora y Emilia se hicieron muy amigas, según me comentó Luisito el otro día. La hermana de Emanuel siempre fue muy cotilla, supuse que le había puesto al tanto de toda mi historia con Diana y Marcia.

—Ella te dejó porque eres retrasado mental —me dijo con sorna al tiempo que colocaba su dedo índice en una sien—, no porque fueras pobre.

Era consciente de que algo no funcionaba muy bien en mi cabeza, me costaba comprender ciertas cosas, me costaba memorizar, raciocinar, pero una cosa me era tan fácil, amar. Yo amaba a Diana. Eso era lo único que no me costaba.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, a pesar de mi entereza, el dolor siempre terminaba venciéndome.

—¿Estás llorando? —se burló al ver mis ojos enrojecidos—, waaa, ¡soy una niña llorona! —puso sus puños cerca de sus ojos y los giró de un lado al otro en un gesto de llanto—, ¡marica! —me empujó con violencia y perdí el equilibrio.

Débora era la copia fiel de Sascha en aquel momento. Pero algo no estaba

bien en ella. Parecía poseída por el mismísimo demonio, me recordaba a la niña de una película de terror que alguna vez vimos con Luisito a escondidas. Ella también decía cosas sin sentido, como Débora lo hacía hoy.

—Te gusta mi hermana, ¿no?

La doctora era un ángel sin alas. Buena, cariñosa, atenta, protectora y dulce, muy dulce. Me gustaba estar a su lado, comunicarme con ella a través del silencio, olerla, escucharla y abrazarla. Siempre nos abrazábamos cuando algún animal se enfermaba y nada podíamos hacer para evitar su muerte.

Evoqué lo sucedido días atrás con un perro...

—Es lo mejor, Daniel —me dijo la doctora, llorando.

La semana pasada, un perro callejero, que rescatamos de la calle, murió tras luchar estoicamente por su vida. Aquel ser indefenso solo quería amor, pero nadie se lo dio mientras vivió. Su triste final trajo a mi memoria a la perra que Sascha mató tiempo atrás. Lloré con un dolor que me carcomió el corazón a mordiscos. ¿Por qué las personas los maltrataban? ¿Por qué no se detenían a mirar sus ojos? ¿Por qué algunas personas disfrutaban con sus martirios? El perro murió tras una inyección que le puso la doctora.

—Chiss —me dijo la doctora tras abrazarme—, ahora está en un lugar mejor, mi amor.

La apretujé contra mi cuerpo y lloramos juntos el triste final de aquel ser indefenso.

Aquel abrazo sincero, tierno y cariñoso acarició mi corazón de un modo indescriptible. Ella no tenía vergüenza de lo que yo era o de lo poco que tenía en los bolsillos. Ella me aceptaba tal cual, me abrazaba y me cogía de la mano enfrente de todos como nunca lo hizo Diana, a pesar de amarme como alegó cierta vez.

—¡Respóndeme! —me gritó Débora tras darme una patada certera en la pierna—, ¿estás enamorado de ella?! —su golpe me devolvió al presente.

¿Estaba enamorado de la doctora?, me pregunté confundido. La respuesta brilló por su ausencia. ¿Cómo podía saberlo? Débora dijo algo ininteligible antes de marcharse del lugar, soltando humo por las orejas como solían hacer en los dibujitos. Me levanté y me enfilé hacia mi casa absorto en mis pensamientos y en mis sentimientos. ¿Estaba enamorado de la doctora?, me pregunté una y otra vez, evocando cada gesto suyo, cada palabra, cada mirada, cada sonrisa. Mi corazón latió distinto al recordarla, latió con fuerza, con amor...

«Sí, estaba enamorado de ella», pensé acongojado, ya que la doctora

jamás se fijaría en alguien como yo.

Al día siguiente, mientras ordenábamos algunos medicamentos en la sala de la doctora, Débora apareció con un conejo degollado entre las manos.

—¡Mira, Daniel! —gritó encolerizada, moviendo al animal muerto de un lado al otro.

Una de las cajas se resbaló de mi mano cuando reconocí al animal. Toda la estancia empezó a darme vueltas. Choqué contra la estantería con brusquedad al marearme. La doctora gritó a voz en cuello mientras su hermana soltaba el cuerpecito de Lola en el suelo.

—¡Déboraaa! ¡¿Qué has hecho?!

Me caí a cámara lenta en el suelo, sintiendo un dolor insoportable en el pecho.

—¡¿Qué has hecho?! —repitió la doctora y la zarandeó con violencia—, ¿qué has hecho?

La cabeza de su hermana se movía de un lado al otro con brusquedad. Su larga melena cayó como una cortina oscura sobre su rostro. La doctora le dio una bofetada, pero Débora no reaccionaba. Parecía una muñeca sin vida.

—¡¿Así me pagas todo lo que hago por ti?!

Tragué con fuerza antes de ir a gatas hasta Lola. Cogí su cuerpecito peludo manchado de sangre y lo abracé. Eché hacia atrás la cabeza y solté un gemido de dolor agudo. ¿Por qué la mató? ¿Por qué no la defendiste, Dios? ¿Por qué me has olvidado? Lloré con toda el alma, lloré como el día que murió mi abuelo. La doctora soltó a su hermana.

—Daniel —dijo la doctora con la voz enronquecida.

Me acosté en el suelo con Lola entre brazos y besé su cabecita como solía hacerlo todas las noches antes de irnos a la cama. La doctora y Débora posaron sus ojos en mí y me miraron con profundo dolor.

—¡¿Qué hice?! —dijo Débora llevando las manos a su cabeza.

La doctora se sentó a mi lado tras apartarse de su hermana.

—Lo siento, mi vida —me dijo con lágrimas en los ojos—, Dios mío, es mi culpa —sus lágrimas se entremezclaron con las mías.

Débora intentó acercarse, pero la doctora la empujó con violencia y la hizo perder el equilibrio. Emilia ingresó a la sala en ese preciso instante y llevó sus manos a su boca en un gesto de estupefacción.

—¡Daniel! —me gritó antes de arrodillarse a mi lado—. Mi vida, mi amor, ¿qué ha pasado?

El dolor estalló en mi pecho y se extendió por todo mi cuerpo. Respirar se

hizo casi imposible. La doctora levantó mi cabeza y la puso sobre su muslo. Me acarició con ternura mientras me decía palabras de consuelo, pero nada de lo que me dijera lograría calmar aquella pena que llevaba en mi ser.

—Lo siento, Daniel —me dijo llorando Débora—, Dios mío, ¿por qué te hice esto? ¿Por qué volví a fallarte, Ángela?

¿Quién era Ángela? La miré con profunda decepción. Jamás la perdonaría, jamás. Alejé mi pierna de sus frías garras y la miré con rabia. Ella me miró apenada, pero yo no. La quería lejos de mí, la quería fuera de mi vida.

—¡Vete! —gritó la doctora—, ¡vete de aquí! ¡Vete de la granja! ¡Vete de mi vida!

Débora sudaba a raudales.

—Por favor, Bea —imploró de rodillas—, te juro que no... que no... —llevó sus manos a su cabeza—, no recuerdo nada...

—¡Veteee! —le gritó la doctora como una leona herida—, tú solo me has causado pena y decepción —Débora lloraba con amargura—, papá me rogó que nunca desistiera de ti, que luchara por ti —la doctora lloró con desconsuelo—, porque eras buena, porque eras mi hermana y porque el amor todo lo podía... ¡Pero tú no sabes lo que es el amor! ¡Eres un monstruo incapaz de amar a nadie! ¡Por tu culpa Ángela murió!

¿Quién era Ángela? Débora se aproximó a gatas.

—Bea... yo...

No pudo continuar. Se levantó del suelo y salió del lugar como alma que lleva el diablo. Emilia me tocó la cabeza.

—Traeré agua —me dijo antes de levantarse y marcharse de la sala.

La dulce melodía que me canturreó la doctora días atrás comenzó a sonar en mi cabeza. Cada vez que estaba muy triste lo hacía.

—Lo siento, mi vida —me dijo la doctora anegada en lágrimas—, lo siento tanto, Daniel...

Me levanté del suelo, manchado de sangre y la miré con profunda melancolía. La doctora lloraba con mucha amargura.

—Lo siento tanto, Daniel —repetía mientras todo su cuerpo vibraba con cada sollozo que se le escapaba—. Lo siento...

Reclinó su cabeza contra la mía y lloramos juntos. Lloramos por Lola, lloramos por Débora, lloramos por las tantas decepciones que habíamos vivido a lo largo de nuestras vidas.

La doctora ladeó la cabeza un poco, e instintivamente yo hice lo mismo. Nuestras caras se acercaron a cámara lenta.

—Daniel —masculló antes de posar sus labios sobre los míos.

Todo mi ser vibró con aquel beso, con aquel dulce beso.

«Beatriz» musité para mis adentros antes de profundizar mi beso, mi entrega.

Quizá no comprendía muchas cosas, pero aquello que sentía por ella sí. Era amor.

—Lo siento mucho, Daniel —me dijo sobre los labios mientras sus lágrimas rodaban por sus mejillas—, lo siento, mi vida.

Quise pronunciar su nombre, pero solo pude emitir un gemido de dolor. Nos miramos con tristeza infinita por unos segundos más.

—Daniel —susurró, llorando.

Le sujeté la nuca y le bajé la cara para capturar sus labios. Aquel lenguaje era el único que conocía mi corazón. Cuando nuestros labios se unieron, tuve la absoluta certeza de que él era suyo.

Capítulo 14

Débora

ΣϞΣ

«Sombras del odio»

Deambulé por la granja bajo la intensa tormenta que empezó a caer durante la tarde. Lloraba a moco tendido mientras evocaba una y otra vez lo que le había hecho a Daniel.

—¿Por qué te hice esto, Dany boy?

No recordaba cómo había cogido al conejo, ni cómo lo degollé.

—Soy un monstruo —dije llorando cada vez con más amargura—, Bea me odia, Bea ha desistido de mí. Ángela, te he fallado una vez más...

Mi hermana me miró con una profunda decepción. Jamás me oteó de aquel modo antes, jamás la había herido tanto como hoy. Ni siquiera el día más triste de nuestras vidas.

—Daniel —dije tras sentarme cerca de un árbol—, ¿cómo pude ser capaz de hacerte aquello?

Lo que sentía por él era cariño, no amor. Lo comprendí cuando lo besé el otro día. Sus labios no encendieron mi corazón, solo lo acariciaron, como un buen amigo solía hacerlo.

—¿Por qué?! —me golpeé las piernas con furia—. ¿Por qué?!

Lo que hice era imperdonable. Podía pedirle perdón, incluso ser perdonada, pero el daño que le hice con mi horrible acción era irreparable. Bajé la cabeza y lloré, lloré con desfallecimiento.

—¿Vampira? —me dijo de pronto alguien.

Levanté la cabeza a cámara lenta y escruté con ojos lacrimosos a mi hurraño jefe. Él descendió de su vieja carroza, como solía llamarla yo, y me levantó en volandas. Intenté resistirme, pero estaba sin fuerzas. Estaba muy

cansada, resignada. Me dejé llevar por él, me dejé arrastrar por la marea.

—Estás ardiendo en fiebre —me dijo en tono preocupado tras acomodarme en el asiento—, sé lo que has hecho, vampira.

¿Quién se lo habrá dicho? No era necesario ser muy sagaz para saber quién fue.

—¿Por qué me ayudas, vaquero sin alma?

Él sonrió de costado.

—Porque todos merecemos el beneficio de la duda, vampira.

¿Qué le dijo Emilia? ¿Le contó la historia real o se inventó una? Creo que su hermana era mitómana. Emilia tendía a ser muy dramática, me contaba historias absurdas como si fueran reales. ¿Tanto daño le hizo aquel que jugó con sus sentimientos? Además, leía muchos libros y tendía a confundir la realidad con la ficción. A veces me costaba creer en ella, porque nunca sabía si era cierto o no aquello que me narraba con tanta convicción. Eso sin contar con sus múltiples enfermedades, ¿tendría alguna en verdad? Sentía pena por ella, mucha pena.

—Conocí a alguien como tú, vampira —me dijo tras arrancar su carroza—, veo a esa persona en ti.

Enarqué ambas cejas.

—Ah, ¿sí?

Él asintió.

—¿A quién, vaquero sin alma?

Un suspiro se le escapó del pecho.

—A mí.

Aquello me dejó enmudecida.

—¿A ti?

—Tiempo atrás, fui como tú, un alma rebelde, un alma sin destino.

Llegamos a una casa algo abandonada. Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal. ¿Qué pretendía aquel hombre conmigo?

—Tranquila, no te mataré —bromeó él.

Un enorme nudo se me formó en la garganta, otro en el estómago y otro en alguna parte de mi entrepierna. Él se apeó y me abrió la puerta.

—Esta casa perteneció a mi mujer —me dijo con mucha tristeza—, está algo abandonada, pero te servirá de guarida —una lágrima estúpida se me escapó del ojo derecho—, adentro encontrarás ropas, eran de mi mujer.

No creía en fantasmas, así que, sin problema.

—Mientras te duchas y te cambias de ropas, iré a por algo para comer,

¿vale?

Lo miré como si acabara de decirme que era negro. ¿Por qué hacía aquello? ¿Qué pretendía? ¿Cuál sería el precio?

—Mi hermana vio sinceridad en tu desesperación —me respondió, como si me hubiera leído la mente—, sé que mi hermana tiende a ser dramática, pero es la persona más sincera y dulce del mundo. Ella me pidió que te ayudara, que te diera un voto de confianza.

Emilia era un ángel, a pesar de su manera de ser, tenía buenos sentimientos, como Daniel o mi hermana.

—Gracias —le dije al vaquero sin alma, que, al parecer, tenía una y muy bonita.

Nos bajamos del auto y nos metimos en la casa algo arruinada. Emanuel encendió unas velas gordas, esas de siete días. Supuse que solía venir allí a menudo. Me mostró el cuarto de baño y también el viejo armario de su mujer.

—¿La echas de menos? —le pregunté tras apartar una blusa sin mangas de color rosa y unas mallas negras del armario.

Las ropas olían a moho, a abandono, a tristeza. Emanuel adoptó una mirada casi furiosa.

—No —me dijo con rotundidad—, no se puede extrañar a quien nunca valoró nada.

No alargó el tema, ya que aquel asunto le molestaba mucho, su gesto facial lo delataba. ¿Qué había detrás de aquella historia? Emilia me dijo que su cuñada fue atropellada mientras corría cerca del bosque. Nunca hallaron al asesino. Emanuel se retiró minutos después con el semblante algo desenchajado.

—¿Qué le hizo su mujer?

Me duché con agua helada mientras repasaba una y otra vez lo sucedido horas atrás. Me puse contra la pared y me resbalé contra ella lentamente. Abracé mis piernas y lloré hasta que me dolieron los ojos, el corazón, el alma.

—¿Vampira? He vuelto —dijo Emanuel media hora después.

Me enjuagué a toda prisa y me vestí. Bajé al primer piso.

—Traje bocadillos —me dijo sonriente—, y vino —me enseñó la misma.

Esbocé una sonrisa escueta.

—¿Tienes hambre, vampira? ¿O prefieres mi sangre? —se burló.

—Te chuparía hasta la última gota de sangre, pero no quiero morir envenenada —le seguí el chiste.

Me senté sobre una vieja alfombra en posición de buda. Emanuel me

ofreció un bocadillo enorme de jamón y queso. Estaba hambrienta. Lo comí en pocos minutos y tras ello, bebimos el vino. Dos botellas, para ser más exacta.

—¿No recuerdas nada, vampira? —me preguntó él tras beber un sorbo de su copa—, ¿quién te consiguió las drogas?

—Nunca lo vi en mi vida —le dije tras evocar al extraño hombre de la capucha—, era muy delgado, no era tan alto y, además, estaba muy oscuro. No le vi bien la cara.

Emanuel soltó un suspiro de lamento.

—Hay un camello por estos lados —me dijo con pesar—, seguramente supo sobre tu problema y se aprovechó de la situación.

—Lo sé —le dije de repente—, hace unos días contacté con esa persona por teléfono —acoté con un atisbo de vergüenza—, el que me atendió, envió a su camello junto a mí.

Nada tenía sentido, pero nosotros los drogadictos teníamos nuestros medios para encontrar a los nuestros en cualquier parte del mundo.

—Uhm.

Aquella noche lluviosa, triste y lúgubre conocí al verdadero Emanuel. No al jefe gruñón, sino al hombre herido, al esposo traicionado, al padre soltero. No necesitaba ser muy sagaz para leer las entrelíneas de sus comentarios. Su mujer lo engañaba y, quizá, aquella tarde volvía de algún encuentro secreto con su amante, el hombre que Emanuel odiaba con toda el alma.

—Salud, vampira —empinó su copa en el aire.

Cogí mi copa y la levanté.

—Salud, vaquero.

Emanuel me miró sorprendido, porque fue la primera vez que no lo llamé «vaquero sin alma».

Capítulo 15

Beatriz

ΣϞΣ

«Magia de amor»

Daniel se cambió de ropa en mi casa, se puso mi vieja camiseta de dormir. Estaba muy triste, estaba destrozado. Por Lola y también por Débora, muy en el fondo, la consideraba una amiga, pero mi hermana era incapaz de algo tan noble y desinteresado como lo era la amistad verdadera.

—No puedo creerlo —me dijo Constanza—, Debi ha perdido por completo la brújula de su vida.

Mi hermana estaba hundida, me dolía reconocerlo, pero era así. Fátima ya me lo había dicho cierta vez, ella no quiere ser salvada.

—Débora ha ultrapasado todos los límites —le dije furiosa—, ha llenado el vaso.

No quería volver a verla mientras viviera. Observé a Daniel por el rabillo del ojo, él continuaba llorando. Su dolor era lacerante.

—Pero ella aprecia mucho a Daniel —objetó Constanza con aire pensativo—, no tiene sentido lo que hizo.

—¿Alguna vez hizo algo que tuviera sentido? —retruqué en tono retador. Constanza me miró fijo por unos segundos.

—Daniel es tu talón de Aquiles, Beatriz —me dijo antes de alejarse.

¿Mi talón de Aquiles?

—Y tú eres el de Debi —repuso antes de cruzar la puerta.

Preferí no opinar, aquello no tenía sentido. Mi hermana no tenía debilidades, desde que Ángela murió se convirtió en un robot. Me acerqué a Daniel tras suspirar. Se me caía la cara de la vergüenza ante lo que hizo mi hermana con él.

—¿Cómo estás, cielo?

Me miró con profundo dolor. A la abuela de Daniel le diríamos que Lola se enfermó de repente y que nada pudimos hacer para salvarla. Era lo mejor, me escribió Daniel en un papel.

—¿Quieres comer un bocadillo? —Le invité.

Negó con la cabeza antes de sentarse en una de las sillas de la cocina. Me acerqué con timidez, tras el beso que nos dimos, no sabía cómo actuar con él. Me sentía como una adolescente, como una chica enamorada. ¿Enamorada?

—¿Te duele algo, cielo?

Levantó la cabeza y me miró con mucha magnitud. Cogió mi mano derecha con cautela y la colocó en el centro de su pecho.

—¿Te duele el corazón? —le dije con lágrimas en los ojos—, ¿cómo puedo arrancarte esa pena, Daniel?

Sus ojos se nublaron. Me metí entre sus piernas y acomodé su cabeza atribulada sobre mi pecho.

—Lo siento tanto, cielo —le dije con voz llorosa—, tanto.

Daniel sollozó con amargura, sollozó como un crío pequeño e indefenso. Dios, le daría mi corazón a cambio del suyo, pero el mío estaba tan triste como el suyo en aquel momento.

—En tu dolor hallarás tu fortaleza, Daniel.

Era tan fácil decirlo.

—Lo siento, mi vida.

Tras el medio día, fuimos al bosque con el cuerpecito de Lola en una caja de zapatos que le había conseguido. Daniel hizo un hoyo cerca de un árbol de castaño con la pala. Mientras retiraba la tierra, lloraba en silencio. Él no tenía vergüenza de expresar sus sentimientos, si algo le dolía, lloraba. Si algo le causaba felicidad, reía. Si estaba enamorado, suspiraba.

«La peor discapacidad de una persona es la incapacidad de amar» pensé con el alma a mis pies.

—¿Listo? —le dije con lágrimas en los ojos.

Daniel cogió la caja y depositó un beso en la tapa. Aquel gesto me recordó lo que hizo Débora en el sepelio de Ángela. Mi hermana nunca superó su muerte repentina, el dolor y la culpa la llevaron a las drogas, a la vida sin reglas, al abismo. Tragué con fuerza al evocarla, en todos estos años, siempre perdoné sus fallos, pero lo que hizo hoy, en definitiva, congeló mi lado compasivo.

Daniel depositó la caja en el agujero y, tras ello, echó sobre ella la tierra. En ese lapso, una tímida lluvia irrumpió el lugar. Las lágrimas de Daniel se

entremezclaron con las gotas. El dolor se filtró en su mirada durante un instante, golpeado por la realidad de la situación. Para todos era solo una mascota, pero para él era mucho más que eso. Lola fue su amiga, compañera, cómplice. Ambos se comunicaban más allá de las palabras. Daniel escrutó con tristeza la última morada de Lola. Colocó la pala contra un árbol.

—Ella está en un lugar mejor, cielo.

Levanté la cabeza y lo miré con profundo dolor. Muy en el fondo me sentía culpable, ya que Débora estaba allí por mí, por mi culpa.

—Espero que puedas perdonarme, Daniel —le dije abatida.

Me miró como si acabara de hablarle en ruso.

—Me siento responsable de los actos de mi hermana.

Daniel acarició mi mejilla derecha con el dorso de su mano.

—Oh, cielo —le dije con voz temblorosa.

Daniel me rodeó la cintura con los brazos con mucha timidez y me pegó por completo a él antes de inclinar la cabeza a cámara lenta. Me estremecí ante la emoción. Sus labios cubrieron los míos mientras me estrechaba con fuerza contra su cuerpo. Me quedé sin aire en los pulmones y me tambaleé cuando me fallaron las rodillas. Envolví su cuello con los brazos y me puse de puntillas para profundizar el beso que abría todos los portales de mi ser. Nunca, en toda mi vida, había sentido algo remotamente similar a lo que experimentaba en aquel instante.

La lluvia se intensificó al igual que nuestro beso. Daniel me besó toda la cara con los ojos entrecerrados mientras la lluvia nos calaba hasta el alma. Le mordí la barbilla con suavidad y le dibujé una sonrisa con aquel gesto. Nos abrazamos con fuerza, con apego, con amor.

—Mi carita de ángel —le susurré.

Me abracé a él tan fuerte como pude. Quería quedarme allí para siempre. Su corazón latía con desenfreno. Me aparté y levanté la cabeza para mirarlo.

—¿Cenarías conmigo hoy?

Daniel asintió y nos enfilamos a mi casa de manos dadas. Me cambié de ropa y puse su camiseta en la secadora. Tras secarla, la planché.

—¿Te gustaría beber algo de vino? —le ofrecí y él asintió una vez más.

Después del beso me sentí un poco rara, y noté que a Daniel le pasaba lo mismo.

—Prepararé algo de cenar —anuncié—. ¿Te sirvo el vino? —le pregunté.

Daniel asintió con la cabeza sin mirarme. Al pasarle la copa, me rozó los dedos y sentí un agradable estremecimiento en la mano. Abrí la botella y le

serví el vino.

—Podemos cenar ya, si te apetece —le dije al tiempo que le llenaba la copa y volvía a tapar la botella con el corcho—, los bocadillos estarán listos en unos minutos.

Podía notar su respiración en el pecho, que subía y bajaba rítmicamente, mientras las velas que encendí minutos después ardían despacio. Cogí la botella de vino y me serví. Tomé un sorbo antes de colocar los bocadillos sobre la mesa.

—Come, mi amor —le dije.

Daniel apenas probó bocado.

—¿Quieres que te lleve a tu casa, cielo?

Daniel me miró con infinita tristeza. Necesitaba estar solo para acomodar sus sentimientos encontrados. La muerte de Lola, la maldad de mi hermana, nuestro beso, eran muchas cosas para asimilar en tan poco tiempo.

—Me pondré mis zapatillas —le dije.

En su casa, saludamos a su abuelita. Le explicamos lo sucedido a grandes rasgos, para evitar abrir aún más la herida de su nieto.

—Mi vida —le dijo tras abrazarlo.

Daniel no lloró y aquello me alarmó bastante. ¿Por qué no lo hizo? La abuela me invitó a un trozo de pastel, pero decliné su invitación con amabilidad.

—Debo irme, señora.

Daniel me acompañó hasta mi coche.

—Hasta mañana, Daniel.

Moría por besarlo, pero no me atreví. Me di la vuelta y me enfilé hacia mi coche. Daniel me siguió e impidió que abriera la puerta. Levanté la vista y lo miré sorprendida. Antes de que pudiera abrir la boca, Daniel me besó y con aquel beso, se robó mi alma.



Todos los días, tras el trabajo, Daniel y yo nos reuníamos en aquel épico bosque y nos besábamos por horas como dos adolescentes. Los besos fueron subiendo de tono, al igual que las caricias. Daniel sabía tocar el cuerpo de una mujer como ninguno.

—Mmm —ronroneé cuando alguna tarde me tocó las nalgas.

Daniel era delicado, tierno y muy dulce cuando me besaba. Sus labios

siempre sabían a goma de mascar de fresa, a inocencia, a ternura.

—Te gusta mucho este sitio, ¿no, cielo?

Él asintió con una tímida sonrisa. Se apartó de mí y se acercó a un árbol de durazno. Cogió uno y lo limpió antes de ofrecérmelo.

—Gracias, cielo.

Mordisqueé la fruta sin desviar la mirada de él, que mantuvo la cabeza gacha todo el tiempo. ¿Por qué estaba tan serio aquel día? Me senté sobre un tronco caído y lo escruté con atención.

—El fin de semana será la fiesta de la granja —le dije en tono divertido—. ¡Habrá música, dulces e incluso un parque de diversiones!

Sofía y Luisito me contagiaron el entusiasmo pueril, claro estaba. El sabor agridulce del durazno se deslizó lentamente por mi garganta mientras Daniel continuaba cabizbajo cerca del árbol. Supe al instante por qué estaba así. Yo no tenía por qué esconder lo nuestro. Y para demostrarle, le dije que iríamos a la fiesta de la granja juntos. Daniel levantó la vista a cámara lenta y parpadeó.

—Me gustaría... —se arrodilló entre mis piernas y antes de que pudiera terminar mi perorata, me besó—, ¿es un sí? —le dije sin apartar mi boca de la suya.

Daniel asintió sonriendo. Ahuequé su hermoso rostro entre mis manos y lo miré con devoción. Nunca fui una mujer romántica, ni fervorosa del amor como mis amigas, pero aquello que sentía por Daniel era lo más fuerte que había experimentado por un hombre en toda mi vida.

«Mi principito» pensé al recordar su alma de niño.

—He aquí mi secreto, que no puede ser más simple: solo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos —le recité la majestuosa frase de «El principito», mi libro favorito en todo el mundo—. El amor es así, Daniel.

Daniel abrió mucho los ojos al oírme. ¿Conocía aquella frase?

—¿Te gusta esa frase, cielo?

Él asintió.

—Lo esencial es invisible a los ojos —le dije pensativa—, en nuestro caso, una mirada vale más que mil palabras...

Lo observé, preguntándome cómo era posible que me hubiera enamorado de él tan rápidamente. Mientras estudiaba las graciosas líneas de su perfil, estuve segura de que nunca había visto a nadie más increíble. Me puse seria de repente.

«Dios mío, ¿he dicho que estoy enamorada de Daniel?».

Mi labio inferior tembló, mi corazón latió desbocadamente y mis manos empezaron a sudarme. Acababa de experimentar la mayor crisis de mi vida. Todo era demasiado nuevo como para expresarlo con palabras o con gestos. Nunca había experimentado aquel sentimiento antes de conocerlo a él. Estaba emocionada y asustada, muy asustada.

«Madre mía».

Él cogió mi mano de sopetón y me arrancó de mi batalla emocional. La colocó sobre su pecho sin desviar la mirada de mis ojos. ¿Qué me quería decir?

Daniel despertó un lado mío que no conocía hasta entonces. No necesitaba hablarme para comunicarse conmigo.

«Daniel era la última pieza de mi puzle, la pieza que me faltaba, la pieza perfecta».

Con el dedo índice me señaló. ¿Me estaba diciendo lo que suponía? Temía equivocarme, temía no poder controlar la situación como me gustaba hacerlo. Daniel me miró expectante, me miró con ojos soñadores. Vacilé.

—¿Me estás dando tu corazón? —le dije con un temblor en la voz.

Daniel se levantó y me ayudó a incorporarme del tronco. Sin decirme una sola palabra, se reclinó y me dio un beso, un largo y apasionado beso. Una ráfaga de viento, que olía a durazno, a tomillo y a hierba mojada, irrumpió el lugar idílico de un momento a otro mientras unas hojas empezaban a caerse como gotas de lluvia sobre nosotros dos.

«Ángela» pensé con lágrimas en los ojos. ¿Es tu señal? Las copas emitieron un sonido muy peculiar. Sí, era ella, era su señal. Daniel era su regalo.

Aquel poético día, un ángel entregó su corazón a una simple mortal, una mortal que terminó entregándole el suyo.

Capítulo 16

Débora

ΣЖЗ

«Una segunda oportunidad»

Tres días se habían pasado, tres largos días en que el arrepentimiento asumió el control de mi ser por completo. En ese lapso, intenté recordar cómo cogí a la conejita de Daniel, cómo la maté. ¿Cómo fui capaz de semejante crueldad? Nada, absolutamente nada.

—¡Mierda! —chillé al no lograr recordarlo—. ¡Mierda! ¡Mierda!

La laguna mental era atosigante.

—Ponte a hacer algo útil —me dije y empecé a limpiar la casa de arriba abajo.

Barri, fregué los pisos y ordené los muebles. Emanuel solía venir todas las tardes para verme.

—No has incendiado la casa —me decía sin falta—, ¡vaya! Has hecho las tareas, vampira.

Cansada, subí al cuarto de baño sin replicarle. Él ya no protestaba como los primeros dos días. Poco a poco se iba acostumbrando a mis silencios.

—¿Quieres dar un paseo, vampira? —me gritó desde la cocina.

Me fijé en la bañera con cuatro patas de estilo antiguo. Mi impresión inicial fue que el lugar era decadente, pero acogedor, a pesar de su estado.

—Sí —le dije desanimada.

Emanuel estaba ocupado preparando bocadillos para salir de excursión por los alrededores.

—Estoy lista —le dije media hora después.

Emanuel me miró de pies a cabeza con un deje difícil de definir con palabras. Me recordaba a mí lamiendo un helado. Me eché un vistazo: vaqueros ajustados, camisa escocesa atada hasta el estómago, sombrero y unas

botas camperas de color crema. Su mujer no tenía una sola ropa oscura en su armario.

«Su alma era bastante oscura como para optar por ropas del mismo tono» pensé con un enorme nudo en el estómago.

—¿Te gusta mi estilo vampira campestre?

Él asintió sin dejar de mirarme.

—Mucho.

¿Ha dicho mucho? ¿Estaba borracho? Emanuel tenía un grave problema con el alcohol. La adicción era el consuelo de los débiles. Guardó la comida en las alforjas antes de que nos enfiláramos con las cabalgaduras. Él montó a Tempestad y yo a Damon Salvatore.

—¿Quién es Damon Salvatore? —me preguntó él confundido.

Se rascó el mentón con aire pensativo.

—Mi alma gemela —le dije sonriendo—, es uno de los protagonistas de la serie «Crónicas vampíricas» —le aclaré al ver su mohín de duda.

Emanuel se encogió de hombros resignado al no saber de quién cojones hablaba yo. Tuve la impresión de que, Damon y yo seríamos muy buenos amigos, ya que me buscó la mano con el hocico y relinchó satisfecho cuando Emanuel lo ensilló.

—No le hagas daño —dijo Emanuel—, te hablo a ti —me dijo el infeliz.

Le enseñé el dedo corazón. Emanuel sujetó mi mano y me chupó el dedo con mucha lascivia. Más que excitada, aquello me alarmó.

—¿Eres gay? —le dije sin abandonar mi deje de asombro.

Puso cara de póker con diarrea.

—No —me dijo como si tal—, pero me gusta sorprenderte.

Me limpié el dedo en los vaqueros.

—Ajá —ronroneé antes de montarme en el caballo.

El sendero que eligió, ofrecía unas vistas panorámicas que solo había visto en postales o en la televisión. Cabalgamos a través de praderas de un exuberante color verde.

—¿Te gusta, vampira?

¿Si me gustaba? ¡Madre mía! ¡Era precioso el lugar!

—Nunca vi un lugar más hermoso que este, vaquero sin alma.

Los prados estaban rebosantes de flores silvestres y mariposas.

«Ángela» mascullé al asociar aquellas criaturitas tan graciosas a la persona más tierna de mi vida.

—Me alegro, vampira.

Estaba contenta de haber salido con el sombrero vaquero, ya que el sol proyectaba sus rayos prácticamente en todo el sendero; además, a medida que ascendíamos a mayores altitudes, el aire era cada vez más cálido.

—Ten cuidado, vampira —me dijo cuando la senda era demasiado angosta para cabalgar uno al lado del otro—. Así, con cuidado.

Me hizo una señal para que pasara delante de él. ¡Vaya! ¡Era un caballero!
—Gracias, vaquero sin alma.

Sin alma, pero con buenos modales. Lo miré de reojo, y comprobé una vez más lo guapo que era el condenado. ¿Por qué una mujer en su sano juicio lo engañaría? Supuse que en aquel tiempo era un hombre más dócil, más amable y más atento, pero no fue suficiente para su mujer.

—¿Has recordado algo, vampira?

Emanuel me dijo que cuando las drogas actuaban, nuestra cordura se ofuscaba por completo. Tenía razón, no lograba recordar nada, absolutamente nada.

—Nada —le dije apenada—, es como si se hubiera borrado todo —lo miré de soslayo—, ¿por qué no me has juzgado como mi hermana?

Incluso Constanza me condenó. En realidad, todos me condenaban.

—Mi hermana cree en ti —fue lo único que me dijo.

Dicho en otras palabras, yo no creo en ti como parece. Aquello laceró mi corazón en dos. ¿Por qué me dolía tanto?

—Ajá —dije en un susurro.

—Además, mi corazón también cree en ti, vampira —acotó antes de acelerar los pasos de su caballo.

Esbocé una sonrisa bobalicona. Mi corazón volvía a unirse.

—¿Te has enamorado de mí, vaquero sin alma?

Se detuvo a mitad de camino e hizo una magistral maniobra con su caballo, que se levantó sobre sus dos patas traseras y relinchó. ¡Era un exhibicionista!

—¿Tanto como tú de mí, vampira?

Su respuesta dibujó un enorme signo de interrogación sobre mi cabeza. ¿Qué me quería decir? Mi cerebro andaba tan lento. Efectos de las drogas, sin lugar a dudas.

—No entiendo, vaquero sin alma.

Río de buena gana.

—Ajá —ronroneó riendo.

Sin comentarios. Cabalgamos un par de horas antes de detenernos a comer. Nos sentamos sobre unas rocas y comimos tranquilamente, contemplando un

par de halcones que volaban en círculo en el valle.

—Este sitio es mi guarida, vampira —me dijo ensombrecido—, aquí vengo para buscar la paz que me robaron.

Emanuel siempre hablaba en códigos, pero no era necesario ser muy sagaz para comprender el trasfondo de todo.

—Lo siento —le dije tras limpiarme los labios.

—También yo, vampira.

Él era consciente de que había comprendido su historia sin que me la contara detalle a detalle.

—Las almas destrozadas suelen ser buenas compañeras de dolor, vampira. ¡Toma ya! ¡Era todo un poeta gótico!

—Los fracasos suelen ser nuestros senderos en común, vaquero sin alma.

Tomé nota mental: traer pluma y papel la próxima vez.

Después de comer, emprendimos el camino de regreso a la casa una hora antes de que empezara a anochecer. Al llegar, Emanuel me enseñó a cepillar a los caballos, antes de premiarlos con unas manzanas y algo de avena.

—Buen trabajo, vampira.

—Gracias, vaquero sin alma.

Cuando acabamos, la luna había empezado a alzarse. Era una luna llena y lechosa, acompañada de las primeras estrellas.

—Me encanta el cielo de este lugar —le dije con voz melosa—, en la ciudad nunca se ven las estrellas...

Me gustaban las estrellas, porque ellas seguían brillando, a pesar de sus muertes.

—Tengo algo para ti, vampira —me dijo Emanuel.

Lo miré con indignación. ¡Todo en esta vida tenía un precio! Resopló hastiado al ver mi cara.

—¡No es eso! —me dijo antes de arrastrarme hasta el cuarto—, hablaba de esto, mujer.

Me estiró una bola de yeso repleta de estrellitas.

—Coloca una vela dentro y la magia se hará presente —me dijo sonriendo—, mi suegra amaba las estrellas.

«Como yo» pensé con el corazón encogido.

—Supongo que te gustan —me indicó la oreja—, tienes pendientes en forma de estrella y también ese anillo de piedra negra tan «discreto».

Fue el último regalo de mi madre.

—¿Sabes qué? Me apetece un baño antes de cenar —comenté con lágrimas

en los ojos.

—¿Te importa si me ducho yo primero, vampira?

Él sonrió al comprender mi huida más que necesaria.

—Mientras no acabes con toda el agua, vaquero sin alma.

Me volví.

—Me ducharé rápido, te lo prometo. ¿Puedes abrir la botella de vino?

Asentí. Mientras él ocupaba el cuarto de baño, me puse a buscar el sacacorchos en los cajones. No había copas de vino en los armarios, pero encontré unos vasos que pensé que servirían. Abrí la botella sin dificultad y me serví un poco.

—Nada mal.

La cocina era pequeña y funcional, con unos armarios bastante antiguos. La encimera estaba desportillada y la pila tenía manchas de herrumbre.

—Mañana continuaré con la limpieza —me dije decidida.

Observé con ojos melindrosos el raído sofá con una tela a cuadros repleta de agujeros.

—Por suerte no puedes hablar —le dije al evocar mi siesta de ayer.

Las ventanas estaban flanqueadas por unas cortinas estampadas y algo desteñidas. Solo había una lámpara en una esquina. En una estantería en la pared opuesta a las ventanas vi una selección de libros más viejos que el sofá. Un pequeño televisor con la antena en forma de uve descansaba en el centro de la estantería.

—Lástima que la electricidad murió con su mujer.

«Madre mía, ¡eres horrible, Débora!» me reprendí.

Unos momentos después, la puerta del cuarto de baño se abrió con un chirrido y Emanuel apareció, con aspecto limpio y fresco. Vestía unos pantalones vaqueros y una camisa escocesa y arremangada. Iba descalzo, y tenía aspecto de haberse pasado los dedos por el pelo húmedo en lugar de un peine.

—El cuarto de baño es todo tuyo. He abierto el grifo para que se llene la bañera.

—Gracias —le dije algo cohibida.

¿Por qué él prefería estar conmigo y no con sus hijos?

—Hoy es la fiesta de la granja —me dijo, como si me hubiera leído la mente—. Prepararé la cena antes de marcharme. Mis hijos están muy ilusionados con la misma.

—Espero que Daniel esté mejor —le dije con timidez.

Emanuel hizo un mohín.

—No lo creo, vampira —me dijo con sinceridad—, pero se recuperará. Daniel es un guerrero, a pesar de su frágil imagen, es un hombre muy fuerte.

Daniel era un ángel perdido en medio de este infierno. Él nunca comprenderá lo que se escondía detrás de cada mirada maliciosa, de cada sonrisa burlona, de cada gesto despectivo, de cada te quiero fingido. Era demasiado bueno para ello, demasiado inocente, demasiado puro. Lo mismo ocurrió con Ángela, ella creía en las personas, creía en sus falsas promesas, en sus turbias miradas, en sus palabras encapuchadas y pagó muy caro por ello.

—Vuelvo enseguida —le dije a Emanuel.

«Cuando te hundes, sabes quiénes son tus verdaderos amigos —dije con el corazón encogido—, cuando estás en el abismo conoces a los que fingieron serlo y a los que nunca lo fueron».

Mis ojos se llenaron de lágrimas al comprender que nadie era quién aparentaba ser. Nadie nunca era quién parecía ser.

«Nunca esperes nada de nadie —me dije tras arrastrar mi pelo hacia atrás —, nunca confíes del todo, nunca entregues tus sueños, tus miedos, tus incertezas a quien nunca te ha valorado como ser humano. Al final de tu martirio hallarás a aquellas pocas personas que creyeron en ti, que confiaron en ti y que te amaron a pesar de todo. Al final de tu agonía, hallarás a esas personas que en verdad valían la pena. Las que siempre estarán a tu lado, en las buenas y en las malas».

—No pude haberte herido de este modo, Daniel —lloré con amargura—, es como herir a Ángela.

Unos fogonazos irrumpieron mi mente y agitaron mi corazón.

—Te han lastimado tanto —dije llorando cada vez con más dolor—, no pude decepcionarte así, mariposa azul...

Pero lo hice, infelizmente.

Capítulo 17

Daniel

ΣϞΣ

«Creo en ti»

Me duché con agua caliente, me lavé el cabello con mi nuevo champú, que olía muy bien. Me enjuagué tras salir de la ducha y me puse algo de yodo en la herida que tenía en el pie derecho.

«No es nada» me animé al ver la herida algo profusa.

Me puse unos vaqueros azules, una camisa escocesa —roja y blanca—, arremangada, unas botas color caramelo y un sombrero de color crema, me veía como un auténtico vaquero. Me rasuré la barba y me rocié algo de mi nuevo perfume. Lo había comprado ayer con la ayuda de Luisito. Ahora olía a hombre y no a bebé. Quería estar a la altura de la doctora.

«Beatriz» resonó su melodiosa voz en mi cabeza.

Ella me rogó que la tuteara, ya que solía escribirle y siempre la trataba de doctora. Me dijo que, tras tantos besos y caricias, era ilógico tratarla así. No sabía qué significaba «ilógico», pero deduje que era algo negativo. No era tan tonto como muchos pensaban.

«Beatriz» musitó para mis adentros, embobado enfrente del espejo del lavabo.

Cada vez que la besaba, todo mi cuerpo reaccionaba. El corazón me latía a toda prisa, las piernas me flaqueaban, el aire apenas me llegaba a los pulmones y toda la piel se me erizaba. Antes me pasaba lo mismo con Diana.

«No pienses en Diana» me dije enfurruñado.

Evoqué de manera ineludible mi encuentro con ella en el granero, días atrás, mientras lloraba por Lola.

—Mi vida, ¿qué tienes? —me preguntó en tono afectuoso.

Se sentó a mi lado, sobre la paja de los caballos. La miré a través de la

cortina de lágrimas que empañaban mis ojos. Diana estaba muy delgada y bastante ojerosa. ¿Estaba enferma? Emilia me dijo que era la mujer más desdichada del mundo. No sabía qué significaba «desdichada», pero supuse que era algo malo, muy malo.

—Lamento lo que le hicieron a tu conejo, mi amor.

Diana cogió mi mano y la besó con los ojos entrecerrados. El contacto me erizó toda la piel. Abrió sus ojos de par en par y me miró con mucha profundidad.

—Te echo mucho de menos, Daniel —sus ojos se llenaron de lágrimas—, más de lo que pueda soportar.

Tiempo atrás, me hubiera emocionado mucho al escucharla, pero ahora ya no sentía aquello que alguna vez sentí por ella y menos tras el beso que me dio la doctora.

—¿Tú me echas de menos, Daniel?

Bajé la mirada y aparté mi mano de la suya con suavidad. No quería herirla, no quería que sintiera lo que alguna vez yo sentí con su desprecio. Aquello no lo deseaba ni a mi peor enemigo, ni siquiera a Sascha. Diana se marchó sin decirme una sola palabra más. Lo nuestro ya no podía ser, lo nuestro nunca pudo ser. No por decisión mía, sino suya.

Retorné al presente con el corazón encogido. Una mueca de dolor se estampó en mi cara al dar un paso hacia enfrente, ya que, por la tarde, mientras buscaba piedras en la gruta mágica, pisé una muy puntiaguda. Me hice una gran herida en la planta del pie derecho.

«No duele» me repetía, pero dolía, y mucho.

—¿Cómo está mi príncipe? —me preguntó mi abuelita—. Mira lo que te compré —me enseñó un conejo de peluche del tamaño de su mano—, ¿lo llamamos Lolita?

Asentí con ojos lacrimosos. Estaba muy triste, la muerte de Lola me destrozó por dentro. Lo que Débora le hizo era imperdonable. Muy en el fondo, pensé que éramos amigos, pero estaba equivocado. Ella era incapaz de algo tan bonito como era la amistad, me dijo su hermana el día que enterramos a Lola en el bosque.

Mi abuela me tocó la mejilla con el dorso de la mano y esbozó una mueca de agobio.

—Tienes fiebre, mi amor.

Negué con la cabeza con firmeza, no quería perderme la fiesta de la granja por nada del mundo.

—¿Te has pillado un resfriado?

Un resfriado no era tan grave, pensé con astucia. Asentí con rotundidad y me aclaré la garganta con fuerza. No era leal mentirle, pero moriría de pena si no viera a Beatriz hoy. Lloraría por dos días consecutivos, y no estaba exagerando. Cuando algo me dolía, llorar era la única solución.

—Te daré una aspirina, mi amor.

La seguí con cierta dificultad. Me preparó zumo de limón con naranja. Lo endulzó y luego me lo estiró. Bebí todo el líquido con la aspirina. La fiebre me daba mucha sed.

—No tardes mucho, mi amor —me recomendó—, y ten cuidado con el hombre barbudo —me advirtió.

Días atrás, en el pueblo, apareció un hombre muy barbudo, muy sucio y muy agresivo. Nadie podía acercarse a él. Era un mendigo, me dijo Luisito. Me explicó que un mendigo era una persona que no tenía casa, comida, amigos, ni familia. Vivía solo, pidiendo dinero a la gente para sobrevivir. Aquello me dejó muy triste, y decidí acercarme a él, a pesar de su malhumor. A mí no me trató mal, la gente tendía a exagerar mucho por mi pueblo.

—Cuídate, mi ángel —me dijo mi abuela antes de tocarme la frente por segunda vez—, la fiebre persiste —dijo en tono preocupado, como si estuviera diciéndose a sí misma y no a mí.

Cogí su mano y besé el dorso en un gesto de respeto.

—Diviértete mucho —me dijo con una sonrisa afable—, saludos a la doctora —me guiñó un ojo en señal de complicidad—, tu novia —me pellizcó la tripa y me robó una risita.

Luisito me vio con la doctora en su sala, besándonos. Lo primero que hizo fue contarle a mi abuela, que sorprendida, me preguntó si era cierto. Le confirmé y ella saltó de alegría, literalmente hablando. Adoraba a la doctora, me dijo que tenía el alma de un ángel. Beatriz vino a merendar con nosotros ayer y de paso, le pidió permiso para que fuera con ella a la fiesta de la granja. Mi abuela fue directa y le preguntó si había algo más que quería decirle. Beatriz se sonrojó como un tomate ante la pregunta de mi abuela. Me sonrojé como un tomate y me quise esconder debajo de la mesa. Beatriz me cogió de la mano y le dijo que estábamos saliendo como novios. Me dio un beso en los labios, sin tapujos ni vergüenza. Aquello me dejó tan feliz, que terminé dándole un beso muy apasionado enfrente de mi abuela. Siempre fui muy impulsivo, muy demostrativo.

—¿Ya no quieres a Diana? —me preguntó, arrancándome de mi

ensoñación de golpe.

Diana fue una persona muy importante en mi vida, siempre sentiría cariño por ella, pero amor, ya no. Mi corazón le pertenecía a Beatriz.

—Quieres a la doctora, ¿no?

La expresión de mi cara me delataba, siempre que la nombraba, mi semblante cambiaba. Nunca pensé que volvería a sentir aquello por otra mujer que no fuera Diana. Marcia intentó enamorarme, quería que la amara, siempre me lo decía, pero nunca consiguió estigmatizarme el corazón.

—Ella no tiene vergüenza de lo que siente —me dijo mi abuela con lágrimas en los ojos—, eso es amor, Daniel.

Con el tiempo, comprendí que Diana no me amaba tanto, ya que nunca fue capaz de aceptarme tal cual era. Mi pobreza y mi manera de ser pesaban más que su amor.

Cogí una caja de galletas y me despedí de mi abuela con dos besos. Ella me santiguó y me rogó que tuviera cuidado. Me enfilé hacia la granja cojeando ligeramente, durante el camino, me encontré con el señor mendigo.

—¿Daniel? —me dijo al reconocerme—, eres un cabezota, muchacho —refunfuñó.

¿Cabezota? Mi cabeza no era tan grande, ¿por qué me dijo aquello? Le ofrecí las galletas que había comprado por la tarde tras analizar su afirmación sin sentido. Rio de buena gana al ver que medía mi cabeza con ambas manos. Puse cara de fastidio.

—¿Me has comprado galletas? —me dijo con sarcasmo—, ¿no has traído un poco de alcohol?

Negué con la cabeza. El alcohol era malo, mi abuela siempre me lo decía. Las pocas veces que bebí, terminé haciendo alguna tontería.

—Gracias, chico —me dijo tras coger las galletas—, es increíble que no me trates como la mayoría.

Quise decirle que lo comprendía muy bien, ya que en el pueblo todos me trataban del mismo modo.

—¿Cómo está tu abuela, chico?

Lo miré con atención. ¿Conocía a mi abuela?

—El pueblo es pequeño, Daniel —me respondió, como si me hubiera leído la mente—, ¿vas a la fiesta del señor Weber? —me dijo en tono burlón—, ese cabrón me expulsó de sus tierras el otro día —sonrió con malicia—, es mala persona.

Lo miré fijo por unos instantes. Según Emilia, este hombre fue rico alguna

vez y perdió todo tras apostar en carreras de caballos.

—Ojalá el dueño de la otra granja sea más indulgente que tu patrón, Daniel.

En la granja no hablaban de otra cosa. La llegada del señor Franke, hijo del dueño de la granja contigua, que retornaba tras treinta años al pueblo. Temía que fuera como el señor Weber o el señor von Falk, que nunca dejaban entrar a las personas en sus tierras. La gruta mágica estaba en la tierra del señor Franke, mi sitio favorito en todo el mundo hacía un par de años.

—¿No irás a la fiesta, chico?

Su pregunta me tomó por sorpresa y mal pude esconderlo. El respingo que di me delató. A veces me asustaba con mucha facilidad. Me miró con ojos interrogantes.

—¿Es cierto lo que dicen, Daniel? ¿Te han atacado con brutalidad tiempo atrás?

Abrí mis ojos de par en par. La noche iba tiñendo el cielo con sus tintes más oscuros. Las estrellas empezaban a aparecer lentamente en el gran manto oscuro.

—No es necesario que me respondas, chico.

Me encogí de hombros tras asentir con la cabeza. Me despedí de él con una sonrisa y me enfilé hacia la casa de Beatriz cojeando un poco.

—¿Qué te ha pasado en el pie, chico?

Negué con la cabeza, restándole importancia al asunto.

—¡Suerte con la doctora! —me deseó él—, ¿Por qué cojeas? —volvió a preguntarme.

Me volví y le saludé con una mano.

—¡Cuida ese pie, chico!

Aquel hombre no era tan mala persona como todos alegaban. Quizá las heridas de su corazón lo llevaban a actuar de aquel modo más agresivo. Era como Mimosa, pensé con nostalgia. Hablando de ella, el otro día supe que «Vacalea» era su hija, la alegría irrumpió mi corazón, pero decidí no acercarme tanto, ya que su madre pagó caro su amistad conmigo.

Me detuve en seco cuando vi a Beatriz en el jardín de su casa. Estaba hermosa con sus pantalones vaqueros ajustados y su camisa escocesa —negra y roja—, combinados con unas botas camperas y un sombrero vaquero oscuro. ¡Estaba hermosa con sus dos trenzas!

Giró su rostro y sonrió al verme. Retiré del bolso de mi camisa la cajita de joya de color rojo que le había traído. Dentro estaba la cadenita de plata con

la medalla en forma de mariposa de color azul que le había comprado con mi primer sueldo como su ayudante. Me acerqué a ella con una sonrisa bobalicona en los labios.

—Mi vaquero hermoso —me dijo antes de darme un largo y apasionado beso.

Su sombrero se derrumbó en el suelo cuando la levanté contra mi cuerpo. Hice una mueca de dolor al sentir una fuerte punzada en el pie. Beatriz se apartó, momento en que cogí su sombrero. Se lo puse en la cabeza y le arreglé las trenzas que mal le llegaban a los hombros.

—¿Nos vamos, mi vida?

Cogí su mano derecha de sopetón y le besé la palma antes de depositar en ella la cajita de joya. Beatriz frunció el entrecejo sorprendida.

—¿Un regalo? Pero mi cumpleaños es la semana que viene, mi amor.

Para su cumpleaños estaba preparando otra cosa, algo especial, inolvidable.

—Dios mío —me dijo al abrir la cajita—, es hermosa, mi amor.

Cogí la cadenita y se la puse. Ella me dio un beso muy fogoso a continuación. Me pisó el pie derecho sin querer y me robó un gemido de dolor.

—Lo siento, ¿te he lastimado?

Negué con la cabeza y volví a besarla, para desviar su atención por completo.

—¿Listo? —me preguntó tras apartarse y limpiarme los labios con los dedos.

Asentí. Nos marchamos a la fiesta de la granja realizada cerca del lago.

—¡Ha venido todo el pueblo! —exclamó Beatriz emocionada.

La fiesta fue montada en una gran pradera cercada con una valla de madera que se extendía desde ambos lados.

—¡Está repleta la fiesta! —me dijo con alegría—, ¡Luisito! ¡Sofía!

Mis amiguitos vinieron corriendo hacia nosotros.

—¡Hola! —saludó Emilia con entusiasmo—, ¡están guapísimos! —nos tomó una foto—, ¡son la pareja más hermosa del pueblo! —gritó, llamando la atención de todos.

Me ruboricé como un tomate. Temía que Beatriz se sintiera incómoda con la situación. Emilia siempre fue muy «entusiasta», pero Beatriz, en lugar de arrebolarse, me cogió de la mano enfrente de todos. Aquello me dejó embobado.

—Gracias, Emilia —le dijo ella sonriendo.

En ese lapso, mis ojos se encontraron con los de Diana y Sascha mientras que el señor Weber y su mujer escrutaron horrorizados a Beatriz, que no me soltó de la mano un solo segundo.

—Mi padre no vino, como siempre —me dijo entristecido Luisito.

Sofía resopló.

—Emanuel no ha podido venir —comentó Emilia con expresión desencajada—, está con Débora en la otra casa.

Beatriz y yo la miramos con sorpresa.

—¿No lo sabían?

—No —le dijo con sequedad Beatriz.

Emilia puso cara de circunstancia, pero no alargó el tema.

—¡Hola! —saludaron Paola y Edith—, ¡madre mía! —me dieron dos besos—, estás más hermoso que nunca, Daniel.

Luisito me alejó de ambas. Paola y Edith abrieron mucho sus bocas y sus ojos al verme de manos dadas con Beatriz. Aquellas dos me perseguían desde siempre, pero nunca sentí nada por ellas, eran demasiado jóvenes para mí.

—Hola —nos saludó Marcia—, estás hermoso, Daniel —me dijo tras acariciarme la cara.

Beatriz la miró enfurecida. ¿Estaba celosa? La simple idea me hizo sonreír. Marcia, al igual que todo el pueblo, sabía lo mío con Beatriz. ¡Incluso el señor mendigo lo sabía!

—¿Nos vamos, mi amor? —me dijo Beatriz.

Asentí con la cabeza. Marcia enarcó una ceja. No podía creer que la veterinaria anduviera con el chico especial, como muchos me llamaban por el pueblo. Creo que yo tampoco podía creerlo del todo.

—¿Eres bueno con los tiros al blanco, vaquero? —se mofó Beatriz.

Sascha y Marcia intercambiaron una mirada en ese lapso, lo que Emilia dijo tiempo atrás, ¿era cierto? Si así fuera, Marcia no merecía ni siquiera mi saludo.

—¡Muy bien, mi vida! —gritó Beatriz cuando acerté de lleno el blanco del primer juego que habíamos elegido.

Ella eligió un enorme oso de peluche de color blanco.

—Se llamará... —hizo una pausa expectante—, Dani.

Esbocé una amplia sonrisa antes de indicarle con la mirada la pista de baile.

—¿Quieres bailar? —me preguntó con incredulidad.

Me quité el sombrero y me recliné a modo de reverencia. La miré con ojos

de gatito recién nacido, como solía decirme Sofia.

—Encantada, vaquero.

Beatriz entregó su peluche a Emilia para poder bailar. Una banda animaba la fiesta, y en la improvisada pista de baile, montada en medio de las tantas tienditas, no cabía ni un alfiler. De vez en cuando, todos se ponían en línea y empezaban a bailar. Terminaba una canción y arrancaba otra, algunos abandonaban la pista y eran reemplazados por otros.

—Soy una pésima bailarina, Daniel.

Negué con la cabeza al tiempo que la cogía de la mano y nos colocábamos entre las tantas parejas.

—Es impresión mía, ¿o todos han ensayado la coreografía previamente?
—me dijo algo nerviosa.

Evoqué las tantas clases de baile que Diana me dio en el pasado para su cumpleaños número dieciocho. Hoy en día, tras aquellas clases, sabía bailar como ninguno. Con la mirada, le indiqué a Beatriz que debía copiar los pasos de los demás, no era cosa de otro mundo. Ella obedeció al pie de la letra.

—Eres muy bueno —me dijo risueña.

Beatriz ejecutaba todos los pasos a la perfección. Acaricié los agujeritos de sus mejillas con los dedos. Me encantaban aquellos agujeritos. ¿Cómo se llamaban? No lo recordaba.

—Eres el vaquero más hermoso del baile —me dijo sonriendo.

Moría por besarla, pero no quería exponerla ante los ojos curiosos y peyorativos de los pobladores. Ella era una doctora veterinaria y yo un simple campesino mudo que mal tenía para comer. ¿Por qué alguien como ella se fijaría en alguien como yo? Aquello me entristeció y mal pude esconderlo. Diana me había cambiado por alguien mejor, algún día, Beatriz terminará haciendo lo mismo.

—¿Te pasa algo, cielo?

El señor Weber y su mujer no nos quitaban los ojos de encima un solo instante, al igual que Diana y Sascha. Bueno, como todo el resto del pueblo.

—¿Dónde está la hermosa sonrisa que me cautivó? —me preguntó sonriendo—, ¡me encanta! —me dijo al ver mi sonrisa bobalicona.

Beatriz me dijo a continuación que estaba encantada con la fiesta del pueblo, porque allí la gente era de lo más afable, muy diferente a las personas de la gran ciudad. También me dijo que nunca antes había visto tantos cinturones con hebilla, sombreros vaqueros y botas camperas juntos.

—Todas llevan pantaloncitos cortos y ombligos al descubierto —me dijo a

modo de confianza—, me siento un poco fuera de lugar con mis pantalones vaqueros hasta los tobillos y mi camisa de manga larga —puso atención en la canción que empezó a sonar.

La miré con embeleso mientras la canción «Creo en ti» de Miguel Bosé y Juan Luis Guerra sonaba de fondo.

—Qué hermosa canción —me dijo con expresión melosa antes de envolverme el cuello con sus brazos—, creo en ti, Daniel —me susurró antes de canturrearme la canción.

¿Ella creía en mí? ¿Era eso?

*Creo en ti sin cegarme ni ponerte exclamación
como en el buen humor creo en ti, como creo que la unión hace la fuerza
creo y soy para el mar y del mar
creo en ti... creo en ti...*

Y tu ausencia pasa a ser mi eternidad

tu silencio mi paz

tu recuerdo mi motor

y a pesar de todo creo en ti

Creo en ti

y tu ausencia pasa a ser mi eternidad

Tu silencio mi paz

tu recuerdo mi motor

y a pesar de todo creo en ti

Creo en ti

Como el águila en sus alas al volar

como en la libertad

creo y sé que mi mundo cabe todo en un bolsillo

ámalo y por siempre hazme que crea en ti

Creo en ti como un sol que cree en cada amanecer

como en mi evolución

como el miedo en el valor

Creo en ti

mi estrella creo en ti

Creo en ti

y tu ausencia pasa a ser mi eternidad

Tu silencio mi paz

tu recuerdo mi motor

—Creo en ti, Daniel.

Recliné la cabeza a cámara lenta y me dejé llevar por aquello que sentía, no me importaban las miradas desdeñosas que muchos nos dedicaban en aquel momento, solo me importaba lo que sentía, lo que ella sentía.

—Siempre creeré en ti, Daniel.

Me dejé guiar por el corazón que hoy latía solo y exclusivamente por Beatriz.

«Creo en ti, mi amor» pensé antes de besarla con toda el alma.

Capítulo 18

Débora

ΣϞΣ

«Alucinaciones»

Me puse unos leggins y una sudadera rosa para variar, me recogí el pelo y bajé a la cocina tras ello. Mientras escuchaba el chisporroteo de la comida, me senté en una de las sillas de madera que hizo un chirrido peculiar. El típico ruido de los muebles a punto de desmoronarse. Levanté los pies, los apoyé en el borde y me abracé las rodillas. Emanuel se había desabrochado los botones de su camisa, de modo que su pecho quedaba a la vista, revelando el vello rubio que salpicaba sus tonificados músculos.

«Hala» me mordí el labio inferior.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no mirarle el culo.

«Vencida por la tentación, ¡soy culpable, su señoría!».

Tenía un culo de infarto. ¡Todo su cuerpo lo era! Evoqué al yerno petulante del señor Weber en ese lapso. Emanuel y ese tipo tenían rasgos muy parecidos. El desgraciado solía exhibir su maravilloso cuerpo. Su pelo rubio y largo hasta los hombros le daba un aire tan sensual, pero este vaquero, ¡madre mía! Estaba a cuatro patas y silbando como una loba en celo, mentalmente, claro.

—¿Me ayudas?

¡Qué voz! ¿Estaré en mis días fértiles? Eso explicaría mi estado cachondo on. Clavé las uñas de una mano en la palma a fin de volver a la realidad.

—Claro. ¿Qué vamos a comer?

—Carne asada con patatas y una ensalada que prepararás tú —sonrió con astucia.

Solté un gemido de indignación.

—¿No te gusta?

—Me gusta demasiado. Pero me conformaré solo con la ensalada.

Me dirigió una mirada de disgusto por encima del hombro.

—¿Y eso?

Apreté aún más los dedos contra la palma.

—Estoy algo gorda —le dije tras apretujarme la tripa saliente—, siempre tuve problemas con mi peso.

«Soy bulímica y también anoréxica».

Emanuel resopló hastiado.

—Una mujer con curvas no tiene nada de malo.

Me levanté de un salto de la silla y fui en busca de los ingredientes para la ensalada. No repliqué, aquel tipo de charla me agobiaba y me daba la sensación de que incluso engordaba mientras la mantenía.

Cogí un pimiento rojo, dos tomates medianos, una zanahoria, un pepino y una lechuga romana. Un pepino rodó por la encimera y se detuvo en el borde.

Emanuel cambió el peso del cuerpo sobre los pies, pero sin apartar la mirada de la carne que estaba preparando en la sartén. Lavé las verduras, cogí un cuchillo y comencé a trocearlas.

—Me gusta la mujer a la que le guste la buena comida y a la que no le dé miedo comer —me miró de soslayo—. Y tú no estás gorda, en absoluto —me guiñó un ojo en señal de complicidad.

En la cocina se hizo un repentino silencio. Levanté la vista de las verduras con la boca abierta.

—No significa nada —me dijo antes de que pudiera replicarle—, es mi opinión como hombre, ¿vale?

Enarqué una ceja.

—Eres guapa, pero desde el punto de vista fraternal.

Emanuel sonrió con picardía al ver mi mueca divertida.

—Creo que te juzgas con demasiada dureza, vampira.

Emanuel no me veía como a una mujer guapa, sino más bien como a una irritante hermana pequeña que había acabado siendo atractiva, muy atractiva, demasiado atractiva.

«Frena el coche, mujer».

—Bueno, pues yo voy a comerme esta ensalada y punto.

—Vale. ¿Te importa abrir esa botella de vino?

—Ok...

Descorché con agilidad la botella de chardonnay que reposaba sobre la mesa. Percibí el olor amaderado y afrutado del vino. Me debatí durante unos instantes, pero claudiqué. ¡Era una borracha! ¡Lo asumo!

—Bebe un poco, vampira. No te hará mal una copa.

Una copa no me matará, me dije resoluta tras calcular las calorías de la misma. Me serví una copa y bebí un buen sorbo. El líquido se deslizó por mi garganta. Tuve que contener un gemido de placer. Me lamí los labios mientras cerraba los ojos y dejaba que el sabor del vino me inundara. Me sentía como un vampiro después de succionar sangre humana.

«Ves mucha serie sobre vampiros» me dije.

Emanuel dejó el cuenco con la comida sobre la mesa y se dispuso a colocar los cubiertos.

—¡Deja de beberte el vino como si fueras una actriz porno! —me dijo en tono severo!

Solté un grito ahogado.

—¡Perverso!

—¡Bruja!

Cogí el cuenco y me serví un plato. ¡Tenía hambre! ¿Algún problema?

Emanuel guardó silencio, durante el cual cogí un trozo de pan.

—Está delicioso —le dije y le robé una sonrisa—, demasiado...

Emanuel bebió un sorbo de vino sin abandonar su hermosa sonrisa.

—La ensalada tiene una pinta estupenda —me dijo—. ¿No vas a comértela?

Esbocé una sonrisa forzada y cogí el tenedor para pinchar unas hojas de lechuga.

—Claro. Me encantan las ensaladas.

Emanuel sonrió con malicia y no pude evitar devolverle la sonrisa.

—¿Vas a comer postre o prefieres un beso con sabor a postre de chocolate?

Solté un gemido indefinido.

—Qué gracioso.

Comimos entre bromas y risas.

—Estuvo delicioso, vaquero sin alma.

No tardamos mucho en recogerlo todo y en meter los platos en su sitio, tras lo cual, me acosté en el sofá del salón, más viejo que Cleopatra.

—¿Qué quieres hacer, vaquero sin alma?

Se me ocurrieron un par de ideas y posturas sobre lo que podíamos hacer.

«Necesitada sexual».

El abdomen definido de aquel vaquero era de infarto.

«Desvía la mirada» me dije sin lograr hacerlo.

Me imaginé subiéndome lentamente la sudadera para que él me lamiera despacio los pezones hasta que estuvieran bien duros bajo su lengua.

«Basta, Débora».

Se encogió de hombros.

—No lo sé, vampira. ¿Hacemos el amor?

Me senté de golpe y tosí.

—¡Ey! Es una broma, vampira... —rio de buena gana—, sé que eres lesbiana, ¿vale?

Mis ojos rodaron sobre sí mismos unas diez veces. ¡¿Qué?! ¿Lesbiana? ¿Yo?

—¿Perdona?

Emanuel me miró con estupor. ¿En verdad creía que era lesbiana?

—Pensé que te gustaban las chicas —rio a mandíbula batiente—, ¿no lo eres?

Me lancé a sus brazos furiosa. Emanuel se quedó sin aire en los pulmones al sentir el impacto de mi cuerpo y acabó tumbado sobre la alfombra, mientras yo le hacía cosquillas.

—¡No soy lesbiana!

—¿Pretendes demostrarme con gestos? —me dijo en tono seductor.

Giró sobre el suelo llevándome consigo y me inmovilizó con su cuerpo, atrapándome las manos junto a la cabeza. Durante la refriega, había perdido el pasador del pelo. Teníamos las piernas entrelazadas y yo había separado un poco los muslos. Nos miramos fijo por unos instantes.

—Estás loca, ¿lo sabes? —murmuró él—. ¿Es que no sopesas las consecuencias de tus actos?

¿A qué se refería? Solté el aire con fuerza. Emanuel me aferró las muñecas con más fuerza.

—Cuando tires a un hombre al suelo, prepárate para lo que pueda suceder después.

Puse los ojos como platos.

—Tienes razón, soy lesbiana... —le dije atorada.

El hombre que tenía encima estaba totalmente tenso, en especial en la zona vedada. Abrí la boca para soltar un taco, pero me detuve y lo miré a los ojos, ¡qué ojos!

«Halaaa».

Contuve el aliento. ¿Por qué mi cuerpo reaccionaba de aquel modo? ¿Por qué? ¿Hola, cerebro? ¿Tienes alguna salida factible para mí? Silencio.

«Desgraciado».

Mis labios se encontraban a escasos centímetros de los suyos.

—¿Me puedes soltar, vaquero sin alma? —le dije con voz ronca, titubeante.

Sentí los pezones endurecidos, tensando la tela de la sudadera. Los ojos azules de Emanuel recorrieron toda mi cara, mis pechos y la parte de mi abdomen que quedaba expuesta.

—Dime, vampira...

Lo vi inclinar la cabeza.

—Comprobaré personalmente lo que alegaban sobre ti en el pueblo...

¿En el pueblo decían eso? ¿Por qué? ¿Acaso no me vieron babeando por Daniel cada vez que se quitaba la camiseta? ¿O por Sascha? El roce de su aliento me acarició los labios y me embriagó por completo. ¿De qué estaba hablando? Se apoderó de mis labios con un ansia feroz. Al instante y sin delicadeza, me introdujo la lengua en la boca, dispuesto a explorar mi interior.

«Frénalo» me dije.

Me aferró las manos con fuerza y me dejé llevar por el deseo y el vino. Levanté las caderas para acogerlo entre mis muslos y froté los pechos contra su torso. Le devolví el beso con pasión, introduciéndole también la lengua en su boca, y solté un gemido ronco. Me soltó las manos para acariciarme el abdomen y ascender en busca de mis pechos.

—Emanuel —jadeé.

Levantó la sudadera rosa con manos temblorosas.

—Por favor... —lo empujé con suavidad—, detente, vaquero sin alma...

Se puso en pie y me miró fijamente.

—Lo siento mucho, vampira.

Me arreglé la ropa y cogí mi pasador de pelo a toda prisa.

—Está bien, vaquero sin alma.

Emanuel estaba rojo como un tomate y muy, pero muy «excitado».

—No eres lesbiana —me dijo el muy cabrón.

Cogí uno de los cojines del viejo sofá y lo lancé a la cara.

—¡Imbécil!

Emanuel rio de buena gana y terminé riéndome con él. Aquel vaquero, súper sexi y cabezota, tenía el don de hacerme reír. ¡Reír era la leche! Y, definitivamente, no era lesbiana. Mis bragas empapadas eran le prueba.

Capítulo 19

Beatriz

ΣЖЗ

«Te amo»

Débora ha desaparecido del pueblo sin dejar rastro alguno. Emanuel me lo comunicó a muy tempranas horas del día. Mi hermana decidió embarcarse al abismo y, quizá, esta vez para siempre. Ella no quería ser salvada, ella simplemente se dejó vencer.

—Lo siento mucho, doctora —me dijo Emanuel con una tristeza que laceró mi corazón.

¿Él y Débora tuvieron algo? No, era imposible, me dije tras suspirar. Aquel hombre era demasiado normal para alguien como ella. Tras despedirme de Emanuel, hablé con el juez que llevaba el caso de Débora. Si la policía la detuviera por algún delito, iría a la cárcel, irremediablemente.

—Débora ha perdido su brújula —le dije a su mejor amiga aquella tibia mañana dominical.

Constanza encendió una vela y la miró fijo por unos segundos.

—Ella volverá, Beatriz —me dijo con rotundidad—, la luz de su alma iluminará su mente turbia y la hará recapacitar antes de hundirse por completo en el charco emocional donde se encuentra ahora mismo.

Sopló y la vela se apagó como la esperanza en mi ser. Débora no cambiará, su destino ha sido trazado por ella misma, y, en sus planes, no había cambios a la vista.

—Hola, doctora —me saludó el capataz cerca del jardín—, ¿dónde está Daniel? —me preguntó algo alterado.

¿Por qué lo buscaba? ¿Y por qué estaba tan agitado? El señor Schneider se secó la frente perlada con un pañuelo.

—Supongo que en su casa, señor Schneider —le dije con sequedad—, es

domingo. ¿Sucede algo?

El señor Schneider me dijo que una yegua salvaje atacó a Agustín brutalmente a muy tempranas horas del día, nadie fue capaz de domarla.

—El señor Weber la compró hace unos días atrás, doctora —me dijo con la voz alterada—, para procrear con otros caballos —me miró con ojos suplicantes—. Ese chico tiene un don especial con los animales salvajes, doctora.

Lo miré ceñuda. ¿Quería arriesgar la vida de Daniel? ¿Era eso?

—Solo Daniel es capaz... —lo interrumpí en seco.

—¿Está loco?

La yegua, al parecer, había sufrido un trauma y estaba furiosa. Tenía miedo.

—Daniel fue el único que logró domar a uno de los toros más salvajes que hemos tenido nunca, doctora. Daniel domó a una vaca, a Abismo y también a un perro. Ese chico tiene algún don especial que logra apaciguar a las bestias más salvajes.

—Menos a las personas malas que lo maltrataron —dije en tono recriminatorio.

Él me miró con profundo dolor.

—¡Doctora! —chilló la abuela de Daniel a pocos metros de nosotros—. ¡Doctora!

Me acerqué a ella con el corazón latiéndome a mil por hora. Anoche, tras despedirme de Daniel, noté que tenía mucha fiebre. Según él, era solo un resfriado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté en tono preocupado.

En ese lapso, Diana se acercó a nosotras como una exhalación.

—Mi niño, doctora —lloriqueó mientras se secaba la frente con un paño —, está muy mal...

Diana le preguntó qué tenía, adelantándose a mí a toda carrera. Ella nos dijo que Daniel tenía mucha fiebre, que mal había dormido anoche por culpa de una enorme herida que tenía en el pie derecho.

—No tiene buen aspecto —acotó entre lágrimas—. Mi niño..., ay, doctora...

Le rodeé los hombros con el brazo y le murmuré palabras de aliento.

—Iré a verlo —le dijo Diana—, iré a buscar mi maletín.

Se alejó de ambas a toda prisa, rumbo a su casa. La abuela de Daniel y yo fuimos a su casa en mi coche.

—Mi amor —le dije al acomodarme cerca de él en su cama.

Daniel tenía el torso desnudo y encharcado en sudor. Me miró a los ojos, y soltó un jadeo. Tenía mucha fiebre y la respiración bastante alterada. Su abuela colocó un paño helado sobre su cabeza. Daniel se arqueó y soltó otro jadeo. Le revisé el pie e hice una mueca al ver la profusa herida que tenía en la planta.

—Dios mío, está infectada —dije agobiada.

Diana ingresó en el cuarto minutos después, y me pidió permiso para revisarle el pie. Me aparté de él a toda prisa. Daniel empezó a temblar, tenía frío. Me acerqué a él y le cogí de la mano. Me miró con infinita tristeza, con infinita ternura. Le susurré palabras de aliento mientras Diana le revisaba el pie. Ella nos oteó con atención por unos segundos antes de darnos su diagnóstico final.

—Tranquilo, mi vida —le dijo con total naturalidad—, te limpiaré la herida y la suturaré.

Me alargó una receta.

—¿Puedes traer estos medicamentos, doctora?

Miré fijamente a Diana por unos instantes. Su palidez y sus ojeras me llamaron mucho la atención. ¿Qué tenía aquella mujer?

—Vuelvo enseguida —le dije antes de salir de la casa como alma que lleva el diablo.

La abuela de Daniel me acompañó hasta la farmacia de la esquina, alegándome que allí le harían un descuento. Le dije que no se preocupara por los gastos, pero ella insistió.

—Está bien —le dije con una sonrisa que mal curvaba mis labios.

La dependienta, al saber que eran para Daniel, nos hizo un gran descuento.

—Espero que mejore el muñecón —me dijo la dependienta de unos cuarenta años.

¿Todas estaban coladitas por Daniel? Las mejillas empezaron a arderme. ¿Estaba celosa? ¿Era eso? Jamás había sentido tres cosas en mi vida: celos, envidia y amor. Ahora solo me faltaba la envidia, cosa que lo experimenté tras entrar en la habitación de Daniel, donde Diana, abrazada a él, le decía cosas muy inquietantes. La abuela de Daniel llevó su mano derecha a su boca en un acto reflejo.

—Mi vida, lo siento tanto —lloraba a lágrima viva—, mi amor...

Diana no tenía vergüenza de lo que sentía por Daniel, al menos, ya no. El corazón se me encogió ante la imagen, ¿y si él aún sentía algo por ella? ¿Y si

yo no estuviera con él y ella dejara a su marido? Los celos arañaron con bestialidad mi alma. Los celos y el temor.

—Permiso —dije con voz seca—, aquí tienes los antibióticos, doctora.

Diana se apartó de Daniel, y se secó las lágrimas con el dorso de su mano. No me miró, se limitó a coger la bolsita con los medicamentos. Daniel dormía profundamente. Diana le aplicó la anestesia y luego le limpió la herida con mucho cuidado.

«Lo ama con locura» pensé mientras la observaba desde mi sitio.

—Es una herida profunda —comentó más para sí misma que para otra persona.

Rita tocó la frente de Daniel y suspiró aliviada.

—La fiebre ha bajado —me dijo sonriendo.

Fruncí ligeramente el entrecejo. La abuela de Daniel no le dirigió una sola vez la palabra a Diana. Ni siquiera la miró.

—Le prepararé su desayuno favorito, doctora —me dijo sonriendo—, ¿me acompañarías?

Asentí con la cabeza y la seguí sin emitir una sola palabra.

—Me cuesta ser amable con esa mujer —me dijo tras coger una caja de cereales del viejo armario de su cocina—, no consigo perdonarla por lo que le hizo a mi nieto —sus ojos azules se enrojecieron lentamente—, Daniel sufrió mucho por su culpa, doctora.

Me acerqué y la estreché entre mis brazos con afecto.

—Lo siento tanto, doña Rita.

Ella me pidió que la llamara abuela, que le hacía mucha ilusión.

—Abuela —le dije sonriendo con nostalgia—, nunca conocí a mis abuelas —le confesé mientras ella me enseñaba a preparar el desayuno favorito de Daniel.

Cereales sin azúcar, papilla de manzana, uvas pasas y avena con una pizca de canela molida.

—Daniel come como un bebé —se mofó ella tras secarse las lágrimas—, espero que no vuelvan a lastimarlo, doctora.

Me miró con expresión de cordero degollado.

—Llámeme Beatriz, abuela —le pedí con una sonrisa de costado—, Daniel no volverá a sufrir —le prometí—, si depende de mí, nunca lo hará.

Amaba con locura a su nieto, y daría mi vida por verlo feliz. Aquello me hizo estremecer entera. Jamás había querido tanto a alguien en mi vida. Jamás.

Diana me llamó desde el cuarto con sumo tacto y me dio las indicaciones

acerca de los antibióticos.

—Debéis suministrarlos cada seis horas —me dijo en tono vago—, con zumo de naranja —sugirió tras masajearse la sien derecha—, Daniel tiene el estómago muy sensible.

Emilia me dijo que Diana posiblemente estaba embarazada, al menos eso se rumoreaba en la granja.

—Gracias —le dije tras coger la caja de los antibióticos de sus manos.

Diana se volvió y observó con amor infinito a Daniel, que dormía profundamente en su cama. Aquella mujer lo amaba con locura y ni siquiera se dio el trabajo de disimularlo. Se volvió y me miró con magnitud.

—Cúidalo mucho —me aconsejó—, Daniel... —su voz se quebró—, merece ser feliz.

Una punzada de dolor se instaló en mi pecho. El martirio de aquella mujer era fulminante.

—Volveré por la noche —me dijo antes de retirarse de la casa.

Giré sobre los talones y la contemplé con ojos ensombrecidos. La pena envolvió mi corazón. ¿Por qué me dolía tanto su pesadumbre? ¿Por qué me afectaba tanto?

Daniel se movió incómodo en la cama, me miró con ojos suplicantes.

—¿Te duele algo, cielo? —le pregunté agobiada.

Negó con la cabeza al tiempo que me señalaba su boca con la mano.

—¿Tienes sed, cielo?

Él asintió. Me acerqué a la mesilla y llené el vaso con agua. Le empapé sus labios con un algodón. Daniel abrió lentamente sus ojos y me miró con una ternura imposible de obviar.

—Hola, mi amor —le dije con expresión bobalicona—, ¿te sientes mejor?

Una mueca de agobio se estampó en su cara.

—Chiss —le musité tras acariciarle la cabeza—, descansa, mi vida.

Miré su hermoso rostro con ojos soñadores. Su piel rosada me recordaba mucho a la de los recién nacidos. Era tan sedosa y delicada. Mis ojos se deslizaron por su torso con parsimonia. Sus pezones rosados me robaron un suspiro involuntario. El deseo que despertaba en mí era casi salvaje. Desvié la mirada tras tragar con fuerza.

Daniel me hizo un hueco en su cama. Descendí el vaso sobre la mesita y tras ello, me acomodé a su lado. Daniel nos cubrió con su fina manta de hilo. Reposé la cabeza sobre su tibio pecho sonrojado y lo miré fijo por unos instantes. Daniel cogió mi mano y la besó tras bostezar. Estaba muy cansado.

—¿Quieres dormir un poco, cielo?

Él asintió al tiempo que entrecerraba los ojos lentamente. Le di un beso en los labios y le dije que pronto estaría bien. Me dio un beso muy apasionado, un beso que me hizo gemir de deseo.

—Permiso —dijo Diana de pronto—, he olvidado el bolso.

Daniel frunció mucho el ceño. Parecía muy sorprendido al verla allí. Cuando ella llegó, él estaba sumido en un profundo sueño.

—¿Te encuentras mejor, mi amor? —le preguntó ella, ignorándome por completo.

¿Mi amor? ¡Qué descarada! Daniel me apretujó contra su cuerpo de un modo muy protector, muy dulce, muy él. Asintió con la cabeza y desvió la mirada de ella posando sus ojos en mi cara. Me sonrió y me robó una sonrisa de paso.

—Descansa —le dijo Diana con lágrimas en los ojos—, hasta más tarde.

Daniel me estrechó con fuerza, obligándome a abrazarlo también. Me besó la cabeza y suspiró tras ello. ¿Qué le pesaba tanto? ¿Qué le dolía tanto? Enterré mi cara en su cuello enfebrecido y suspiré hondo, tan hondo como él minutos atrás.

—¿Queréis comer algo? —nos preguntó su abuela minutos después—, te he preparado un cuenco extra, docto... —me miró con ojos traviesos—, Beatriz —se corrigió.

Nos levantamos de la cama y fuimos a la cocina para comer unos deliciosos cereales. Daniel sonrió al verme probar su desayuno favorito con tanto deleite, ¡era delicioso! Estar allí con ellos era lo más maravilloso del mundo. Daniel cogió mi mano y la besó, robándome así, un trocito más de mi ser.



Daniel volvió al trabajo el miércoles, desoyendo por completo mis súplicas. Le regañé duramente, hasta que me besó y perdí la noción de todo. Daniel sabía muy bien cómo domar a su yegua. Me reí ante mi ocurrencia.

—¿Te duele algo? —le pregunté tras apartarme de él.

Daniel posó su frente sobre la mía y me miró con magnitud. Acto seguido, cogió mi mano derecha y la depositó sobre su pecho izquierdo.

—¿Te duele el corazón? —le pregunté con ojos soñadores.

Él asintió con una expresión muy angelical. Le mordí la barbilla con

afecto.

—¿Me echa en falta?

Volvió a asentir. En ese lapso, el señor Schneider ingresó a mi sala como una exhalación. Lo miré ceñuda al deducir para qué venía juntos a nosotros, o, mejor dicho, junto a Daniel.

—Doctora, lo necesitamos —me dijo con voz implorante—, o, caso contrario, sacrificarán a la yegua nueva.

Daniel se volvió y lo miró con ojos interrogantes.

—Solo tú puedes domar a esa fiera, hijo.

¿Hijo? ¡Cuando le convenían lo trataban bien! El señor Weber estaba muy alterado, ya que su nuevo socio, el señor Franke, vendría hoy a su casa. Sin querer, escuché su charla con su yerno.

—¡Estamos en la ruina, Sascha! —gritó iracundo mientras su yerno calaba su cigarro con expresión furibunda—, si el señor Franke no acepta mi propuesta, ¡estamos perdidos!

Al parecer, los Weber pasaban una terrible crisis económica, motivo por el cual la mujer del mismo había vuelto de sus viajes interminables al extranjero.

—El señor Franke está dispuesto a comprar el sesenta por ciento de la granja —rebatí Sascha—, ¡sería el dueño prácticamente!

El señor Weber resopló hastiado.

—¿Tenemos otra opción?

Me retiré del rellano sin hacer ruido. Necesitaba hablar con el señor Weber acerca de unos medicamentos para el ganado, pero no era un momento muy propicio, me dije antes de salir de allí.

—Hijo —le dijo el señor Schneider a Daniel y me arrancó de mi trance de golpe—, ¿podrías hacernos ese favor?

Daniel tenía un don especial con los animales, en más de una ocasión lo había notado. Incluso uno de los caballos más salvajes «Abismo» se dejaba tocar por él. Ellos, a diferencia de los humanos, veían más allá de lo visible, veían el alma pura de aquel chico, de aquel ángel.

—¿Quieres ir a verla, cielo?

Él me miró con melosidad antes de asentir con la cabeza. Jamás dejaría que sacrificaran a un animal antes de intentar domarlo.

—Vámonos entonces —le dije antes de cogerlo de la mano.

El señor Schneider posó sus ojos en nuestras manos. Lo ignoramos por completo, estaba harta de aquellas miradas inquisitivas. Daniel y yo salíamos,

éramos pareja, ¿qué había de malo en ello?

Nos enfilamos hacia los establos. La yegua relinchó furiosa al vernos, se levantó sobre sus patas traseras a modo de amenaza.

—Ten cuidado, cielo —le aconsejé a Daniel.

Él se acercó a la puerta y la observó con atención. Ella relinchó y pataleó contra la pared.

—¿Por qué está así? —preguntó el señor Schneider—, el señor von Falk nos dijo que había sufrido maltratos por parte de los empleados.

¿Los empleados? Una idea absurda cruzó mi mente como un rayo en aquel preciso instante. ¿Por qué asocié los maltratos a Sascha?

—¿Qué hace el retrasado? —demandó Sascha a lo lejos—, lo mejor será sacrificarla —dijo resolutivo.

Me volví y lo fulminé con la mirada. Él me miró desafiante casi furioso. En ese lapso, un coche negro muy lujoso aparcó enfrente de la casa. Daniel aprovechó el momento de distracción para meterse dentro del establo de la yegua.

—¡Nooo! —grité al verlo adentro—, ¡es una locura!

El señor Schneider me sujetó con fuerza entre sus brazos y me dijo que Daniel sabía muy bien lo que hacía. Su voz me sonó tan fría, tan automática. ¿Aquello era una trampa? ¿Era eso? ¿Sascha estaba detrás de todo?

—¡Daniel!

La yegua relinchó cada vez más furiosa, pero Daniel no pensaba huir, a pesar de sus amenazas. Minutos después, ella cedió y se acercó a él como si lo conociera de toda la vida. Miré estupefacta la imagen.

—¡Lo sabía! —chilló el señor Schneider tras soltarme y llevar ambas manos a la cabeza—. ¡Lo ha conseguido, doctora! —me levantó en brazos y me giró en el aire.

Daniel acarició el hocico de la yegua con ternura. Ella no se apartó de él, al contrario, se dejó tocar, se dejó acariciar como si de alguna otra vida se conocieran.

—Dios mío —mascullé atónita.

El capataz me descendió al suelo. Daniel la sacó del establo sin problemas y la paseó unos metros.

—¡Eres único, chaval!

Daniel tenía los ojos enrojecidos, ¿por qué lloraba? ¿Qué descubrió a través de los ojos de aquella yegua? Observé con atención la mirada del animal, la triste mirada de aquel animal.

—¡Buenas tardes, señor Franke! —saludó eufórico el señor Weber.

Me volví en un acto reflejo y atisbé curiosa al hombre que acababa de abrocharse su carísima chaqueta de marca. Sus ojos azules se encontraron de golpe con los míos. ¿De dónde lo conocía? Aquellos ojos me eran tan familiares.

—¡Bienvenido! —chilló Sascha tras apretujarle la mano.

«Lameculos» pensé enfurruñada.

—Buenas tardes —saludó él con afabilidad—, ¿quién es ese chico? —se refirió a Daniel que continuaba al lado de la fiera indomable.

—Es el retrasado del pueblo —le dijo con desdén Sascha—. Es un pobre infeliz, señor Franke.

La ira me poseyó entera y estaba mucho más furiosa que la yegua, minutos atrás.

—¡Maldito hijo de puta! —dije enfurecida.

Todos giraron sus rostros hacia mí, en especial el señor Franke. Me acerqué a Sascha con pasos firmes.

—No vuelva a referirse a Daniel así —le advertí iracunda—, ser deficiente intelectual no lo hace menos que tú o yo. ¡Al contrario! Él es mil veces mejor que tú o yo.

El señor Franke me miró con admiración, más que con asombro. Sascha apretó con fuerza sus dientes tanto que, un hueso de su cara vibró ante la presión que ejercía. ¿Estaba enfadado? ¡Qué le den por el culo a ese rubio sin gracia! A Daniel nadie le despreciaría en mi frente, nadie.

—Mida sus palabras, doctora —me dijo en tono amenazante la Barbie sin alma.

—Cuando lo haga usted —le contesté con firmeza.

—Es de muy mala educación referirse así a una persona con discapacidad —le dijo el señor Franke en tono recriminatorio—, ¿ese caballo está a la venta?

Sascha y yo intercambiamos una mirada teñida de odio.

—Será sacrificada mañana mismo —anunció Sascha con rotundidad—, señor Franke.

El señor Franke se volvió y observó a Daniel, que encantado, perdió la noción de todo. Paseaba con la yegua como si allí estuvieran solo ella y él. Los miré con profundo amor.

—Le ofrezco cinco veces más de lo que vale, señor von Falk.

El señor Weber y Sascha intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Y quiero que ese chico se encargue de ella personalmente —acotó.
Di tres saltitos de alegría.

—¡Sí! —grité emocionada—, perdón, me venció la euforia.

El señor Franke me sonrió y luego miró con devoción a Daniel. Quizá tenía algún pariente con alguna discapacidad y, por ende, Daniel le caía en gracia.

—¿Pasamos a su despacho, señor Weber? —dijo tras girar el rostro.

Aquel hombre misterioso, de unos cincuenta años, atractivo y bastante adinerado, tenía algo que mi patrón no, tenía alma. Mi móvil timbró, era mi amigo Mark.

—Hola, Mark.

—Hola, Bea.

—¿Alguna novedad?

Mark titubeó y supe al instante cuál sería su respuesta.

—Nada, el veterinario ese simplemente ha desaparecido del mapa, Bea.

Mark, uno de los mejores hackers que conocía, no logró encontrar al veterinario, el hombre que supuestamente atacó a Daniel en el pasado.

—Lo siento, Bea.

Solté un largo suspiro.

—Gracias, amigo.

«El misterio continúa» pensé tras observar a Daniel.

Capítulo 20

Débora

ΣϞΣ

«En busca de la verdad»

Tal y como me había prometido Emanuel días atrás, hoy la casa disponía de electricidad. La bañera se estaba llenando de agua caliente. Estaba más caliente de lo que había esperado, y abrí el otro grifo para intentar enfriarla un poco.

—Qué pena que no dispongo de sales de baño.

Me desvestí. Sentía las piernas entumecidas, así como la parte inferior de la espalda. Sin resaltar la irritabilidad y la fatiga. La abstinencia me estaba matando.

—No cederé —me dije resoluta—, un poco de vino será suficiente.

Tomé el vaso con el vino y me metí en la bañera. Observé el modesto lugar ensimismada en mis propias conjeturas existenciales.

—¿Cómo puedo recordar lo que pasó antes de asesinar a la conejita de Daniel? ¿Estaba dispuesta a recordarlo todo?

Me negaba a creer que lo hice por el mero placer de causarle daño. Algo no encajaba, algo le faltaba a aquel puzle.

—La única manera de recordar todo es consumiendo drogas —me dije pensativa—, ¿estaría Emanuel dispuesto a ayudarme?

De pronto evoqué lo que me dijo cierta vez mi mejor amiga con respecto a algunas plantas.

«Algunas plantas tienen poderes alucinógenos, Debi».

—¿Podría una planta sustituir a las drogas que solía inhalar? —me pregunté antes de coger mi móvil.

Me embargó cierto sentimiento de tristeza y rabia.

—Necesito descubrir la verdad —me dije—, te prometí que dejaría las

drogas, Ángela, pero esto es un caso de emergencia, te lo prometo.

Mojé la esponja y se la pasé delicadamente por mi piel, imaginando qué estaría haciendo Emanuel en esos instantes en la cocina. ¿Por qué pensé en él? Bebí más vino y me pregunté si él estaría pensando en mí.

—La maldita abstinencia me hace delirar —me dije ceñuda antes de coger la botella y beber el vino directamente de ella—, ahoga tu pena, zorra.

Un cosquilleo en la parte inferior del vientre me hizo gemir al evocarlo. ¿Qué me estaba pasando con ese vaquero cabezota? Cogí mi móvil y en lugar de buscar hierbas alucinógenas en internet, abrí la carpeta de mis canciones favoritas. La canción «*Everybody hurts*» del grupo REM empezó a sonar.

Emanuel parecía otro hombre. No se había comportado de otra forma que no fuera la propia de un completo caballero. Cuanto más tiempo pasaba con él, más convencida estaba de que era el chico más atractivo y dulce que había conocido. Me hacía reír, era inteligente y tierno.

—Estás borracha —me dije entre risitas.

Apuré el vino con una sensación de calidez y de absoluta relajación. Cuando el agua empezó a enfriarse, salí de la bañera y me cubrí con una toalla. Me puse una falda y una blusa entallada.

—¿Para qué me estaba arreglando tanto?

Me arreglé el pelo, encantada con el secador que encontré en el armario del lavabo. Después me maquillé: me puse un toque más de rímel y de sombra del que solía aplicarme. Para ver mi reflejo, tuve que secar el viejo espejo con la toalla, para desempañarlo del vapor.

—Vampira cursi —me dije al mirarme—, ¿blusa rosa?

Me miré por última vez en el espejo, respiré hondo, y salí al pasillo. Emanuel estaba en la cocina, de espaldas a la puerta, removiendo algo en una cacerola en el fogón.

«Qué sexy».

Él no me había oído salir del cuarto de baño. Por unos momentos, me dediqué a observarlo en silencio, admirando lo bien que le quedaban los vaqueros por detrás. Siempre me gustaron los hombres fuertes y protectores como él. Huraño y mandón.

«¿Qué me está pasando contigo, vaquero?».

Las pequeñas llamas de las velas titilantes proyectaban un ambiente más íntimo, más romántico. ¿Las puso con ese objetivo? Emanuel echó un vistazo por encima del hombro.

—¡Ah, hola!

Durante un instante eterno, no pude hacer otra cosa que admirar la belleza de aquel vaquero destrozado por dentro.

—Débora —me susurró con una voz tan suave que apenas era audible.

Continuó mirándome con una expresión un tanto ladina.

—Perdona por mirarte con tanto descaro —se disculpó—. Es que estás tan guapa...

Uno de los caballos relinchó ruidosamente y nos robó la atención por completo. Carraspeó.

—La cena estará lista en breve —me dijo con una sonrisa ladeada.

Emanuel estaba triste aquella noche. Prueba de ello era que aquel día apenas habíamos peleado. Quería que supiera que estaba allí para reconfortarlo, no porque él lo necesitara, sino porque quería hacerlo.

—Hazlo —me dije.

Emanuel estaba removiendo la comida cuando me coloqué justo detrás de él y lo estreché por la cintura con ambos brazos. Él se puso muy rígido y yo lo abracé con más fuerza antes de relajar los brazos. Emanuel se dio la vuelta y me abrazó. Nuestros cuerpos quedaron pegados, y yo me apoyé en él. Durante un largo rato, permanecemos en esa posición. Me sentía tan bien con él.

—¿Te encuentras bien, vampira?

Podía notar los latidos de su corazón en su pecho, podía escuchar el ritmo reposado de su respiración. Hundí la cabeza en su cuello y aspiré su aroma. Al hacerlo, me invadió el deseo, como nunca. Lentamente le besé el cuello y percibí cómo a él se le aceleraba la respiración.

—Ahora sí, vaquero.

Emanuel se reclinó a cámara lenta y se apoderó de mis labios. Al principio vaciló, luego sus besos se tornaron más apasionados. Lo deseaba abiertamente, como nunca antes había deseado a nadie. ¿Cómo eso era posible en tan poco tiempo? Apagué la cocina y sin apartar la mirada de sus ojos, le cogí la mano y lentamente empecé a guiarlo hacia la sala. Encendí unas velas gordas y las repartí por el lugar. Emanuel me tomó la cara entre las manos y me dijo, rozándome los labios:

—¿Tienes certeza, vampira?

Lo besé a modo de respuesta. Fue un beso tierno, lento y embriagador. Separó los labios y nuestras lenguas se fundieron en una sola. Emanuel me invitó con delicadeza a tenderme en la raída alfombra y me quitó mis ropas.

—Eres hermosa, vampira —me dijo en un tono tan dulce que me derritió el alma—, tan huraña, pero hermosa.

Se desnudó lentamente, dejando al descubierto su cuerpo inmejorable. Deslicé mis ojos por sus pechos musculosos y cubierto por finos vellos dorados, su abdomen definido y su erección majestuosa.

«¿Majestuosa?» me dije para mis adentros. No había mejor calificativo. Me separó los muslos y se acomodó entre ellos.

—Seré muy cuidadoso, vampira.

Un brillo intenso iluminaba las profundidades de sus ojos azules. Entrelazó sus dedos con los míos y se hundió en mí con una lentitud martirizante. Sin apartar los ojos de los míos y con los dedos entrelazados, comenzó a mover las caderas.

En sus brazos me sentía por primera vez deseada. Emanuel me hizo sentir mil emociones, todas indefinidas. Aquella noche, tras el frenesí, supe que él merecía a alguien mejor que yo.

—Vampira —suspiró entre sueños—, te quiero.

Mis ojos se llenaron de lágrimas ante la sorpresa. ¿Me quería? ¿En tan poco tiempo?

«Como tú» me dije con dolor.

Al día siguiente, tras coger el dinero de su cartera, salí de la casa, huyendo de aquello que había irrumpido mi duro y magullado corazón.

«Adiós vaquero» le dije antes de marcharme de la casa y de su vida.

Él merecía a alguien mejor que yo, a alguien que valorara su alma, a alguien que no la manchara con lágrimas.

Caminé por horas mientras el sol emergía lentamente en el horizonte. De pronto, un coche frenó a mi lado.

—¿Quieres que te acerque a algún sitio, Débora?

—¡Hola! —le dije con alegría.

Entré en el coche con toda la confianza del mundo mientras el cantante José Luis Perales cantaba de fondo. Aquel cantante era el favorito de mi madre.

—El señor Weber, el señor Schneider, la señora Müller e incluso Emilia y Constanza lo aman —le dije y le robé un suspiro—, solía escucharlo mucho en la granja.

—Me encanta este cantante —me dijo sonriente—. Canta con el corazón

—Me trae bellos recuerdos —le dije con nostalgia—. Mi madre lo escuchaba todos los días.

Meneé la cabeza.

—¿Me puedes llevar al pueblo?

Me estiró un pañuelo de papel.

—Gracias.

Aumentó el volumen de la radio y luego retrocedió el coche de una manera muy violenta. Antes de que pudiera reaccionar, me inyectó algo en la pierna.

—¿¿Qué haces?!

—Sabes demasiado, niña —me dijo con una voz que no parecía de este mundo—. Puedes recordar ciertas cosas y eso no me conviene. ¿Te gustan los cocodrilos?

¿Cocodrilos? ¿De qué estaba hablando? Mal podía mantener los ojos abiertos. ¿Qué me dio?

—Cerca de la granja hay un pantano repleto de cocodrilos —me dijo en tono suave.

En ese lapso terrorífico, evoqué todo lo que hice aquel día que Lola murió. Vi con nitidez al asesino, al verdadero asesino...

«No fui yo» susurré aliviada antes de cerrar mis ojos.

Capítulo 21

Daniel

ΣϞΣ

«Te amo»

Nuestras miradas se encontraron tras tanto tiempo, no podía creerlo, pero era cierto, Mimosa, mi amiga indomable, había vuelto. ¿Cómo eso era posible? Evoqué una de nuestras tantas charlas mentales en el pasado, en aquellas tardes primorosas cerca del lago mientras Beatriz y Sascha hablaban acaloradamente a un costado.

«Eres muy salvaje, Mimosa.

«Lo sé, debería haber nacido en el cuerpo de un caballo».

«¿Un caballo?».

«Sí, un caballo, Daniel».

No sabría decirnos si aquellas charlas eran reales o pura imaginación mía, pero os juro, podía escucharla en mi cabeza.

«Has vuelto, Mimosa —le dije con ojos empañados—, has vuelto a mi vida».

—Daniel —me dijo el señor Schneider—, el señor Franke quiere que cuides a esa yegua —miró hacia atrás—. Es el nuevo socio del señor Weber.

Busqué con la vista al señor Franke, que se encontraba al lado del señor Weber y Sascha.

—Uno de los dueños —repuso Beatriz tras acercarse—, para ser más exactos, señor Schneider.

Él se limitó a encogerse de hombros. ¿Aquel hombre era uno de los dueños de la granja Dulce destino? Puse mi mano sobre la frente a modo de visera y escruté al hombre de la mirada profunda. ¿Adónde lo había visto antes? En otra vida, quizá.

—¿Quieres montarla? —me preguntó Beatriz, y me devolvió al presente.

Asentí con una sonrisa enorme en los labios. Beatriz montó otro caballo y dimos un paseo por el prado. Mimosa protestó cuando me monté en ella, para no perder sus viejas costumbres. No cabalgaba desde que me atacaron, así que lo hice con mucho cuidado. Mientras Beatriz arreaba, evoqué aquel triste episodio de mi vida, aquel acontecimiento que se robó mi paz y mi voz para siempre...

Días antes de ser consciente de lo que me sucedió, aunque sabía que me atacaron y, a base de mucho esfuerzo, había conseguido recordar vagamente aquel brutal ataque, no tenía ni idea de que había estado tan cerca de la muerte. Los médicos les dijeron a mis abuelos que nunca me recuperaría por completo de la lesión en la cabeza.

—Otro impacto en la cabeza, aunque no fuera muy fuerte, probablemente lo mataría —les dijo el médico.

Me salvé por un milagro.

—¿No recuerdas nada, Daniel? —me preguntaron por días, pero no lograba hablar, aunque lo intentara con todas mis fuerzas.

—¿Fue el veterinario? —me preguntó Emanuel.

¿Por qué él haría algo así en mi contra? En el pueblo empezaron a especular sobre sus gustos amorosos. No sabía qué era un hombre gay, pero según me explicaron, era el amor entre dos hombres. Lo decían como si aquello fuera algo malo. ¿Entonces el amor de un padre y un hijo era gay?, pensé más confundido que antes. Durante meses visité un psicólogo, pero no lograba emitir una sola letra, un solo sonido. Y, aunque lo rebuscara en mi mente, una y otra vez, no conseguía acordarme de la noche, de la persona que apareció a mis espaldas con un palo y me golpeó hasta el hartazgo. Ningún sonido, ningún grito. Nada.

—¿Te gusta, cielo? —me preguntó Beatriz, y me arrancó de mis recuerdos.

Esbocé una amplia sonrisa, estar con ella lo hacía especial. Beatriz me hacía sentir tan vivo, tan querido, tan aceptado. Evoqué a Diana, evoqué lo que hizo el día de la fiesta, el otro día mientras salía del servicio.

—Daniel —me dijo algo achispada y me metió dentro del cubículo para hombres—, te necesito tanto —me besó con mucha pasión—, te amo, Daniel —me decía con desesperación—. Sé que tú también...

La empujé con suavidad y la miré a los ojos con resquemor. Aquella mujer no era ni la sombra de lo que alguna vez fue. Diana me miró con ojos

ensombrecidos al descifrar lo que se ocultaba detrás de los míos.

—Lo siento —me dijo llorando—, lo siento.

Salió del servicio como alma que lleva el diablo. La miré hasta perderla de vista entre la multitud. ¿Qué tenía? ¿Por qué estaba tan desesperada? En más de una ocasión la vi llorando cerca del viejo muelle. Lloraba mientras mecía a una vieja muñeca de trapo, la muñeca que alguna vez le regalé.

Muchos en el pueblo decían que la muerte de su hija dejó un profundo vacío en su ser. Un vacío imposible de rellenar. El dolor solía dejar heridas profundas en nuestras almas, decía mi abuelo.

ΣΧΕΖ

Aquella tarde, tras un día ajetreado en la granja, Beatriz y yo fuimos al cine como novios. Durante la película, cogí su mano izquierda y escribí en la palma con el dedo índice: t-e a-m-o. Me miró sorprendida bajo la penumbra.

—¿Me amas? —me preguntó tras descifrar lo que le había escrito en la mano.

¿Acaso no lo sabía? ¿No era evidente? Ella me besó a modo de respuesta. No me dijo «te amo», quizá aún no era el momento. Beatriz siempre me decía que era una chica muy pragmática. No tenía idea de qué significaba aquella palabra, supuse que era el sinónimo de preciosa, porque eso era ella para mí, preciosa.

—¿Te ha gustado la película, cielo? —me preguntó tras salir de la sala—. Me ha encantado.

Me gustaba estar con ella. Asentí con una sonrisa mientras nos acercábamos a la plaza.

—Sofía está muy cambiada —me dijo mientras caminábamos de manos dadas hacia la plaza—, ¿le pasa algo?

Cojeaba un poco, ya que la herida de mi pie me molestaba un poco aún. Diana me la revisó antes de salir de la granja, me dijo que estaba cicatrizándose muy bien. Durante la consulta, me miró por sobre los pies unas cuantas veces. Me miraba como yo solía mirarle a Beatriz. Me alisé la camiseta celeste con la mano libre.

—¿Está enfada por algo? —me preguntó Beatriz, y me arrancó de mi trance.

El otro día, Sofía, mi dulce amiga de ocho años, me dijo que estaba celosa

de Beatriz. La miré sorprendido y ella agregó: ¿acaso no es evidente que estoy enamorada de ti? Quise llenarla de besos, y hacerle cosquillas como siempre, pero sus lágrimas me dejaron paralizado. Me dijo que necesitaba tiempo para recuperarse de la gran pena de su alma. ¡Solo tenía ocho años! Le envié por Luisito, el último CD del tal Justin Bieber, y ella me mandó un bombón como agradecimiento. Sofía era una niña muy lista para la edad que tenía, pero con unos gustos musicales respetables, diría mi abuelo. Ese tal Justin Bieber cantaba como una abeja resfriada, pero para gustos los colores, diría mi abuela, o algo muy similar.

—Creo que está enamorada de ti —me dijo Beatriz y me sonrojé como un tomate—, ¿todas están coladitas por ti?

Me encogí de hombros. No todas, pensé, había demasiadas mujeres en el pueblo y no todas estaban enamoradas de mí.

—Por fortuna... fui la elegida —se burló y me reí.

Frente a nosotros, el lago era un espejo que reflejaba la enorme luna y las estrellas. A lo lejos, al otro lado del lago, se veía la granja. De vez en cuando, las vacas mugían y el sonido flotaba sobre el agua, mezclándose con el croar de las ranas y el canto de los grillos. Olía a hierba, a césped mojado, a paja estacionada, a tomillo y a tierra; puros olores rurales. Nos sentamos en un banco y observamos aquel paisaje diseñado por Dios.

—El señor Franke parece buena gente —me dijo Beatriz algo enfrascada—, mejor que el señor Weber —se mofó y no pude evitar reírme.

Le rodeé los hombros y ella acomodó su cabecita en mi pecho.

—Mañana quiere hablar contigo —me dijo en un susurro—, supongo que hablaréis de la yegua.

¿Hablabamos?, me dedicaré a escucharlo y a obedecerlo, pensé con sorna. En ese lapso, vi el coche de Sascha enfrente de la casa de Marcia. Era su famoso amante millonario. Todos lo sabían, pero nadie se lo decía a Diana, aunque, según Emilia, a ella poco le importaba lo que hacía o no su marido. Entonces, ¿por qué seguían juntos?

Marcia casi no salía de la casa, Matilde, la cotilla del barrio, le dijo a mi abuela el otro día, mientras yo arreglaba el jardín de nuestra casa, que había sido violentada por uno de sus clientes. Que estaba irreconocible. ¿Sería Sascha el malnacido que la golpeó?

—Mejor nos vamos a descansar, cielo —me dijo Beatriz y me arrancó de mi trance.

Beatriz me acompañó hasta mi casa, donde estaba aparcado su coche.

—¿Quieres un beso como el del otro día? —me preguntó con picardía.

Asentí sin rechistar. Nos metimos en su coche y nos dimos un beso muy fogoso, tanto que, casi perdí el control de ciertas partes de mi cuerpo. Beatriz soltó un gemido de placer cuando le succioné el cuello y le acaricié los senos por debajo de su blusa. ¡Dios, la deseaba tanto!

—Me vuelves loca, Daniel —gimió.

Se sentó a horcajadas sobre mis piernas y empezó a moverse con mucha sensualidad. La apretujé contra mi parte íntima que estaba súper dura. Llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer, cuando estaba con Marcia, lo hacíamos tres a cuatro veces a la semana.

—Te deseo tanto, Daniel.

«Y yo a ti».

Los cristales del coche quedaron completamente empañados.

—Me tengo que ir, cielo —me dijo jadeando—, ¡no seas malo! —chilló cuando la estreché con fuerza—, me tienes embrujada, ¿lo sabías?

¿Embrujada? Dios me libre, mi abuela me dijo que las personas que hacían brujerías eran soldados del diablo. Una vez Luisito me enseñó la foto del diablo y no pude dormir por días. Esas cosas me daban mucho miedo.

—Nos vemos mañana —me dijo sonriendo con mucha picardía.

Le arreglé el pelo con ambas manos.

—Cuando me miras de este modo —me dijo tras besarme—, mi corazón late con desenfreno —volvió a besarme.

¿Con desenfreno? ¿El corazón tenía frenos como un coche? Quise decirle «te amo», pero las cuerdas vocales simplemente no respondían. Un «uhmm» sonaba asustador más que halagador. Era lo único que lograba emitir. Beatriz acarició mi rostro con su mano.

—Eres lo más hermoso que jamás han visto mis ojos —me dijo en un tono muy dulce—, lo más tierno, puro y limpio que han visto los ojos de mi alma.

¿El alma tenía ojos? No lo sabía, me dije pensativo. Capturó mis labios y me hizo perder por completo la noción de todo.

Días después, Luisito y el señor mendigo me ayudaron a preparar una fiesta sorpresa para Beatriz por su cumpleaños. Fuimos a la gruta con varias velas, globos y unas mariposas que habíamos encontrado en mi jardín. Las pusimos en una caja con varios agujeritos para que no se murieran.

—¿Nadie vendrá aquí? —me preguntó Luisito tras mirar con recelos al señor mendigo.

—Nadie viene por aquí, chico —le dijo él.

Luisito le tenía cierto miedo a aquel hombre mal vestido y algo zarrapastroso. Me miró con expresión inquisitiva. Le miré con expresión implorante.

—No te haré daño, chico —le dijo el señor mendigo—, ¿esta granja no pertenece al señor ese? ¿El alemán millonario?

El señor Franke era un hombre muy amable, muy bueno y muy generoso con los pobladores más necesitados. Todas las tardes me invitaba para dar un paseo a caballo por la finca, por su finca, según me dijeron. Era uno de los dueños de la granja Dulce destino, que estaba hundida en deudas, según Emilia, la voz del pueblo como decía Olga.

—Es un señor muy guay —le dijo Luisito—, me ha regalado varios dulces el otro día.

El señor mendigo sonrió antes de alborotarle el pelo, como solía hacerlo el señor Franke.

—¡Ey! —se quejó Luisito entre risitas.

Esboqué una sonrisa.

—¿La quieres mucho, chico? ¿A la doctora del culo perfecto?

Fijé mis ojos en los suyos y le exigí respeto.

—Lo siento, la sinceridad es mi mayor defecto, chico —me guiñó un ojo en señal de complicidad—, ¿la amas?

«Con toda el alma».

—¿Ya no quieres a la loca? —soltó Luisito, y le fulminé con la mirada—, lo siento, Daniel.

—¿Quién es la loca?

En el pueblo andaban diciendo que Diana estaba perdiendo la razón por completo. El otro día, en medio de una reunión importante de sus padres, ella apareció completamente borracha. Sascha la llevó al cuarto de ambos y la encerró antes de salir de la mansión. Diana gritó hasta quedarse dormida al lado de la puerta, según Emilia.

—Fue el primer amor de Daniel —le dijo Luisito al señor mendigo—, ella lo cambió por el señor von Falk —miré con severidad a mi amiguito—, porque él tenía dinero y Daniel no.

El señor mendigo repartió las velas por el lugar sin apartar la vista de mi cara. Cambié el peso de una pierna a la otra, el pie derecho me dolía un poco.

—Dicen que el primer amor nunca se olvida, chico.

Ladeé la cabeza y lo miré con estupor. Fue lo mismo que me dijo el señor Franke días atrás. Qué extraña casualidad.

—Pero siempre hay excepciones, chico.

Nunca olvidaré a Diana, pero ya no sentía por ella lo mismo que en el pasado. Ella eligió a otro, ella prefirió a otro.

—¿Te sigue doliendo lo que te hizo, chico?

Abrí la caja de las mariposas, que se esparcieron por la gruta con gracia. Ninguna salió volando fuera del lugar. Coloqué la radio a baterías sobre una piedra algo plana. Emilia me seleccionó unas canciones románticas para aquel día tan especial.

—Mejor no abrir viejas heridas, chico —repuso mi amigo mendigo—. ¿Tienes alguna canción de Perales?

Negué con la cabeza. En la granja solía escuchar bastante a ese cantante, cuya voz es «sublime» según Emilia. No sabía qué significaba «sublime», pero supuse que era algo bueno.

Luisito empezó a inflar los globos y a acomodarlos en sitios estratégicos. El señor mendigo repartió varios pétalos de rosas blancas sobre las piedras y algunos incluso en el agua. ¿En qué momento cogió aquellas rosas? ¿Eran de mi abuela? Tuvo suerte que no lo vio, caso contrario, tendría una mano menos. Mi abuela era un peligro cuando se trataba de sus rosas.

—¡El agua está tibia! —chilló Luisito y miró al señor mendigo con expresión ladina—, podrías bañarte —le sugirió al señor mendigo.

Por cierto, ¿por qué nunca me dijo su nombre?

—Primero tú y luego yo, chico —se burló con jovialidad.

Luisito le sacó la lengua y no pude evitar reírme. El señor mendigo meneó la cabeza en un gesto negativo. Él nunca sonreía, nunca.

—Ve a arreglarte, chico —me dijo el señor mendigo en tono serio—, o se hará tarde.

Nos retiramos del lugar cuando los últimos rayos del sol teñían las nubes en tonos naranjas y rosas. Luisito corrió hacia su casa y el señor mendigo se marchó a quién sabe dónde. Le pregunté por Débora, pero él no la vio por

ninguna parte. Beatriz estaba muy triste por su repentina desaparición del pueblo. Mi amigo Emanuel también, aunque no me lo dijera abiertamente. Emilia nos dijo que Débora estuvo con él unos días en la casa de su difunta esposa. ¿Por qué él la ayudó? Nunca lo sabré, mi amigo era una tumba con respecto a sus sentimientos.

Beatriz me dijo que, posiblemente, jamás volveríamos a ver a su hermana por estos lados. Llegué a mi casa y me duché a toda prisa.

—Mira, mi amor —me dijo mi abuela al enseñarme la tarta que le había hecho a Beatriz—, es de chocolate —esbozó una sonrisa radiante, iluminando cada rincón de mi corazón.

La estreché con fuerza tras salir del cuarto de baño.

—Mi sol —me dijo tras ahuecar mi rostro entre sus manos—, tus ojos brillan de nuevo...

Estaba muy feliz, ¡súper feliz! Quería saltar, pero me dolía el pie y temía perder el equilibrio al hacerlo.

—Beatriz fue enviada por tu madre —me dijo con lágrimas en los ojos—, son tan parecidas.

Suspiré hondo al tiempo que le acariciaba la mejilla surcada de arrugas con ternura. La miré con amor infinito. Mi abuela era mi todo.

—Ella te ama, mi amor. De verdad.

Asentí tras besarle la frente con mucho afecto. Mi abuela nunca quiso a Diana, nunca me lo dijo, pero algo me decía que era así. A Beatriz, por su parte, la quiso desde el primer día que la conoció. Ella nos aceptaba tal cual éramos, me quería tal cual era, cosa que Diana no. En los brazos de Beatriz descubrí lo que en verdad era el amor, el verdadero no el ficticio.

—¡Prepárate, mi amor!

Me metí en mi cuarto y me vestí. Me puse mi ropa nueva: unos vaqueros oscuros y una camisa azul cielo. Me puse el cinturón de cuero negro y los zapatos también negros. Me peiné y me puse el perfume de bebé, ya que a Beatriz le gustaba más que el otro.

—¡Madre mía! —me dijo mi abuela al verme—, ¡eres un príncipe!

Sin reino, sin caballo y sin corona, pensé divertido. Un príncipe muy pobre. ¿Era el gemelo de Cenicienta? Cogí la tarta envuelta delicadamente con un papel blanco y un lazo del mismo tono. Era su regalo, me dijo tras arreglarme el cuello de la camisa.

—Que Dios te bendiga, mi amor —me santiguó—, hoy mejor te quedas a dormir con la doctora.

La miré sorprendido antes de coger mi mochila.

—No soy tan tonta, cielo —me guiñó un ojo en señal de complicidad—. Disfruta del amor —sonrió con picardía—, es hora de darme un bisnieto —se mofó.

No tenía segundas intenciones aquella noche, más que festejar el cumpleaños de la mujer que amaba.

—¿No te gustaría tener un hijo con la doctora, mi amor?

¿Un hijo? La simple idea me hizo suspirar de emoción. Evoqué el día que nació Luisito y la gran alegría que vivió mi amigo con su llegada. Nunca había visto a una persona tan pequeña como él. Luisito era muy llorica, pero siempre se dormía cuando yo lo cogía en brazos y le cantaba alguna canción. Éramos amigos desde entonces, desde que nació.

—Ya sabes cómo se hacen, ¿no?

Fruncí el entrecejo algo ruborizado. El señor mendigo insinuó lo mismo por la tarde. La miré con ojos censuradores y ella rio de buena gana. ¿Qué parte de mi mensaje visual no comprendió? Me dio un golpecito en el brazo presa de un ataque de risas.

—Mi bebé ya no es un bebé hace tiempo —me dijo muerta de la risa.

Al final terminé riéndome con ella.

—Disfruta del amor, mi vida —me arregló el flequillo—, el verdadero al fin llegó.

Me retiré de la casa tras besar la cabeza de mi abuela. Posé el pastel y mi mochila sobre el banco blanco tallado que se encontraba en el jardín frontal de la casa de Beatriz cuando llegué. Toqué el timbre algo nervioso. Constanza abrió la puerta con una sonrisa que apenas curvaba sus labios. Estaba muy triste por la desaparición de Débora. Su pena estrujó con saña mi corazón.

—Buenas noches, Daniel —me dijo antes de llamar a Beatriz.

Beatriz apareció de un momento a otro con un hermoso vestido estampado sin tirantes y largo hasta sus pies. El pelo lo llevaba recogido en un rodete, dejando algunos mechones sobre su rostro. ¡Estaba tan hermosa!

—Hola, mi amor —me saludó en un tono muy meloso.

Por la mañana le había dado su regalo: una blusa roja sin mangas con una mariposa colorida en el pecho y un peluche de tamaño considerable. Emilia me dijo que los peluches nunca pasaban de moda. Era un koala con un moño rojo en una de sus orejas y una blusa que decía: I love you. Luisito me dijo que era «te amo» en inglés.

—Estás hermoso, mi amor —me dijo con un brillo peculiar en los ojos—,

mi mejor regalo eres tú.

Me faltaba un moño, pensé divertido. Me recliné y la besé. Beatriz se enganchó a mi cuello y profundizó nuestro beso. Le rodeé la cintura con los brazos y la atraje hacia mí. Nos besamos como si fuera la última vez.

—¿Dónde me llevarás? —me preguntó tras apartarse de mí.

Cogí el regalo de mi abuela del banco. Le sonreí y le estiré la tarta.

—¡Gracias! —exclamó henchida de alegría—. Tu abuela es un sol — asentí—. ¿Me quieres llevar a algún sitio? —me preguntó cuando le alargué la mano.

Asentí una vez más. Luego cogí el pastel de sus manos y mi mochila. Ella quiso ayudarme, pero me negué con rotundidad, mi abuelo siempre me decía: los caballeros pueden con todo. Quizá exageraba, pero al menos la mochila y el pastel no eran nada para mí. Nos cogimos de las manos y nos marchamos hacia la gruta. Cruzamos el bosque sombrío antes de arribar a nuestro destino. Beatriz soltó un gemido de alborozo al ver la gruta repleta de velas. Miré sorprendido el recinto, ¿había traído tantas velas? ¡Había decenas! ¿Fue obra del señor mendigo? No, él no tenía dinero para ello.

—¿Tú has hecho todo esto?

Esboqué una sonrisa un pelín petulante, pero luego negué con la cabeza. Mentir, definitivamente, no era lo mío. Luisito y el señor mendigo me ayudaron.

—¿Te ayudaron Luisito y tu otro amigo? —me preguntó, como si me hubiera leído la mente.

Asentí con una amplia sonrisa en los labios. Beatriz conocía al señor mendigo de vista, lo vio un par de veces por el pueblo. Beatriz miró el lugar y luego me oteó a mí con lágrimas en los ojos.

—Está... está... precioso —me dijo con la voz enronquecida—. Dios mío, mi amor.

El señor mendigo cumplió su promesa.

«Las velas iluminarán todo el recinto antes de que lleguéis aquí». Observamos el épico lugar con ojos soñadores. Aquella gruta parecía un cuarto con una enorme ventana a un costado. No era muy grande, pero tampoco muy pequeña. Las piedras eran de un grisáceo claro en su mayoría. Unos árboles de roble y sauce la rodeaban. A través del agujero, que parecía una ventana, se podía ver todo el valle. En el centro había un pequeño charco de agua cristalina, limpia y casi siempre tibia en el verano. En su interior se encontraban varias piedras de distintos tamaños. Solía cogerlas para tallarlas.

Por cierto, he tallado una en forma de mariposa para Beatriz, la tenía en la mochila.

—Gracias, mi amor —me dijo conmovida una vez más.

Le cedí el paso con amabilidad. Beatriz se acercó a la gruta mágica con pasos vacilantes. Estaba muy emocionada y mal podía ocultarlo. No era gran cosa, pero ella veía el mundo con mis ojos y todo se hacía más bonito, más mágico e indeleble. Siempre extrañé eso en Diana o en Marcia.

«No vuelvas a compararla con nadie» me dije resolute.

—Nunca me hicieron nada parecido antes —me dijo con lágrimas en los ojos—, eres único, Daniel.

Le di un beso muy apasionado, luego me aparté y encendí la radio que Emilia me prestó. La canción «*Estar contigo*» de Alex Ubago relleno el sitio idílico con su melodiosa voz. Esboqué una sonrisa un tanto ladina, pensé que la voz del cantante José Luis Perales asaltaría el lugar con su peculiar voz, ya que Emilia era fan suya. También Olga, el señor Schneider e incluso el señor Weber. A mí no me disgustaba, al contrario, me gustaba mucho la letra de sus canciones. En general, me gustaba lo que decían, luego disfrutaba de la melodía. Era un poco lento para entender la letra y apreciar el sonido al mismo tiempo.

*Estar contigo es como tocar el cielo con las manos
con el sol de un primer día en verano, como en un cuento, estar
contigo...*

*Estar contigo, desvelando uno por uno tus secretos, descubriendo todo
lo que llevas dentro... lo dejo todo por un momento, estar contigo...*

*Yo siento que tu compañía es el mejor regalo que me dio la vida...
la fuerza que me empuja a seguir adelante, de todo lo que tengo es lo
más importante*

*Estar contigo... es como un sueño del que no quiero despertar
cierro los ojos y no estás, vivir contigo es mi deseo, es todo lo que quiero
hacer y a tu lado puedo ser solo yo mismo...*

¡Aquella canción era perfecta! Decía tanto... Me acerqué a Beatriz tras descender el pastel y la mochila sobre unas piedras. Me recliné y la invité para bailar.

—Encantada, cielo —me dijo antes de cogerme de la mano.

Nos mecimos con suavidad de un lado al otro sin desviar nuestras miradas

el uno del otro un solo segundo. La lumbre de las velas y la luz brillante de la luna iluminaron el rostro de Beatriz de un modo indescriptible, como diría mi buen y sabio abuelo.

—¿Son mariposas? —escrutó a un costado—, ¿has pensado en todo?

Cogí sus manos y las besé mientras aquella canción le dictaba lo que mi corazón sentía por ella.

—Yo siento que tu compañía es el mejor regalo que me dio la vida —me canturreó emocionada—, la fuerza que me empuja a seguir adelante. De todo lo que tengo, es lo más importante...

¿Era lo más importante de su vida? Capturé sus labios con un dulce beso mientras las velas aromáticas embalsamaban el aire con sus fragancias florales y frutales. Beatriz me desabrochó los botones de la camisa lentamente, sin apartar sus labios de los míos un solo segundo. La luna irrumpió el cielo e iluminó el agua de la gruta de un modo indecible. La canción «Te amaré más allá» del cantante Cristian Castro comenzó a sonar a continuación y me erizó toda la piel.

*Si yo me quedara una noche sin ti
si un día despierto y no estás más aquí
sería un desierto mi cama y mi cuerpo
sería estar muerto porque te perdí*

*Quisiera más años
quisiera más vida
poder darle un modo
detener los días
para amarte tanto sin tiempo, ni espacio
y hacer de este cuento una historia sin fin*

*Y abrazarte fuerte y nunca parar
Pedirle al tiempo que deje de pasar
Y amarte despacio sin prisa ni horario
y hacer que este sueño no tenga final
si existe otra vida
te amaré más allá.*

—Te necesito, Daniel —me dijo ahogada por las emociones—. Nunca

pensé querer tanto a alguien.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, intenté contenerme, pero aquello era más fuerte que mi voluntad. Beatriz deslizó por mis brazos mi camisa sin desviar la mirada de mis ojos empañados. Toda la piel se me erizó, el corazón se me volcó y las manos empezaron a sudarme.

—Te amo, Daniel —me dijo por primera vez—. Siempre tuve tanto miedo de entregarme a este sentimiento ignoto en mi corazón hasta conocerte a ti —una lágrima recorrió su mejilla—, antes de ti no creía en él...

¿Le dolía amarme? ¿Le dolía que fuera tan poca cosa? ¿Qué no fuera un profesional como ella? Como si me hubiera leído la mente, me dijo:

—Eres lo más valioso que la vida me ha regalado —se me escapó un sollozo, no pude evitarlo—, nunca sentí esto —besó el centro de mi pecho con los ojos entrecerrados—, antes de ti nadie, absolutamente nadie, logró tocar mi corazón como tú lo has hecho, mi amor.

Ahuequé su rostro y la miré fijo. Me pasé la lengua sobre los labios y tras ello le vocalicé con los labios: «te amo».

Ella se rompió a llorar. Intenté secarle las lágrimas con los pulgares, inútilmente. Me partía el alma verla así, tan vulnerable ante aquello que sentía. Ella intentó secar las mías con sus pulgares.

—¿Lloras de alegría, cielo?

Le besé toda la cara: los ojos llorosos, la nariz, las mejillas, la barbilla y la boca, esa maravillosa boca mientras le quitaba el vestido con mucho cuidado. No tenía otra manera de comunicarme con ella, de demostrarle lo que sentía, lo que quería.

—Mi vida —me dijo antes de morderme la barbilla—, mi amor.

Los rayos plateados de la luna iluminaron todo el lugar, cubriéndonos como un gran manto. Le deslicé el vestido lentamente.

—¿Estoy soñando?

Meneé la cabeza en un gesto negativo mientras su vestido caía al suelo. La miré con embeleso, con deseo, con amor. Cogí su mano y escribí en la palma:

«Eres tan hermosa».

—Mi carita de ángel.

Me quitó el cinturón y me bajó la cremallera de los vaqueros con una lentitud martirizante. Me quitó los zapatos, los calcetines y los pantalones con un rápido movimiento.

—Eres perfecto, Daniel —me quitó la ropa interior con manos trémulas.

Coloqué una mano en su espalda y le desabroché el sujetador con el

corazón latiéndome a mil por hora. Beatriz empezó a temblar. ¿Tenía miedo? ¿Ansiedad? ¿Alegría?

—Mi cuerpo no es inmaculado —me dijo con timidez—, pero... antes de ti, nunca hice el amor...

Jadeó cuando un segundo después mis manos quedaron sobre la parte superior de sus pechos. Le latía tan fuerte el corazón que podía competir con el mío. El aire frío nos acarició la piel y nos hizo brincar levemente. Ella esbozó una sonrisa algo desencajada.

—Estoy tan nerviosa —me dijo sonriendo—, soy patética, ¿no?

Negué con la cabeza sin lograr desviar la mirada de su hermoso rostro. Me detuve y observé cada centímetro de su piel desnuda con una intensidad que la incomodó, hasta tal punto que, deseó decir algo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Me arrodillé y le quité los zapatos y los acomodé a un lado con el vestido. Los dos jadeábamos a un ritmo frenético y entrecortado. Me puse de rodillas y sin pronunciar palabra, coloqué mis manos en su cintura. Bajé las manos hasta sus bragas. Toda la atención de Beatriz se concentró en mis cinco dedos. Toda la piel se le erizó cuando soplé cerca de su ombligo.

—Daniel —gimió tras enterrar sus manos en mi pelo—, te deseo tanto...

Le acaricié las ingles y después besé el centro de su cuerpo, observando todas sus reacciones en silencio.

—¿Me quieres matar?

Levanté la vista y la miré con sed desmedida. Esbocé una sonrisa bobalicona. Beatriz me miró con profundo amor. Era aún más hermosa enmarcada por la luz brillante de la reina nocturna. Me levanté y la besé mientras le quitaba a tientos su ropa interior. Me aparté y la observé con devoción. Recliné mi frente en la suya y jadeé de manera incontrolable. Atisé el agua y luego a ella.

—¿Quieres entrar en el agua? —me preguntó y asentí.

Me metí primero, para cerciorarme de la temperatura del agua. Era tibia, los días de verano tenían sus ventajas. Fui a por ella. Me detuve y la contemplé con amor desmedido, con un amor que me hacía doler las venas. ¡Era hermosa! ¡Perfecta!

La ayudé para que descendiera.

—Ten cuidado, mi vida —me dijo—, no olvides la herida de tu pie.

Me senté en el agua con cautela y la ayudé para que se sentara sobre mis piernas.

«Condón» pensé. Le hice una señal con la cabeza.

—¿Preservativo? —me dijo y asentí—, no es necesario, cielo.

Me dijo que usaba píldoras, y que tenía el mismo efecto que un condón. ¿Ella tomaba condones? ¿No eran demasiado grandes?

—Te amo, Daniel —me dijo y me devolvió al dulce presente—, ¿lo comprendes? —se sentó sobre mis piernas con sumo cuidado.

Asentí con una sonrisa melosa. Tenía miedo de no llenar sus expectativas, pero decidí dejarme llevar por el corazón, como me aconsejó el señor Franke días atrás.

«Si te dejas guiar por él, nunca fallarás, Daniel».

Le quité las horquillas del pelo y le desenredé los mechones con los dedos, haciendo que su cabello cayera sobre sus hombros con una gracia única. A continuación, me incliné sobre ella y le di un mordisco en el lóbulo de una oreja. Beatriz dio un respingo.

—¿Usas mis debilidades en mi contra?

Asentí sonriendo con malicia. Le hice un gesto petulante con la cabeza y le robé una risotada, que me acarició más allá de la piel. La besé en los labios sin previo aviso y le introduje la lengua en la boca. Beatriz se arqueó con fuerza contra mi cuerpo. Me clavó los dedos en los brazos mientras se aferraba a mí y me devolvía el beso con la misma urgencia. Luego comencé a lamerle el cuello, la clavícula, los pechos, a succionarle los pezones y a mordisqueárselos con suavidad. La canción «Estar contigo» volvió a sonar. Emilia me dijo que había grabado pocas canciones y que se repetirían de manera aleatoria. Aquella palabra me hizo reír, ya que me sonaba chistosa.

—Me encanta esa canción —me dijo Beatriz antes de besarme.

La penetré un centímetro, luego otro. Ella se tensó a mi alrededor antes de que entrara por completo en su cuerpo. Se estremeció de deseo cuando la apretujé contra mi erección. Entrelazamos nuestras lenguas con delicadeza al principio y con más pasión a medida que el deseo crecía en nuestros cuerpos. Beatriz se relajó para recibirme en su interior, para rodearme con fuerza la cintura. Comenzamos a movernos sin parar.

—Oh, Daniel —gimió sin dejar de moverse—, te amo... te amo... —repetía sin parar.

Gemimos. Jadeamos. Suspiramos. Soñamos. Nos amamos. Me clavó las uñas en la espalda al llegar al orgasmo. El placer se apoderó de ella en oleadas, al tiempo que yo alcanzaba el mío. En ese momento éramos uno solo. Cuerpo y alma. Latido y corazón. Alegría y amor.

—Daniel —me susurró—, mi ángel —me besó como si no hubiera un mañana—. Tengo miedo de perderte...

¿Perderme? ¡Nunca! Solo la muerte sería capaz de separarme de ella.

—No quiero que esta noche acabe, Daniel.

«Tampoco yo, mi amor».

Aquella mágica noche dormimos juntos en aquella gruta sobre una manta tras amarnos por segunda vez.

—Soy tuya, Daniel —me dijo antes de acomodar su cabeza sobre mi pecho —, para siempre...

«Te pertenezco para siempre» fue mi último pensamiento antes de cerrar mis ojos.

Capítulo 22

Diana

ΣϞΣ

«Un ángel llora»

Caminaba por el viejo muelle de madera mientras llovía tímidamente, las gotas de la lluvia se entremezclaban con mis lágrimas. ¿Cuándo dejaré de llorar?, me pregunté tras sentarme en el extremo del muelle. Colgué mis piernas y jugueteé con el agua.

«Daniel» mascullé tras soltar un largo y lastimero suspiro.

—La vida me ha cobrado cada desprecio que te hice, mi amor.

Daniel Schmidt era el chico más hermoso, más dulce, más ingenuo, más tierno y sincero que jamás conocí en toda mi vida. Me enamoré de él el primer día que lo vi cerca de la plaza, cuando apenas teníamos quince años...

El recuerdo asaltó mi mente y resucitó mi corazón...

—¿No conoces a Daniel? —me preguntó Valeria, una de mis amigas—, es el chico más guapo del mundo.

Masticaba mi chicle de fresa con voracidad mientras me columpiaba en la plaza con ella y Margarita, su prima. Ambas hijas de unos granjeros millonarios o, caso contrario, no serían mis amigas.

—No creo que sea más guapo que Sascha —les dije con firmeza.

Ambas se miraron con picardía.

—Sascha es muy guapo —reconocieron—, pero Daniel... —se soplaron las caras arreboladas con ambas manos—, ¡es hermosísimo!

Puse los ojos en blanco. ¿Era más guapo que Sascha von Falk? ¡Era imposible!

—¿Más que Tom Welling? —les dije con sorna.

—¡Mucho más! —chillaron.

En ese lapso, Daniel apareció en la plaza con su amigo, Emanuel, un chico

rebelde y con muy mala leche, según me dijo Margarita. Miré embelesada al tal Daniel, que reía a mandíbula batiente del perro que saltaba a su alrededor con euforia.

—¿Qué te parece, Di? —me preguntaron ambas con ojos brillantes.

Daniel era alto, delgado, de pelo castaño, piel muy blanca y unos ojos azules que no parecían de este mundo. Nunca había visto un rostro más hermoso que el suyo. Lo miré embobada por varios segundos.

—No está nada mal —les dije con cierta indiferencia—, ¿tiene novia?

Ambas negaron con la cabeza.

—Pero... —me dijo Valeria en tono de advertencia—, tiene un pequeño fallo...

Era muy pobre, supuse con fastidio, pero no, había algo más detrás de aquel muñeco perfecto.

—Daniel tiene problemas de aprendizaje —me dijo Margarita con tristeza—, en la escuela siempre se burlan de él por eso.

No comprendía muy bien adónde quería llegar con su perorata psicológica/dramática. Daniel era algo lento, ¿y qué? Su belleza suplía el resto.

—Mi mamá me dijo que es deficiente mental —acotó Valeria—, es retrasadito...

Fijé mis ojos en aquel risueño chico que correteaba de un lado al otro con su perro. A simple vista parecía un joven normal, común y corriente. Pero con el tiempo comprobé que no era así.

Después de hacer una apuesta con Sascha, Marcel, Valeria y Margarita, me acerqué al tonto del pueblo, como lo llamaban. Estaba jugando como un crío pequeño en el bosque cuando me acerqué a él de sorpresa como había quedado con mis amigos. Le ofrecí una goma de mascar de fresa y, tras ello, le entregué mi corazón. Estaba enamorada de él, ya no podía negarme.

—Te quiero, Daniel —le dije con sinceridad.

Le di mi primer beso, aquello no formaba parte de la apuesta, sino de mi curiosidad. Cuando sus labios rozaron los míos supe que jamás lograría arrancarlo de mi corazón.

—Te quiero, Diana —me dijo con su hermosa voz.

Daniel y yo pasamos a ser novios tras aquel día, a escondidas de mis padres y de mis amigos. Por temor y por vergüenza, ante todo. Amaba con locura a Daniel, pero me daba pavor que me vieran con el chico especial del pueblo, con el deficiente. Todos se burlarían de mí, se reirían de mí.

—Eva está coladita por Daniel —me dijo Valeria cierta tarde—. Y, según me dijeron, él también.

Los celos eran muy malos consejeros. Le dije a Daniel que no le dirigiera la palabra a Eva, que él era mi novio y, por ello, no podía hablar con otras chicas. Él obedeció, siempre lo hacía.

—¡Gracias por el regalo! —le dije en mi cumpleaños, el primero que pasábamos juntos—, ¿lo has hecho tú?

La canción «Hear you me» de Jimmy Eat world sonaba de fondo, me encantaba aquella canción. Me recordaba a él, a mi amor.

—Es tan hermosa —le dije con un enorme nudo en el pecho.

Daniel me talló una piedra, talló mi rostro en ella. Era hermosa, pero tan poca cosa.

—¿Te gusta, Diana?

Era un regalo distinto, no valía un pimiento, pero era especial. Aquella piedra era su corazón, me dijo en un tono muy meloso. Posé la piedra sobre un viejo tronco caído y me acerqué a él a continuación, despreciando su presente de manera tácita, pero evidente.

—Lamento no poder regalarte algo en condiciones, Diana.

«También yo» pensé entristecida.

Meneé la mano en el aire, restándole importancia al asunto. Nos dimos un largo beso, un apasionado beso en aquel bosque que tanto amaba. Me encantaba besarlo, sentir su dulce aliento, sus labios suaves. ¡Estaba loca por él! Quería besarlo para siempre...

—Me tengo que ir, Daniel —me despedí sin llevar mi regalo—. Nos vemos más tarde.

Daniel se sentó al lado de la piedra y me miró con ojos de cordero degollado. Me dolía verlo tan triste, no obstante, le estaba evitando malos ratos, burlas crueles e innecesarias por parte de mis amigos.

—¿Me traerás un poco de pastel? —me preguntó en tono enronquecido.

Acariciaba la piedra que me había tallado, muy en el fondo, sabía que aquel regalo no era importante para mí. Esperaba algo más valioso, algo más decente.

—Claro que sí, Daniel.

Le dije que volvería cuando terminara mi fiesta de cumpleaños. No lo había invitado, ya que temía que Sascha y sus amigos se burlaran de él y, ante todo, de mí. Era un cuelgue, me decía a diario, no era nada más que eso, pero lo que sentía por él se hacía cada vez más fuerte, más indomable. Daniel se

estaba convirtiendo en mi debilidad. En mi todo. Me dolía amarlo tanto, me dolía no poder gritarlo a los cuatro vientos. Me impedía el orgullo y el miedo.

—¿Me esperarás aquí, Daniel?

Daniel me alargó su regalo.

—Lo llevaré cuando regrese, ¿sí?

Me miró con infinita tristeza. En el pueblo decían que era tonto, pero no lo era, en definitiva. Podía no comprender ciertas cosas, pero otras sí, infelizmente.

—Está bien —me dijo entristecido—, pensé que no te había gustado.

Me gustaba mucho su regalo, sin embargo, no quería que me vieran con él.

—Estaré aquí antes del anochecer, ¿sí? Espérame aquí, Daniel —le di un beso—, me gustaría bailar una canción contigo.

Salí corriendo hacia mi casa y antes de cruzar la puerta, olvidé por completo mi promesa.

Al día siguiente, la cocinera, su abuela, le pidió permiso a mi madre para salir más temprano. Yo estaba bebiendo un zumo de naranja tras la noche agitada. Me senté en la mesa sin hacer ruido y presté atención en ambas.

—Mi nieto está muy enfermo —le dijo a mi madre, a mi déspota madre.

«Daniel» dije con el alma a mis pies.

Daniel me esperó toda la noche, incluso bajo la lluvia. Me había olvidado de él por completo. La culpa estrujó mi corazón con saña y mal podía disimularlo.

—¿Qué le ha pasado esta vez, Rita? —le dijo mi madre en tono desapasionado—, siempre le pasa algo a tu nieto.

La señora Rita me miró con atención y soltó un suspiro al tiempo. ¿Sabía algo? ¿Conocía mi relación secreta con Daniel?

—Lo hemos encontrado en el bosque tiritando de fiebre en plena madrugada, señora.

Llevé mi mano derecha a mi boca en un acto reflejo. Daniel estaba enfermo por mi culpa, por mi estupidez.

—¿Su discapacidad ha empeorado? —le preguntó mi madre con un desdén que me hizo suspirar hondo—, ¿no es mejor internarlo en algún centro para personas como él?

¿Personas como él? El desprecio tiñó cada palabra que emitió. La señora Schmidt la miró como si acabara de recibir una bofetada.

—Hay casos de maltrato terribles, Rita —le dijo con aprehensión—, personas como él, tarde o temprano, se vuelven violentos.

Mis ojos se nublaron, fue inevitable. Mi madre jamás aprobaría mi relación con él, jamás. Podía aceptar su pobreza, pero no su discapacidad.

—Mi nieto es un ángel, señora —le dijo con lágrimas en los ojos—, pero pocas personas son capaces de ver su aura, pocas personas tienen el alma límpida como él.

Mi madre frunció el entrecejo al oírla. ¿Qué me quería decir?, imaginé que dijo para sus adentros. La abuela de Daniel soltó un lastimero suspiro antes de marcharse a su casa.

—¡Señora Schmidt! —le grité con una bolsa de papel entre manos—, es para Daniel —le dije tras estirarle la misma.

Ella me miró con profundo dolor. ¿Por qué me miraba de aquel modo? ¿Sabía algo? ¿Daniel le contó sobre lo nuestro?

—Gracias, señorita —me dijo—, Daniel es bueno —miró a un costado—, pero no es tonto, aunque todos digan lo contrario.

¿Qué me quería decir? Seguí su enfoque y me encontré de cara con la piedra que Daniel me había tallado.

—Si siente vergüenza de él —me dijo con la voz apagada—, no debería ilusionarlo —asentí con un leve movimiento de mi cabeza—, ¿quiere ir a verlo? Se alegraría mucho.

Quise acompañarla, quise ver a Daniel, pero no me animé y mucho menos cuando mis amigas aparecieron. Me alejé de la cocinera tan pronto como pude, antes de que me vieran con ella. La abuela de Daniel entrecerró los ojos en un gesto de resignación.

—¡Hola, Di! —me saludaron mis amigas—, ¿tomamos algo? —me dijeron tras mirarla con desdén—. ¿Qué hacías con ella?

Miré a la abuela de Daniel de reojo.

—Le pedía un plato especial, chicas —les dije sonriendo—, ¿bebemos algo?

La señora Schmidt cogió la piedra tallada y se la llevó. Quise gritarle que la dejara en el jardín, pero no tuve valor para ello.

—¿Estás mejor, Daniel? —le pregunté días después en la plaza.

Él no me habló, siempre que se enfadaba no me dirigía una sola palabra. Podía estar horas sin hablar con nadie.

—¿Tienes mi regalo? —le pregunté con mucho tacto.

Nada.

—¿Estás muy enfadado?

Se volvió y me miró fijo por unos instantes. Sus ojos estaban muy claros,

eran casi transparentes bajo la luz del sol. Su piel nívea estaba bastante sonrojada en las mejillas, siempre tenía muy sonrojada aquella zona, pero aquel día mucho más. Le toqué la frente y comprobé mis sospechas, Daniel tenía mucha fiebre.

—Tengo que irme, Diana —me dijo tras levantarse del banco—, tus amigos están a pocos metros de aquí —me indicó con la mirada— y pueden verte conmigo, el tonto pobretón.

Metió sus manos en los bolsillos de sus ajados vaqueros y se marchó del lugar con mi corazón entre sus manos.

—Daniel —dije bajito y con los ojos empañados—, mi amor.

Nunca supe lo que había hecho con mi regalo, supuse que lo lanzó al lago.

—¡Diana! —me gritaron mis amigos, devolviéndome al presente de golpe.

Daniel y yo no volvimos a hablar hasta el siguiente verano. Le escribí cartas, le llamé, pero él era bastante rencoroso.

—Daniel Schmidt está aún más hermoso —me dijo Margarita, a pocos días de las vacaciones—, ahora tiene el cuerpo más definido, más trabajado. ¡Su rostro es aún más perfecto!

¿Eso era humanamente posible?, pensé curiosa. El día que lo volví a ver, estaba jugando al fútbol sin camiseta. Su cuerpo había sufrido cambios, muy buenos cambios. Todas las tardes, sin falta, jugaban al fútbol en la cancha de la plaza, donde varias chicas babeaban por él y sus amigos.

—¿Cuándo será la fiesta del pueblo? —le pregunté a Valeria.

Ella me miró con socarronería.

—Mañana por la noche, Di.

Me puse mi mejor vestido y el más corto de todos. Me solté la larga melena y me puse el perfume que le gustaba a Daniel. Durante la fiesta, Daniel y yo intercambiamos varias miradas, hasta que yo me animé a acercarme a él.

—Hola, Daniel —le saludé.

Él me invitó una gaseosa.

—Hola, Diana.

Bailamos toda la noche y nos besamos como si fuera la última vez. No me importaba lo que pensarían o no de mí los presentes. Tras la medianoche, lo llevé cerca del muelle, donde encendimos una fogata.

—Te eché mucho de menos, Daniel —le dije antes de besarlo con mucha pasión.

Daniel ya no besaba como antes, besaba como un hombre. No había probado muchos labios, pero sin lugar a dudas, los suyos eran únicos.

—Quiero demostrarte cuánto te amo, Daniel —le dije decidida—, te entregaré mi pureza como prueba de amor.

En realidad, ya no era pura como alegaba. Sascha y yo nos liamos meses atrás. Tuvimos relaciones casi a diario, pero la inexperiencia de Daniel protegería mi mentira.

—Te amo, Diana —me dijo antes de hacerme el amor.

Pude haber estado con Sascha, pero no sentí ni de cerca aquello que experimenté en los brazos de Daniel. Estaba enamorada, muy enamorada.

Aquel verano fue inolvidable, incluso viajamos a la ciudad por tres días. Daniel disfrutó como nunca de aquel viaje, a veces, sentía envidia de su manera de ser. Él veía el mundo con otros ojos, con otros tonos. Cualquier cosa lo encandilaba, lo sorprendía, lo ilusionaba. A veces le reprochaba su manera de ser, pero él no cambiaba, no podía, aunque lo intentara. Era su esencia.

—Mi abuela me dice que tienes vergüenza de mí —me preguntó el último día que estuvimos en la ciudad—, ¿es cierto?

Acabábamos de hacer el amor. Lo miré fijo por unos instantes que me parecieron eternos. Era verdad, tenía vergüenza de amarlo, de que me vieran con él, con el chico especial del pueblo. Pero lo amaba tanto que, decidí luchar por él. En lugar de contestarle, le hice una propuesta bastante arriesgada. Mis padres me matarían, pero no me importaba.

—¿Quieres ser mi pareja en la fiesta de mi cumpleaños, Daniel?

Daniel se abalanzó sobre mí y me llenó la cara de besos.

—¿Hablas en serio, mi amor?

—¡Sí!

Daniel se acomodó entre mis muslos, dispuesto a amarme una vez más. Abrí mis piernas para recibirlo en mi interior. Necesitaba sentirlo, amarlo y, ante todo, ser amada por él.

Aquel verano dejó huellas profundas en mí. Daniel y yo vivimos intensamente nuestro amor. Nos amábamos sin miedo ni tapujos. Decidí ver el mundo a través de sus ojos, a través de su alma.

—¡Salta! —me gritó desde el lago—, ¡no tengas miedo, mi amor!

Todas las tardes, tras sus tareas en la granja, nos encontrábamos en el viejo muelle y nos bañábamos en el lago. Daniel había conseguido una cuerda, que ató por uno de los tallos del árbol que estaba a un costado. Solíamos jugar a Tarzán, ¡era tan divertido! Luego nos besábamos hasta el hartazgo y hacíamos el amor hasta que las fuerzas abandonaban nuestros cuerpos.

—Quiero casarme contigo, Daniel —le dije cierto día—, si mis padres no te aceptan, escapémonos —le propuse.

Daniel me abrazó con fuerza.

—Sí, mi amor —me dijo tras besarme el cuello—, nos iremos lejos, donde nadie nos encuentre.

Al día siguiente, mientras mis padres viajaban a otro pueblo, fui a la casa de Daniel, a su humilde choza, en realidad. Él preparó café en una vieja cafetera de metal. Cuando cogió el colador de tela manchada, tuve ganas de vomitar. No estaban sucios, pero me daban asco de todos modos.

—Solo beberé agua, mi vida —le dije tras limpiar un vaso unas diez veces consecutivas.

Observé con un enorme nudo en el pecho la pobreza que me esperaba a su lado. Daniel ni siquiera podía estudiar, ya que no tenía capacidad, ni dinero para ello. Era un simple ayudante en la granja, donde muchos se burlaban de él, del chico torpe, patoso y lento.

«Dios mío».

Bebí el agua sin desviar la mirada de los muebles ajados y pasados de moda. ¿En verdad lo amaba tanto como para dejar mi lujosa vida por él? ¿Cuánto tiempo duraría nuestro amor antes de convertirse en una mala decisión? ¿En una gran decepción? Me senté en la silla y evoqué nuestro viaje. Daniel mal podía pagarse los pasajes, mal podía comprarme un perrito caliente o un dulce. Eso sin contar con su continuo embelesamiento por las cosas. Todo le causaba impresión, cualquier máquina de café, tienda de juguetes o los coches. ¡Incluso los semáforos y tablas de anuncios!

—¿Quieres un poco de pastel, mi amor?

Escruté con desdén su vieja nevera.

—No, gracias. Estoy a dieta, mi amor.

Él se sirvió un trozo de pastel, lapso en que analicé el interior de la nevera, repleta de comida, por cierto. Pero me daba impresión comer en aquella casa, me daba asco, sinceramente. Sonaba horrible, pero era la verdad, la única verdad.

—¿Te apetece alguna galleta?

Miré apenada sus prendas, sus ajadas y desteñidas prendas. A él le protegía la ignorancia y, de cierta manera, su discapacidad. Si fuera un chico normal, vería el mundo de otro modo, con ojos más críticos y más avariciosos.

—No, gracias.

¿Quién sería su padre? Nadie en el pueblo rumoreaba sobre ello. La madre

de Daniel, Alicia, era una mujer muy hermosa, muy deseada, pero muy ingenua. Algunos dijeron que Daniel fue producto de una violación, y, por ello, nunca mencionó al padre. ¿Sería eso cierto?

Con Daniel siempre tendría una vida muy limitada. Todo lo contrario, al lado de Sascha, con quien disfruté de un viaje maravilloso el año anterior. Su mansión era de ensueño, la vida a su lado era un cuento de hadas.

—¿Te pasa algo, mi amor? —me preguntó Daniel con su voz grave y ronca.

Me encantaba su voz, su rostro perfecto, su cuerpo inmejorable, su aroma, sus besos, la manera en cómo me amaba, su dulzura y, en especial, su inocencia. Pero odiaba su realidad, su triste realidad.

—Nada, cariño.

A su lado no tendría bellos vestidos, ni zapatos, ni perfumes caros, ni joyas, ni viajes. A su lado sería una pobre campesina, dedicada a la casa y a los hijos. ¿En verdad quería eso para mí?

—Te amo —me dijo Daniel—, para toda la vida...

¡Dios! ¡Lo amaba con locura! Decidí luchar por él, por aquello que sentía. ¡Decidí ser inconsecuente, pero feliz!

—Y yo a ti, mi amor.

Podíamos ser felices, podía conseguir una beca y convertirme en un renombrado médico. No sería fácil, pero valdría la pena intentarlo, me animé.

—¿Me enseñarías tu cuarto? —le dije tras descender el tirante de mi blusa.

Daniel me llevó a su cuarto y me hizo el amor, me hizo gemir entre sus brazos. Me hizo sentir viva, plena, amada.

—Te amo con locura, Daniel —jadeé tras llegar al clímax.

Pero... en el día de mi cumpleaños... todo cambió para siempre. Daniel apareció en la fiesta completamente borracho y desnudo, avergonzándose frente de todos. Mi padre lo expulsó de nuestra casa como si fuera un perro callejero. Sascha me consoló entre sus brazos.

—Te lo dije, Di —me dijo mientras me besaba el cuello—, ese retrasado no puede ofrecerte nada más que vergüenza y pobreza.

Bebí hasta perder la consciencia e hice el amor con Sascha toda la noche. Necesitaba desahogarme, olvidarme, borrar las huellas de la humillación.

Al día siguiente, cerca del sauce llorón, antes de que pudiera abrir la boca, le di un fuerte bofetón a Daniel.

—¿Por qué me humillaste de aquel modo tan vil, Daniel?!

Me miró confundido, ¡claro! Ni siquiera sabía lo que significaba aquella palabra. ¡Era tan torpe! ¿Cómo pude enamorarme de alguien como él?

—Marina tenía razón —lloré a moco tendido—, no nací para estar con un deficiente.

Mis palabras le rasgaron el alma en dos, pero no me importaba su dolor, sino el mío.

—Diana, yo te amo con toda el alma —me dijo llorando con desfallecimiento—, perdóname, mi amor —se arrodilló—, por favor...

Lo empujé con brusquedad y perdió el equilibrio.

—Daniel —le dije en tono vago—, lo siento, no puedo seguir contigo. Siento vergüenza de ti —le clavé un puñal en el pecho—, siempre lo haré...

Siempre tuve vergüenza de él y siempre la tendría. Yo, un futuro médico, ¿casada con un deficiente mental? Definitivamente no.

—Siempre te amaré —me dijo llorando a lágrima viva—, siempre.

«También yo, Daniel».

Tiempo después, viajé a otro país y estudié medicina. Sascha solía ir a verme cada fin de semana, cosa que Daniel jamás podría hacerlo, ya que no tenía dinero para eso. Viajábamos por sitios idílicos, hacíamos el amor, conocíamos personas nuevas, nos acostábamos con esas personas. Locuras que jamás haría con otro hombre. Probé drogas, viví, disfruté de lo vedado, pero nunca, nunca pude olvidar a Daniel.

—Estamos en la ruina —le dijo mi padre a mi madre cierta tarde—, nuestra única salida será hipotecar parte de nuestros bienes.

¿Éramos pobres? ¿Escuché bien? Hablé con Sascha, que me confirmó todo.

—Yo puedo salvar a tu familia de la ruina, mi amor —me dijo—, si te casas conmigo.

¿Casarme? ¿Estaba preparada para algo tan serio? Mi padre amaba aquella granja, tanto o más que a su propia familia.

—¿Dónde está mi padre? —le pregunté a mi madre en el hospital.

Meses después, mi padre sufrió un infarto.

—Papá, saldremos de esto, te lo prometo —le dije con convicción.

El médico le recomendó reposo absoluto tras darle el alta. Mi padre decidió mudarse a su amada granja «Dulce destino» por tiempo indefinido.

—¿Lo has pensado, Diana? —me preguntó Sascha mientras me embestía—, es momento de decidir, mi amor.

¿Me estaba presionando? ¿Por qué? Por primera vez, en muchos años, vi

al verdadero Sascha, al hombre frío y calculista que siempre, siempre se salía con la suya.

—Mi tío le puso un ultimátum —me dijo Aurora, la prima de Sascha.

Observé la ostentosa fiesta que habían preparado para la madre de Sascha.

—¿Un ultimátum? —repetí.

Aurora siempre estuvo coladita por su primo, y ni siquiera lo disimulaba.

—Sí —me miró tras beber un sorbo de su copa—, debe casarse para ser el nuevo administrador de la fortuna de los von Falk.

Entonces era eso, no era cuestión de amor, sino de dinero, mucho dinero. Sascha me pidió en casamiento cuando terminé la carrera, tras pensarlo, acepté su propuesta. Estaba segura de mi decisión, hasta que volví a Dulce destino y todo, absolutamente todo, cambió. Volver a ver a Daniel estremeció los pilares de mi corazón de un modo implacable.

—¡Daniel! —le gritó el capataz—, ¿qué esperas para terminar tus tareas?

El tono que el señor Schneider usó no me gustó.

—¿Qué miras? —me preguntó ofuscado Sascha—, ¿estás mirando al retrasado?!

Me cogió del brazo con mucha violencia, tanta que, solté un gemido de dolor.

—¡¿Aún quieres a ese zarrapastroso?! ¿Quieres que tus padres se enteren de lo tuyo con ese retrasado?

Lo miré asombrada. ¿Me estaba amenazando?

—¿Me reprochas a mí? —lo empujé—, ¡tú te acostabas con Emilia!

Sascha desenchajó su semblante al oírme. Aquello no lo esperaba.

—¿De qué estás hablando?

—No finjas conmigo —le repliqué algo iracunda—, tú y Emilia tuvieron una aventura.

Sascha aspiró una gran bocanada de aire.

—Fue algo sin importancia —me dijo con una naturalidad inquietante—, cosas de hombres, Diana.

Emilia Fischer siempre estuvo enamorada de Sascha, hacía todo lo que él le pidiera, incluso mataría por él si fuera necesario. Aquella chica nunca me cayó en gracia, era muy falsa y muy mentirosa. Inventaba historias como si fueran reales. En el pueblo dijeron que su madre no estaba muy cuerda y que se suicidó cuando ella era cría, pero nunca se comprobó nada al respecto.

—El pasado no podemos cambiarlo —me dijo mi futuro marido—, el presente y el futuro sí.

Los ojos de Daniel se encontraron con los míos de golpe. Nos miramos con timidez, con añoranza, con amor. Siempre lo amaría, siempre lo echaría en falta por el resto de mi vida. Sascha, al percibirlo, me besó, destrozando su corazón con la triste realidad.

—Hola, Daniel —le saludé cierta tarde cerca del muelle.

Daniel estaba muy distinto al chico que alguna vez conocí. Estaba más musculoso, más bronceado, más hombre. Todo mi ser reaccionaba cuando lo tenía cerca de mí

Le ofrecí una goma de mascar.

—Gracias.

Cogió la goma y la metió en la boca sin desviar la mirada del fuego. Tomé su mano encallecida y deposité un beso en la palma.

—Has venido a despedirte, ¿no? —me dijo con lágrimas en los ojos.

No le respondí, en lugar de ello, lo besé.

—Necesito que me liberes, Daniel —le rogué llorando—, necesito que me dejes libre.

Mis lágrimas empaparon mi cara en pocos segundos. Daniel lloraba conmigo, siempre fue tan sensible, tan tierno, tan dulce... Era perfecto para mí, pero tenía un gran defecto: era pobre, muy pobre.

—Diana —me dijo ahogado por el dolor—, no te cases con él. Por favor, no lo hagas, mi amor.

Me recostó sobre el césped con delicadeza sin dejar de besarme un solo segundo.

—Te liberaste de mí el día que decidiste casarte con otro —me dijo con voz temblorosa—, siempre serás mi amor, Diana, aunque con otro te cases.

«Siempre estaré atada a ti, Daniel».

Aquella noche, hice el amor por última vez en mi vida.

—Te amo, Daniel —sollocé—. Solo Dios sabe cuánto te amo.

Pero Dios era mudo y no podía decirle cuánto. Daniel me miró con ilusión, con una ilusión que murió al día siguiente tras mi boda, el peor error de mi vida.

—Muy bien, esposa —me dijo Sascha tras hacerme el amor con bestialidad en el despacho de mi padre mientras los invitados disfrutaban de la fiesta en el jardín—, has elegido lo mejor para ti y para Daniel.

Sascha me dijo que Daniel pagaría con su vida si intentara abandonarlo.

—Eres un imbécil, Sascha —murmuré anegada en lágrimas cuando salió del lugar—, Daniel...

Nunca olvidaré su mirada, nunca olvidaré su dolor.

—¿Estás embarazada?! —me gritó Sascha un mes después—, ¿¿acaso no usabas píldoras?!

Su reacción me dejó totalmente paralizada. Sascha se había convertido en otro hombre tras nuestra boda. Nunca estaba en casa, llegaba muy tarde y viajaba bastante.

—¡Hueles a puta! —le grité el sexto mes de embarazo.

—¡Pues huelo a ti! —me gritó iracundo antes de empujarme—, ¡a la puta del retrasado!

Sascha me reprochaba día y noche sobre lo mío con Daniel. Nadie me quitaba de la cabeza que el ataque que sufrió Daniel, fue obra suya.

Le di una bofetada y, a cambio, recibí otra.

—¡Te odio! —le grité.

Mi vida era un verdadero tormento, hasta que Adele nació y todo cambió...

—¡Diana! —me gritó mi padre a lo lejos y me arrancó de mis recuerdos—, ¿qué haces ahí, hija?

Mecía la muñeca que alguna vez me regaló Daniel, mecía a mi hija.

—Dios mío, hija.

Me levantó en brazos y me llevó a nuestra casa.

—¿Qué tienes hija mía? —me preguntó mi padre con un enorme nudo en la garganta—, ¿qué tienes, mi vida?

Escrutaba el cielo plomizo con ojos ausentes.

«Tengo una enorme pena en el corazón, papá» dije para mis adentros.

Me duché con agua tibia por horas. Después de enjugarme, me puse mi bata y me acerqué a la ventana de mi cuarto. Observé el cielo por unos instantes.

—¡Daniel! —chilló la doctora Beatriz desde la otra casa—, te espero en la ducha.

Daniel estaba lavando algo en la cocina. Yo podía verlo con nitidez desde mi sitio. La enorme ventana de aquella cocina era bastante indiscreta. Empecé a llorar con amargura, con desesperación.

—Daniel —dije llorando.

Él, como si me hubiera escuchado, levantó la vista y me miró con profundo dolor. Nos contemplamos por varios segundos, por unos eternos segundos. Deslicé mi mano derecha por el cristal de mi ventana.

—Te amo —vocalicé con los labios, consciente de que él podía

comprenderme—, siempre te amaré, mi amor.

Corrí las cortinas oscuras de mi cuarto y lloré, lloré con toda el alma. Me acosté en la cama y abracé una almohada pensando en él, en mi amor perdido.

Capítulo 23

Beatriz

ΣϞΣ

«Código de amor»

La bata de color rosa que llevaba se me había deslizado por los hombros y se me había abierto por la parte delantera cuando Daniel me acorraló entre sus brazos contra la pared. Constanza había salido y teníamos toda la casa para nosotros dos.

—Oh, cielo —gemí mientras me succionaba el cuello con voracidad.

Nunca deseé tanto a un hombre como ahora. Nunca me sentí tan deseada por un hombre como ahora. Unas diminutas bragas blancas le impidieron ver la única parte de mi cuerpo que estaba cubierta.

—Te he echado de menos, Daniel —le dije antes de quitarle la musculosa blanca que llevaba—, odio trabajar sin ti, ¿lo sabes? —besé sus pechos, succioné sus pezones rosados y los mordisqueé levemente mientras desabrochaba el botón de sus vaqueros.

Dejó de respirar y, de repente, expulsó el aire como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Me encanta tu piel —le dije en tono enronquecido—, el calor que emana de ella —le lamí el labio inferior—, su aroma...

Inclinó la cabeza y se apoderó de mis labios. Con un certero movimiento introdujo la lengua entre mis labios y se dispuso a explorar mi interior. Ebría por su sabor, le acaricié la lengua con una urgencia febril, él me devolvió el beso con voracidad al tiempo que emitía un gemido gutural. Daniel me apoyó contra la pared y me retó a devolverle cada roce de su lengua mientras yo lo abrazaba y arqueaba la espalda. Me rodeó los pechos con las manos, tras lo cual comenzó a acariciarlos.

—Daniel —gemí en su boca.

Se apartó de mis labios para mordisquearme el cuello. La caricia me estremeció, momento que él aprovechó para inclinar la cabeza y soltar un murmullo satisfecho, tras lo cual se dispuso a disfrutar de mis pechos. Me lamió con suavidad un pezón y lo mordisqueó, logrando que yo me retorciera. Separó los labios, se metió el pezón en la boca y lo succionó con fuerza al tiempo que deslizaba las manos por mi espalda.

—Daniel —musité—, mírame, cielo —le supliqué.

Me miró a los ojos con la respiración entrecortada. Yo tenía los pechos húmedos por sus lametones y los pezones enhiestos.

—Necesitaba encontrarme en tus ojos —le dije en un susurro.

Estaba completamente rendida ante aquel sentimiento, ante él, ante Daniel. Me dolía amarlo tanto. ¿Me dolía? Siempre fui algo rara con respecto a ciertos sentimientos.

Había separado los labios, que estaban hinchados por los besos, y jadeaba como si le costara trabajo respirar. El azul de sus ojos estaba oscurecido por el deseo y me miraba de forma penetrante. Cogió mi mano derecha y depositó un beso en la palma, diciéndome con aquel gesto: te amo solo a ti.

Le agarré la cabeza y tiré de él para besarlo. Daniel capturó mis labios con ferocidad, como si se le fuera la vida en aquel beso. Me dejé arrastrar por la dulzura de sus besos, sus caricias, sus miradas. Daniel me levantó contra su cuerpo y me llevó a la habitación donde me hizo el amor, me hizo suya de cuerpo y alma.

—Te amo —murmuré.

Observaba embelesada a Daniel, que dormía profundamente a mi lado tras el clímax. Afuera llovía de manera desapacible. A veces soltaba un suspiro y se estremecía levemente.

—Te amo —le dije tras deslizar mi dedo índice en su barbilla—, estoy perdida —me dije tras resoplar.

Fátima y Laura gritaron, literalmente hablando, el día que les comenté que estaba enamorada, perdidamente enamorada.

—¿Es bueno en la cama? —me preguntó Fátima.

Aquellas preguntas siempre me tomaban por sorpresa. Me ruborizaba y luego soltaba un taco apenas audible. Mateo, mi exnovio, no era malo en la cama, pero tampoco era extraordinario como lo era Daniel.

—Muy bueno —les dije y las hice gritar, una vez más.

Estaban en la casa de Laura, con el altavoz encendido.

—Daniel me toca de una manera indescriptible —acoté y ambas gritaron aún más—. ¡Estáis locas!

Luego me preguntaron por Débora, mi eterno dolor de cabeza. Les dije que no sabía nada de ella, que tenía miedo de jamás volver a saber algo de ella. Un mal augurio asaltaba mi corazón cada vez que pensaba en mi hermana.

—Ella volverá —me dijo Fátima—, ella siempre vuelve.

A diario hablaba con mi padre, y le mentía sin reparos sobre Débora. La ignorancia lo protegería hasta que mi dulce hermana retornara a nuestras vidas.

Daniel se removió y me devolvió al presente, al dulce presente.

—Hola, cielo —le dije con expresión bobalicona—, ¿quieres merendar algo?

Era domingo, de siesta, estábamos desnudos en la cama tras hacer el amor. Daniel esbozó una amplia sonrisa antes de abalanzarse sobre mí.

—¿Quieres más? —le pregunté riendo—, ¡eres tremendo, Daniel Schmidt!

Tras hacer el amor, Daniel fue a por agua a la cocina.

—¡Daniel! —chillé desde el cuarto de baño—, ¡te espero en la ducha!

Daniel ingresó al cuarto de baño algo ensombrecido. Se metió en la ducha y me abrazó como si lleváramos días sin vernos. A veces el silencio era la mejor manera de compartir los secretos de nuestras almas.

—Aquí estoy, Daniel.

Daniel enterró su carita en mi cuello y suspiró.

«¿Qué le pesaba tanto?».

Al día siguiente, tras el duro trabajo en la granja, aquel caluroso verano, Daniel y yo fuimos a nadar al lago con Luisito y Sofía como casi todos los días. Jugamos a Tarzán con la cuerda que Daniel había atado en uno de los tallos del viejo sauce.

—1... 2... 3... —contaron Luisito y Sofía—, ¡no seas cobarde, doctora! —me gritaron cuando vacilé.

Volví a prepararme para el gran salto de mi vida. Daniel me indicaba el agua con la mano y me miraba con aprehensión, ordenándome, de manera tácita, que me lanzara al agua lo antes posible. ¡Era tan autoritario! Me reí.

—¡Ahhh! —grité antes de correr y saltar.

—¡Sí! —chillaron Luisito y Sofía cuando al fin salté al agua—, ¡muy bien!

Daniel se aproximó y me acorraló entre sus fuertes brazos para besarme con sed desmedida.

—¿Lo hice bien? —le pregunté en un tono revestido de dulzura.

Daniel asintió antes de hundir su lengua en mi boca. Luisito y Sofía nos salpicaron con el agua.

—¡Ey! —protestaron y nos echamos a reír.

¡Era tan divertido!

Daniel y yo vivimos nuestro amor intensamente, a pesar de las miradas críticas, las burlas y los malos comentarios de los ajenos a nuestra felicidad.

—No puedo comprender su relación con ese chico —me dijo el señor Weber el otro día.

Mentalmente le mandé a la mierda.

—Mientras haga bien mi trabajo, señor —le repliqué en tono cortante—, no tiene por qué preocuparse por nada más. Mi vida personal es cosa exclusiva mía.

Aquel hombre detestaba con todas sus fuerzas a Daniel, y mal podía ocultarlo.

—¿Por qué el señor Weber le tiene tanta antipatía a Daniel? —me preguntó el señor Franke mientras recorríamos el prado de los caballos ese mismo día—. ¿Qué le hizo Daniel?

Le conté lo que sabía acerca de Daniel y Diana.

—Entonces, ¿Daniel y Diana fueron novios?

Asentí con un cabeceo.

—Novios a escondidas —le corregí—, caso contrario, jamás hubieran estado juntos.

El señor Franke me escuchó con mucha atención mientras Daniel paseaba con Mimosa, la yegua indomable que él le regaló días atrás, un gesto que provocó el asombro de muchos en la granja.

—Supe que Daniel sufrió muchas humillaciones a lo largo de su vida —me dijo apenado—, humillaciones de toda índole.

Oteé a Daniel con ojos soñadores mientras cabalgaba absorto en sus pensamientos. ¿En qué pensaba? Aquel dulce y tímido joven ha pasado muchos malos momentos aquí, pero, a pesar de ello, su alma seguía intacta.

—Infelizmente es cierto, señor Franke.

El dueño mayoritario de la granja soltó un largo y sonoro suspiro. ¿Qué le pesaba tanto? ¿Qué se ocultaba detrás de sus preguntas? Todos los días, sin falta, venía a la granja para estar con nosotros unas horas. A veces incluso se reunía con nosotros en la casa de Daniel. ¿Qué se escondía detrás de sus acciones? Siempre fui muy desconfiada, era un defecto o, quizás, una virtud,

difícil saberlo al cierto.

«Muchos dicen que el señor Franke es del otro lado —me dijo Emilia días atrás—. Un hombre tan guapo como él, ¿soltero? Nunca se casó, nunca tuvo hijos, muy raro» resonó la voz de Emilia en mi cabeza.

Era un hombre amable, generoso, nada prejuicioso y bastante misterioso. ¿Y si Emilia tenía razón? ¿Y si tenía interés en Daniel?

«No» me dije con rotundidad. Aquel hombre conocía mi relación con Daniel.

Mimosa relinchó furiosa y me sacó de mi trance de golpe.

—¡Daniel! —grité cuando él perdió el equilibrio y se derrumbó en el suelo con brusquedad—. ¡Dios mío!

El señor Franke y yo corrimos en su dirección. ¿Por qué Mimosa lo tumbó? ¿Estaba enfadada?

—¿Te encuentras bien, cielo?

Asintió, pero no me miró. Daniel llevaba días actuando de manera extraña. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué me estaba ocultando? ¿Era por Diana?

—Mi vida —le dije apenada.

Emilia me dijo el otro día que la hija del señor Weber estaba cada vez peor, hundida en una profunda depresión mientras el marido ignoraba su pena en los brazos de la prostituta del pueblo. Además, me dijo que en más de una ocasión la vio con Daniel en su jardín. ¿Por qué él no me dijo nada? ¿Por qué la veía a escondidas? ¿Acaso era cierto lo que muchos alegaban sobre el primer amor? ¿Uno nunca lograba olvidarlo?

—¿Estás bien, hijo? —le preguntó el señor Franke tras revisarle el brazo y la pierna derecha—. Te has raspado el brazo, pero no es nada.

Daniel se limitó a asentir, sin dirigirle la mirada a él o a mí. Observé curiosa al señor Franke por unos segundos. Meneé la cabeza en un gesto negativo. Aquel hombre trataba a todo el mundo del mismo modo, no había nada malo en ello, me dije.

—Ven, cielo —le dije a Daniel tras levantarlo del suelo—, necesitas un buen baño.

Nos duchamos juntos, hicimos el amor bajo el agua tibia, pero me sentía sola, a pesar de estar con él.

—Buenas noches, cielo —le dije en un susurro cuando se quedó dormido de un momento a otro.

La luz de la luna entraba a raudales por la enorme ventana del cuarto que se encontraba a un costado de la cama. Tenía la cabeza recostada sobre el

pecho de Daniel, que subía y bajaba acompasadamente con cada respiración. Levanté la vista y lo observé con embeleso. Nunca había estado tan prendada de alguien como ahora. Tenía mucho miedo de perderme, de perderme por completo en aquel brutal sentimiento llamado amor.

«Ya estás perdida» me dije resignada.

Daniel suspiró, incluso durmiendo estaba intranquilo.

—¿Qué me estás escondiendo, mi amor? —le pregunté como si pudiera escucharme más allá de los sueños—. Débora, ¿dónde estás? —dije apenada al evocar a mi hermana.

Estaba atormentada y mal podía conciliar el sueño por las noches. El amor resultó ser como siempre lo imaginé, un campo de batalla.

Para aumentar mi desazón, llevaba días teniendo pesadillas con mi hermana. ¿Dónde estaba? ¿Con quién estaba?

Al día siguiente, tras levantarnos y asearnos, decidí hablar abiertamente con Daniel.

—¿Te sucede algo? Llevas muchos días ensimismado en quién sabe qué cosa, cielo. Me tienes muy preocupada.

Los ojos de Daniel se llenaron de lágrimas. Aquello me alarmó bastante. ¿Qué le estaba pasando? Cogió su cuaderno, el que solía usar para comunicarse conmigo. Le estiré la pluma.

«Mi abuela está muy enferma, Beatriz. El mes que viene debe hacerse una cirugía urgente en los ovarios y es bastante costosa. El sueldo no me alcanza».

Dios mío, y yo pensando otra cosa.

—No te preocupes, cielo. Conseguiremos reunir el dinero, te lo prometo.

Tenía unos ahorros, y algunas joyas, pero no sería suficiente, las cirugías solían ser bastante costosas. Daniel enterró su rostro anegado en lágrimas en mi cuello como un recién nacido.

—No te preocupes, cielo —le repetí—. Encontraremos una solución, te lo prometo.



Al día siguiente, mientras tomábamos unos helados de palito, nos pusimos a pensar cómo podíamos recaudar el dinero para la cirugía de la abuela Rita. Nos sentamos en el césped en círculo mientras los pájaros trinaban a todo pulmón desde sus nidos.

—¿Asaltar un banco? —propuso Sofía y nos echamos a reír, menos

Daniel.

El señor mendigo fumaba a unos metros de nosotros. Aquel simpático hombre siempre me robaba risitas con sus ocurrencias, aunque estos últimos días apenas hablaba con nosotros.

Emilia dijo que podía hacer magdalenas, aunque mucho no recaudaría con ellas. Golpeé la pluma que sostenía sobre los labios mientras intentaba encontrar algo que nos sirviera para recaudar dinero.

—¿Y si hacemos algún sorteo? —propuso Luisito—, podríamos vender unas rifas.

Sofía lo miró con asombro.

—¿Y qué sortearíamos? —le preguntó su sagaz hermana—, ¿tu brillante cerebro?

Luisito le lanzó un trozo de helado a la cara mientras Daniel me escribía algo en el cuaderno. Sofía y Luisito empezaron a discutir como de costumbre. Emilia los apaciguó o, mejor dicho, los amenazó.

«Mimosa» escribió Daniel.

Di un leve respingo al leer la hoja. Lo miré pasmada por unos segundos.

—¿Quieres sortear a Mimosa? —le pregunté con tristeza—, ¿tienes certeza?

Los ojos de Daniel se llenaron de lágrimas. Luisito y Sofía se quedaron quietos al igual que Emilia.

—Mi amor...

Estaba desesperado.

—¿Por qué no le pides un préstamo al señor Franke? —le dijo Emilia—, es tan buena gente.

El señor mendigo, como solía llamarlo Luisito, se acercó.

—Sería una solución, chico.

Daniel negó con la cabeza.

«Apenas lo conozco, no quiero abusar de su nobleza» me escribió.

—Tranquilo, cielo —le di un beso en los labios entumecidos—. Estás helado, mi vida.

Sofía se levantó y se engarzó a su cuello tras darle un beso en la mejilla. Daniel le rodeó la cintura con el brazo en un gesto cariñoso.

—Cuando se preocupa o está triste se pone helado —me dijo Luisito—, todo saldrá bien, Daniel —le consoló.

El señor mendigo los miró con infinita ternura al igual que yo. Emilia soltó un largo y sonoro suspiro.

—El fin de semana será la fiesta de San Juan —nos dijo ella en tono ensombrecido—, podríamos aprovechar para realizar la rifa en la fiesta que organiza el pueblo cada año en la plaza.

Daniel asintió condescendiente tras exhalar hondamente. Le acaricié la mejilla con la mano. Él cogió mi mano y depositó un beso en mi palma. ¡Era tan tierno!

—Tienes que avisar al señor Franke sobre tu decisión —le dijo Luisito—, y también a Mimosa.

Fruncí mi entrecejo al oír su última afirmación. ¿Avisar a Mimosa? Una idea absurda irrumpió mi mente de repente: el otro día, ¿ella lo derrumbó por ello? ¿Daniel le dijo algo a ella?

«Estás loca» me dije.

—Todo saldrá bien, mi amor —le consolé.

Nos pusimos en acción al día siguiente. Tras el trabajo, vendíamos las rifas cerca de la carretera en una pequeña tienda que habíamos montado. Emilia aprovechó para vender sus magdalenas y Daniel sus hermosas obras de arte. Un señor mayor aparcó a un costado su lujoso coche casi al atardecer. Se apeó del vehículo y se acercó a nosotros.

—¿Qué sortean? —nos preguntó en tono serio.

¿Quién era? Nunca lo había visto por aquellos lados. Le enseñamos la foto de Mimosa.

—Quiero todas las rifas —nos dijo—, también las magdalenas y las piedras talladas.

Nos miramos y luego lo miramos a él con cierto estupor.

—No tengo tiempo, chicos.

Aquella tarde vendimos todas las rifas, las piedras talladas y también las magdalenas. ¡Los milagros existían!

—En casa tengo unas magdalenas —anunció Emilia tras desarmar la tienda—, ¡para festejar este día!

Daniel intentó sonreír, pero no pudo, estaba muy preocupado por su abuela. Decidimos irnos a su casa, a pasar la tarde con la abuela Rita.

—Estoy bien, mi ángel —le dijo a Daniel—, no quiero verte triste, mi cielo.

Los observaba conmovida hasta las lágrimas desde mi sitio, preguntándome cómo sobrellevaría Daniel la muerte de su abuelita.

«Dios mío, se moriría de pena» mascullé tras sorberme por la nariz.

Emilia me dijo que Daniel casi enloqueció de dolor cuando su abuelo

falleció. Durante días recorrió el pueblo como un alma en pena. Reaccionó del mismo modo tras la boda de Diana. Ella no se ahorra nada.

—¿Tomamos un café? —nos dijo la abuela—, ¿os apetece?

Ambos asentimos. Daniel se acercó y me abrazó con entrañable afecto. Recosté mi cabeza en su pecho.

—Todo saldrá bien, cielo —le dije con convicción.

Aquella noche me quedé a dormir con él.



Me puse un vestido con tirantes, estampado y largo hasta mis rodillas. Me recogí la melena en un rodete. Constanza decidió acompañarme, andaba muy callada, muy triste. Cuando le pregunté por qué estaba así, me dijo que echaba en falta a Débora. No le repliqué, no tenía cómo hacerlo.

—Espero que Daniel logre reunir el dinero —me dijo mientras nos acercábamos a la plaza—. Ya lo verás, Bea.

Ella se apartó tras sonreírme.

—También yo —acoté.

Daniel estaba en la pequeña tiendita que habían montado con Emanuel y Emilia. Luisito y Sofía jugueteaban por los alrededores mientras decenas de personas recorrían por el lugar. Di un respingo de muerte cuando el marido de Diana apareció de la nada.

—Hola, doctora —me dijo Sascha a pocos centímetros de mi cara.

¿Estaba borracho? Constanza lo miró con asombro, como si en lugar de verlo a él, estuviera viendo al mismísimo diablo.

—¿Quieres bailar conmigo? —me cogió del brazo con brusquedad.

Me deslicé de sus garras y lo fulminé con la mirada. Él me miró con indignación, con rabia, con odio. Me estremecí.

—No, gracias.

Daniel estaba con el señor Franke, cerca de la tienda cuando me vio. Le hizo un gesto al señor Franke y tras ello, se dirigió hacia mí con pasos firmes.

—¿Prefieres al retrasado mental? —me dijo Sascha y lo empujé con violencia en un acto reflejo.

Él perdió el equilibrio y se derrumbó pesadamente sobre el suelo.

—¡Maldita puta! —me gritó y se abalanzó sobre mí decidido—, ¡nadie me desprecia por un retardado!

Intentó besarme, pero le mordí el labio inferior con bestialidad,

arrancándole quizá un trocito de carne de su boca venenosa. Levantó la mano derecha a lo alto, dispuesto a pegarme un buen bofetón, pero Daniel se adelantó y lo empujó con violencia. Sascha se incorporó de un salto y se quitó el cinturón grueso de cuero que llevaba puesto.

—¿Te acuerdas de aquel viejo juego en la casita de madera, Daniel?

¿Qué se ocultaba detrás de aquellas palabras? Miré horrorizada a Sascha, que más bien parecía estar poseído y no borracho. Daniel apretó con fuerza sus dientes y sus puños, estaba muy cabreado. Jamás lo vi así antes.

—¿Cuántos latigazos te di aquel verano, Daniel?

¡¿Qué?! ¡¿Él le pegó con un cinto?! ¡Maldito lunático! Me puse enfrente de Daniel, que temblaba y sudaba frío.

—No le hagas caso, mi amor —le rogué—. No vale la pena.

Sascha resopló hastiado. Me volví y lo miré con atención, sus ojeras grisáceas resaltaban aún más su expresión lúgubre. ¿Qué le estaba pasando? Parecía que estaba perdiendo la razón, al igual que su mujer. En más de una ocasión, Sascha salió de la mansión gritando, huyendo de sus propios fantasmas. Emanuel, por su parte, me dijo que Sascha consumía drogas desde la adolescencia.

En ese lapso, vi a Marcia al otro lado de la plaza, ella me miró desafiante desde su sitio. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo y me hizo gemir en un acto reflejo.

—¿Por qué no te hago el amor enfrente del retrasado? —soltó Sascha—, podrías mirar —le dijo a Daniel—, ¿sabes follar a una mujer?

Daniel se apartó de mí y sin que Sascha pudiera evadir su rostro, le dio un fuerte puñetazo, que lo derrumbó en el suelo con violencia.

—¡Nooo! —grité, pero Daniel estaba harto de aquel idiota.

Se abalanzó sobre Sascha como un león hambriento y le dio varios golpes en la cara. Sascha reaccionó y le devolvió varios golpes. El señor Franke sujetó a Daniel y Emanuel a Sascha. Daniel temblaba de rabia.

—Tranquilo, hijo —le serenó el señor Franke tras abrazarlo—, no vale la pena.

Aquel gesto afectuoso me llamó la atención, pero no en el mal sentido. Emilia oteó con ojos interrogantes al señor Franke, para ella los rumores siempre eran ciertos, pero para mí no. Aquel buen hombre quería a Daniel como si fuera su hijo. Daniel respiraba de manera entrecortada, estaba muy nervioso.

—¡Suéltame, cornudo! —le gritó Sascha a Emanuel y este le dio un

puñetazo certero en el estómago—, ¡maldito hijo de puta! —rugió desde el suelo.

—¡Toma! —gritó Emanuel antes de propinarle otro golpe certero en la cara—, ¡maldito cabrón!

Sascha levantó la cabeza y escupió la sangre que emanaba de su boca tras los golpes recibidos. Miró a Daniel con mucho odio.

—Me las pagarás, Daniel —juró antes de levantarse y marcharse con pasos vacilantes del lugar.

Se volvió una vez y nos lanzó una mirada asesina antes de perderse en medio de las sombras. Daniel se acercó y ahuecó mi rostro entre sus manos. Me miró apenado antes de reclinar su cabeza sobre la mía. Respiramos de manera entrecortada, como si acabáramos de correr varios kilómetros consecutivos. Me abracé a él tras recuperar el aliento.

—Ya pasó, mi amor —le dije jadeante—, ya pasó.

La mirada amenazante de Sascha asaltó mi mente y agitó los latidos de mi corazón. Entrecerré los ojos.

—Ya pasó —le repetí abrazándome a él con más vigor.

Daniel besó mi cabeza y con aquel gesto sublime me dijo: te amo.

—Te amo, Daniel.

«Protégelo, Ángela».

Capítulo 24

Marcia

ΣϞΣ

«El corazón de una mariposa»

Llegué al pueblo Nueva Esperanza con el corazón destrozado tras la repentina muerte de mis padres en un grave accidente de coche. Necesitaba alejarme de mi pasado y opté por el pueblo donde vivía una tía, la dueña del burdel del lugar. Era prostituta desde los diecisiete años, me gustaba ganar dinero fácil, sin cumplir horarios o reglas. Así era yo, indomable, pero no siempre fui así.

—Bienvenida, sobrina.

Alguna vez fui una chica soñadora, dulce e inocente, hasta que una tragedia cambió mi alma y manchó mi ser para siempre. A veces pienso que nadie era malo por naturaleza, sino por ciertas circunstancias. No era mala persona, sin embargo, tampoco era buena.

—Me gusta este lugar —dije con aire melancólico—, me da paz.

Alquilé una casita modesta, casi en ruina. La limpié, la pinté y, poco a poco, fui amueblándola con el dinero que fui ganando en el burdel. Mis primeros clientes fueron los empleados de la granja Dulce destino.

—Gracias —le dije al capataz de la granja, mi cliente fiel.

Un día, en medio de un altercado entre los empleados de la granja, conocí a un ángel.

—¡Qué hacéis! —les reprendí con dureza al ver cómo maltrataban a un joven—, ¿qué os hizo?

Él me miró apenado mientras dos hombres lo sujetaban por los brazos. Lo miré de pies a cabeza, nunca, en toda mi vida, había visto a un hombre más hermoso que aquel. Su belleza no parecía terrenal.

—No quiere acostarse con nadie —me dijo uno de los hombres que lo sujetaba—, le hemos traído para eso y ahora no se anima.

El joven tenía la camisa blanca arrugada y abierta. No pude evitar admirar su buen físico. Mis colegas se acercaron, querían acostarse con él, incluso gratis. No siempre podíamos acostarnos con hombres tan jóvenes y atractivos como él. Podía ser pobre, pero su belleza era poder, claro estaba.

—Lo hará conmigo —les dije resoluta—, ¿no, cielo?

Desde mi llegada, todos, absolutamente todos, anhelaban acostarse conmigo, pero siempre fui muy selectiva con mis clientes. Los elegía yo, no ellos. Le alargué la mano al joven del rostro perfecto y, tras meditarlo bastante, cogió mi mano. Temblaba como un adolescente virgen. ¿Lo era?

—Es mudo y algo retrasado —me dijo uno de los empleados—, se llama Daniel.

Oteé con curiosidad a Daniel, que mal podía mirarme. Temblaba cada vez más. Le arreglé un mechón de pelo que caía sobre su frente. Su piel era tan tersa y su perfume tan suave, parecía colonia de bebé. Había bebido un poco, pero no lo suficiente para ofuscar su cordura. Miré embelesada sus rasgos faciales: ojos grandes y expresivos, nariz respingona, mejillas ruborizadas, labios ni carnosos ni finos y un mentón cuadrado con un hoyuelo en el centro. ¡Era perfecto!

—Seré muy cuidadosa —le dije en tono amable—, no tengas miedo, cielo.

Lo llevé a uno de los cuartos, le desnudé y le limpié su parte íntima con mucho cuidado. En dos segundos, tenía una erección deliciosa entre sus piernas. Me arrodillé entre sus largas y blanquísimas piernas tras pedirle que se sentara en el borde de la cama. Daniel era muy obediente, como un buen crío. Observé su cuerpo de arriba abajo con verdadera adoración.

—No tengas miedo —le repetí antes de meter su delicioso miembro en mi boca.

Nunca me gustó el sexo oral, hasta aquel día. Daniel tenía un sabor especial, exquisito. Sabía a inocencia, pero también a hombre. Terminó en mi boca como le había pedido, no era un tonto en la intimidad, al contrario, tenía mucho más vigor que otros que conocí y se alardeaban de ser machos alfas.

—¿Prefieres que me ponga encima o abajo? —le pregunté cuando el deseo retornó—, ¿has probado a cuatro patas?

Asintió sin mirarme a los ojos. Le puse el condón, ya que le costaba un poco a él. Me subí a la cama y me puse a cuatro patas. Él se colocó detrás de mí y me penetró con mucho cuidado.

—Así —le dije y oscilé las caderas con sensualidad—, muévete, mi amor. Daniel empezó a moverse cada vez con más frenesí. El clímax fue explosivo, llevaba tiempo sin experimentar un orgasmo de aquel calibre.

—Eres muy bueno, Daniel —le dije y le besé en los labios con mucho ardor, tanto que, volvimos a hacer el amor tras unos minutos.

Nunca besaba a mis clientes, pero aquel joven había logrado lo imposible aquella noche. Tras aquella apasionada velada, nos veíamos cada viernes en casa sin falta. Daniel aprendió muchas cosas conmigo en la intimidad, lo convertí en un gran amante. Pero, con el tiempo, la convivencia me llevó a perder el control de mi ser por completo.

—Te quiero —le dije cierta vez mientras él dormía entre mis brazos, abrazado a su peluche de vaca, el que le había regalado tras la triste muerte de su vaca Mimosa—, más de lo que pueda soportar, Daniel.

Me había enamorado de él como nunca antes en mi vida. Me dolía amarlo tanto, y más en aquellas circunstancias. Era una puta y él un deficiente. ¿Qué podía esperar de una relación tan dispar?

—Pero nunca lo sabrás —le dije resoluta.

Meses después, las cosas empeoraron. Daniel se convirtió en mi debilidad y en mi fortaleza al tiempo. Por él estaba dispuesta a dejarlo todo, a reconstruir mi alma pedazo a pedazo.

—¡No! —grité enfurecida cuando confirmé mis sospechas—, no puede ser...

Aquello no estaba en mis planes. Busqué ayuda espiritual en mis creencias. La brujería me daba fortaleza, la magia negra era mi sostén. Odiaba a Dios tras lo que padecí en las manos de unos riquillos cuando tenía apenas quince años. Aquella tragedia mutó los colores de mi alma para siempre.

—No puede ser —dije agobiada—, no.

Necesitaba huir de mis fantasmas.

—Volveré dentro de unos meses —le dije a Daniel, que entristecido, lloró—, mi amor, ¿me echarás de menos?

Él asintió y con aquel simple gesto, me robó el alma para siempre. Era suya, solo suya. Meses después, decidí viajar a mi antiguo pueblo, donde me encontré de cara con mi cruel pasado.

—Dios mío.

Allí estaba, en mi frente, el hombre que destrozó mi ser en el pasado. El hombre que manchó mi pureza, que reventó mi corazón a pesar de mis súplicas, de mi dolor, de mi desesperación.

—Hola —me saludó él.

Mis ojos brillaron fulguerosos ante la inesperada coincidencia.

—Hola.

Besó el dorso de mi mano, el dorso de la mujer que algún día violó con sus mejores amigos. La venganza sería la cura de mi esencia y la maldición de la suya.

Capítulo 25

Sascha

ΣϞΣ

«El abismo del enemigo»

Tomé la mano de la mejor amiga de mi mujer, Valeria Zimmer, y la llevé por debajo de la mesa, entre mis piernas. Doblé su mano sobre mi parte íntima. Valeria estaba pálida, con los ojos abiertos de par en par. Una vena le latía con fulgor en el cuello. Mi ataque la paralizó. La deseaba desde la adolescencia, pero nunca pasó nada entre los dos. Eso lo hacía especial, más excitante. ¡Amaba lo prohibido!

«Joder» musité con una sonrisa endiablada en los labios.

Ella le tenía miedo a la situación, supuse que nunca había estado con otro hombre desde que se casó, con otro hombre que no fuera su marido, su apuesto y viejo marido, con quien se casó por interés.

—Mi hija adora la granja de sus abuelos —comentó Valeria tras girar su rostro hacia mí—, los niños aman la naturaleza.

Tenía una idea de lo que ella estaba viendo. Un hombre grande, muy fuerte y en buena forma con la mandíbula apretada.

—Debe ser maravilloso poder ser padres —solté con alevosía, desangrando a mi mujer.

Ella ni siquiera me miró, Diana Weber era un fantasma. Respiraba, pero estaba muerta por dentro.

—¿Te quedarás este verano, Valeria? —le preguntó mi deliciosa suegra, con quien solía revolcarme de vez en cuando, mientras su hija y su marido dormían profundamente.

Infelizmente, Diana no heredó su manera de ser. Mi esposa era más aburrida que una partida de ajedrez. Siempre triste, siempre enferma. Llevábamos semanas sin mantener relaciones íntimas, y, la verdad, no echaba

en falta su escuálido cuerpo. Había adelgazado tanto que, apenas se le notaban los senos. Parecía una judía en pleno campo de concentración.

—¿Iréis a la fiesta del señor Franke? —le demandó mi suegro a Valeria.

Valeria estrujó mi miembro de un modo muy delicioso. Mi mano derecha se deslizó entre sus piernas. La sensación debajo de mi mano llevó una ráfaga de sangre a su propio sexo, que se apretó involuntariamente, una vez, dos veces.

Fue totalmente incapaz de moverse, de pensar.

—¿Valeria? —le dije con una voz ronca, como si encontrara difícil dejar salir las palabras—. ¿Irán a la fiesta del señor Franke?—repetí ante su despiste sin dejar de manosearla a mi antojo.

Exhaló con fuerza. Los músculos de su mandíbula se contrajeron y las ventanas de su preciosa nariz se dilataron.

—Creo que nadie faltará esa noche —contestó tras carraspear.

Tenía que tratarla con ternura, como a una dama.

—Iré a descansar —anunció mi insípida mujer—, hasta mañana, Valeria.

Ni siquiera la miró.

—¿Qué le pasa a Diana?

La miré algo sorprendido. ¿Se preocupaba por ella? ¿Manoseaba a su marido bajo sus narices, pero le importaba su bienestar? ¿Era tan cínica como yo! Me encantaba.

—Diana no ha superado la muerte de nuestros hijos —le dije con un dolor tan falso como el color de su pelo—, los últimos abortos fueron fulminantes para mi dulce mujer.

¡Gracias a Dios! No nací para ser padre, para soportar llantos, pañales y berrinches. Lo reconocía, sí. ¡Odio a los niños, a los animales y a Daniel Schmidt!

«Retrasado mental». El simple hecho de evocarlo me provocaba acidez estomacal. ¡Maldito muerto de hambre! ¿Por qué lo odiaba tanto? Por haber nacido. Desde niño lo detesté, lo perseguí, lo atosigué, lo maltraté. Daniel despertaba mi lado más ruin, mi lado más frío, más cruel. Verlo mal alegraba mi alma de un modo casi glorioso.

—¿Puede servirnos el postre, Olga?

Mis ojos se encontraron con los de Olga. ¿Percibió algo?

—Debo irme —dijo de pronto Valeria—, el taxi ha llegado.

Metí el dedo en su sexo y empecé a frotarle con avidez. Ella se retorció, estaba por correrse enfrente de todos. ¡Dios! ¡Qué locura más excitante!

—Ni hablar, te llevaré a tu casa —le dije tras retirar mi mano de su entrepierna palpitante.

Lamí el dedo índice con discreción, robándome un suspiro de mi futura amante. Valeria jadeó, ¿se había corrido?

—Gracias, Sascha.

Mi suegra y yo intercambiamos una mirada cómplice. Tras follar a la mejor amiga de mi mujer, me tocaba la suegra. Nos retiramos de la casa tras despedirnos de mis suegros.

—¿Estás loco, Sascha? —me reprendió Valeria cerca del coche.

La puse contra el vehículo de golpe y la besé con ardor desmedido mientras le acariciaba las cachas de su hermoso culo.

—¿No te ha gustado? —le dije jadeante—, ¿te has corrido?

Valeria tozó su rodilla contra mi endurecido miembro.

—Mucho...

Ahora que estábamos en el coche, listos para ir a su casa y a la cama tan rápido como la ley del sexo lo permitía, me di cuenta de que de algún modo me había puesto en modo combate.

—Diana está muy mal —me dijo durante el trayecto.

Estaba recogiendo oxígeno para un mayor esfuerzo. Mi cuerpo se estaba preparando para algo intenso.

—Diana está muerta, Valeria —le dije en tono distante—, hace tiempo que ha muerto. No quiero hablar de ella, sino de nosotros, cariño —le acaricié la pierna.

Era un hombre con una gran veta violenta y, en el mejor de los casos, de una lujuria fuera de control dirigida directamente a ella. Las manos de Valeria ahora estaban quietas en su regazo y un poco de color había vuelto a su rostro. Había perdido esa mirada de horror, como si de repente se hubiera encontrado cara a cara con un lobo.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Te deseo. Mucho —le dije.

Mierda. Quise decirle algo más suave, quizás hasta ñoño, aunque no era mi estilo. Normalmente era muy directo con las mujeres.

—¿Mucho?

Estaba rendida a mis pies, ninguna mujer nunca se me resistió.

—Mucho...

Ella parecía la clase de mujer que apreciaría un poco de adulación antes de ir a la cama con otro hombre que no fuera su marido. Valeria soltó un poco

de aire. No estaba sonriendo, pero su rostro se había iluminado. No la culpaba.

Nos miramos el uno al otro.

—Nunca olvidarás esta noche —le prometí con una malévola sonrisa.

Ninguna mujer se quejó de mis besos, de mis caricias, de mi pasión desmedida. Ni siquiera la puta del pueblo. ¡Maldita puta!, me tenía embelesado desde el primer día que la vi por el pueblo con el retrasado mental.

El recuerdo agitó mi corazón...

—¿Te acuestas con ese retrasado? —le pregunté tras depositar unos generosos billetes en su mesilla de luz—, ¿sabe follar ese imbécil?

Ella me miró desafiante y con una sonrisa muy burlona.

—Le he enseñado muchas cosas —me dijo tras abrir las piernas, las compuertas de su templo—, Daniel es un amante inolvidable...

Tomé aquello como un reto y la follé como un animal.

—¿Sascha? —me dijo Valeria, arrancándome de mi trance de golpe.

Nadie era como Marcia, nadie me hizo gozar tanto en la cama. Valeria era como Diana, aburrida, pero un polvo nunca estaba mal.

—¿Lista para disfrutar de un buen polvo?

Ella asintió tras tragar con fuerza mientras yo controlaba su respiración, sus movimientos. Su mutismo tendría que ser una señal de que después podría controlarla en la cama. Valeria levantó la mano izquierda del regazo. Estaba muy nerviosa.

—¿Vamos a hacerlo? —me preguntó en voz baja.

¡Joder, sí!

—Espero que sí —la voz me salió ronca, como si no hubiera hablado en años.

Luego me aclaré la garganta y cerré la boca. No la pifíes, me dije a mí mismo.

Cualquier cosa que soltara ahora mismo sería un error. Los ojos de ella descendieron hacia mi ingle, donde una enorme erección intentaba perforar mis caros pantalones de vestir.

—Uhm —musitó.

No podía hacer nada para ocultar que estaba empalmado. A veces cuando una erección se convertía en un inconveniente, podía bajarla con la mente, como aminorar el pulso. La vida estaba llena de pensamientos deprimentes, imágenes que podían desalentar el deseo.

—No tengas miedo, hermosa.

Al final ella arqueó los labios con una sonrisa apenas perceptible.

—De acuerdo —dijo suavemente.

Un segundo después, salimos disparados a la carretera, intenté llegar a mi apartamento tan rápido como era posible.

—Será inolvidable, bella.

Había llevado innumerables mujeres a mi apartamento, sabiendo que iban a follar y siempre había sido capaz de mantener una conversación trivial con ellas, pero Valeria la estaba poniendo difícil.

—¿Cómo van las cosas en tu tienda?

¡Dios, aquella mujer era tan aburrida!

—Muy bien.

Siempre fue muy parlanchina y ahora no le salían las palabras. Ninguna. Era como si su garganta estuviera agarrotada.

—Bien.

Hice un ruido estrangulado con la garganta y ella se giró para mirarme.

—¿Dónde vamos?

Una pregunta normal que se merecía una respuesta banal.

—A mi viejo apartamento de soltero.

En ese lapso, evoqué a mi diosa mítica y el golpe que le dieron durante mi ausencia.

—*¡¿Quién coño te hizo esto?! —le grité al ver las marcas de su hermoso rostro—. ¡Lo mataré!*

Marcia me dio un té asqueroso, me dijo que me tranquilizaría. Siempre me daba algo de té, ya sea para serenarme o aumentar aún más el tesón.

—*Fue Juan Weiß.*

Iracundo, envié a mis hombres a su casa y vengué a mi diosa. Infelizmente mis hombres exageraron y el maldito murió. El pantano fue su última morada, los cocodrilos siempre estaban muy hambrientos.

—Nunca engañé a Oscar —me dijo Valeria, devolviéndome al presente de golpe.

«Hasta ahora» pensé con sorna.

—No lo estás engañando, solo disfrutando de la vida y sus regalos.

Follar conmigo era un premio.

—No temas, preciosa.

Me miró con una débil sonrisa. ¡Por Dios! ¡Era solo un polvo!

—Hemos llegado —le dije, desviándome bruscamente hacia el camino de

entrada de mi apartamento, luego bajé hacia el garaje subterráneo y fui hacia mi plaza y apagué el motor. Nos sentamos en silencio durante un rato, mirándonos el uno al otro. Ella tragó saliva. Me incliné sobre ella, lentamente. Ella se quedó quieta un instante, luego movió la cabeza para encontrarse conmigo, con las manos en el regazo. El más leve sabor, un roce de labios, luego la inclinación de cabezas. Un segundo más tarde, eché atrás el asiento del acompañante, bajé la cremallera de mis pantalones, me subí encima de ella, le levanté la falda, le rompí las bragas y entré en ella sin contemplaciones.

—Oh, sí —jadeó al tiempo que apretaba mis nalgas con ambas manos—, ¡fóllame!

Me enterré en su interior mientras ella forcejeaba por acomodarme mejor en aquella incómoda posición. Se meneó un poco y yo me adentré aún más en ella.

—¿Te gusta?

«Puta».

Su falda estaba subida hasta la cintura y plisada sobre sus brazos, mi pecho duro la clavaba en el asiento con cada embate.

—Condón —gemí, jadeando como un toro enloquecido.

Un músculo se movió en mi mejilla. Gemí de nuevo y ella sintió que mi cuerpo se ponía rígido, empezando a salir.

—Píldora —jadeó ella y mi cuerpo entero se sacudió.

—¡Gracias! —respiré aliviado, entrando de nuevo en su interior.

—Continúa, por favor —Valeria apenas tenía aliento para responderme—. Llevo mucho tiempo sin tener un buen orgasmo...

Su desesperación me excitó aún más. Me soltó el pelo, que cayó como una fina cortina dorada sobre su rostro arrebolado.

—Hoy tendrás varios orgasmos, preciosa —le prometí.

Valeria giró levemente la cabeza y me olisqueó el cuello.

—Hueles tan delicioso.

Abrió la boca y me mordió, un mordisco cortante a lo largo de mi mandíbula y aquello me incentivó. Mi enorme cuerpo se sacudió y empezó a machacarla, con duros y profundos golpes que solo eran posibles porque ella estaba húmeda de la excitación.

—Sascha... —gimió mientras la acometía una y otra vez.

Valeria paró de respirar, los ojos se le cerraron, totalmente entregada a mí. Su cuerpo entero convulsionó, su sexo se tensó en torno a mí, los brazos y

piernas me aferraron con fuerza, queriendo sentirme tan cerca como fuera posible.

—Oh, sí, preciosa —gemí sin detenerme en mis embestidas.

Soltó el aliento con un gemido grave y entrecortado, balbuceado al ritmo de mis acometidas, ahora más rápidos y más fuertes, hasta que exploté.

Dejó caer los brazos, incapaz de aferrarse más tiempo a mis amplios hombros. Sus piernas todavía me rodeaban las caderas, estaban temblando. Toda la zona de su ingle estaba húmeda y olía a excitación sexual, acre y terrosa, desde donde estábamos unidos.

—Oh —soltó, incapaz de formar nada más coherente.

—Sí...

Mi vida sexual era bastante activa, Valeria era una más de tantas, pero ninguna me tenía más cachondo que Marcia, la puta del pueblo, la puta de Daniel.

—¿Cómo pudiste estar con ese deficiente de mierda? —le preguntaba siempre que la ira carcomía mi ser.

Ella jugueteaba con mi pezón, le encantaba hacerlo tras el polvo.

—Daniel es diferente —me respondió—, es como hacer el amor con un niño.

Fruncí mucho el entrecejo. Era un maldito depravado, pero jamás me imaginé con alguna cría, jamás.

—Su alma es pura, limpia y su cuerpo es inmejorable.

La empujé con brusquedad.

—Me tengo que ir.

Ella me rodeó el cuerpo con sus brazos y sus largas piernas.

—No te vayas, mi amor.

Una súplica y me tenía a sus pies. ¿Qué me estaba pasando con aquella mujer? ¿Por qué no lograba controlar mi cuerpo cuando la tenía a mi lado? ¿Era amor? ¡No! Esas cursilerías no iban conmigo. Ni siquiera Diana logró tal hazaña en mí. ¡Era imposible! Aquel sentimiento era para los débiles.

—¿Por qué lo odias tanto? —me preguntó Marcia mientras la acometía.

¿Cómo osaba hablar de aquella rata en aquel momento tan íntimo? La penetré de golpe y la hice gritar.

—Maldita —le dije antes de salir de su cuerpo, girarla y acometerla por atrás, por aquella hendidura poco usada, según ella.

¡Estaba cabreado!

Daniel Schmidt despertaba mi lado más oscuro, más cruel, más salvaje.

Desde críos me gustaba maltratarlo, humillarlo, lastimarlo. ¡Era el tonto del pueblo! ¡El idiota! ¡El infeliz sin cerebro!

—¿Sascha? —me dijo Valeria y me arrancó de mi trance.

—Lo siento, preciosa.

Nos subimos a mi departamento y disfrutamos de lo prohibido toda la noche.

ΣΧΖ

Días después. una noticia inesperada derrumbó todos los pilares de mi existencia.

—¿Crees conveniente que Sascha sepa sobre su verdadero origen? —le dijo mi madre a mi padre.

¿De qué estaban hablando? Me acerqué más a la puerta.

—No lo sé Martha —le dijo mi padre—, solo en caso de emergencia se lo diría.

—Su madre está muy cerca de él.

¿Mi madre? ¿No era hijo de ellos?

—Ella juró que jamás hablaría con Sascha.

—Sascha moriría si supiera que su madre es una simple mucama.

Por primera vez en mi vida los ojos se me nublaron. ¿Era el hijo de una rata? ¿Una mucama asquerosa? ¿Era eso? El mundo entero se derrumbó bajo mis pies.

—No es cierto —me dije.

Salí de mi casa como una exhalación y me dirigí a la de Marcia. La cogí en brazos al verla y la llevé al cuarto sin decirle una sola palabra.

—Tu piel parece seda —susurré con voz ronca mientras le deslizaba los labios por el tobillo—. Me vuelves loco, Marcia.

Aquella mujer me tenía hechizado.

«Ten cuidado con ella, señor» me dijo Emilia, la plasta campesina que vivía rondándome.

En el pueblo decían que Marcia practicaba la brujería, pero no creía en esas cosas.

—¿Te gusta? —le pregunté tras chuparle los dedos del pie derecho.

Ella contuvo el aliento. No se había esperado eso. Habíamos estado tomando unas copas en un bar del pueblo y luego habíamos ido a su casa.

—Me encanta estar contigo, Sascha...

Observó cómo mis dedos, largos y fuertes, se deslizaban por la cremallera de su falda vaquera. Le desabroché el botón con facilidad y el ruido de la cremallera se oyó incluso por encima del sonido de la tormenta que rugía fuera.

—Eres tan hermosa, Marcia.

A ella se le tensó el estómago y se sintió más excitada que nunca al ver cómo le abría la falda y, agarrándola por la cinturilla, se la quitaba con un ágil movimiento.

—¿Por qué estás tan serio esta noche?

Alargó las manos hacia los botones de mi camisa, posé los labios sobre su vientre y la dejé momentáneamente paralizada. Una vez que recuperó el aliento, me clavó las uñas en los hombros y arqueó las caderas hacia mí.

—No es un buen día —le dije sin detenerme en mis besos—, necesito olvidarme de ciertas informaciones, cielo.

Marcia me miró con terror, ¿por qué me miraba de aquel modo? La visión se me ofuscó y empecé a ver todo borroso. ¿Qué me estaba pasando? Llevaba días teniendo malestares estomacales y visuales. El otro día, de la nada, atacó a uno de los empleados de la granja, alegando que él me había empujado, pero según me dijeron, el pobre hombre ni siquiera estaba a mi lado.

—¿Quieres un poco de mi bebida mágica? —me preguntó Marcia—, la que sueles beber para relajarte.

Asentí con desconfianza. ¿Sería cierto lo que Emilia me dijo el otro día? ¿Marcia estaría practicando alguna brujería para enamorarme? Marcia cogió su bolso y retiró un gotero de color blanco. Colocó en un vaso con agua unas gotas y me ofreció a continuación.

—Bebe un poco —le dije desafiante.

Ella cogió el vaso sin vacilar y bebió un sorbo.

—Ufff —soltó tras experimentar el sabor amargo de aquella poción mágica que solía dejarme al borde del abismo—, ¿listo para follarme toda la noche?

Metió mi mano derecha entre sus muslos y sentí la humedad que cubría los sensibles pliegues de su sexo.

—Estoy ardiendo, Sascha...

La empujé de golpe en la cama, me gustaba la rudeza en la intimidad, me excitaba, me encendía. Marcia me miró con asombro, ¿por qué me miraba de aquel modo? Sus ojos, ¿dónde los había visto antes? Me tocó el miembro de

un modo muy delicioso. Estaba impaciente, no la culpaba, todas me deseaban.

—Paciencia, cariño —la tranquilicé mientras me movía sobre ella, desabrochándole la blusa para acariciarle el estómago y los pechos—. Vamos a deshacernos de toda esta ropa que esconde tu precioso cuerpo.

No había un cuerpo más perfecto que el suyo, y ella lo sabía. El calor del deseo crepitó bajo su piel cuando le rocé uno de los tensos y duros pezones con la palma de la mano al tiempo que le quitaba la blusa. Antes de deshacerme de la prenda tomé posesión de sus labios.

—Im dimi si zu mai —dijo en un tono muy raro.

—¿Qué?

—Bésame —me dijo y perdí por completo la noción.

Me rodeó el cuello con los brazos mientras la besaba, metiéndome la lengua en la boca y rozándome contra la de ella un instante antes de retirarse. Implacable, me mordisqueó los labios, los acarició y luego volvió a asaltarme con una exigencia voraz que me hizo estremecerme con violencia. ¡Era tan salvaje!

—Así, cielo —le dije sumiso a ella.

Cerró los dedos sobre mi camisa e intentó arrancármela, desesperada por tocar mi piel.

—Necesito acariciar tu piel dura y bronceada —me dijo sin resuello. —No pares —gimió desesperada cuando me eché hacia atrás para quitarme la camisa por la cabeza.

Los vaqueros me caían a la altura de las caderas enfatizando la dura erección que cubrían. Marcia alargó la mano y la apoyó en mi pecho. Me sintió estremecerme bajo sus caricias; mi cuerpo reaccionó al roce de sus dedos y mi rostro se tensó de deseo.

—Me tienes embrujado, Marcia.

Su mirada se volvió turbia y oscura, de un verde acerado y lleno de poder sexual. De repente, su rostro se transformó en algo muy grotesco. Entrecerré los ojos y, luego, los volví a abrir. Ella había recuperado su belleza natural. Pero... ¿qué cojones me estaba pasando? ¿Eran las malditas drogas que solía fumar? ¿Era eso?

—¿Te pasa algo, Sascha?

Negué con la cabeza.

—Simplemente no puedo resistirlo más.

Le abrí más las piernas, me puse de rodillas entre ellas y la miré. Me bajé la cremallera. Largo y grueso, mi miembro latía con fuerza ante ella.

—Haces que un hombre pierda el juicio.

El vientre de Marcia se contrajo de forma instintiva. Yo estaba hambriento, desesperado por ella.

—Yo ya he perdido el mío —jadeó ella en el instante en que acaricié uno de sus senos.

El pezón no podía estar más duro, más sensible y caliente. Cuando le rocé con el pulgar, Marcia soltó un gemido de placer muy teatral. ¿Acaso estaba fingiendo? Le di una fuerte bofetada.

—¿Estás loco?!

La miré con expresión iracunda.

—¡Por ti! —chillé enfurecido antes de besarla con pasión insana.

Incorporándose hasta quedar sentada frente a mí, ella me agarró la cinturilla de los vaqueros y me los bajó por los muslos al tiempo que apretaba los labios contra mis abdominales. Abrió la boca y me lamió con tesón.

—¡Eres un imbécil! —protestó sin detenerse en sus besos—. Pero te deseo más que al aire que respiro...

Como recompensa obtuvo un ronco gemido que surgió de lo más profundo de mi pecho.

—Y yo a ti, Marcia.

Eso era lo que ella quería oír. Cerró los dedos en torno a mi rígida erección y movió la mano suavemente, observándome con ojos desafiantes. Me lamió con la lengua la punta, haciendo que emitiera otro ronco gruñido más. Estaba a punto de perder el control. Impulsé las caderas hacia delante para acercarlas más a ella y tensé mis piernas cuando empezó a succionarme el sexo.

—Me excitas como ningún otro hombre lo hizo con anterioridad —me dijo entre un lametón y otro.

—Dios mío, Marcia, tu boca...

La agarré con fuerza del pelo y ella, en respuesta, lamió mi miembro enloquecida. Tensé las manos en su cabeza.

—Si sigues así conseguirás que pierda el control por completo —la acusé—. Tómame por completo en tu boca, cariño. Haz que pierda el sentido.

Comencé a mecer las caderas para penetrarle la boca con más fuerza mientras alargaba las manos hacia sus rígidos pezones y comenzaba a presionarlos, robándole gemidos de placer.

—Fóllame —mascullé a punto de estallar—. Es lo que pienso hacer contigo. Lameré cada centímetro de tu cuerpo hasta que grites. Hasta que me

supliques que pare porque no puedas más.

Levantó la mirada hacia mí y me miró de un modo muy extraño. Aquella mujer era un misterio para mí. Le aparté la cabeza y ella soltó un gemido de protesta. Marcia quería más. Quería sentirme explotar en su boca como las otras veces.

Tomando el mando de la situación, le sujeté las muñecas con una mano y se las levanté por encima de la cabeza al tiempo que bajaba la mirada hacia ella, escondiendo mis ojos tras las espesas pestañas rubias.

—¿Me deseas?

—Mucho...

Apreté los labios. Un rubor intenso le cubría las mejillas y gruesos mechones de su pelo trigueño le caían sobre la frente.

—¿Más que al retrasado?

Sus ojos se oscurecieron.

—Eres un hombre de verdad, Sascha —me dijo con firmeza—, no un niño llorica como él...

Su afirmación me postró a sus pies.

—Me recuerdas a alguien —le dije tras estudiar sus rasgos faciales—, pero no recuerdo a quién.

Alzando las caderas para mí, Marcia contempló cómo me abría paso entre sus acogedores pliegues. Me observó con los ojos muy abiertos y, sin aliento, notó que comenzaba a deslizarme en su interior.

—Poséeme, Sascha —susurró—, im dimi mai —masculló.

Una dulce sonrisa se insinuó en sus labios, una sonrisa que abrió un oscuro portal en mi interior.

«No puede ser ella» pensé mientras la embestía.

Capítulo 26

Beatriz

ΣЖЗ

«Un secreto inesperado»

Un rayo iluminó el cielo y poco después se oyó retumbar un trueno. Era la tormenta más violenta que se había visto en los últimos años, nos dijo la abuela Rita tras beber un sorbo de su zumo. Daniel estaba muy tenso, las tormentas siempre lo apabullaban mucho. Nos sentamos en el sofá de cuero de color amarillo y entrelazamos nuestros brazos.

—No tengas miedo, mi amor —le dijo su abuela, que se recuperaba maravillosamente bien de su cirugía—. La doctora está a tu lado...

Besé sus labios entumecidos con ternura y le devolví la paz por unos segundos. Daniel apretujó mi mano y me miró con expresión melosa. Besé la punta de su nariz y, a cambio, me gané una sonrisa.

—No puedo creer que el señor Franke haya ganado el sorteo que habéis organizado —nos dijo Emilia—, y lo mejor de todo, ¡Daniel cuidará a Mimosa!

El señor Franke era un ángel. No solo había comprado todos los boletos, sino también contratado a Daniel para que cuidara a Mimosa. Me daba la sensación de que quería regalarla, pero conocía muy bien a Daniel, y, optó por lo mejor.

—¿Estás contento, mi amor?

Emilia soltó un grito ahogado tras golpearse la frente con la mano derecha.

—¡Casi lo olvido! —lanzó tras un suspiro muy exagerado—, he encontrado el vídeo que te prometí, doctora.

Miré con ojos centelleantes el DVD que Emilia me estiraba.

—Emanuel lo convirtió en DVD hace unos años —me dijo con lágrimas en

los ojos—, en ese vídeo encontrarás a muchas personas que ya no están.

Daniel suspiró con tristeza.

—¿Quieres verlo conmigo, cielo?

Me miró a los ojos y sonrió.

—No quiero abrirte viejas heridas, mi vida —le acaricié el muslo con afecto—, pero, si te soy sincera, muero por escucharte.

En aquel vídeo casero, Emanuel immortalizó la voz de Daniel, la voz que, al parecer, jamás retornará. Daniel me dio un beso suave, un beso cargado de amor y dulzura.

—Buenas noches —nos saludó Diana.

Daniel fijó sus ojos en ella y la observó por unos instantes. Cada vez que la miraba de aquel modo, la voz de Sascha asaltaba mi mente y agitaba mi corazón de un modo muy asustador.

«Daniel y Diana siempre se amarán, doctora, aunque pasen mil años» me dijo días atrás, mientras revisaba unos caballos.

Sascha tenía el ego herido tras mi contundente rechazo, y, cada vez que me veía, hería el mío.

—Buenas noches —contestamos todos.

Daniel agachó la cabeza al tiempo que apretujaba mi mano con afecto. La abuela Rita desenchajó su semblante cuando Diana se acercó a ella.

—Espero que se recupere pronto, señora Schmidt —le dijo Diana con amabilidad.

La observé con ojos críticos desde mi sitio. Diana estaba cada vez más delgada y demacrada, parecía un zombi. Emilia la oteó de pies a cabeza sin poder dar crédito a lo que veía. Daniel no levantó la cabeza una sola vez tras bajarla.

—Adiós —nos dijo Diana con la voz algo apagada.

Parecía muy cansada, muy agotada. Observó a Daniel antes de marcharse. Lo amaba, con locura, a pesar del tiempo y las circunstancias. Los celos arañaron mi alma con alevé. ¿Por qué sentía tantos celos? ¿Por qué no conseguía controlarlo? Visualicé mi reloj y supe por qué.

—Adiós —bisbiseé tras besar el hombro de Daniel.

Él, al sentir mi caricia, levantó la vista y me dedicó una de sus sonrisas más hermosas, de aquellas que me derretían el alma.

—Te amo —le dije en un susurro.

Siempre que le decía «te amo» algo en mi interior brincaba de un modo difícil de explicar con palabras. Lo había dicho en otras ocasiones, pero hoy

sonaba distinto, lo sentía distinto.

—Yo también —moduló Daniel con sus labios.

Le di un beso por respuesta. Un beso y todo mi ser vibraba de un modo indescriptible. ¿Tan fuerte era el amor que sentía por él, que mal podía controlarlo? Daniel posó su frente sobre la mía y suspiró hondo. Su cálido aliento rozó mis labios e impulsó a mi corazón a latir con más fuerza, con más descontrol. Nunca, nunca me había pasado algo remotamente parecido. Tenía miedo de perder el control por completo.

—Hora de dormir —dijo la enfermera que atendía a la abuela Rita—, nuestra paciente más querida necesita descansar para recuperarse por completo.

Nos despedimos de ella con besos y abrazos.

—Cuídate, mi amor —le rogó a su querido nieto—, come bien, ¿sí?

Daniel asintió tras besarle la frente.

—Te amo —le dijo su abuela—, mi pequeño querubín.

Antes de retirarnos, fui al servicio, bebí algo de agua tras salir y me acerqué a Daniel, que seguía absorto en sus pensamientos. Cada vez que veía a Diana reaccionaba del mismo modo.

«Basta, Beatriz» me dije mientras me acercaba a él.

Llovía a cántaros afuera y el agua anegaba el suelo inundando aceras y calzadas. El viento rugía y silbaba con furia. Miré el cielo con ojos traviosos.

—¡Ven! —le grité a Daniel, y salí disparatada del hospital.

Daniel me miró atónito desde la puerta principal mientras yo giraba sobre mis pies en la desértica calle. Cuando estaba con él, mi cordura desaparecía por completo. ¡Era otra! Simplemente... otra...

—¡Es solo una lluvia, Daniel!

Los truenos, los relámpagos y la lluvia no le impidieron de unirse a mí.

—¿Estoy loca?

Daniel me besó con irrefrenable deseo.

—¿Estamos?

Él asintió tras cogerme de la mano y salir corriendo hacia su casa. Cruzamos las calles inundadas riéndonos como dos locos enamorados. Entramos en la senda estrecha que terminaba delante de su casa. Observé la pequeña casa rústica que estaba entre una arboleda con ojos soñadores. Parecía la casa de los enanitos de Blancanieves, pensé para mis adentros.

—Me encanta tu casa, Daniel.

Cruzamos el pletórico jardín hecho por él. Me detuve en seco y él también.

Me miró expectante mientras la lluvia caía sobre ambos.

—¿Bebemos vino? —le propuse y él asintió sonriendo—, ¿después de ducharnos? —me estrechó con afecto al tiempo que posaba sus labios sobre los míos y recorría mi espalda con ambas manos—, y otras cositas —susurré sobre sus labios, ganándome un dulce beso a cambio.

Cuando miré fijamente a esos refrescantes ojos azules, algo extraño sucedió dentro de mí. Me sentía de repente como una mujer hambrienta que acababa de ver un postre tentador. Daniel despertaba un lado mío que desconocía hasta entonces.

—¿Tienes vino en casa?

Sujetó mi rostro entre sus manos y me miró a los ojos, ¿qué buscaba en ellos? Posó su frente sobre la mía y asintió tras besarme de un modo muy inquietante. Daniel tenía el don de sorprenderme con sus besos, con sus caricias, con sus miradas.

—Me congelo —le dije, tiritando—, ¿nos duchamos?

Entramos en la casa a toda prisa y nos desvestimos en dos segundos. Nos metimos bajo la ducha tras encender la luz del cuarto de baño. El agua caliente recorrió nuestros cuerpos y abrasó cada fibra.

—Me encanta —ronroneé.

Daniel se puso detrás de mí y me enjabonó la espalda con el jabón que olía a lavanda mientras succionaba el lóbulo de mi oreja derecha con avidez, estremeciéndome entera con aquella caricia un pelín atrevida por su parte.

—Siempre me sorprendes —mascullé cuando empezó a lavarme los pechos con suavidad—, me encantan tus caricias, mi amor —jadeé.

El olor del jabón embalsamó todo el cuarto de baño, entremezclándose con el vapor y nuestros propios jadeos. Me volví y clavé mis dedos en sus brazos cuando las rodillas me fallaron. Miré embelesada el rostro perfecto de Daniel: sus ojos clarísimos, su nariz respingona, sus mofletes siempre sonrojados, su mentón cuadrado y aquel hoyuelo en el centro de su barbilla. Deslicé mis ojos por su cuerpo definido.

—Daniel —dije en un susurro antes de acariciarle la mejilla con la mano—, mi carita de ángel...

Entrecerró los ojos al sentir mi caricia, encerrándose en alguna mazmorra de su alma con aquel simple gesto. Su belleza iba más allá de lo físico, iba más allá de lo visible.

—Me toca —le dije tras coger el jabón de sus manos—. ¿Te gusta? —le enjaboné el torso y descendí lentamente hasta su ombligo—, tienes la piel de

un recién nacido...

Con lentitud bajó su boca a la mía. El beso era suave y dulce al inicio, pero luego se tornó más fogoso, más voraz. Sus dedos se movían por mi pelo húmedo con delicadeza, así era él, tierno, dulce y muy delicado. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y, de puntillas, separé los labios para dar la bienvenida a su deliciosa lengua. Sus manos bajaron a mis caderas, levantándome del suelo. Su mano me acarició hacia arriba a lo largo de mi columna.

—Hazme el amor —le susurré.

Gemí mientras él me estrechaba con fuerza e inclinaba la cabeza para capturar mis labios. Me besó con delicadeza y mucha pasión a la vez, mientras yo clavaba las uñas en su piel enjabonada. Le devolví el beso con frenesí, acariciándole la lengua con la mía mientras él me alzaba en brazos y separaba las piernas para guardar el equilibrio. Le rodeé la cintura con las piernas, cerrándome en torno a él. Daniel me puso contra la pared y me penetró lentamente. Nos besamos con más ardor, con más impaciencia a medida que el deseo nos envolvía.

—Cielo —jadeé cuando aumentó el ritmo de sus movimientos—. ¡Sí! —chillé tras hundir mis dedos en sus brazos.

El placer me arrancó un gemido cuando llegué al orgasmo. Me desplomé en sus brazos mientras él continuaba acometiéndome. Daniel me siguió poco después. Me estrechó un buen rato bajo el agua y, cuando levanté por fin la cabeza, me echó el pelo hacia atrás.

—Te amo —solfeó con los labios y con una mirada teñida de dulzura.

Tracé el contorno de su cara con los dedos, embebecida por su belleza casi dolorosa.

—Y yo a ti, Daniel.

Al cabo de un rato, una vez saciados y aun estremeciéndonos por los rescoldos del placer, Daniel me estrechó con fuerza, cerró el grifo y me secó con suavidad. Sus caricias fueron delicadas y no dejó de mirarme un solo segundo. Le permití que atravesara el portal de mi alma y que tras ello, conociera mis secretos más profundos. Lo amaba. Con toda el alma. Lo quería por completo. Deseaba pasar el resto de mi vida a su lado y entregarme por entero a este sentimiento inocuo en mi ser. Pero, ¿y él?, ¿sentía lo mismo?

«Daniel y Diana siempre se amarán, doctora, aunque pasen mil años» la voz de Sascha retumbó en mi cabeza como un martillazo.

Enterré mis dudas en un lugar secreto de mi corazón. Y después comprendí

que aceptaría lo que él quisiera darme, aunque jamás fuera suficiente o parecido a lo que alguna vez sintió por Diana, su primer amor, mi eterna rival. Lo besé, sonreí y me esforcé por mantener alejada la tristeza de mi cara y, ante todo, de mi corazón.

—¿Listo, cielo?

Daniel me miró como si supiera que le estaba ocultando algo importante, pero acabó devolviéndome la sonrisa. Me cogió de la mano y salimos juntos del cuarto de baño.



Daniel se puso unos pantalones cómodos y una camiseta azul cielo algo raída. Yo me puse una camiseta negra, igualmente antañá, nada más. Daniel me miró con expresión ladina.

—Así tienes menos prendas que quitarme —me mofé y él sonrió ampliamente.

Reprimí una sonrisa y me senté sobre el canapé mientras Daniel servía el vino en dos copas. Su aroma asaltó mis fosas nasales y me robó un gemido de placer. Él sonrió al ver mi expresión.

—Gracias, cielo —le dije tras coger la copa que me ofrecía.

Daniel empujó su copa y la entrechocó con la mía.

—Chin chin —le dije antes de beber un sorbo.

Él estaba sentado en el sofá, bebiendo su copa cuando me acordé del DVD que me había entregado Emilia en el hospital.

—¿Vemos el vídeo? —le dije y él asintió con la cabeza.

Cogí el estuche del DVD y me acerqué al mueble de la televisión. Daniel encendió la televisión y el aparato reproductor. Le estiré el disco, ansiosa por escucharlo por primera vez, pero el vídeo no tenía sonido. Lo revisamos unas mil veces, sin éxito. Le llamé a Emilia mientras Daniel entraba en el cuarto de baño.

—Emanuel me dijo que ese vídeo tuvo un problema —me dijo tras hablar con su hermano—, revisaré los demás DVD —me prometió—, quizá tenga suerte y encuentre uno con Daniel.

Colgué el teléfono justo cuando en la pantalla de la televisión aparecía Diana y Daniel con un perro de la raza Pastor alemán. Daniel y ella reían mientras el animal ladraba cerca de ellos. Observé con atención sus rostros.

«Siempre se amarán. Siempre se amarán. Siempre se amarán» resonó la

voz de Sascha en mi cabeza.

Bebí de un sorbo mi copa, evocando lo que Fátima me dijo cierta vez, en el pasado.

—María siempre será el amor de Paulo —me dijo mi amiga—, aunque no estén juntos, ella siempre será su amor y él el suyo.

Hablábamos de una novela, cuyo final nos dejó sin aliento.

—Pensé que Verónica lograría lo imposible, Fátima.

—Él la amaba, pero de un modo distinto.

—¿Distinto?

Fátima claudicó.

—Paulo amaba a Verónica, pero nunca la miraría como alguna vez miró a María. Nunca sentiría por ella lo que sintió por María. Esos amores complicados son los más difíciles de olvidar. Son eternos.

Nunca comprendí aquello, nunca lo asimilé muy bien, hasta ahora.

Me senté en el lado opuesto del canapé, no apoyada contra el brazo, precisamente. Daniel me observó con interés tras volver. Me serví más vino, necesitaba sedar mi cordura por completo. Daniel se sentó a mi lado y bebió su copa mientras oteaba la televisión. No se sentía cómodo ante aquellas viejas imágenes. ¿Por qué Emilia me dio aquel DVD? Unas dudas abrasadoras quemaron mi alma con saña. ¿Quería decirme algo con aquello? ¿Herirme? ¿Despertar algo en mí? Daniel y yo bebimos dos botellas de vino sin darnos cuenta.

—Terminó —le dije entre risas—. La segunda botella terminó más rápida que la primera —me reí aún más.

Daniel estaba tan borracho como yo y mal podía disimularlo.

—¿Te encuentras bien, cielo?

Él asintió sin mirarme.

—¿Has bebido demasiado?

Volvió a asentir.

—Es mi culpa...

Daniel se volvió y me miró a los ojos algo ceñudo. Me tiró de golpe y me obligó a sentarme en su regazo a horcajadas. Comenzó a besarme, porque simplemente ya no podía aguantarse más. Ese beso era embriagador.

—Daniel —gemí en su boca cuando apretujó mis nalgas con ambas manos de un modo muy excitante.

Cuando nuestras bocas se juntaron y nuestras lenguas se tocaron, tuve la sensación de que el resto del mundo había ido a la deriva. Metí las manos bajo su camiseta y deslicé mis manos en su torso definido.

—Me encanta tu cuerpo, cielo —susurré tras apartarme—, aún recuerdo el primer día que te vi —esboqué una sonrisa ladina—, pensé que eras un ángel.

Daniel frunció su entrecejo. Cierta vez, me dijo que no era un ángel, ya que no tenía alas como los que estaban en la iglesia. Su inocencia me enloquecía, lo confieso.

Tiré de su cabeza y comencé un ataque implacable sobre su labio inferior, mordiéndole suavemente con mis dientes mientras resbalaba mis dedos a lo largo de su espina dorsal y los metía dentro de la cinturilla de sus pantalones. Él gimió y, a continuación, me dio un mordisco en la oreja. Daniel pasó su brazo bajo mis rodillas, me levantó del sofá, y me sostuvo cerca de su pecho.

—Llévame a tu cuarto, cielo.

Me llevó a su dormitorio y me puso con cuidado encima de la colcha. Daniel me miró con deseo.

—Quítate la ropa con sensualidad —frunció el ceño—. Hazme un baile erótico.

Daniel me miró desencajado y algo ruborizado. Creo que no comprendía muy bien mi petición.

—¿Por favor? —supliqué con ojos de cordero degollado.

Daniel sonrió. Sentí una oleada de flujo de calor por mi sangre cuando empezó a quitarse las ropas. Se tomó su tiempo para levantar la camiseta y dejar al descubierto su abdomen definido. Separé los labios suavemente. Metió un pulgar en la cinturilla del pantalón y me miró con timidez.

—Continúa, cielo —le animé—, lo haces muy bien...

Él empezó a bajar lentamente los pantalones. Y luego metió sus pulgares dentro de la cinturilla de su ropa íntima, y se la quitó lentamente.

—Eres hermoso, Daniel.

Me recosté y puse la cabeza encima de la almohada, mi pelo parecía una corona a mi alrededor. Lo miré con atención mientras caminaba hacia la cama. Se sentó sobre el borde de la cama y me miró con magnitud. Siempre que me miraba de aquel modo, algo se incendiaba dentro de mi ser.

—Soy tuya, Daniel —le susurré—, de cuerpo y alma...

Daniel me quitó la camiseta y me dejó completamente desnuda. Un trueno embravecido cruzó el cielo justo en ese momento. Él se estremeció, pero no de miedo.

—Apaga la luz —le pedí.

Él se levantó y apagó la luz. Se subió a la cama y se acomodó entre mis piernas con suavidad. La farola de afuera iluminaba en parte el cuarto, desvelándome los secretos más profundos de su alma a través de sus ojos. Daniel me miró con deseo, con ternura y con amor.

—Daniel —mascullé en un hilo de voz apenas audible.

Me besó con mucha pasión, como si se le fuera la vida en aquel beso mientras me penetraba y me hacía suya, solamente suya. Llegamos al clímax con un segundo de diferencia.

«Te amo» imaginé que me dijo antes de desplomarse sobre mi cuerpo.

—Te amo —le dije con un enorme nudo en la garganta.

Lo amaba con toda el alma y temía perderlo tarde o temprano. La fobia que sentía era incontrolable. Evoqué a alguien muy especial en mi vida, a alguien que perdí para siempre.

«Ángela» dije con lágrimas en los ojos.

Desde la muerte de Ángela, tomaba unos antidepresivos, que dejé tras conocer a Daniel. Él se removió inquieto cuando un trueno estalló en el cielo.

—Chiss —le arrullé mientras le acariciaba la cabeza con afecto—, no tengas miedo, mi amor.

Daniel acomodó su cabeza sobre mis pechos como un niño indefenso.

—Te amo tanto...

Los recuerdos asaltaron mi mente y aumentaron mi martirio a niveles insoportables.

—En tu inocencia hallé la cura de mi alma, Daniel —mascullé llorando—, pocas personas pueden apreciar la verdadera belleza que se encuentra en tu ser...

Capítulo 27

Daniel

ΣϞΞ

«La venganza»

Una semana más tarde, observaba a mi abuela con ojos soñadores. Ella circulaba por la estancia como siempre, como si nunca le hubieran abierto la tripa días atrás.

—¿Quieres comer pasta, cielo? —me preguntó con su peculiar dulzura.

Asentí tras darle un beso en la frente.

—Te amo —me dijo—, ¿eres feliz, cielo?

Asentí con la cabeza. Era el hombre más feliz de la tierra al lado de Beatriz, aunque muchas veces no comprendía lo que me decía, en especial cuando se ponía triste y distante. Últimamente, con más frecuencia que antes. Supuse que era por su hermana, que ha desaparecido por completo del mapa. Según Constanza, Débora solía desaparecer por una temporada, retornando tras ello y desordenando la vida de su hermana como de costumbre.

Ver triste a Beatriz me acongojaba bastante, ya que no podía consolarla con palabras de aliento. Escribir no expresaba con exactitud lo que quería decirle.

—Hoy es la gran fiesta del señor Franke —mencionó mi abuela y me arrancó de mi trance de golpe—, el esmoquin que te envió te queda maravillosamente bien —resaltó.

El señor Franke se tomaba muchas molestias conmigo, bueno, también con Beatriz y todos aquellos que me rodeaban. Luisito y Sofía lo adoraban, solíamos irnos a su casa por las tardes para merendar con él.

—Los Weber irán —me dijo mi abuela mientras troceaba las verduras—, dicen que Diana está cada vez peor.

Diana estaba muy enferma, tenía una grave dolencia interna. Me dijo días

atrás que su alma tenía cáncer. No sabía que el alma podía tener aquello, pero sabía que el cáncer era grave, incurable.

—Espero que Sascha no te fastidie —me dijo mi abuela algo molesta—, ese hombre es muy mala gente y ahora que anda con Marcia, peor.

Sascha y Marcia mal escondían lo suyo. Diana lo sabía, al igual que toda su familia, pero nadie hacía nada al respecto. El señor Franke me dijo que un verdadero hombre amaba a una sola mujer, yo amaba con locura a Beatriz, aunque Emilia insistía que Diana siempre sería mi amor. Diana fue mi primer amor, pero lo que sentía por ella murió con el tiempo. Hoy en día era incapaz de vivir sin Beatriz. Ella era mi dulce destino. Mi dulce sueño. Mi dulce amor.

—Cielo —me dijo mi abuela mientras removía la salsa de tomate con su vieja espátula de madera—, deberías deshacerte de aquella piedra —me aconsejó, refiriéndose a la piedra que alguna vez había tallado para Diana—, el pasado debe ser enterrado.

Asentí con un cabeceo.

—Podrías tallar el rostro de tu verdadero amor —me dijo con expresión ladina, robándome una risita—, aunque el rostro de la doctora sería complicado tallarlo —enarqué una ceja—, ¡es demasiado hermosa!

Podía intentarlo, pensé con altivez. Cogí varios panes y los metí en una bolsita de plástico.

—¿A quién le llevas pan? —me preguntó mi abuela algo fisgona.

En el bosque había alguien, no sabía si era una persona o un animal, pero podía sentirlo a pesar de no verle.

Me despedí de mi abuela con un beso.

—No tardes mucho, cielo.

Caminé absorto en mis pensamientos rumbo al bosque. Alcé la vista y escruté embelesado las copas de los árboles que lentamente empezaban a perder sus hojas. Beatriz solía decirme que aquel largo camino de árboles frondosos le recordaba a un túnel. Nunca vi uno, así que me enseñó una foto y quedé maravillado.

—Daniel —me llamó alguien por detrás.

Ralentiqué de golpe mis pasos y giré sobre mis pies. Marcia se acercó a pasos firmes. Me fallaron las rodillas y también la respiración. Antes me alegraba cuando me hablaba, pero las cosas cambiaron.

—Necesito hablar contigo, Daniel.

Me volví, dispuesto a marcharme de allí lo más rápido posible. Ella me cogió de la mano y me obligó a quedarme allí.

—¿Quieres a Beatriz?

Su pregunta paralizó mi corazón.

—La amas —me dijo en un tono bastante austero—, pues debes alejarte de ella...

¿Alejarme de ella? ¿De qué estaba hablando? Marcia me empujó con violencia y perdí el equilibrio, derrumbándome sobre el césped. Se abalanzó sobre mí tras cortarse el labio inferior con algo puntiagudo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba loca? Tras cortarse, me dio un beso, el sabor metálico de su sangre asaltó mi boca y me provocó náuseas. La empujé con brusquedad y vomité a continuación. Marcia soltó una palabrota mientras yo evacuaba mi estómago. ¡¿Por qué hizo aquello?! ¡¿Qué le hice para merecer aquel trato?!

—Estás contaminado, Daniel —me dijo algo exasperada—, tienes Sida como yo. Como todos mis amantes —se regodeó.

Giré el rostro y la miré con expresión de agobio. ¿Contaminado? ¿Sida? ¿Qué era eso? Como si me hubiera leído la mente, dijo con voz ronca:

—Es una enfermedad mortal, Daniel —me dijo con voz fría—, si haces el amor con Beatriz, ella también será contagiada y morirá. Una muerte cruel y muy dolorosa.

Me levanté de un salto y la empujé contra un árbol, rodeándole el cuello con ambas manos.

—Mátame, Daniel —me dijo sin resuello a medida que le apretujaba el pescuezo—, moriré de todos modos, al igual que tú... —tosió.

Me estaba mintiendo, aquello era una mentira, una cruel mentira. Me empujó y me apartó de ella de golpe. Abrió su bolso y retiró unos papeles.

—Aquí tienes toda la información —me estiró los papeles de mala gana—, si le amas de verdad, te alejarás de ella a tiempo, Daniel. Miré los papeles, pero no comprendía muy bien lo que decía en ellos. ¿Me moriré? ¿El Sida me matará? Aquella enfermedad no me era del todo ajena, pero ¿dónde la había escuchado antes?

—Pregúntale a cualquiera y te dirá lo mismo. Mi sangre está maldita y tú lo has tragado —la miré con perplejidad—, ¿recuerdas a la dueña del burdel? Era mi tía. Ella murió de eso, aunque todos creyeron que era cáncer.

Evoqué a la dueña del burdel, una mujer muy grosera y mezquina que murió hacía un par de meses atrás. Emilia nos dijo que sufrió mucho antes de partir. Que la piel se le despegó cuando intentaron cambiarla de cama. Mis ojos se nublaron lentamente, ¿por qué me hizo aquello?

—No puedo morirme sabiéndote feliz con otra —me dijo con rabia—,

¡soy egoísta, Daniel! —sus ojos se llenaron de lágrimas—, te amo demasiado como para dejarte con esa mujer...

¿Eso era amor? ¿Destruir al ser que amas?

—Te amo —me dijo e intentó besarme, pero la empujé con todas mis fuerzas y la derrumbé sobre el césped con violencia—, Dios mío... ¿qué te hice? —me dijo con voz ensombrecida—, perdóname, Daniel...

¿Estaba arrepentida? ¿Tras destruirme la vida? Se levantó a toda prisa y salió corriendo del lugar.

«Dios mío» mascullé para mis adentros, anegado en lágrimas. Corrí hacia el bosque y deposité los panes sobre el viejo tronco caído como todos los días. Me arrodillé de golpe y lloré con amargura, lloré con desesperación. ¿Marcia hablaba en serio? ¿Me decía la verdad? Llevé mis manos a mi cabeza. Necesitaba hablar con alguien, pero ¿con quién? Luisito y Sofía eran muy pequeños para comprender ciertas cosas. Emanuel no estaba en el pueblo y Emilia era demasiado cotilla.

«Diana» pensé.

Ella era médico, ella conocía mejor que nadie aquella enfermedad. Me enjuagué las lágrimas a toda prisa y me dirigí al muelle, donde ella siempre solía estar por las tardes. Cada paso que daba retumbaba en mi cabeza como un fuerte golpe, me recordaba al ruido de un martillo contra un metal. Llegué al lugar temblando como una hoja y empapado hasta los huesos.

—¿Daniel? —me dijo Diana al verme—, ¿qué tienes, mi amor?

Me caí de rodillas en su frente y lloré a moco tendido. Diana se acuclilló a mi lado y me estrechó con fuerza.

—¿Qué tienes, mi amor? —me preguntó por segunda vez—, ¿qué te han hecho? —se apartó y me miró a los ojos.

Los papeles que sostenía con ahínco, salieron volando de mis manos. Diana cogió uno de ellos y lo leyó con atención. Luego me miró con expresión inquisitiva.

—¿Quién te dio esto?

Bajé la cabeza y lloré con toda el alma sin mutar mi posición. Diana ahuecó mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarla. Lloraba como lo hice el día que murió mi abuelo.

—¿Tú tienes Sida, Daniel?

Quise negar con la cabeza, pero no pude, el llanto me dominó. Diana me conocía mejor que nadie, y sabría al instante que le estaba mintiendo.

—No tengas miedo de mí, mi amor —me rogó en tono implorante—,

confía en mí...

¿Podía confiar en ella?

—Nadie lo sabrá, te lo prometo.

Me estrechó con fuerza, enterré mi cara en su cuello y lloré hasta perder el resuello. ¿Cómo podré vivir sin ella? ¿Sin Beatriz? ¿Cómo? El dolor me quemaba por dentro.

Diana se apartó y me miró a los ojos. Sus ojos verdes estaban rodeados por unas ojeras grisáceas casi azuladas. ¿Qué tenía?

—¿Quién te ha contagiado?

El rostro de Marcia asaltó mi mente.

—¿La prostituta del pueblo?

No era necesario responderle, Diana solo quería confirmarlo.

—Muchos andan diciendo que tiene Sida, pero pensé que era solo un rumor malintencionado.

Diana me pidió que la mirara. Obedecí, a pesar de mi estado.

—Te daré un tranquilizante, mi amor —me dijo con voz serena—, debes estar tranquilo para no levantar sospechas, para que Beatriz no sufra.

Dejé de llorar al escucharla. ¿Se preocupaba por Beatriz y por mí? ¿Por nuestra relación?

—¿La amas?

Con toda el alma. Diana podía leerme los ojos, conocía mi corazón como nadie. Una lágrima atravesó su rostro, una gota que sequé con el pulgar.

—Mientras no confirmemos, lo mantendremos en secreto, ¿sí?

Asentí con un cabeceo.

—Ven conmigo, Daniel —se levantó y me alargó la mano—, te hablaré de esa maldita enfermedad.

Cogí su mano huesuda tras incorporarme. Nos sentamos en el viejo muelle, como solíamos hacerlo cuando éramos novios. Diana me explicó muchas cosas sobre aquella terrible enfermedad venérea.

—Si lo tienes —me dijo apenada—, puedes vivir tranquilamente, con cautela y ciertos medicamentos.

Beatriz no merecía aquello, definitivamente no lo merecía.

—Debes usar siempre condón con Beatriz —me aconsejó.

No, jamás volvería a tocarla, jamás le haría daño.

—Cielo, no tienes que sacrificar tu amor por esta enfermedad, si ella te ama, tanto o más que yo, incluso con esa enfermedad estará a tu lado.

Diana posó sus labios sobre los míos.

—Un beso no mata, Daniel.

Un beso no mataba, la falta de amor sí.

—¿Confías en mí, Daniel?

Asentí algo vacilante.

—Daría mi vida por ti, mi amor —acarició mi mejilla—, aunque no valga mucho.

¿Qué me quería decir con aquello? Diana me llevó a su casa y me pidió que la esperara en el jardín. Temblaba como una hoja, temiendo que su marido llegara en cualquier momento o, en el peor de los casos, que Emilia me viera con ella. Diana retornó lo más rápido posible. Me entregó un frasco.

—Toma una pastilla antes de la fiesta, te ayudará a controlar tu nerviosismo. Beatriz no puede saber sobre tu enfermedad, aún no.

Asentí con un leve cabeceo.

—No debes decirle nada todavía, al menos no antes de tener certeza al respecto.

Cogí el cuaderno que me dio minutos después y le escribí lo que Marcia me hizo horas atrás. Diana se quedó callada por varios minutos. No podía dar crédito a lo que Marcia me hizo.

—Hija de puta —refunfuñó encolerizada—, tranquilo, cielo. Nada es seguro, nada.

Diana me acarició la mejilla de un modo muy perturbador. Me aparté en un acto reflejo.

—Chiss —me dijo en un susurro—, todo saldrá bien, mi amor.

Quería creer en sus palabras, pero no podía. Algo en mi interior me impedía de hacerlo.

Me despedí de Diana, y me marché a mi casa cabizbajo. Por la noche debía ir a la fiesta del señor Franke, le había prometido que asistiría, a pesar de no comprender muy bien para qué me quería en aquel sitio al que no pertenecía y, en donde probablemente, nadie me trataría bien. A mitad de camino, cambié de rumbo y me dirigí al cementerio. Necesitaba hablar con mi abuelo y con mi madre.

«Rosas» masculé para mis adentros. Me senté sobre el panteón de ambos y observé curioso el enorme ramo de rosas rojas que estaba sobre el panteón de mi madre. ¿Quién lo puso allí? ¿Beatriz? El otro día la había traído conmigo, quería que mi abuelo y mi madre la conocieran. Unas lágrimas se acomodaron en mis ojos, amenazando con salir de ellos en cualquier momento.

«Me duele respirar, abuelo».

La voz de Diana asaltó mi mente de repente...

—Te explicaré todo sobre el SIDA —me dijo ella en el muelle—. El virus de inmunodeficiencia humana (VIH) es el virus que causa el sida.

¿Inmuno qué? Presté atención en cada una de sus palabras. Aquel nombre, «Sida», me hacía temblar cada vez que lo escuchaba.

—Cuando una persona se infecta, el virus ataca y debilita al sistema inmunitario, la persona está en riesgo de contraer infecciones y cánceres que pueden ser mortales.

Diana me explicó con términos más simples, para que pudiera comprenderla mejor.

—Cuando la persona contrae estas infecciones o cánceres, la enfermedad se llama Sida. Una vez que una persona tiene el virus, este permanece dentro del cuerpo de por vida.

¿De por vida? ¿Era incurable como me lo dijo Marcia? Mi corazón dejó de latir.

—El virus se transmite de una persona a otra a través del contacto sexual, de la sangre o de la madre al hijo, si la madre es portadora del mismo.

Diana apretujó mi mano con afecto. Aparté la mano de la suya, temiendo contagiarla.

—El virus no se transmite por contacto casual, como un abrazo o un apretón de manos —me dijo con voz queda.

Luego acotó que el virus también se podía encontrar en la saliva, las lágrimas y el líquido cefalorraquídeo.

La última palabra ni siquiera sabía qué era. La miré asombrado cuando nombró a las lágrimas.

—Por eso debes serenarte, Daniel —apostilló—, las lágrimas también son un medio de transmisión —me miró con profundo dolor—. También debes tener cuidado con los besos.

¿No podré besar a Beatriz nunca más? ¿Ni siquiera para despedirme de ella?

Me recosté sobre el panteón de mi abuelo y de mi madre al volver al presente y lloré, lloré con toda el alma.

«¿Por qué me hizo esto?!» dije para mis adentros con desesperación.

Abracé mis piernas en posición de ovillo y lloré. ¿Qué le diré a Beatriz? ¿Cómo me alejaré sin causarle dolor? ¿Cómo viviré sin ella tras conocerla? Mi alma abandonó mi cuerpo. De pronto, vi una mariposa azul sobre el ramo de rosas. Dejé de llorar y la miré con atención. ¿Era mi madre? ¿Era una

buena señal como solía decirme mi abuela? La mariposa aleteó lentamente sus alas. Me senté con cautela y la observé con fascinación. Las mariposas azules eran raras, eran primorosas. Mi madre las amaba, me decía siempre mi abuela.

«Mamá, protege el corazón de Beatriz, y que algún día encuentre a un hombre que la ame tanto como yo a ella» le pedí a mi madre llorando. Cuando Diana se casó, pensé morir de pena, pero pude recomponerme con el tiempo, sin embargo, ahora, eso me era imposible. Jamás podré recuperarme de este dolor, de esta pena que genera el adiós.

«Beatriz».

La mariposa se marchó, llevándose con ella mis esperanzas.



Llegué a mi casa arrastrando los pies y el corazón. No tenía ganas de salir y mucho menos para ir a una fiesta. Me había lavado la cara en el cementerio, pero mi abuela era muy sagaz, siempre terminaba descubriéndome.

—Tu esmoquin está en la cama —me dijo mi abuela con entusiasmo al verme—, ¿te pasa algo?

La abracé con afecto, aquel gesto cariñoso no era riesgoso para ella ni para nadie.

—¿Me estás escondiendo algo, Daniel?

Negué con la cabeza al tiempo que cogía mi cuaderno.

«Fui al cementerio» le escribí.

Siempre que visitaba a mi abuelo y a mi madre, la tristeza me invadía. Mi abuela besó mis manos.

—Hoy es día de fiesta, mi amor —me sonrió—, debes prepararte —me guiñó un ojo—, la doctora te estará esperando.

Asentí con la cabeza antes de ingresar al cuarto de baño. Aproveché el momento para ingerir una de las pastillas que me había dado Diana. En pocos minutos, las ganas de llorar se esfumaron. ¿Eran pastillas mágicas? Leí el frasco, pero no sabía qué significaban aquellas palabras súper raras y largas. Metí el frasco en mi bolsillo. Luego me quité las ropas y me duché. Estaba destrozado por dentro, pero no tenía ganas de llorar. Me enjuagué con la toalla. Luego me afeité, me puse la loción post-barba, el desodorante y mi perfume.

—¿Quieres comer algo antes de ir a la fiesta, cielo? —me preguntó mi abuela desde la sala, donde veía la televisión.

Negué con la cabeza. Mal podía tragar mi saliva en aquel momento. Me

vestí mientras evocaba mis mejores momentos al lado de Beatriz. No lloré, no podía hacerlo. Por ella, por Beatriz.

—Te pondré la pajarita —me dijo mi abuela tras ingresar a mi cuarto—, ¡madre del amor hermoso! —esbocé una sonrisa escueta,— ¡pareces un artista de cine, mi príncipe!

Me puso la pajarita tras tres intentos fallidos.

—Llevo tiempo sin practicar, cielo —rio por lo bajo.

Me miré al espejo con curiosidad. ¿Quién era aquel hombre que me miraba a través de él? Mi abuela me estiró la caja de madera que había tallado para Beatriz días atrás. Abrí la misma y observé la mariposa de piedra con ojos soñadores.

—Es preciosa la mariposa —me dijo mi abuela.

Pensaba tallar el rostro de Beatriz, pero ningún ser sería capaz de ello. Su rostro era demasiado perfecto. Acaricié la piedra con un enorme nudo en la garganta. Con aquel regalo le entregaría todos mis sueños, todos mis suspiros, todas mis miradas, todos los besos y las caricias que nunca podré darle en el futuro. Debajo de la mariposa le escribí: «En tus alas soy muy feliz». No sabía por qué le había escrito aquello, quizá mi alma me lo dictó.

—Diviértete, mi amor.

Le di un beso en la cabeza y me marché a la casa de Beatriz. Antes de cruzar la calle, vi a Marcia al otro lado de la acera. Sus ojos verdes se nublaron lentamente. Los míos ya no. No la odiaba, pero no la quería volver a ver nunca más.

—Daniel —dijo, pero no se movió.

Nos miramos por unos instantes más, ella empezó a sollozar, pero a mí ya no me importaba su dolor. Tiempo atrás, cuando ella se ponía triste, me llamaba y me pedía que la abrazara. No hacíamos el amor, solo dormíamos abrazados. Eso nunca volverá a suceder. Nunca.

Caminé con la piedra tallada entre manos, dejando atrás para siempre el pasado. Observé la plaza con ojos lacrimosos, jamás volvería allí con Beatriz. Tras esta fiesta, terminaré nuestra relación, alegando que no la amaba como alguna vez amé a Diana. Emilia me dijo cierto día que Beatriz tenía dudas al respecto. Era la única manera de mantenerla a salvo del Sida. Diana me dijo que mientras no me hiciera los exámenes, todo era posible, pero Marcia me hizo tragar su sangre, condenando la mía para siempre. Las posibilidades de estar sano eran casi nulas.

Llegué a la casa de Beatriz y toqué el timbre tras exhalar hondo. Constanza

abrió la puerta y me saludó con amabilidad. Beatriz bajaba las escaleras en ese preciso instante. Me quedé mirándola con expresión bobalicona tras posar la caja de madera sobre la mesita rinconera del recibidor mientras en alguna parte de la casa sonaba una dulce canción, la que Beatriz solía escuchar en su sala cada mañana.

—Buenas noches, mi amor —me saludó.

Tenía un hermoso vestido azul sin tirantes y largo hasta los pies. Su vestido me recordaba a la chica pobre de un cuento llamado «La cenicienta». Era el cuento favorito de Sofía.

«Era una princesa, pero yo no era su príncipe encantado» pensé con un enorme nudo en el pecho.

Llevaba el cabello recogido, aunque le caían unos cuantos mechones por el cuello y los hombros. A la derecha, lucía la peineta en forma de mariposa que le había regalado días atrás, también era de color azul.

—¿Te gusta? —me preguntó con timidez.

Era, sin lugar a dudas, la mujer más hermosa que había visto nunca. Mis ojos se nublaron, la emoción fue mayor que la cordura, tanta que, aniquiló el efecto del medicamento que me dio Diana.

«No llores» me dije con un enorme nudo en la garganta.

—¿Qué tienes, cielo? —se acercó, y en un acto reflejo, retrocedí—, ¿te pasa algo?

Le enseñé los ojos enrojecidos.

—¿Tienes conjuntivitis? —soltó Constanza, pero no sabía qué era aquello —, infección en los ojos —me indicó sus ojos con el dedo índice—, es contagiosa.

Asentí al comprender sus palabras. Beatriz se acercó y ahuecó mi rostro entre sus manos. Me estremecí de pies a cabeza. Temía que me besara y no pudiera rechazarla. Besé su frente en un gesto de respeto. Ella se abrazó a mí y me hizo gemir de dolor. ¿Cómo viviría en un mundo sin ella?

«Te amo».

—Estás tan hermoso, Daniel —me dijo tras apartarse y levantar la cabeza —, nadie podría competir contigo —sonrió con picardía.

Me volví y escruté la caja que le había traído. La cogí y se la entregué.

—¿Para mí? —me dijo emocionada—, es preciosa, mi amor.

Constanza se acercó y miró la caja con ojos soñadores. Beatriz abrió la misma y se encontró con la piedra tallada en forma de mariposa y pintada en azul y algunos detalles en negro. Me miró con lágrimas en los ojos.

—Es hermosa, mi amor —me dijo con la voz algo entrecortada—, es el regalo más hermoso que jamás recibí.

«Verte feliz era el mío».

—Lo cuidaré para siempre, mi amor —me prometió tras sorberse por la nariz—, en tus alas soy muy feliz —leyó lo que le había escrito debajo de la mariposa—, cuando te conocí, tuve una razón para volar, Daniel.

«Dios mío, este dolor me está matando».



Llegamos a la mansión y acaparamos todas las miradas. Los invitados eran los más ricos del pueblo, entre ellos estaban los Weber. Sascha ni siquiera disimuló su fastidio al verme allí entre ellos. Supe al instante que algo haría en mi contra, pero no me importaba. Si me matara me estaría haciendo un gran favor.

—Permiso, cielo —me dijo Beatriz—, saludaré a la doctora Weiß.

De pronto, vi a mi amigo mendigo a un costado, me acerqué para saludarlo mientras Beatriz conversaba con alguien.

—Hola, chico.

Le apretujé la mano con vigor. Los invitados nos dedicaron sus miradas más desdeñosas.

—Todos te han despreciado siempre, chico —su tono estaba revestido de tristeza—, la vida da muchas vueltas, hijo.

De pronto lo observé con más atención bajo la luz de aquella farola. Aquellos ojos, ¿dónde los había visto antes? Eran tan expresivos como los de un perro. Para mí, los perros eran mil veces mejores que nosotros los humanos. Ellos nunca esperaban nada a cambio de lo que daban, nunca despreciaban a nadie, nunca hacían diferencias. Podías ser rico o pobre, listo o tonto, blanco o negro, a ellos solo les importa tu corazón. Mi abuelo me dijo una vez: eres guapo como un caballo de raza, pero noble como un buen perro.

—¿Qué hace aquí ese mendigo? —preguntó la madre de Diana—, ¿y ese retrasado?

Yo, a pesar del fino traje que llevaba puesto, para ellos seguía siendo el sucio campesino, el tonto del pueblo como solía llamarme Sascha.

—Seguro viene para servir —le dijo el señor Weber con el mismo tono peyorativo—, el mono, aunque se vista de seda, mono se queda.

No entendía lo que quería decir con aquello, si vistiera a un mono con

ropas de seda, evidentemente seguiría siendo un mono. Luego dicen que soy yo el tonto.

—He venido por la comida —me dijo el señor mendigo con una sonrisa ladina—. El señor Franke es mi amigo.

Asentí con un leve cabeceo.

—¿Qué tienes, chico?

«El alma destrozada».

Beatriz se acercó a nosotros. Saludó a mi amigo con cordialidad.

—La vida te ha premiado, chico —me dijo el señor mendigo—, usted es su mayor regalo —le dijo a ella.

Ella acarició mi mejilla con ternura.

—Él es mi mayor regalo —le dijo sonriente Beatriz—. Mi dulce destino...

En ese lapso, Diana y yo nos miramos con atención. Beatriz siguió mi enfoque y desfiguró su sonrisa, convirtiéndola en un deje indefinido. Diana se acercó.

—Buenas noches —nos dijo con amabilidad—, ¿cómo te sientes, Daniel?

Beatriz me miró con expresión interrogante al igual que el señor mendigo. Diana me hizo un gesto con la cabeza, ¿qué me quería decir? ¿Qué tenía que hacer? Conmigo las cosas debían ser más claras, más explícitas.

—Está algo resfriado —le dijo Diana a Beatriz—, tiene una infección en la garganta —me miró con complicidad—, puede ser contagioso...

Beatriz me miró fijo, me miró con suspicacia. Mis mejillas empezaron a arderme, siempre que me sentía apabullado, sucedía lo mismo. Diana carraspeó con fuerza, cogió un pañuelo de su bolso y se limpió los labios. El pañuelo se manchó de sangre, sangre que expulsó tras toser. Beatriz miró con estupor la tela blanca manchada.

—¿Te encuentras bien, Diana? —le preguntó en tono preocupado.

Diana miró horrorizada el pañuelo al igual que nosotros tres.

—Permiso, debo ir al tocador.

¿Qué tenía? ¿Por qué salió sangre de su boca?

—Me esconderé en el jardín trasero —nos dijo mi amigo mendigo—, cuando sirvan, tráeme algo, chico.

El señor mendigo desapareció de nuestro enfoque. Beatriz me tocó la frente e hizo una mueca de duda. Minutos atrás afirmé tener una cosa y ahora era otra. Cogí su mano y deposité un beso en su dorso.

—¿Por qué estás tan triste, Daniel?

«Si pudiera contarte».

—La fiesta comenzará —nos dijo una señora de pelo blanquísimo—, adelante...

Cogí la mano de Beatriz y la llevé adentro. Ella no dijo nada más, al menos por el momento. Minutos después, el anfitrión apareció elegantemente vestido en el suntuoso salón de su mansión. Los Weber tenían una hermosa casa, pero aquella morada parecía un palacio de cuento de hadas. Supuse que el señor Franke tenía mucha más pasta que el señor Weber.

—Buenas noches —nos saludó el señor Franke con afecto—, bienvenidos...

La madre de Diana y la madre de Sascha me miraron con desdén, como si estuviera muy sucio. El señor Franke apretó con fuerza sus dientes, ¿le molestaba que me despreciaran? Era tan normal que ya no me afectaba, ya que siempre me miraron de aquel modo.

Besé la frente de Beatriz y la miré con ojos de cordero degollado. Ella supo al instante lo que quería decirle con aquel gesto.

—¿Quieres ir al servicio, cielo?

Asentí satisfecho.

—No tardes, mi amor —me dio un beso en los labios.

No abrí la boca, para evitar que mi saliva tuviera contacto con sus labios. Beatriz me miró por unos instantes, aquel gesto, más que molestarla, le dolió.

—Estás muy raro, Daniel —me dijo entristecida—, misterioso.

Me alejé de ella con el corazón en la garganta. Me dirigí al cuarto de baño algo absorto. En el camino, alguien me empujó contra la pared con violencia.

—¿Qué haces aquí, maldito retrasado? —me preguntó Sascha en tono arisco—, ¿no sabes que la gente como tú no se mezcla con gente como yo?

Ni quería hacerlo. La gente como él me daba asco.

—¿Por qué no te largas antes de que te dé algo y aparezcas desnudo en la fiesta como alguna vez lo hiciste en la de Diana? ¿Te acuerdas?

Abrí mis ojos como platos al escucharlo. ¿Fue obra suya? ¿Él me mandó drogar?

—Fui yo, maldito retardado —me dijo con voz irónica—, Diana era mi mujer —fruncí el entrecejo—, ella se acostaba contigo y conmigo a la vez —mi corazón dejó de latir—, incluso su primera vez lo hizo conmigo y no contigo —todo empezó a darme vueltas—, como siempre te alegó.

Lo empujé con brusquedad y casi lo derrumbé en el suelo.

—¿Aún la quieres? —me preguntó con sorna—, el primer amor nunca se olvida, doctora —dijo de repente.

Me volví hacia un costado en un acto reflejo y me encontré de cara con Beatriz. No hice ningún movimiento, la impresión me paralizó por completo. Ella se acercó y ahuecó mi rostro entre sus manos.

—¿Estás bien, cielo? —me preguntó con su peculiar dulzura.

Sascha se arregló la pajarita.

—¿Aún amas a Diana, retardado?

Beatriz giró sobre sus pies y le dio una fuerte bofetada. Sascha apretó con fuerza sus dientes, pero no reaccionó.

—Si vuelve a llamarlo así —le amenazó—, juro por Dios que le reventaré la cara.

El tono de Beatriz no admitía réplicas. Sascha abrió su boca para decirle algo, pero la volvió a cerrar cuando el señor Franke apareció en el rellano. Los tres giramos nuestros rostros hacia él.

—La fiesta va a empezar —nos dijo con un deje muy serio—, me gustaría que todos estéis presentes.

Beatriz me miró con ternura, a pesar de lo que Sascha le dijo. Él se alejó de nosotros tras lanzarnos una mirada sanguinaria.

—Te esperaré aquí, mi amor.

Su voz estaba revestida de tristeza. Quizá el veneno que Sascha lanzó había tenido el efecto que quería.

—Ve tranquilo.

Me esperó en el rellano mientras hacía pis en el servicio. Me lavé las manos y me retiré tras secármelas con una máquina que soplabla viento. Uno de los invitados me dijo que servía para secar las manos. No niego que me entretuve más de la cuenta con ella, nunca había visto una en mi vida. ¡Era mágica!

—¿Daniel? —me dijo Beatriz desde la puerta.

Su voz me devolvió al presente. Antes de salir del cuarto de baño, coloqué una vez más mis manos debajo del aparato, preguntándome de dónde venía aquel aire caliente tan potente.

—¿Listo?

Asentí con un cabeceo leve. Beatriz me cogió de la mano sin mirarme. Estaba rara, muy rara. Mis zapatos resonaban sobre el parquet mientras ella me conducía hacia el salón principal de la fiesta, ubicado en la parte posterior de la casa, decorada en tonos rojizos, y con elegantes espejos dorados.

—Es una casa muy bonita —me dijo Beatriz.

Asentí. La triste melodía que sonaba en el equipo de música se filtraba por

toda la planta. Nos detuvimos cerca de la puerta, a pocos metros del salón de fiesta.

—¿Te encuentras bien, cielo?

Me detuve y la miré. Por primera vez, me permití que aflorara la desgarradora emoción que me había provocado lo que Marcia me hizo horas atrás. Me costaba mucho fingir que estaba bien.

—Nos da miedo abrirnos sin reservas a otra persona —me dijo con ojos lacrimosos—. Algunos hombres nunca lo hacen.

La miré con ojos inquisitivos, no comprendía lo que me quería decir, creo que ella no quería que lo hiciera.

—Te amo, Daniel —me dijo con una tristeza lacerante—, siempre te amaré, aunque...

La besé, olvidándome por unos instantes de mi triste realidad. Beatriz me devolvió el beso, no le importaban las miradas curiosas y especulativas. Ella no tenía vergüenza de lo que sentía por mí, ella no tenía vergüenza de amar a un hombre que no valía mucho ante los ojos de aquellos que allí hoy se encontraban. Beatriz me amaba tal cual era, me aceptaba tal cual era.

«Te amo» grité para mis adentros con agonía. La amaba y por ello debía dejarla ir antes de condenarla a la muerte segura.

«Mientras no te hagas los exámenes, no puedes condenarte» me dijo Diana por la tarde. Nunca tuve suerte en la vida, ¿por qué la tendría ahora?

—Buenas noches, señoras y señores —nos dijo el señor Franke a través de un micrófono—, en primer lugar, muchas gracias por compartir esta velada conmigo.

Beatriz y yo nos acercamos al salón, lapso en que el señor Franke se puso una peluca y una ajada chaqueta. Lo miré con estupor al reconocerlo. ¿Qué significaba aquello?

—Permiso...

Miré atónito al señor Franke, o, mejor dicho, al señor mendigo.

—Madre mía —masculló Beatriz asombrada.

Todos, al igual que yo, estaban perplejos ante lo que veíamos. ¿Qué significaba aquello?, me pregunté por segunda vez. Beatriz soltó un grito ahogado cuando él se puso la barba y los guantes sin dedos. Todos sus invitados se miraron horrorizados y luego lo miraron a él con el mismo deje.

—Minutos atrás me habéis despreciado —dijo tras coger el micrófono—, me habéis mirado con «desdén» —sonrió y clavó sus ojos en mí—, menos Daniel Schmidt y la doctora Aquino.

Mi corazón latía con fuerza mientras todos los presentes murmuraban palabras ininteligibles para mí. Los oídos se me taponaron y sus voces parecían zumbidos, más que palabras.

—¿Qué está pasando?

—¿Qué significa esto?

—¿Es una broma?

Decían los invitados. El señor Franke carraspeó con fuerza, robándose nuestras atenciones por completo.

—Me he disfrazado todos estos meses —su voz era serena—, para descubrir ciertas cosas, para convivir con ciertas personas.

Beatriz me apretujó la mano con fuerza.

—He venido a este pueblo en busca de alguien —su voz empezó a quebrarse—, a alguien que quise mucho en el pasado —todos estaban enmudecidos—, hace más de treinta años atrás, conocí a una maravillosa mujer —sus ojos se nublaron—, que me robó el corazón desde el primer día que la vi.

Esbocé una tímida sonrisa.

—Había venido aquí para pasar unas vacaciones con mis tíos. En aquel verano inolvidable, conocí al gran amor de mi vida.

Sascha observaba al señor Franke con ojos melindrosos. ¿Por qué lo miraba de aquel modo tan bobalicón?

—Cuando volví a Alemania, quedamos en escribirnos cartas, pero meses después, había sufrido un grave accidente de caballo, y no pude escribirle por casi un año. Había estado en coma casi tres meses, eso sin contar con la rehabilitación.

A medida que avanzaba la velada, hablaba con más libertad y confianza.

—En aquel entonces, los médicos me dijeron que nunca podría tener hijos, consecuencia del accidente. Aquel hecho me hizo desistir de mi amor.

La mirada de Diana me traspasaba desde el otro extremo de la estancia, aun cuando estaba oculto por la multitud. Desvié la mirada y oteé con curiosidad al señor Franke. ¿Por qué fingió ser el señor mendigo todo este tiempo? ¿Por qué alguien de su estirpe haría algo así? ¿Por qué me mintió?

—Pero el amor no murió y me impulsó a volver a por ella. Cuando supe lo que le había sucedido, mi mundo entero se desmoronó.

Sus invitados murmuraban cosas entre ellos. Para todos, el señor Franke estaba loco y quizá lo estaba.

—Esta noche decidí terminar con mi farsa —me miró fijo—, esta noche

decidí ser yo mismo.

Beatriz cogió una copa de champán y bebió un sorbo. Cogí una para mí y copié su gesto. Las burbujitas de aquella bebida me hicieron reír sin querer. Todos depositaron sus ojos en mí. Algunos me fulminaron, otros se burlaron, nada fuera de lo normal.

—Quiero aprovechar para presentarles a mi hijo.

Aquellos ojos voraces terminaron sobre el señor Franke. ¿Él tenía un hijo? Me hubiera gustado conocerle, hacerme amigo suyo, pensé.

—Dios mío —dijo Beatriz tras apretujarme la mano.

La miré con atención. ¿Por qué reaccionaba así? Una dulce melodía empezó a sonar de fondo. ¿Dónde la había escuchado antes? Era muy emotiva, de aquellas que te llegaban al alma.

—Todos lo conocen —apostilló el señor Franke—, todos en esta sala —su voz se hizo más profunda, más severa—, de alguna u otra manera, se han burlado de él.

¿Su hijo era del pueblo? Todos soltaron un gemido de estupor, incluso Beatriz. Yo seguía riéndome por lo bajo, el cosquilleo que me provocaba aquella bebida era deliciosa.

—No sabía de su existencia —continuó el señor Franke tras quitarse la peluca y la barba—, hasta que me hablaron de él —se puso muy triste—, no tuve dudas de mi paternidad, pero un análisis de ADN comprobó mis sospechas, comprobó mi corazonada.

Beatriz me dijo algo, pero no la comprendí. Me miró apenada, como si me quisiera decir algo bastante delicado. Pero, ¿qué?

—Cuando supe que era mi hijo, me disfracé de mendigo para acercarme a él —lo miré con magnitud—, para vivir su día a día, para ganarme su corazón, su hermoso y noble corazón —tragué con fuerza mientras asimilaba lo que estaba diciendo—, era más fácil siendo un pobre indigente.

Los cabos sueltos se ataron en mi cabeza mientras un enorme nudo se me formaba en el pecho. ¿El señor Franke era...? Mis ojos se nublaron ante la posibilidad, ante la maravillosa posibilidad.

—Él se acercó a mí cierta mañana lluviosa y me ofreció su chaqueta impermeable sin ni siquiera preguntarme quién era o de dónde venía —sus ojos se llenaron de lágrimas—, no tenía mucho, pero lo poco que tenía, lo compartió conmigo sin esperar nada a cambio más que mi amistad desde aquel día —Beatriz me miró anegada en lágrimas—, me sentía tan orgulloso por ser su padre —los Weber me miraron estupefactos al igual que la mayoría de los

presentes—, el chico al que todos maltrataron, humillaron y despreciaron—su voz se enronqueció por completo—, resultó ser mi hijo, mi único hijo.

Todos me miraron atónitos, como si acabara de salirme otra cabeza.

«Dios mío».

El señor Franke se acercó y ahuecó mi rostro entre sus grandes manos.

—Lamento no haber venido antes —me dijo anegado en lágrimas—, lamento todo lo que tuviste que pasar, hijo mío.

¿Era mi padre como desconfiaba? ¿Él era mi padre? Solté un gemido.

—¿Me perdonas, hijo?

Intenté articular una palabra, intenté decirle algo, pero no pude, no lo conseguí.

—Nunca podré recuperar el tiempo perdido —se quebró—, ni podré curarte las heridas que todos estos —miró con desdén a los presentes—, te han hecho a lo largo de tu vida, hijo —lloré con desconsuelo entre sus manos—, pero quiero que sepas que soy el padre más feliz y más orgulloso de la faz de la tierra, no podría desear un hijo mejor que tú, Daniel Franke.

Toda la piel se me erizó al escuchar mi verdadero apellido. Beatriz lloraba a moco tendido como Diana a pocos metros de nosotros. Sascha, al igual que la mayoría, me miraba con desconcierto. Mi padre, el señor Franke, o, el señor mendigo, intentó arrodillarse en mi frente, pero lo detuve a medio camino.

—¿Me perdonas, hijo?

«Papá» vocalicé con los labios antes de echarme entre sus brazos.

—Oh, hijo —me dijo llorando—, mi hijo, mi amado hijo —me apartó y besó toda mi cara con adoración—, te quiero, Daniel.

Cogí su mano y la puse sobre mi pecho izquierdo.

«Y yo a ti, papá» solfeé con los labios.

Capítulo 28

Sascha

ΣϞΣ

«El castigo»

Salí de la mansión del señor Franke como alma que lleva el diablo. Por unos instantes, por unos miserables instantes, pensé que la suerte volvía a sonreírme, pero gran sorpresa me llevé al descubrir que el tonto del pueblo resultó ser su heredero, su único heredero.

—¡Maldita sea! —chillé durante todo el camino.

Marcia me abrió la puerta de su casa totalmente desnuda. La cogí en brazos y le hice el amor contra la pared, sin ni siquiera colocarme un preservativo.

—Sascha —gimió cuando la embestí con fiereza.

Le conté a grandes rasgos lo sucedido horas atrás en la casa del señor Franke.

—¿Daniel es el hijo del millonario?

Le di una bofetada.

—¿Te interesa? —le grité y volví a hacerle el amor.

Me gustaba golpearla, me gustaba verla sufrir mientras la acometía con brutalidad. El sufrimiento que le causaba a otro ser humano encendía mi corazón de un modo inexplicable. Al día siguiente, cogí las gotas que solía darme antes de cada coito.

—Pobre de ti, si confirmo mis sospechas —murmuré antes de salir de su casa.

Una semana después, mi secretaria me entregó los resultados del laboratorio.

—¡Qué! —grité—. ¡No es posible! —reventé mi escritorio a patadas.

Marcia me estaba envenenando hacía tiempo. Eso explicaba mis ataques de ansiedad estos últimos días. ¡Incluso tenía alucinaciones!

—¡Maldita hija de puta! —grité al volver al presente—, ¡te mataré! ¡Te lo juro!

Después de destrozar mi escritorio, pensé en la mejor manera de vengarme de aquella puta.

—Me las pagarás, Marcia —juré tras reventarme la mano derecha contra la pared—, aunque te desee con locura, me las pagarás, al igual que Diana y Daniel.

Se me había agotado la paciencia. Estaba harto de todo. Llegó el momento de llevar a cabo mis planes.

—¿Todo está listo? —le dije a mi hombre de confianza—, al llevar a cabo mi plan, Sascha von Falk desaparecerá del mapa, luego de ser devorado por los cocodrilos hambrientos del pantano a manos de sus enemigos —dije henchido de orgullo.

Mientras investigan el caso, yo ya estaré muy lejos de aquí, con varios millones entre manos. Mi suegro fue tan ingenuo como mi supuesto padre. Confiar en mí fue un gran fallo.

—¿Dejarás en la ruina a la familia que te adoptó? —me preguntó Alexander, mi mano derecha—, eres admirable, Sascha.

Aquella familia cometió el grave error de adoptar a un alacrán.

—Los odio —le dije a mi socio—, tanto como a mis verdaderos padres.

No tenía la menor idea de quiénes eran, pero los aborrecía con toda el alma.

—Me das miedo, Sascha —me dijo Alexander tras beber un sorbo del whisky que le serví.

Alexander empezó a toser. Me miró con una expresión de agobio al no lograr respirar con normalidad.

—¿Qué me has puesto?

Cayó al suelo sin fuerzas. Lo miré con total indiferencia, como si estuviera viendo un partido de fútbol aburrido en la televisión. Bostecé tras visualizar mi reloj de pulsera. Él empezó a temblar cada vez con más descontrol. Empezó a arrastrarse por la alfombra.

—Necesito un cuerpo para fingir mi muerte —le dije sonriendo—, y silenciarte para siempre de paso. No puedo arriesgarme a que algo me salga mal.

Una espuma algo rosada emergió de su boca mientras pataleaba de un lado

al otro, como mi perro en el pasado, una mascota asquerosa que me regalaron cuando tenía unos trece años. Le di veneno para ratas. No lo soportaba, odiaba a los animales y a los niños con toda el alma.

—Lo siento —le dije a mi socio de toda la vida—, en realidad no tanto. ¿Piensas que no sabía lo tuyo con Marcia? —mi socio me miró—, el ojo de Dios todo lo ve, caro mío.

Alexander abrió mucho los ojos antes de soltar su último suspiro. Supuse que, aunque rápida, la muerte que le di fue algo dolorosa de todos modos.

—Lleven el cuerpo —les dije a mis hombres minutos después—. Mañana será el gran día.

Me marché a mi casa, me duché y cené con mi adorada familia. Diana mal podía retener el agua que bebía. El otro día vomitó sangre y me pareció haber visto trozos de carne. ¿Sería su estómago desintegrándose? ¿Qué tenía que ningún médico lo descubría? ¿Era cáncer? No me importaba, el odio que sentía por ella desde que la vi en los brazos de Daniel, un día antes de nuestra boda, asesinó cualquier tipo de sentimiento hacia ella.

—¿Un poco más de carne, señor? —me preguntó Olga.

Aquella mujer me consoló aquel día, me dijo que la mejor manera de vengarme era siendo feliz. Yo no sabía a qué se refería al cierto, pero me había dado un excelente consejo. No asesiné a Diana, sino a su sueño. Le hice la vida imposible los últimos años, y, ahora, se estaba muriendo, pagando sus deudas. Solo faltaba Daniel para completar mi dicha. Volveré a por él tras la declaración oficial de mi muerte, volveré para matarlo a patadas como alguna vez lo hice con aquella perra callejera.

—No me siento bien —dijo Diana antes de perder la consciencia.

Sus padres gritaron mientras yo devoraba el último trozo de carne que había ingerido. Luego me levanté a toda prisa e interpreté mi personaje con maestría.

—Diana, mi amor.

Su padre se quebró, al igual que su madre, mi amante de turno. La llevé a nuestro cuarto y la deposité en la cama con sumo cuidado. El médico llegó tiempo después.

—¿Qué tiene, doctor? —le preguntó mi suegro en tono suplicante.

Estaba desesperado, al borde de un precipicio. Mi suegra empezó a rezar. ¿En serio? Después de «fornicar» conmigo y uno de mis amigos el otro día, ¿hoy rezaba? Me reí para mis adentros a carcajadas ante su falsa moral. Me recordaba a los curas que solían «abusar» de los niños mientras fingían una

devoción que en realidad no tenían.

—En sus análisis no salió nada concreto —les dijo el médico—, mañana enviaré de nuevo una muestra de su sangre al laboratorio.

¿Qué tenía? ¿Por qué nadie lograba descubrirlo?

—¿Será efecto de los calmantes y la bebida? —solté—, Diana los consume cada dos por tres, aunque la reprenda.

Quizá la combinación era letal, como el veneno que Marcia me estaba dando.

«Marcia» pensé con rabia.

Hoy será su último día en la tierra, el día de nuestra despedida, dije para mis adentros.

Cuando mis suegros y el médico se retiraron del cuarto, me acerqué a mi mujer y la miré con desdén.

—No sé si puedes oírme —le dije en un susurro—, pero quiero decirte algo, cielo.

Diana dormía profundamente tras el calmante que le aplicó el médico.

—Tu hija, la bastarda, no murió por tu culpa —le dije sonriendo con malicia—, sino por mi culpa.

Evoqué aquel día con un júbilo indescriptible en el corazón.

—Tú te quedaste dormida tras beber el té con sedante que te había dado —le arreglé el pelo con ternura—, y yo aproveché aquel momento para silenciar a tu hija para siempre.

El recuerdo asaltó mi mente y aceleró los latidos de mi corazón.

—Cuando tú te despertaste sobre ella, pensaste exactamente lo que yo quería, asesina —Diana se removió, pero no abrió los ojos—, el examen de ADN comprobó mis sospechas y la niña asquerosa del retrasado pagó la deuda de su padre.

Esboqué una sonrisa diabólica.

—Los otros bebés fueron más fáciles de eliminar —le dije tras bostezar—, una pastilla abortiva y ya —evoqué a Leda, la esposa de Emanuel—, todo hubiera sido distinto si no se hubiera embarazado...

Espanté aquellos recuerdos de mi mente. Leda pagó su deuda al igual que todos mis enemigos.

—Descansa, mi amor.

Me retiré de la mansión con sigilo y me marché a la casa de mi adorada puta. Hoy teníamos una fiesta en la casa de unos amigos. Tras ello, adiós mi amor.

ΣΧ3

Ver a Marcia pavonearse con diferentes hombres me irritaba, pero eran las reglas del juego, de aquel impúdico juego.

—Esta noche quiero verte con Saida y Lorena —le dije con voz insinuante—, me vuelve loco verte con otras mujeres.

Marcia me besó con ardor y por unos instantes quise perdonarle la vida, hasta que me enseñó las malditas gotas.

—Tus deseos son órdenes, mi señor.

La amaba con toda el alma. Sí, cierto, no podía seguir negándome al hecho, pero ella no me amaba del mismo modo, nunca lo hizo. Marcia, al igual que Diana, estaba enamorada de Daniel, el maldito retrasado mental.

—Para aumentar el tesón —me dijo la muy infeliz.

La miré con atención.

—Claro.

La cogí del brazo de golpe y la insté a que me mirara a la cara.

—¿Te gusta Marcel?

Ella sonrió con malicia.

—Tus amigos me enloquecen —me confesó, pero no me convenció—, cuando están juntos, hacen maravillas con una mujer. La hacen gritar, la hacen llorar de placer.

Fruncí mucho los ojos. ¿Qué me quería decir? Se apartó tras besarme los labios. Casi no se despegaba de Marcel, con quien había entablado una especie de relación muy cómoda tras nuestra primera vez con él y su esposa. Reían y charlaban de tal forma que me estaban cabreando. En más de una ocasión fantaseé con retorcerles el cuello a ambos aquella noche.

Tras apurar la última copa y dejarla en el bar, me di cuenta de que el alcohol me había calentado aún más la sangre, derribando las barreras que ocultaban la verdad.

«Hoy debo matarte, Marcia, hoy debo matar este amor maldito que siento por ti».

Quería hacer el amor con ella por última vez, a solas, sin compañías. Atravesé la estancia y le di un toquecito en el hombro. Marcia se dio media vuelta y la cogí de la mano con toda la intención.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Quiero irme a tu casa, mi vida.

Me miró con expresión de asombro.

—Quiero estar a solas contigo, Marcia.

Marcia se mordió el labio inferior, seguramente mientras se preguntaba si estaba borracho.

—No estoy borracho —le aclaré—, pero dentro de unas horas viajaré y no sé cuándo volveré.

Ella asintió con la cabeza, pero ni siquiera me preguntó por mi viaje, le daba igual mi partida, le daba igual lo que sentía por ella. ¡Maldita puta!

La conduje hasta el guardarropa, decidido a no perderla de vista. Al cabo de unas horas estaría en el único sitio donde no se metería en líos, donde comenzaría su verdadero martirio.

—Estás un poco raro, Sascha.

¿La muerte le susurraba algo? Le di un beso en los labios y la miré con amor infinito. No dijo nada. Tras ponerse el abrigo, se despidió como si tal cosa de mis amigos. Ella no sospechaba que aquella iba a ser su última noche en la tierra. Ese secreto hizo que tuviera todavía más ganas de salir de la casa de Marcel, y de llevarla a su casa, donde por fin podría hacerla mía.

Nos marchamos enseguida. Marcia guardaba silencio a mi lado, con la vista clavada en el exterior.

—¿Por qué estás tan callada?

El sedante que le puse en su copa comenzaba a tener efectos.

—Tengo mucho sueño —me dijo entre bostezos—, como si me hubiera tomado algún somnífero —me miró de reojo—, súper raro...

Al llegar a la casa, entré detrás de ella. La vi colgar el abrigo en el armario. Una duda atravesó mi mente en aquel preciso instante. Necesitaba confirmar la veracidad de la misma antes de llevar a cabo mi plan.

—¿Marcia?

—¿Sí?

—¿Te has acostado con mi padre?

Ella giró el cuello. Tenía la boca abierta y respiraba con fuerza.

—¿Quién te lo ha dicho?

Maldita puta, el farol era cierto.

—¿También con el padre de Diana? —la empujé contra la pared con violencia.

—Nunca, el padre de tu adorada esposa es un señor muy decente.

¿Qué cojones me quería decir? Apreté los puños, deseando reventarle su hermosa cara.

—¿Celoso? ¿De una puta?

Su tono burlón fue la gota que colmó el vaso.

—¿Por qué todo me da vueltas?

Me acerqué con aire amenazante, un ademán que hizo que ella retrocediera a su vez.

—¿No desconfías de nada? —le dije en tono burlón—, digamos que tus gotitas mágicas se transformaron en otra cosa, mi amor.

Marcia se quedó atrapada contra la pared cuando llegué a su altura. Despacio, apoyé las manos a ambos lados de su cabeza. La tenía aprisionada contra mi cuerpo. Cuando separé las piernas, Marcia quedó entre ellas. Me incliné y murmuré contra sus labios:

—La droga que te di anulará por completo tu voluntad —susurré sobre sus carnosos labios—, ¿por qué me estabas envenenando? —Marcia abrió mucho sus ojos—, ¿por lo que le hice a Daniel? ¿Fue por él?

—N-no...

Marcia se puso completamente tensa. La miré fijo por unos segundos, ¡Dios! ¡Era tan hermosa! Tan joven, tan zorra...

—¿Por qué Marcia?

Le arreglé un mechón de su pelo con mucho cuidado. La quería tanto que, incluso sería capaz de perdonarla. Podría mantenerla prisionera en algún sótano y hacerle el amor cada vez que quisiera.

—Mírame bien, Sascha. ¿Mis ojos no te recuerdan a alguien?

Observé con atención sus hermosos ojos verdes. Nunca había visto aquellas esmeraldas antes.

—No.

Marcia estaba cada vez más y más dopada. Mal podía parpadear. Me alejé de ella y la vi caer en el suelo lentamente mientras yo abría la puerta del famoso cuarto secreto. Abrí mis ojos como platos al entrar allí, a su templo maldito.

—¿Qué es esto? —dije horrorizado.

Decenas de velas de todos los colores iluminaban aquel macabro recinto repleto de imágenes raras y fotos de personas conocidas, entre ellas, la mía, la de Diana, Daniel, y mis amigos. ¿Qué era aquello? ¿Un altar?

—Tú y tus amigos arruinaron mi vida —me dijo con sus pocas fuerzas—, ¿recuerdas a la adolescente que violaron una y otra vez en el pasado?

Me volví y la miré atónito. ¿Era ella? ¿La joven que violamos en grupo en el pasado?

—Me robasteis el alma, me destrozasteis por fuera y por dentro —me dijo en tono apagado—, y yo juré vengarme de todos...

La miré apenado por unos segundos y luego me reí a mandíbula batiente.

—Pensé que los cocodrilos te habían devorado —grité riendo—, pero no, te has convertido en una hermosa mujer...

Ella me miró desafiante, me miró con odio. Dejé de reírme al instante. Aquello me dolió, más de lo que podía soportar.

—Me he vengado, Sascha —me dijo en tono sereno—, todos vosotros pagaréis mis lágrimas —la miré atento y con cierta ironía—, nunca me olvidaréis...

Entré en el cuarto sombrío y cogí una vela gorda. La puse cerca de la cortina.

—¿Antes o después de morir quemada?

La cortina empezó a arder. Cerré la puerta con violencia. Una lágrima atravesó su rostro mientras yo me colocaba mi chaqueta.

—Nadie te echará de menos, preciosa. A las putas y a las ratas nunca se les echa de menos.

Le di un último beso antes de salir de su casa sin dejar rastro. Total, era un cliente suyo que salía a pocas horas del incendio provocado por una vela

—Tenéis Sida, Sascha —me dijo antes de que pudiera abrir la puerta—, tú y tus amigos tenéis Sida como yo...

Todo empezó a darme vueltas. Me volví trepidante y la miré horrorizado. ¿Qué ha dicho?

—¿Qué dices, maldita puta?!

Marcia sonrió con aire victorioso.

—Tendrás una muerte lenta y dolorosa, Sascha. Pagarás caro por todo lo que has hecho.

Me acerqué y le di una patada certera en la cara.

—¡Putas! —le grité iracundo al tiempo que le golpeaba—, ¡mierdas!

Me arrodillé y le di un puñetazo certero en la nariz, reventándole la misma. Su sangre manchó mis manos, lapso en que mi móvil timbró. Me limpié la mano por su vestido.

—¿Qué pasa? —dije sin gentileza—, ¿habéis lanzado el cuerpo al pantano?

—Imposible, señor —me dijo el inútil que contraté—, el pantano está rodeado por policías, al parecer, encontraron el cuerpo de alguien allí.

—¡Maldita sea! —proferí iracundo—, traigan el cuerpo, tengo una nueva

idea...

Ellos llegaron cuando la parte trasera de la casa ardía cada vez más. Ningún vecino se percató, ya que los muros que le había construido tiempo atrás encubrían muy bien la morada.

—Traedlo aquí —les ordené.

Alexander llevaba mis ropas, mis zapatos, mi anillo de matrimonio y mi cartera. El rostro estaba irreconocible tras los golpes que le di con un extintor de fuego. Por fortuna, el infeliz era rubio y alto como yo, por si no se quemaba del todo

—Listo —dijo uno de mis hombres.

Observé con ojos lacrimosos la casa de la mujer que alguna vez amé. La casa de la niña que alguna vez violenté.

—Adiós, Marcia... —dije con lágrimas en los ojos—, si me hubieras amado como yo a ti —dije con un enorme nudo en la garganta—, hoy estarías viajando conmigo...

Tienes Sida, resonó su voz en mi cabeza. No, aquello era un farol, la voz de la desesperación. Ni siquiera me haré un examen para comprobarlo, porque era mentira, claro estaba. Giré sobre mis talones y me marché con mis hombres, dejando mi coche allí como prueba de mi desliz, de mi infidelidad.

—Sascha von Falk acaba de fallecer —me dije ensombrecido—. Adiós, Marcia.

Nadie dudará de las pruebas fehacientes, todo encajaba perfectamente.

Llegué a la casa que había comprado a unos treinta kilómetros de la granja «Dulce destino», alejada de todo y de todos. Me duché y luego me corté el pelo con lágrimas en los ojos, evocando una y otra vez a Marcia. ¿Cómo pude dejar que aquel sentimiento irrumpiera mi pecho? ¡Era cosa de débiles! ¡Maldita sea!

—Basta —me dije con rotundidad—, todo ha acabado.

Me pinté el pelo en negro y me rasuré la barba. Nada, absolutamente nada había restado del Sascha del pasado.

—Pronto volveré, Daniel —juré delante del espejo del lavabo—, no puedo ser feliz mientras tú vivas, maldito retrasado...

Salí de la casa antes de que el sol emergiera por completo en el horizonte y cogí un avión sin rumbo fijo. Necesitaba esconderme por un tiempo antes de volver para acabar con la vida de Daniel Schmidt.

Capítulo 29

Beatriz

ΣϞΣ

«Siempre te extrañaré»

Tras la confesión del señor Franke, muchas cosas han cambiado en la granja Dulce destino, que hoy por derecho pertenecía a Daniel, algo que dejó estupefacto a más de uno en el pueblo. Todos aquellos que alguna vez se burlaron de él, ahora anhelaban con vesania ganarse su simpatía. ¡Vaya hipocresía! Pero Daniel no era el tonto que todos siempre creyeron, al contrario, era listo como ninguno y tenía muy buena memoria y un enorme corazón, sus hechos lo demostraban con creces. Al día siguiente de la fiesta, donó un montón de cestas básicas para los más necesitados del pueblo. Su padre, un hombre tan bondadoso como él, lo hizo de buena gana, ganándose así por completo el afecto de su hijo.

—¡Fue hermoso, doctora! —me dijo Emilia—, lástima que no te hayan invitado.

La miré con curiosidad. Emilia siempre soltaba aquel tipo de comentario venenoso. ¿Por qué lo hacía? ¿Estaba celosa de Daniel como siempre desconfió? Muchos decían en el pueblo, según Constanza, que ella estaba enamorada de Sascha, pero no, a mí no me engañaba, ella amaba a Daniel, quizá desde siempre.

—Mumi me necesitaba —le contesté—, su parto fue muy duro —acoté, refiriéndome a una de las vacas.

La canción «*Ein Teil von meinem Herzen*» que significa: «Parte de mi corazón» del cantante Jonathan Zelter empezó a sonar en mi radio, la había bajado de internet tiempo atrás. Fue la canción que le dediqué a Daniel, un día antes de la fiesta, tras traducirla. La había escuchado en la casa del señor

Franke cierta tarde y le pregunté qué significaba.

—Parte de mi corazón —me dijo él.

Busqué la traducción en internet, la letra era perfecta para describir lo que sentía por aquel hombre con alma de niño.

Una parte de mi corazón...

*Es imposible pagar con cualquier dinero en el mundo,
una persona como tú es imposible describir...*

todo lo que puedo hacer es envolvarte en mis brazos y sé que eres el elegido.

Tú eres quien me hace reír y el que llora conmigo, que a veces es duro y honesto, pero nunca me daña, tú eres quien me perdona y no lamenta ni un solo día estar conmigo, y quien siempre está feliz conmigo...

Daniel y su abuela se mudaron a la mansión del señor Franke días después de la fiesta, lapso en que Daniel y yo apenas pudimos vernos. Él estaba muy cambiado, muy distante. No sabía qué le sucedía, pero me dolía mucho más de lo que era capaz de admitir o soportar.

Las cosas empeoraron días después...

—Daniel y Diana se ven todos los días en el muelle —me dijo Emilia de repente—, sé que soy una cotilla, doctora —me dijo apenada—, pero veo el dolor en tus ojos y, por ello, te cuento esto.

Aparte de estar celosa, pensé. No dije nada el día que me lo contó. Tampoco hice nada. Llevaba días con aquella desconfianza incrustada en la garganta. Temía descubrir la verdad, temía confirmar mis sospechas.

—¿Adónde vas, cielo? —le pregunté a Daniel días después—. Siempre sales a la misma hora.

Me miró con expresión compungida. ¿Qué tenía? ¿Qué le pesaba tanto? Su barbilla empezó a temblar a pesar de que la apretaba con vigor.

«A la gruta» me escribió.

Me estaba mintiendo y sus gestos lo delataban.

—¿Quieres que vaya contigo? —le demandé suplicante.

Negó con la cabeza tras desviar la mirada de mi rostro. Aquel gesto me dolió profundamente y mal podía esconderlo.

—¿Necesitas espacio, cielo?

Asintió sin mirarme.

—Sé que todo este cambio en tu vida —le dije sonriendo—, genera muchas emociones nuevas dentro de ti —le cogí de la mano—, aquí estaré —

me miró con ojos de cordero degollado—, siempre, mi amor.

Daniel besó el dorso de mi mano, llevaba tiempo sin besarme en los labios. ¿Qué se lo impedía? ¿Por qué no me besaba como antes? Parecía temer hacerlo. Luego de reflexionarlo bastante, decidí terminar con aquellas dudas atroces que me estaban carcomiendo por dentro.

—No lo hagas —me dije con lágrimas en los ojos—, no lo hagas...

Decidí seguirle aquella tarde, ignorando por completo mi propio consejo y mi amor propio. Daniel se alejó a grandes zancadas, miró un par de veces hacia atrás, pero no me vio. Para mi mayor sorpresa, lo vi desviar el camino hacia el muelle. Me escabullí detrás de los árboles mientras él se encaminaba hacia ella, hacia su primer y, quizá, único amor. Diana lo abrazó, él no le fue indiferente. Mi corazón se rompió como una piedra bajo un metal. Unas lágrimas atravesaron mi rostro lentamente mientras la realidad me golpeaba con aleve. Él la besó en los labios minutos después. Daniel aún la amaba, él siempre la amaría, aquel beso era la prueba. Él no la besaría, sino la amaba, caso contrario.

«Daniel» mascullé llorando con mucha amargura.

Me quedé allí por varios minutos, observándoles a escondidas como un vulgar espía. Cuando la sensatez retornó a mí, corrí, corrí con todas mis fuerzas, huyendo del dolor que me causaba aquella verdad inesperada. Un puñal en el pecho causaría menos dolor.

Llegué a mi casa anegada en lágrimas. Subí las escaleras llorando a lágrima viva y me metí en el cuarto de baño. Me desnudé a toda prisa, sin dejar de llorar. Me metí en la ducha con el corazón latiéndome por todas partes.

—Dios —dije sin aliento mientras el agua tibia caía sobre mí—, quítame este dolor —rogué al tiempo que me deslizaba contra la pared hasta quedarme sentada sobre el piso—, me duele mucho —gemí tras abrazar mis piernas—. Ángela, ayúdame —supliqué sollozando.

Me enjuagué y me vestí a toda prisa tiempo después. Constanza golpeó la puerta con los nudillos mientras intentaba aplacar el dolor que me estaba quemando viva por dentro.

—¿Sí? —le dije en tono bajito.

No estaba arrepentida de haber conocido el amor en los brazos de Daniel, no, eso nunca. Pero era humana, y no podía evitar sentir aquella pena lacerante dentro de mí.

Me sequé las lágrimas con un algodón. Me maquillé para tapar las huellas

de mi penuria, inútilmente, ya que la misma parecía tener vida propia en mi cara.

—Beatriz, Daniel está aquí —me dijo con voz serena.

Era el momento de enfrentarse a la realidad, me dije resoluta. No tenía sentido alargar más mi propio martirio bajo el disfraz de una mentira. Siempre fui muy decidida al respecto. Pero ¿por qué hoy las cosas me costaban más que antes? Pensé en Ángela y en Débora.

—Las echo tanto de menos —dije llorando—, siempre las echaré de menos —acaricié la medalla de mi gargantilla—, éramos tan felices...

Unas imágenes pasadas empezaron a sucederse una tras otra en mi cabeza, provocando un tsunami de emociones en mi corazón. Podía ser la mujer más fuerte del mundo, pero era humana, una simple mortal ante la derrota, el dolor y la muerte.

Constanza me habló y me arrancó de mi trance de golpe.

—Voy enseguida, dile que me espere en el jardín.

—Vale.

Daniel estaba nervioso y bastante triste. Me acerqué con el corazón hecho trizas y lo abracé con afecto. Necesitaba aquel abrazo, aquel último abrazo suyo. Le olisqueé la camiseta celeste con los ojos entrecerrados. Precisaba grabar aquel aroma en mi alma.

Daniel empezó a temblar.

—No sufras —le rogué con el alma a mis pies—, no tienes la culpa, mi amor.

El dolor se adueñó de mí por completo. Daniel, prisionero de su corazón, lloró con amargura, le dolía causarme aquella pena, le dolía no poder amarme como yo a él. Me aparté y lo miré a través de la cortina de lágrimas que cubría mi rostro.

—Sé todo, Daniel.

Se sentó de golpe en el banco que estaba detrás de nosotros y me miró con asombro, como si acabara de ver un fantasma. Me senté a su lado tras sorberme por la nariz y le cogí de la mano. Daniel sollozaba con desconsuelo. Quise arrancarle aquella pena, quise devolverle la alegría, quise borrarle la memoria para que no sufriera, para que no llorara nunca más.

—No sufras, mi amor —le rogué llorando—, me duele verte así, mi carita de ángel.

Daniel me miró con ojos soñadores, me miró con admiración. Lo amaba tanto que, lo más importante para mí, era verlo feliz. Cogí una cajita que había

traído de mi cuarto y la deposité en su palma derecha. Él la miró con curiosidad y luego me miró a mí con el mismo deje.

—Ábrela —le dije con la voz nasal—, por favor...

Daniel la abrió con manos temblorosas y se encontró con una piedra azul en forma de corazón del tamaño de una nuez.

—Es mi corazón —le dije llorando—, te lo estoy entregando.

Me miró fijo, me miró con mucha tristeza.

—Aunque no estemos juntos —apostillé anegada en lágrimas—, siempre estará contigo, siempre será tuyo.

Daniel soltó un gemido de dolor tras desviar la mirada. Sus lágrimas empaparon sus manos y la piedra azul.

—Os vi —le dije con calma—, en el muelle...

Se volvió y me miró con magnitud. Sus lágrimas atravesaban su rostro de forma perenne como las mías hacían en el mío.

—No te estoy recriminando —aduje con un enorme nudo en el pecho, un nudo que apenas me dejaba respirar—, el amor es así, cielo —Daniel se rompió a llorar con mucha amargura—, indomable y eterno —todo su cuerpo vibraba—, el primer amor es para siempre...

Daniel me estrechó con fuerza, tanta que, pensé que me rompería las costillas. Me abracé a él, me dejé llevar por el amor que sentía por él, por aquel amor inocuo que nunca morirá dentro de mí mientras viva.

—Gracias por todo, Daniel —le dije llorando—, gracias por haberme devuelto la vida, las ganas de vivir que había perdido tras tanto dolor...

Daniel me apartó y me besó toda la cara. No comprendía lo que le estaba diciendo, pero podía sentir mi pena como si fuera suya. Así era él, mi carita de ángel.

—Prométeme que serás feliz, Daniel —le rogué tras rozar mis labios en los suyos—, solo así podré ser feliz en mi mundo sin ti...

Él asintió con un leve cabeceo, rasgando mi alma en dos. La piedra en forma de mariposa que me había regalado días atrás, hoy era la lápida de mi corazón.

—Hoy debo volar sola —le dije gimiendo de dolor—, siempre te amaré, Daniel, hasta el último día de mi vida. Conocerme fue el mayor regalo que Dios me dio, que Ángela me envió.

Me miró con expresión interrogante al oír aquel nombre. ¿Quién era Ángela?, supuse que pensó.

—Ella fue alguien muy especial en mi vida —le aclaré—, alguien que

siempre echaré en falta mientras viva —acaricié su mejilla con la mano derecha—, como a ti... —miré la cajita que le había regalado—, mientras vivas, mi corazón siempre estará contigo, Daniel —besé su frente—, siempre.

Daniel me dio un último beso, el beso del adiós. Se levantó tras ello y se marchó sin mirar atrás.

—Te amo —le dije llorando.

Daniel llegó a mi vida justo a tiempo, llegó para devolverme la fe que la desesperanza me había robado.

«El amor puede durar un minuto, una semana, un mes o una vida entera, no importa el tiempo, sino el momento en que llega y se instala en tu corazón para siempre».



Daniel no apareció en toda la semana, fue lo mejor para ambos, pensé mientras lloraba con Lolita entre manos, la conejita que había adoptado días atrás para Daniel.

—Tú cuidarás a Daniel por mí —le dije tras besarle la cabecita.

Fátima me llamó por la mañana y me dijo que había conseguido el soñado préstamo para abrir nuestra propia clínica veterinaria.

—Es hora de volver —me dijo con tristeza—, de renacer de las cenizas, una vez más.

Me dolía respirar, pero aquello que experimentaba me fortalecería con el tiempo. Nadie muere de amor, me repetía todos los días tras cruzar la puerta de la casa rumbo a mi trabajo.

—Buen día, doctora —me saludó con afecto Olga—, ¿lo de siempre?

Asentí con un cabeceo mientras observaba la cocina y buscaba con la vista a Daniel, el nuevo dueño de la granja. Esboqué una sonrisa ante los giros que la vida daba.

—Gracias, Olga.

Ella acarició mi mejilla con ternura.

—Me parte el alma verte así, doctora —sonrió—, el amor es un campo minado...

Lo era, pero valía la pena apostar, aunque perdieras la vida al intentarlo. Lo que viví a su lado nadie lo borrará de mi memoria emocional, jamás.

Me levanté de la mesa tras beber mi café y me dirigí hacia los establos. Al salir, me encontré de cara con Daniel y su padre. Nos miramos con añoranza,

con ternura y con dolor. Mi carita de ángel ya no era el campesino mal vestido de tiempo atrás, no, ahora era el hijo de un granjero millonario. Dios, ¡lo echaba tanto de menos! Sí, mi amiga tenía razón, lo mejor era volver a mi mundo.

—Buen día —les dije antes de girar sobre mis pies y alejarme de ellos con lágrimas en los ojos—, no llores —me reproché tras secarme las lágrimas.

Diana estaba cerca de la vieja fuente del jardín, parecía un fantasma. Me miró con profundo dolor, ¿qué me quería decir a través de sus ojos? Daniel y su padre se acercaron a pasos lentos.

—Hija —le dijo el señor Weber—, buen día, doctora.

Les saludé con cordialidad antes de alejarme de ambos. Cuando me volví, vi a Diana entre los brazos de Daniel, una daga atravesó mi cuerpo y lo partió en dos. El dolor de verlos juntos era inhumano.

—Hora de volver a casa —me dije resoluta tras enjugarme la única lágrima que atravesó mi mejilla.

Por la tarde, un oficial de la policía apareció en mi casa preguntando por mí. Acababa de cerrar la puerta de la cocina cuando lo oí. Constanza me llamó empalidecida, ¿qué estaba pasando?

«Débora».

—Buenas tardes, doctora Aquino.

—Buenas tardes.

El oficial titubeó antes de hablar.

—Unos hombres han encontrado algunas pertenencias de su hermana en el pantano —me dijo tras respirar hondo—, al parecer, ella...

Mis ojos se nublaron mientras él me contaba lo que posiblemente le sucedió a mi hermana en aquel horrible lugar. Constanza soltó un grito agudo. Todo empezó a darme vueltas.

—¡Nooo! —bramé tras recuperarme de la impresión—, ¡no puede ser cierto!

Olga apareció al oír los gritos que lancé en un acto de desesperación.

—¡Nooo! —grité anegada en dolor—, ¡Débora no puede estar muerta! ¡Nooo!

El señor Franke y Daniel entraron disparatados en la casa. Daniel me abrazó con fuerza.

—Débora no puede estar muerta, Daniel —le dije llorando con desesperación—, ¿qué le diré a mi padre? ¿Cómo sobrevivirá a una pérdida

más? —lloré con desconsuelo.

El oficial me entregó la mochila de mi hermana, la que le había regalado años atrás. Acaricié la imagen de la muñeca gótica de ojos grandes que aparecía en la parte frontal. Los recuerdos golpearon mi caja torácica con aleve.

—¡Soy yo! —gritó Débora aquel día—. ¡Es mi foto!

Me reí a carcajadas mientras ella giraba sobre sí misma como una bailarina de ballet.

—Me alegro de que te haya gustado, Miércoles Addams —me mofé y ambas empezamos a chasquear los dedos como solía hacer aquella macabra familia—. ¿Estamos locas?

Débora me estrechó con fuerza, como si se le fuera la vida en aquel gesto.

—Falta Ángela —me dijo con lágrimas en los ojos—, siempre faltará —acotó tras sorberse por la nariz.

«Ángela» pensé al volver al presente.

Cogí la mochila antes de salir corriendo por la puerta principal de la casa. Corrí hasta el pantano, necesitaba comprobar con mis propios ojos lo que aquel oficial me había dicho. Débora no podía estar muerta, no, estaban equivocados.

—Dé-bora —jadeé al llegar al lugar—, ¿dónde estás? —pregunté como una demente a punto de saltar de algún edificio—, no, ella no puede estar muerta —me repetía una y otra vez—, no, ella no está muerta.

El lugar estaba iluminado con un farol montado a un costado. Unos oficiales colocaron una cinta amarilla alrededor del lago, donde vivían los cocodrilos, los supuestos asesinos de mi hermana. Observé el lugar con ojos lacrimosos.

—No... —dije anegada en lágrimas—, no...

A pocos metros de mí, vi una zapatilla All Star negra y blanca con un corazón de piedra a un costado. Mis lágrimas caían sin cesar sobre mis mejillas, evocando el día que le entregué aquellas zapatillas que amaba tanto.

—¡Me encantan! —gritó ella—, pero les falta algo...

Retiró de su mochila una cajita de plástico de color rojo. La abrió y cogió una piedra en forma de corazón. En pocos minutos la cosió a la zapatilla, dándole su toque personal.

—¡Ahora sí! —chilló dando varias vueltas sobre sí misma—, ¿a que sí, campesino sexi? —le preguntó a Daniel, que la miraba con expresión divertida—, si quieres puedo desfilas para ti —puse los ojos en blanco—, usando solo las zapatillas —le guiñó un ojo.

Daniel se ruborizó como un tomate.

—¡Débora! —le reprendí y la hice reír a carcajadas.

Mi hermana no era así antes de la muerte de Ángela. La tragedia que vivió mi familia la llevó al abismo. Me acerqué a cámara lenta a la zapatilla mientras las personas hablaban, comentaban, cuchicheaban sobre lo ocurrido con mi hermana, la drogadicta problemática. Daniel estaba a mi lado, podía sentir su aroma suave a bebé. Me arrodillé y observé con un profundo dolor el calzado de mi hermana.

—Dé... bo... ra... —gemí—, manita...

Daniel se acuclilló a mi lado.

—Se ha muerto, Daniel —le dije llorando con amargura—, se murió pensando que yo no la quería —Daniel lloraba a lágrima viva—, nunca podré decirle, que a pesar de todo, siempre, siempre la amé —sollocé con desesperación—, que ella no tuvo la culpa —me miró con expresión inquisitiva—, que Ángela no murió por su culpa como siempre lo pensó... —me rompí en mil fragmentos.

Daniel me abrazó y lloré, lloré con toda el alma.

—¡Débora! —grité, abrazándome a Daniel con vigor—, ¡perdóname, hermana! Por... favorrr...

Me quebré en los brazos de Daniel, me quebré por dentro para siempre. Él me apretujó contra su cuerpo.

—¿Por quééé? —gemí llorando contra su hombro—, ¿por quééé? ¿No fue suficiente con todo lo que pasamos? ¿Por qué la vida nos castiga de este modo?

La canción «Missing», del grupo Evanescence, empezó a sonar en mi cabeza, fue la canción que Débora me dedicó el año pasado en mi cumpleaños, a través del móvil. Me llamó y cuando cogí la llamada, la canción sonó mientras mis amigas hablaban a mi lado sin percibir nada...

Por favor, por favor, perdóname, pero no estaré más en casa.

Quizás algún día me valores, y, casi sin darte cuenta, le dirás a alguien ¿no falta algo?

No llorarás por mi ausencia, lo sé. Me olvidaste hace mucho. ¿Soy tan poco importante? ¿Soy tan insignificante? ¿No falta algo? ¿Nadie me echa de menos? Incluso, aunque yo sea el sacrificio, no aspirarás a mí, no ahora. Aunque muriera para saber que me amas, estaría absolutamente sola. ¿No falta algo? ¿Nadie me echa de menos? Por favor, por favor, perdóname, pero no estaré más en casa.

—Perdóname, por todo, Bea —me dijo antes de colgar.

Aquella triste canción empezó a sonar mientras las personas me miraban con pena, sin comprender al cierto lo que sentía yo en aquel preciso instante. Débora era una sucia drogadicta para ellos, pero era mi hermana, mi alma gemela, a pesar de todo...

Todo se ralentizó a mi alrededor mientras unas imágenes de Débora irrumpían mi mente y desangraban mi corazón.

—¡Bea! —chilló ella desde nuestro árbol favorito cuando éramos adolescentes—, ¡ven!

Corrí hacia ella riendo:

—¡El crepúsculo está maravilloso este día!

Nos gustaba observar el atardecer, grabar a fuego en nuestras retinas aquel mágico momento, era la hora favorita de nuestra madre, que pintaba paisajes como ninguna. Ver el ocaso era como verla a ella. Los rayos del sol, de cierta u otra manera, eran como recibir su abrazo o un beso suyo.

Volví al presente cuando Daniel me cogió en brazos y me llevó a mi casa. Le dije que podía caminar, que estaba lejos para llevarme en brazos. Él me miró con intensidad y supe al instante que no aceptaría negativas. Yo, mejor que nadie, podía leerle los ojos como ninguna. Recosté mi cabeza en su pecho y lloré durante todo el camino. Daniel se detuvo de repente y me miró con profundo dolor. Incluyó la cabeza y me dio un beso mientras sus lágrimas caían sobre mi cara entremezclándose con las mías. Era un beso de lástima, no de amor.

—Te amo —le dije antes de cerrar mis ojos.

Al día siguiente, decidí marcharme de Dulce destino para siempre. Mi amiga, Laura, apareció por la tarde para buscarme.

—Lo siento, Bea —me dijo tras abrazarme—, lo siento mucho.

El señor Franke apareció con una jaula entre manos, a pocos minutos de

marcharnos del lugar.

—Para ti, doctora —me dijo con un enorme nudo en la garganta—, de parte de Daniel.

Laura y el señor Franke intercambiaron una mirada teñida de tristeza.

—Gracias —le dije con lágrimas en los ojos—, ¿puede entregarle esto a él? —le di a Lola, la conejita que había adoptado para él —, creo que ambos tuvimos la misma idea...

Él se limitó a asentir.

—Buen viaje, doctora —me deseó él.

Unos oficiales aparecieron en la granja en ese preciso instante. Los Weber tampoco pasaban por un buen momento.

—¿El yerno de tu patrón murió en verdad en el incendio? —me preguntó Laura—, qué locura.

En el pueblo no se hablaba de otra cosa que no fuera del incendio de la casa de Marcia y la muerte de Sascha. Ella, al parecer, logró huir de la muerte, o, al menos, por un tiempo más, ya que según entendí, estaba muy grave.

—Eso parece, Laura.

No tenía ganas de hablar. Me puse el viejo abrigo de hilo negro de Débora, y olisqueé su aroma, aún olía a ella. Constanza subió al coche llorando. Para ella, mi hermana no estaba muerta. No había cuerpo para demostrarlo, pero había restos que así lo demostraban. En su ataúd enterraríamos sus pertenencias más queridas, le dije anoche.

Mi móvil timbró y la triste banda sonora «Fate of my dad» de la serie «The flash» empezó a sonar. Era el tono que Débora había elegido para nuestro padre. Cogí la llamada con manos temblorosas.

—Hija —me dijo llorando—, dime que no es... es... cierto —soltó un gemido de dolor—, por favor...

Me rompí a llorar y él supo al instante cuál era la respuesta. Mi padre lloró con amargura.

—Lo siento, papá... —fue lo único que pude articular.

Mi padre había visto las noticias, fue inevitable, me dijo Fátima tras coger el teléfono de mi padre. Necesitaba estar a su lado lo antes posible.

Me subí al coche con el conejo que Daniel me había regalado. Ni siquiera vino a despedirse de mí, cavilé ensombrecida.

—Adiós Dulce destino —dije llorando al tiempo que giraba sobre mis pies y grababa el lugar en mi corazón—, adiós, mi amor. Sé feliz y yo seré feliz.

Nos marchamos del lugar. Laura frenó cerca del enorme portón de madera, transportándome con aquel gesto al primer día que había estado allí.

—Mira, Bea —me dijo con lágrimas en los ojos—, allí...

Busqué su enfoque y me encontré con Daniel, que sujetaba a Lolita entre sus manos. Me bajé del coche impulsada por el corazón, él se acercó a mí impulsado por el suyo. Daniel lloraba sin tapujos ni vergüenza. Lloraba como un crío, lloraba con el alma. Trepé la valla de madera con agilidad y me senté sobre ella. Daniel se acercó y lo tiré hacia mí y le di un último beso.

—Siempre... siempre... —ronroneé anegada en lágrimas—, te amaré, Daniel Schmidt.

Él intentó decir mi nombre.

—Bea... —musitó en un hilo de voz apenas audible.

El corazón me latió tan fuerte que me ensordecí.

—¿Dijiste mi nombre? —le dije ilusionada—, mi nombre... —repetí llorando.

No era nítido, pero fue suficiente para mí.

—Sé feliz como me lo prometiste, cielo —le rogué con la voz entrecortada—, nadie merece serlo más que tú...

Daniel depositó a Lolita sobre el césped y luego se metió entre mis piernas y me abrazó con fuerza. Lloró con amargura a medida que me apretujaba más y más contra él.

—No llores, mi amor —le supliqué—, nadie puede mandar en el corazón.

Daniel llevaba el suéter negro que le regalé casi cuando nos conocimos. Me aparté y le besé toda la cara.

—Adiós, mi primer y único amor.

Cogí mi bolso y busqué mi pendrive de músicas.

—Cada canción que aquí se encuentra —le dije ahogada en dolor—, lleva tu nombre, Daniel. Todas ellas, siempre, siempre me recordarán a ti.

Daniel cogió el pendrive preso de un ataque de llanto e hipos.

—Recuerda siempre que a tu lado fui la mujer más feliz del mundo.

Me dio un largo y apasionado beso. Sujeté su cara con ambas manos y le devolví el beso con la misma urgencia. Me alejé de un momento a otro y me metí en el coche temblando como una hoja. Laura me miró con atención.

—¿Por qué te besó de aquel modo si no te ama?

No quería pensarlo, no quería saberlo. Le imploré a mi amiga que me llevara lejos de allí o me moriría de pena. Daniel sujetó a Lolita, y me vio partir de su vida lentamente. Aquella última imagen suya me recordaba a la

primera.

—Adiós, mi amor, una parte de mi corazón hoy se queda a tu lado para siempre, la otra debo enterrarla con mi hermana, con mis seres queridos que hoy ya no están...

Daniel corrió por el valle con Lolita entre manos, y antes de que giráramos, lo vi caerse de rodillas, llorando con un dolor que laceró mi ser en dos.

—Quítame este dolor, mamá —rogué llorando—. Arráncame esta pena... Dulce destino siempre viviría en mí como él, mi carita de ángel.

Capítulo 30

Daniel

ΣϞΣ

«A donde te lleve el corazón»

Deposité a Beatriz en su cama con sumo cuidado, le di un beso en la frente y estuve casi dos horas a su lado. «Siempre te amaré, Beatriz, aunque no estemos juntos en esta vida, mi corazón siempre será tuyo» dije para mis adentros llorando con amargura a su lado.

¿Por qué Dios fue tan injusto con nosotros dos? ¿Por qué nos castigaba de aquel modo tan cruel? Apagué las luces tras besarle los labios, no me resistí, el amor que le profesaba fue mayor que mi voluntad. Constanza, que lloraba con desconsuelo en la sala, me pidió que no la dejara, al menos hasta que todo se aclarara, para ella, Débora no estaba muerta, ya que su corazón lo sabría. No sabía qué significaba aquello, pero supuse que era una manera de decir. Para completar aquel trágico día, la casa de Marcia se incendió con ella y Sascha dentro. Al parecer fue producto de una vela. Lamenté profundamente su suerte, ni siquiera a mi peor enemigo le desearía algo similar.

—Marcia no ha muerto —me dijo mi padre al día siguiente—, al parecer tampoco Sascha.

Abrí mucho los ojos.

—Ella salió de la casa antes de que el fuego llegara a la sala —me contó mientras desayunábamos—, pero está muy grave, hijo.

Mi abuela soltó un gemido de estupefacción.

—Ella declaró que Sascha la golpeó brutalmente antes de dejar un cadáver a su lado.

Miré asombrado a mi padre. Sascha planeó su muerte, ya que había hecho grandes fraudes en las empresas de su padre y del señor Weber.

—La granja Dulce destino es nuestra, hijo —me dijo mi padre tras

culminar aquella triste historia—, los Weber están en la ruina por culpa de Sascha.

Suspiré con agobio.

—Marcia quiere verte, hijo —me dijo mi padre—, yo respetaré tu decisión.

Fui al hospital con mi padre tras la merienda.

—Ve, hijo.

Sascha era uno de los hombres más buscados del país a partir de la declaración de Marcia, que murió por la noche tras luchar por su vida inútilmente.

—Perdóname, Daniel —me dijo horas antes de fallecer—, perdóname por no saber amar —lloré al verla en aquel estado—, fui muy feliz a tu lado, mi ángel —jadeó—, fuiste lo mejor de mi vida.

La perdoné, para que pudiera partir en paz a la granja de las almas, aunque mi abuela me dijo que personas como ella no iban a ese sitio. No lo merecían. Pero, al conocer la verdadera historia de Marcia, opinó distinto.

—Ella hubiera sido diferente —me dijo mi padre apenado—, si Sascha y sus amigos no la hubieran violado, ella hubiera sido una persona distinta.

Además de violar y asesinar a sangre fría a uno de sus hombres, Sascha había ordenado la muerte de la esposa de Emanuel, su amante.

—Al fin la verdad salió a la luz —me dijo mi amigo con lágrimas en los ojos—, al fin ella podrá partir de este mundo.

Emanuel iba todos los días al pantano, para depositar unas flores que recogía de su casa. Eran flores silvestres como vampira, como solía llamar a Débora. ¿Él estaba enamorado de ella? Sí, al parecer sí. Débora hubiera encontrado la felicidad en sus brazos, pensé con una enorme pena en el corazón.

—¿Por qué has dejado a la doctora, Daniel? —me preguntó Emanuel tras sorberse por la nariz—, tú la amas, lo sé —se levantó y me tocó el hombro—, no la pierdas, Daniel.

Beatriz viajará hoy por la tarde a su ciudad, pensando lo peor de mí, sin sospechar que todo lo que hacía era por amor a ella.

—No te entiendo, Daniel —me dijo Luisito entristecido—, tú quieres a la doctora, no a Diana como ella piensa.

Era solo un niño, pero mucho más listo que un adulto. Mi padre intentó descubrir las verdaderas razones que se ocultaban detrás de mi inesperada decisión, pero aún no era el momento.

—¡Me encanta tu cama! —me gritó Luisito el día que me visitó—, ¡es el sueño de todos los niños!

Se lanzó a mi cama en forma de coche y saltó en ella tras revisar mi habitación de punta a punta. Tenía muchas cosas bonitas, pero nada me importaba, nada más que la enorme tristeza que padecía Beatriz tras descubrir sobre la cruel muerte de su hermana en el pantano. Según rumoreaban, Débora estaba muy drogada y se equivocó de camino el día que se metió en el bosque maldito, como lo llamaba Luisito.

—Aún tienes tiempo, hijo.

Un día antes de la partida de Beatriz, fui con mi padre a una asociación protectora de animales y nos trajimos una conejita preciosa. Además colaboramos comprando su casita y un collar rosa con una placa plateada, en forma de corazón.

—¿Quieres que se lo entregue yo, hijo?

Asentí llorando con amargura. No podía más con aquel dolor que cargaba en mi interior. Mi padre me abrazó con fuerza y me suplicó con lágrimas en los ojos que le confiara mi secreto.

—La amas, hijo —me dijo tras apartarme y ahuecar mi rostro entre sus manos—, sé que hay algo más detrás de tu decisión, pero ¿qué?

Diana me pidió que no hablara con nadie sobre mi enfermedad, no hasta hacerme unos exámenes de sangre. No sabía cómo enfrentaría aquella situación, pero mientras tanto la mantendría en secreto, hasta confirmar mis sospechas.

Beatriz partió llevándose mi alma con ella. Lloré durante tres días consecutivos. Mi abuela lloró conmigo.

—Mira —me dijo Luisito tras colocar el pendrive en el ordenador que mi padre me había regalado—, ¡somos nosotros!

Beatriz me había dejado varias canciones y fotos. Lloré con amargura mientras veía las fotos que nos habíamos tomado aquellos maravillosos días que pasamos juntos.

—No llores, Daniel —me rogó Luisito—, o te vas a deshidratar...

Lloré durante días, e incluso tuvieron que darme algo para serenarme. Durante tres días estuve en cama, no quería ver a nadie, no quería bañarme, no quería comer. No quería seguir respirando.

—Hijo mío —me dijo mi padre llorando—, ¿qué tienes?

«Una enorme pena, papá».

Mi abuela me rogaba a diario que volviera a ser el mismo de antes. Pero

¿cómo volvería a ser el mismo tras la partida de Beatriz? Era imposible.

—Te ves raro con esa barba —me dijo Sofia—, pareces un hombre, Daniel.

¿Sin barba no lo era? Mis amiguitos venían a diario a verme.

—Hijo —me dijo mi padre—. Alguien vino a verte.

Pensé en Beatriz, por unos instantes. Me levanté ilusionado como un niño, pero no era ella.

—Hola, Daniel.

El señor Weber apareció en la mansión de mi padre, y me suplicó que fuera con él a su casa, porque Diana estaba muy mal.

—Te lo suplico, Daniel —me dijo llorando—, por favor, ella te necesita más que nunca.

El señor Weber no era ni la sombra de lo que alguna vez fue. Tenía la barba muy prominente y unas ojeras enormes alrededor de sus ojos. Me miró con profundo dolor, estaba desesperado.

—Ella quiere despedirse de ti, Daniel.

Lo miré asombrado. ¿Despedirse de mí? ¿Viajaría?

—Ella no hace más que pronunciar tu nombre —me dijo llorando—, llamarte a pesar de su estado.

¿Qué tenía? ¿Qué le pasaba?

—Te lo suplico como padre, Daniel —me miró con ojos vacíos—, perdóname por todo lo que hice y dije —sus lágrimas me conmovieron profundamente—, hazlo por piedad, por compasión, Daniel —mi padre asintió a un costado—, perdóname por todo, Daniel.

El corazón se me encogió. Cogí sus manos y lo miré con profundo dolor. Le dije «te perdono» a través de mis ojos.

—Eres mil veces mejor que yo, hijo —me dijo llorando con amargura—, mi hija hubiera sido tan feliz a tu lado —mi padre me miró con pesar—, Diana se está muriendo, Daniel.

Aquello me dejó sin aliento. ¿Diana se estaba muriendo?

—Ve a verla, Daniel —me dijo mi padre—, no pierdas el tiempo.

Asentí con la cabeza antes de salir de la casa y coger a Mimosa del establo. Me puse las botas de montar y me marché a la granja Dulce destino a toda prisa.

—Aquí —me dijo su madre, la mujer que me despreció toda la vida—, Daniel —me cogió de las manos—, sé que te he despreciado toda la vida —me dijo llorando—, perdóname por todo —se quebró—, por favor...

Asentí antes de subir al cuarto de Diana, a aquel sitio donde fuimos tan felices en el pasado. Su madre me abrió la puerta llorando con amargura.

—Acércate, Daniel —me dijo ella enronquecida—, tócale la mano, ella te estaba llamando —apostilló—, mi amor, Daniel está aquí —le dijo a Diana mientras yo me sentaba a su lado y le cogía de la mano—, despierta, mi amor.

Diana abrió lentamente sus ojos y me miró con un júbilo indescriptible. Mis ojos se llenaron de lágrimas al comprender que se estaba muriendo, que se estaba yendo.

—Daniel, mi amor —me dijo con voz cansada—, ¿aún me quieres?

Asentí con la cabeza.

—¿Como antes?

Besé sus manos tras juntarlas a la altura de mi boca. Ella sonrió, a pesar de su estado, me sonrió.

—Te amo, Daniel —jadeó sin fuerzas—, por favor, llévame al muelle, a nuestro muelle —asentí con la cabeza—, mamá, ponme el vestido blanco que tengo en el armario, esa de tirantes —le dijo en un susurro—, lo había comprado años atrás —me miró con profundo amor—, para casarme contigo, Daniel, antes de la fiesta, ¿lo recuerdas?

Asentí llorando.

—Quiero llevarlo hoy, mamá —miró a su madre—, quiero que me entierre con él.

Su madre se rompió.

—Quiero partir con ese vestido, con ese recuerdo.

Su madre cogió el vestido y se lo puso con la ayuda de Olga. Tras ello, cogí en brazos a una Diana que pesaba menos que Sofia en aquel momento. Lloré a moco tendido, fue inevitable.

—Mi muñeca, mamá —le dijo a su madre.

La señora Weber cogió la muñeca de trapo, la que alguna vez le había regalado yo.

—Llévame a nuestros sitios, Daniel —me pidió—, quiero revivir nuestros mejores momentos antes de irme.

Bajé las escaleras a cámara lenta mientras ella ronroneaba algo que no lograba comprender muy bien. Crucé el jardín y me marché al muelle, donde habíamos construido nuestro nido de amor en el pasado.

—Fui tan feliz a tu lado Daniel.

Me senté en el extremo del muelle con ella en brazos tras recorrer nuestros sitios, luego de recordar nuestros mejores momentos.

—Daniel —me dijo con sus pocas fuerzas—, ya no nos separaremos, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, anegado en lágrimas. Diana, mi primer amor, la yegua indomable, como ella mismo se tildó en el pasado, se estaba muriendo entre mis brazos.

—¿Nos casaremos, Daniel?

Volví a asentir.

—Cuida a nuestra hija —me pidió y no pude evitar mirarla con confusión—, cuida a Adele —me enseñó la muñeca—, nuestra hija.

Diana estaba delirando, pensé acongojado. Mis lágrimas caían sin cesar sobre su rostro y se entremezclaban con las suyas.

—Quiero... quiero contarte algo, mi amor.

Su pecho subía y bajaba sin parar. Respiraba entrecortadamente, como si la vida estuviera abandonándola poco a poco.

—La hija... que... tuve... —mis lágrimas empaparon su rostro—, no era de Sascha —me confesó—, era tuya, Daniel...

Mi corazón dejó de latir por unos segundos. ¿Era nuestra hija? Aquello me derrumbó por completo. Lloré con toda el alma. ¿Era mi hija? ¿Mi hija?

—Sascha... me dijo que la mató —lloré con más amargura—, Adele al fin descansa, mi amor —me dijo en un susurro—, Daniel, mi amor... —abrió mucho sus ojos—, sé feliz, mi amor —me rogó—, prométeme que lo serás, por favor...

Asentí con la cabeza, preso de un ataque de llanto.

—Necesito escucharte, Daniel —me suplicó—, necesito escucharte por última vez.

Acerqué mi boca a su oído e intenté decir su nombre. No salió más que un gemido, pero fue suficiente para hacerla feliz.

—Oh, Daniel —me dijo emocionada—, perdóname por todo, Daniel. Por no haberte amado como te lo merecías, mi vida.

Diana me pidió un último beso de amor. Recliné la cabeza y le di un beso, el último beso.

—Daniel... —susurró—, te...

Diana dejó caer las manos y la cabeza lentamente. Su pecho ya no se movía. La estreché con fuerza y lloré con toda el alma.

«Adiós, Diana».

—¡Nooo! —gritó su padre a pocos metros de nosotros—, ¡hijaaa! —se arrodilló con las manos sobre la cabeza.

Diana Weber partió de la tierra tras confesarme todos sus secretos y tras dejarme de herencia su eterno amor.

«Adiós, Diana —le dije para mis adentros el día de su sepelio—, descansa en paz» deposité la piedra que alguna vez tallé en su honor.

Evoqué nuestros mejores momentos mientras la lluvia que caía me empapaba lentamente. Alcé la vista hacia el cielo y lloré con dolor agudo la muerte de aquella mujer que alguna vez amé con toda el alma.

—Te cantaré una canción, Daniel —me dijo mi primer cumpleaños que pasamos juntos—, se llama «Time after time» de Cindy Lauper.

Me entregó una hoja y me dijo que me había traducido la letra de la misma. Cogió su guitarra y empezó a tocarla con maestría mientras me cantaba aquella sublime canción, que según ella, revelaba su alma enamorada.

*Tumbada en mi cama, escucho el tic tac del reloj, y pienso en ti.
Atrapada en un círculo, la confusión no es nada nuevo.*

*Recuerdos de noches cálidas, casi dejadas atrás, maletas de recuerdos,
un tiempo después...*

De vez en cuando me imaginas, caminando muy por delante de ti, tú me llamas, yo no puedo escuchar lo que has dicho, entonces dices, «ve más despacio», yo me quedo atrás...

El reloj gira hacia atrás. Si estás perdido, puedes mirar y me encontrarás, una y otra vez, si te caes, te atraparé, estaré esperando, una y otra vez.

*Si estás perdido, puedes mirar y me encontrarás,
una y otra vez, si te caes, te atraparé, estaré esperando,
una y otra vez.*

Después, mi imagen se desvanece, y la oscuridad se volvió gris, mirando a través de las ventanas, te estás preguntando si estaré bien.

Secretos robados de lo más profundo, los latidos suenan a destiempo. Si estás perdido, puedes mirar y me encontrarás, una y otra vez, si te caes, te atraparé, estaré esperando, una y otra vez.

«Si estás perdida, puedes mirar y me encontrarás, Diana».

Me marché del lugar a cámara lenta, dejando allí, para siempre, mi pasado.

Mi padre necesitaba viajar a Alemania por un tiempo y me invitó para ir con él. Decidí acompañarlo sin rechistar. Necesitaba alejarme por un tiempo de Dulce destino. Quizá, para siempre.

—Tengo miedo —me dijo mi abuela—, no quiero viajar a Alemania.

Mi padre le dijo que sería un viaje tranquilo, y además, viajaríamos en su avión particular, sin hacer escalas. Mi abuela y yo lo miramos con curiosidad, ya que no sabíamos qué significaba «escala». En ese lapso, pensé en ella, en la mujer de mi vida: Beatriz. Me preguntaba si estaba bien, si había vuelto al trabajo, si comía bien, si pensaba en mí. Quizá nunca se entere de lo sucedido aquí en tan poco tiempo.

Los Weber ya no vivían aquí, decidieron mudarse, rehacer sus vidas de manera separadas, según entendí. Olga, Emanuel y Emilia quedarían a cargo de la granja mientras estuviéramos fuera por tiempo indefinido.

«Diana» pensé con un enorme nudo en el alma.

Adele, su muñeca, fue enterrada con ella por decisión mía. Nuestra hija, al igual que ella, necesitaba seguir el camino hacia la granja sagrada. Tras el sepelio, lloré durante días el destino de mi hija, me hubiera gustado tanto haberla conocido, criado, amado. Pero hay cosas que no se pueden cambiar.

—¿Adónde vas? Mañana viajamos —me dijo mi padre—. Hijo, quiero que te cuides.

Decidí confesarle todo a mi padre tras la muerte repentina de Diana.

—En breve los resultados llegarán.

Me había hecho la prueba de sangre días atrás en el hospital.

—Los milagros existen, hijo.

Quería creerle, pero no podía, quizá era mi mecanismo de defensa contra nuevas decepciones.

—¿Y esos panes?

Llevaba unos panes para mi amigo invisible del bosque. No sabía si era un animal o una persona, pero necesitaba mi ayuda, o, caso contrario, moriría de hambre. Mientras estuviera fuera, Luisito le llevaría comida y agua en mi lugar.

—No tardes, Daniel —me aconsejó mi padre.

Cogí a Mimosa y nos marchamos hacia el bosque. Cuando llegué allí, la até a un árbol. El día estaba espléndido, el sol brillaba con intensidad en el cielo, haciéndose un huequito entre las ramas. Me encantaba aquel efecto de luz. Era magia. Me acerqué al viejo tronco caído y me senté en él.

«Hola —saludé mentalmente a mi amigo invisible—, te he traído comida y ropas limpias» dije para mis adentros y me reí.

Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal de un momento a otro. ¿Qué sensación más rara?

—¡Mira quién está aquí! —dijo de pronto alguien—, ¡el retrasado mental!

Me levanté a toda prisa y escruté horrorizado a Sascha, que parecía un monstruo. ¿Qué le pasaba? Tenía la cara repleta de erupciones y el pelo lleno de llagas.

—¿Te doy miedo, eeh?

Tenía un arma apuntando hacia mí. Dios mío, pensé con el alma a mis pies. ¿Pensaba matarme?

—No podía morirme sabiendo que hoy tienes todo lo que siempre anhelé —me dijo sonriendo como un loco—, menos a Diana —resaltó—, esa perra pagó cara su traición —apreté con fuerza mis dientes—, ¿sabías que mi verdadera madre me vengó?

Fruncí mucho el entrecejo al oír su afirmación. ¿Su verdadera madre? ¿De qué estaba hablando? En ese lapso, Olga apareció en el lugar. La miré con perplejidad. ¿Olga y él eran aliados?

—Te presento a mi verdadera madre, Daniel —me dijo Sascha, y temblé como una hoja.

¿Olga era su madre? ¿Entendí bien?

—Así es, Daniel —me dijo Olga—, Sascha es mi hijo.

Sascha se acercó y besó a Olga. Todo me daba vueltas, aquella verdad me dejó sin aire en los pulmones.

—Ella fue la única que me amó de verdad en esta vida —me dijo él con un deje muy raro—, necesito agua —le dijo a Olga—, gracias, mamá —volvió a mirarme—, antes de morirme, maldito retrasado —se burló—, te cuento que fue ella quien te atacó aquella noche...

El recuerdo congeló mi alma. De pronto, evoqué aquel día, me acordé de los detalles que mi mente había borrado. Eran como unos fogonazos. La voz de Olga asaltó mi mente.

—Hola, Daniel —me dijo Olga aquella noche por detrás—, maldito infeliz —gruñó antes de pegarme con un palo.

Me mareé y tuve que sujetarme a un árbol. Los recuerdos asaltaron mi mente y agitaron los latidos de mi corazón. Sascha bebió el agua. Giró el cuerpo y tosió.

—¿Quieres un poco? No es champán, pero sirve para un brindis, ¿no,

mamá?

Olga sonrió emocionada cuando él la llamó mamá. Cogió la botella de plástico y bebió un sorbo.

—Mamita —le dijo Sascha.

Olga abrió mucho los ojos minutos después y empezó a toser con mucha dificultad. ¿Qué tenía? Intenté acercarme, pero Sascha me amenazó con el arma.

—¿En verdad creíste que me gustaba ser tu hijo, muerta de hambre?

Olga empezó a arrastrarse por el suelo, mientras una espuma rosada salía de su boca. Dios mío, Sascha le dio algo, algún veneno. Olga me miró con los ojos muy abiertos al tiempo que jadeaba con desesperación.

—¿Por... qué, hi-jo? —le dijo antes de soltar su último suspiro.

Sascha la miró con desdén y luego escupió sobre su cuerpo. Su gesto me dejó petrificado. Aquel hombre era un monstruo sin corazón.

—Porque los pobres me dan asco... —me miró—, ella merecía morir, ¿sabías que envenenaba a Diana? Nadie desconfiaba de la dulce y servicial ama de llaves —rio como un loco—, ni siquiera yo —rio aún más—, en fin, hoy será tu último día, Daniel, ¿qué prefieres? ¿Un tiro en el corazón o en la cabeza hueca?

Antes de que pudiera asimilar su pregunta, me apuntó con el arma, dispuesto a matarme.

—Adiós, retrasado mental.

Apretujó el gatillo hacia mí, lapso en que alguien se puso en mi frente y recibió el disparo. Miré conmocionado a la hermana de Beatriz. ¿Débora? Nos caímos al suelo. ¿Ella era mi amiga invisible? ¿Por qué se escondía allí? Todo pasó tan rápido.

—¡Maldita puta! —gritó Sascha iracundo—, adiós, Daniel —volvió a apuntar el arma hacia mí y esta vez, acertó su blanco.

Algo caliente atravesó mi hombro derecho, y me robó un grito agudo, un grito que llevaba tiempo sin lograr emitir. Mimosa apareció detrás de Sascha y lo atacó con violencia. Sascha gritó de dolor, antes de perder la consciencia.

«Algún día la naturaleza le cobrará sus maldades» me dijo mi abuelo de repente.

¿Mi abuelo? ¿Dónde estaba? ¿Cómo pude oírle?

—¡Daniel! —gritó Emanuel a voz en cuello—, ¿Vampira? ¡Aquí, señor Franke!

Emanuel tocó el cuello de Débora.

—¡Está viva! —le besó la cabeza llorando—. Llamaré una ambulancia —salió corriendo.

Mi padre apareció en el lugar como alma que lleva el diablo. Se acercó a mí y se acuclilló a mi lado.

—¿Estás bien, hijo?! Dios mío, estás sangrando...

Miré hacia mi hombro izquierdo, que sangraba escandalosamente. Mi padre colocó un pañuelo sobre mi herida y me dijo que todo saldría bien. Entonces; ¿por qué mal podía respirar? Todo me daba vueltas.

—Hijo, tranquilo —me dijo llorando—, no cierres los ojos...

Sangraba mucho, creo que la herida era muy profusa. Emanuel llamó a una ambulancia, lapso en que Sascha abrió los ojos y me miró con odio. No se movió, no parpadeó, ¿estaba muerto?

—He venido aquí, hijo —me dijo con voz temblorosa—, para hablarte sobre los resultados de tus análisis.

Mi padre me dijo el resultado sollozando. Abrí mucho los ojos, aquello me hizo perder por completo la consciencia.

Capítulo 31

Beatriz

ΣϞΣ

«En tus alas»

Decidí volver al pasado, al triste y desolador pasado. Mientras conducía, los recuerdos asaltaron mi mente y agitaron mi corazón con violencia...

Años antes...

La policía golpeó la puerta de nuestra casa en plena madrugada, estábamos despiertos, esperando alguna noticia de mi hermana, que había desaparecido ayer por la tarde. Débora lloraba a lágrima viva, culpándose por lo ocurrido.

Mi padre abrió la puerta y soltó un grito agudo que recorrió todo el barrio al oír lo que aquel agente le había dicho.

—Nooo —dije llorando con amargura—, no puede ser cierto...

Débora gritó y golpeó el pecho del policía con sus puños, presa de la desesperación y el dolor. Mi padre la sujetó con las pocas fuerzas que aún le restaban.

—Dime que no es cierto, Bea —me imploró llorando—, dime que no es cierto...

Nos marchamos al lugar de los hechos con los policías. Bajamos del coche con el alma hecha trizas. Débora corrió hasta nuestro árbol favorito y se arrodilló de golpe. Soltó un grito titánico al ver a nuestra hermana allí, sin ropas y sin vida.

—¡Nooooo! ¡Ángela! ¡Nooo!

Me temblaban las rodillas, las manos y el corazón. Mi padre llevó las manos a su cabeza y lloró, lloró con desfallecimiento al reconocer a su hija, muerta ayer por la noche. Mientras el agente relataba lo que presuntamente había sucedido con mi hermana, me arrancaba trocito a trocito el alma.

—¡Ángelaaa! ¡Hija mía! ¿Qué te han hecho, mi amor? Encanto de papá —se acercó al cuerpo y la tapó con su chaqueta a pesar de lo que le dijo uno de los policías—. Mi pequeña no merece estar así —le dijo al agente mientras las lágrimas empezaron a rodar sobre mi rostro una tras otra—, por favor, déjeme cubrirla...

Las personas lloraban a nuestro alrededor como si la conocieran.

—¿Por qué Dios?! —bramó mi padre—, ¿por qué permitiste esto?

Me acerqué a cámara lenta y miré a mi hermana anegada en lágrimas mientras Débora lloraba al lado de nuestro padre. Ángela estaba de bruces al pie del árbol, bañada en sangre y con la piel repleta de heridas. Me arrodillé y la miré con escepticismo.

—Ángela, ¿quieres un poco de zumo de naranja, cielo? —le dije entre lágrimas—, ¿o prefieres chocolate con malvaviscos de coco?

Ella no me respondió. Ella no se movió. Jamás volvería a hacerlo. Estaba muerta. Estaba muerta. Estaba muerta. Estaba muerta. Repetía una voz fría y sombría en mi cabeza.

—¡Ángelaaaa! —gritó enfurecida Débora—, ¡perdóname, hermanaaa!

Nunca más volveríamos a oírla, a abrazarla, a besarla. Nunca más. La última imagen que vi de ella fue aquella, ella tumbada cerca del árbol sin vida.

Un día antes, mientras yo limpiaba la cocina de nuestro padre, ella apareció con una mariposa azul entre manos.

—¡Mira, Bea!

Me acerqué y observamos embelesadas aquel primoroso insecto.

—Es hermosa, Ángela —le dije sonriendo.

La mariposa posó sobre la mesada de la encimera. Nos reclinamos a su altura, lado a lado y la contemplamos hipnotizadas.

—Algún día seré una mariposa, Bea —me dijo con tanto fervor, que me estremecí de pies a cabeza—, siempre que veas una, sabrás que soy yo...

Ella se estaba despidiendo de mí inconscientemente.

—Te quiero mariposa azul —le dije y me gané un beso—, para siempre...

El día de su sepelio, todos los niños del barrio, sus amiguitos, aparecieron en el cementerio con unas mariposas azules hechas de goma Eva atadas a un hilo.

—¡Adiós, mariposa azul! —gritaron ellos entre lágrimas—, buen viaje...

—empezaron a mover sus mariposas, imitando el vuelo de las mismas.

Sandra, la amiga de infancia de Ángela, lanzó unas mariposas hechas de papel de seda sobre el ataúd.

—Nunca te olvidaré, mariposita —dijo llorando—. Estoy embarazada —soltó tras descender sus manos sobre su vientre—, se llamará como tú, mi amor.

La estreché y nos rompimos a llorar con mucha amargura.

—Se fue, Sandra —le dije presa del dolor.

—No, Bea —me dijo—, ella nunca nos dejará...

Logan, el chico que mi hermana amaba, apareció y se escondió detrás de un panteón con un enorme ángel de mármol. Lo vi con una radio de tamaño considerable entre manos. La triste canción «Un ángel llora» de Annete Moreno empezó a sonar. Logan y yo nos miramos con tristeza infinita.

«Lo siento» me vocalizó desde su sitio.

—¡Ángelaaa! —gritó Débora antes de abrazar el ataúd—, no me dejes, manita, por favor...

Una tímida lluvia empezó a regar el camposanto, entremezclándose con nuestras lágrimas. Mi padre y yo llorábamos con desconuelo mientras la letra de aquella canción penetraba nuestras almas como trocitos de vidrio.

*Las flores ya no llegan, el poema se acabó
lo que un día fue amor, en amargura se volvió
Ella quiere regresar el tiempo que pasó, para poder revivir los placeres
del ayer...*

*Ya no puede ver las cosas igual, porque en el mar del olvido todo ya
quedó, la luz ya no ha perdido su color azul...*

Las estrellas miran, la luna la abraza y un ángel llora...

—Adiós, mariposa azul —le dije antes de depositar una margarita que había cogido de nuestro jardín sobre su ataúd—, tu dulce destino siempre será mi corazón, hermanita.



Era doloroso volver al presente. Compré un enorme ramo de margaritas y me marché a mi antigua casa, a las afueras de la ciudad donde vivía actualmente. Necesitaba hablar con alguien aquella triste tarde. Mi móvil

timbró, era mi padre.

—¿Cómo estás, papá? —le pregunté.

Mi padre suspiró hondo. No estaba bien, pero al menos intentaba estarlo.

—Vivo, hija.

Aquello era lo más valioso para mí en estos momentos. Unas lágrimas rodaron por mis mejillas, unas lágrimas indomables que no pude evitar derramar. Llevaba semanas llorando, llevaba semanas deseando cerrar los ojos y dejar de sentir aquel profundo vacío en mi corazón.

—Estás allí, ¿no? —me preguntó mi padre con la voz enronquecida—, hoy hace cinco años que nos dejó.

Cinco largos años se pasaron tras la muerte de Ángela, mi dulce hermana, tres años más joven que yo. Me detuve cerca del árbol, de nuestro árbol favorito.

—Sí, papá —me rompí a llorar, no podía más—, estoy aquí con ella —abrí mis ojos como platos al acercarme al viejo abedul—, madre mía —dije atónita.

—¿Qué pasa, hija?

El lugar estaba repleto de flores, velas, rosarios, cartas y muñecas. Una señora acababa de colocar un ramo de rosas blancas al pie del árbol. Me miró con profundo dolor.

—Hola —me saludó con lágrimas en los ojos—, Ángela es el ángel del dolor, señorita.

Mi padre escuchó su afirmación y lloró con amargura al otro lado de la línea.

—Mi hija murió hace un mes en un grave accidente y ella —miró hacia el árbol—, me dio la oportunidad de despedirme de mi niña —lloró con mucho dolor—, de tener la esperanza de que alguna vez volveremos a vernos en el más allá.

La mujer se alejó tras encender una vela entre las tantas que había al pie del árbol. Me acerqué un poco más y escruté con lágrimas en los ojos un cuadro con su rostro pintado al óleo.

—Ángela está aquí, papá —le dije antes de colgar.

Mi padre no se encontraba muy bien como para tener aquel tipo de emociones.

—Mi vida —mascullé tras acuclillarme.

Mi hermana fue brutalmente asesinada aquí. Al principio, todos creyeron que fue Logan, el chico que comandaba una pandilla, la pandilla de Débora y

sus amigos. Pero con el tiempo, la autora material de su muerte dejó una carta donde relataba detalle a detalle lo sucedido. Se llamaba Clara, y, al parecer, estaba enamorada de Logan, que según dijeron, amaba profundamente a mi hermana. Clara no podía aceptar la idea de que él estuviera enamorado de una deficiente mental. Sí, así es. Mi hermana tenía la misma discapacidad que Daniel, por ello siempre me fue fácil comprenderlo con tan solo mirarlo, como me pasaba con mi hermana.

Logan murió de una sobredosis a pocos días de la muerte de Ángela. El dolor lo consumió vivo, y buscó consuelo en la muerte. Débora nunca superó el hecho, nunca se perdonó haber llevado a Ángela a su mundo. Clara se suicidó seis meses después, alegando que el espíritu de Logan y el de mi hermana la perseguían día y noche.

Débora siempre fue rebelde, pero nunca tomó drogas, hasta aquel día. En ellas halló consuelo, en ellas halló el abismo que la consumió por completo con el tiempo.

—Siempre te echaré de menos, mi carita de ángel —le dije a mi hermana antes de encender una vela en forma de corazón—. Mi mariposa azul...

Era el apodo que sus amiguitos le habían puesto por su enorme fascinación por las mariposas azules.

—Mira —le dije antes de depositar una foto de una mariposa azul entre las tantas velas repartidas allí—, para ti, mi cielo.

Cuando conocí a Daniel, de cierta u otra manera, la vi a ella en él. Era una locura, pero mi corazón me gritaba que ella lo había enviado a mi vida para salvarme del dolor.

—Protégelo siempre —le pedí—, Daniel merece ser feliz, mi amor.

La fe tenía poder, la fe movía montañas, la fe devolvía la vida. Pero yo, ya no tenía fe en nada. Me persigné antes de marcharme. En ese lapso, una mariposa azul y negra posó sobre mi mano.

—¿Eres tú?

La vela que había encendido se apagó de repente. Miré estupefacta la misma. ¿Cómo se apagó sin un ápice de viento? El cuadro con su foto cayó cerca de mis rodillas y me robó un grito ahogado. Cogí el cuadro y miré la foto.

«El amor verdadero es eterno» decía debajo del retrato de Ángela.

¿El amor verdadero era eterno?, ¿qué significaba?, ¿era alguna señal del más allá? Negué con la cabeza y sonreí.

—¿Desde cuándo crees en cosas paranormales, Beatriz?

La mariposa posó sobre el retrato y aleteó con gracia sus enormes alas.

—Dios mío —mascullé anegada en lágrimas—, Ángela —dije llorando con amargura.

No podía verla, pero sí sentirla, allí, a mi lado, abrazándome, consolándome.

—Te amo, mi vida —le dije con el alma a mis pies—, nunca me dejes —le supliqué—, por favor, nunca me dejes, Ángela...

La mariposa voló hacia el tallo, la seguí. Trepé el árbol como solía hacerlo cuando éramos adolescentes y me acomodé en la rama favorita de mi hermana. La mariposa posó sobre mi rodilla y, tras muchos años, asistimos juntas al crepúsculo maravilloso de aquel día.

—Débora está aquí —mascullé llorando—, las tres juntas para siempre.

No podía explicar lo inexplicable, solo podía sentirlo, vivirlo. Una sensación de paz asaltó mi ser, una sensación extraña, indescriptible.

«Esperanza» resonó la voz de mi hermana en mi cabeza.

—Dios mío —dije atónita y con la piel erizada de punta a punta—, Ángela...

«Lo mejor está por venir, Beatriz».

Lloré, lloré con toda el alma.



Fátima, Laura y yo organizamos una gran feria de adopción de animales abandonados en el parque, cerca del árbol de mi hermana, el ángel del dolor, como muchas personas la llamaban.

—Mira qué hermosa —le dije a una niña tras presentarle a Maila, una gata abandonada a su suerte en la carretera—, ¿la quieres?

Casi todos los animales habían sido adoptados por personas maravillosas, a quienes visitaríamos cada dos meses para saber cómo estaban en sus nuevos hogares, aquellos seres mágicos, capaces de dar el amor más sublime y puro del mundo.

—¿Quieres un poco de pasta de chocolate? —me preguntó Laura—. Están de vicio...

La miramos con asombro. Laura siempre se cuidaba mucho, mal comía para no engordar, pero, al parecer, algo cambió en su manera estricta de ser.

—¿Qué? Tengo treinta años y estoy más sola que Rambo 1, así que...

Nos echamos a reír.

—¡A disfrutar de estas deliciosas invenciones humanas!

La canción «Te amaré más allá» de Cristian Castro comenzó a sonar a todo volumen en alguna parte. Me volví en un acto involuntario y busqué con los ojos el lugar de donde procedía el sonido.

—¿Es una serenata? —preguntó Fátima tras morder una de las pastas—. Eso explicaría el alto volumen.

Solté un largo y sonoro suspiro al escucharla. Aquella canción era muy especial para mí. Mis ojos se nublaron, inevitablemente.

—¿Pasa algo, Bea?

—Nada.

A diario pensaba en él, en Daniel. En más de una ocasión cogí el teléfono y marqué el número de la granja, pero siempre colgaba antes de que cogieran la llamada. Lo echaba mucho en falta, más de lo que me animaba a admitir. ¿Estaba bien? ¿Era feliz con Diana? ¿Se habrán casado? Me gustaba autoflagelarme constantemente.

—¿Señorita Beatriz Aquino? —me preguntó un joven del correo.

Miró a las tres con ojos inquisitivos.

—Soy yo —le aclaré y me entregó una hermosa caja de color azul cielo—. Gracias.

Firmé el resguardo, luego miré la caja sin remitente.

—¿Quién me ha enviado esto? —le pregunté.

Él se encogió de hombros. Alguien cruzó mi mente, Mateo.

—Gracias —le dije algo desconfiada.

Pensé en Mateo, mi exnovio, que llevaba días enviándome regalos como aquel. Quería reconquistarme, me dijo el día que me visitó para darme el pésame por la muerte de Débora, quien, por cierto, nunca le quiso. Tal vez viniendo hoy aquí para ayudarnos hubiera logrado conquistarme de nuevo, pero él nunca tenía tiempo.

—Uhm —ronroneé decepcionada—, seguro es algo caro, aunque liviano —musité para mí misma.

La canción «*When you Kiss me*» de Shania Twain comenzó a sonar. Levanté la vista y arrugué el entrecejo al oírla. Aquellas canciones me recordaban a él, a mi carita de ángel. ¡Dios! Mi corazón latía tan fuerte con tan solo recordarlo.

—¿No abrirás la caja? —me preguntó Laura.

Fátima le lanzó una mirada elocuente.

—¿Qué? ¡Tú también mueres por conocer su contenido, Fátima!

Me reí antes de abrir la caja misteriosa de mi ex, esperando encontrarme con alguna joya costosa. Cuando el lazo se deslizó y abrí la tapa, varias mariposas salieron de ella, todas eran azules. Fátima y Laura soltaron un gemido de sorpresa. Mis ojos se nublaron lentamente y toda la piel se me erizó.

—Dios mío —mascullé emocionada—. No puede ser...

Laura y Fátima me miraron conmocionadas al verme llorar con cierto descontrol. Nunca fui de llorar con tanta facilidad.

—Beatriz —dijo alguien por detrás de nosotras.

Aquella voz grave y ronca desbocó mi corazón por completo. Me volví a cámara lenta y miré estupefacta al dueño de la misma. Mis amigas soltaron un gemido de asombro al reconocerlo.

—¿Daniel?

Nos miramos con entrañable afecto.

—¿Puedes hablar? —le dije llorando—, Dios mío...

Daniel se acercó y me miró con infinita dulzura. Deslizó su mano por mi mejilla, robándome un suspiro de paso.

—Daniel...

Cogió un papel de color celeste y lo desdobló lentamente mientras con una mano sujetaba un ramo de rosas blancas bastante delicado. Me miró y sonrió. Lo miré con ojos soñadores, en especial al verlo con el suéter que le había regalado.

—Tienes un don especial conmigo, de alguna manera me hiciste creer en todo lo que yo podría ser. Tengo que decir que en realidad tienes un don, tienes una forma de ser que parece que me diste fe para encontrar mis sueños. Nunca sabrás lo que eso significa.

Lloraba a moco tendido mientras él, mi carita de ángel, me leía con su hermosa voz la traducción de la canción de Shania Twain «You've Got a way» que decía tanto para ambos.

—Es en la manera en la que me deseas, es en la manera en la que me abrazas, la manera en que me muestras de lo que está hecho el amor, es en la manera en que hacemos el amor. Tienes un don especial con las palabras, me haces sonreír incluso cuando estoy triste, no hay manera de medir lo que vale tu amor. No puedo creer la manera en la que llegaste a mí. Es en la manera en la que me deseas, es en la manera en la que me abrazas, la manera en que me muestras de lo que está hecho el amor. Es en la manera en que hacemos el amor. Oh, cómo te adoro, como a nadie más. Te amo simplemente como eres,

Beatriz.

Él esbozó una amplia sonrisa. Fátima y Laura tenían los ojos tan enrojecidos como yo.

—Beatriz —repitió tras acariciarme la mejilla—, al fin puedo... —el nudo que se le formó en la garganta impidió de hablar por unos segundos—, tengo un grave problema con las emociones —sonrió de costado—, no consigo controlarlas y menos cuando son tan profundas, mi amor.

Parpadeé, sin lograr articular una sola palabra.

—La vida sin ti es un infierno, Bea —me dijo con lágrimas en los ojos—, te contaré el verdadero motivo que me alejó de ti, mi amor —ahuecó mi rostro entre sus suaves manos—, no fue por la razón que te hice creer —lo miré con profundidad—, porque a la única mujer que amo y siempre amaré, es a ti.

Laura y Fátima soltaron un gemido.

—Si me alejé fue por amor, no por otra razón, Bea.

Lo miré embobada, siempre soñé con oírle, pero nunca imaginé que tendría aquella voz tan hipnotizante. Parecía el locutor de una radio nocturna. Me miró expectante, esperando alguna respuesta o reacción por mi parte.

—Te amo —fue lo único que salió de mi corazón.

—Te amo más que a mi vida, Beatriz.

Daniel sonrió antes de reclinar la cabeza y besarme con toda el alma. Fátima y Laura se abrazaron tras gritar un «Yupi». Daniel apartó sus dulces labios de los míos y me miró con magnitud.

—No he venido solo, mi amor.

Lo miré confundida, hasta que alguien habló por detrás de ambos. Mis amigas soltaron un grito ahogado. ¿Era real? ¿Aquello era real? El corazón me subió a la garganta ante la impresión.

—Pensé que te quedaste muda, Bea. Daniel recupera su voz y tú la pierdes, ¿no sería irónico?

Me aparté de Daniel y lo miré con asombro antes de girar y comprobar lo que mi corazón se negaba a creer.

—¿Débora?

Mi hermana me miró con amor infinito desde su silla de ruedas. ¿Cómo podía explicar lo que sentía en aquel preciso instante? Era una mezcla de alegría, estupor, júbilo y sorpresa. No, era mucho más que eso. Los ojos de mi hermana estaban inundados de lágrimas al igual que los míos.

—No estoy al cien por ciento, pero al menos sigo respirando, Bea —se mofó.

Aquello era producto de mi imaginación, me dije antes de perder la consciencia.

—¿Bea? ¿Mi amor? —me dijo alguien mientras abría con parsimonia los ojos—, mi vida —me dijo Daniel.

¿Dónde estaba? ¿Daniel? ¿Débora?

—Bea —me dijo Débora con lágrimas en los ojos—, no estoy muerta, hermana. Tampoco soy un fantasma...

Me levanté de la camilla del hospital de un salto y me acerqué a mi hermana como una exhalación. La miré perpleja por unos segundos antes de llenarle la cara de besos, lapso en que alguien ingresó al cuarto.

—¡Débora! —gritaron mi padre y Constanza a todo pulmón—. ¡Es un milagro!

Lloramos con amargura, lloramos con una alegría indescriptible. ¿Cuántos podían vivir aquel tipo de experiencia? Pocos, muy pocos.

«Lo mejor está por venir» resonó la voz de Ángela en mi cabeza, aumentando deliberadamente mi llanto.

—Daniel —dije antes de abrazarme a él—, ¿has vuelto a por mí?

Daniel me apartó y me miró con ojos soñadores.

—¿Aún me amas como antes?

Enjugué sus lágrimas con los pulgares al tiempo que lo miraba con ojos melindrosos.

—Mucho más que antes, mi carita de ángel.

Me besó, me besó con toda el alma.

—Te amo, Bea —me dijo con tanta nitidez, que volví a desmayarme.

—¡Bea! —gritaron todos antes de que me desplomara en los brazos de Daniel.

Epílogo (Tres meses después....)

Beatriz

ΣϞΣ

«Lo mejor está por venir»

Estaba muy nerviosa, faltaban solo dos horas para mi boda, ¡dos horas! Fátima y Laura intentaron calmarme, pero era inútil. ¡Me casaba con Daniel! ¡En Dulce destino! ¡A orillas de nuestro lago!

—¡Bea! —chillaron mis amigas—, hora de vestirte —me reprocharon.

Fátima me maquilló y me peinó. Me miré con atención en el enorme espejo de la peinadora mientras evocaba todo lo que Daniel me dijo meses atrás. Aún no podía creer que Olga, la dulce mujer que me trataba tan bien, fuera la madre de Sascha y la que atacó duramente a Daniel aquella turbia noche en que casi lo mató a golpes.

—¿Sascha desapareció? —le pregunté a Daniel tras recostar mi cabeza sobre su pecho—, ¿no saben dónde está? ¿No es peligroso?

Daniel y yo acabábamos de hacer el amor aquella maravillosa noche de reconciliación. Nos internamos en mi departamento por algunos días, para ser más precisa. Necesitábamos sentirnos, recuperar el tiempo perdido.

—Al parecer, merodea por los pueblos vecinos —me dijo entristecido—, lo llaman «el tonto del pueblo» —acotó ensombrecido.

¿Sentía pena del hombre que intentó matarlo? Sí, Daniel era así. Sascha perdió por completo la razón. Y, según decían, deambulaba por las calles, sucio y maloliente, repitiendo una y otra vez el nombre de Marcia. Nadie se le acercaba, ya que sabían sobre su enfermedad. No viviría mucho tiempo, según los médicos, pero sí lo suficiente para pagar todas sus deudas, pensé en secreto. Daniel me confesó a continuación lo que le hizo Marcia, presa de los celos.

—¿Marcia te hizo eso? —le demandé atónita—, ¡qué maldad! Dios mío —le besé—, mi amor...

Tiempo después, Daniel se hizo unos exámenes de sangre que confirmaron

lo contrario. Él no tenía Sida.

—Bea —me dijo con aquella voz tan cautivante—, ¿es normal sentir tanto deseo? —me miró ruborizado como un tomate—, lo siento, es que soy algo sincero...

Asentí con cara de niña traviesa. Él se precipitó sobre mí y me hizo el amor una vez más.

Volví al presente cuando Débora apareció en el cuarto.

—¡Mi turno! —gritó mi alocada hermana.

Fátima y Laura la miraron como si fuera una zombi. Llevaba un traje de novia blanco con tules negros, y las lentejuelas negras de su escote hacían de su vestido muy del estilo de mi hermana, que había decidido casarse con Emanuel ese mismo día. Estaban muy enamorados y necesitaban vivir juntos, aunque discutían las 23 horas del día, dejando un pequeño lapso de paz entre besos y abrazos.

—¡Mi grupo tocará en la fiesta las canciones que Daniel ha elegido! —chilló tras pintarse los ojos con una sombra negra algo brillante—, «*Las chicas countrydark*» —resaltó.

A pesar de estar paralítica, por el impacto que recibió por parte de Sascha, mi hermana estaba feliz, muy feliz. Débora me dijo tiempo atrás, que Olga la drogó y la llevó al pantano tras ofrecerse para llevarla a la terminal, donde pretendía ir en realidad. Mi hermana no estaba del todo dopada, ya que su cuerpo resistía muy bien a ciertos estupefacientes. Cuando uno de los cocodrilos intentó atacarla, Débora se arrastró como pudo, y, ante el gran susto, perdió la memoria por un tiempo. Salió del pantano sin saber quién era o de dónde procedía. Terminó en una casa abandonada que estaba adentrada en el bosque, donde alguien siempre le dejaba agua y algo para comer, ese alguien era Daniel.

—Tenía miedo, por ello nunca me presenté, Bea.

Un día, mientras recorría el bosque, escuchó a Sascha y a Olga, la verdadera asesina de Lolita, por cierto, momento en que su memoria se activó de forma automática. La voz de Olga la devolvió a la realidad. Corrió hasta ellos y en un acto de desesperación, se lanzó enfrente de Daniel para evitar su muerte. Daniel gritó, recuperando en aquel momento trágico su voz.

—Es un milagro —le dije llorando a mi hermana.

—¡Es la hora! —gritó Emilia, arrancándome de mi trance de golpe—, debo tomaros fotos para poder repartir mejor el cotilleo del momento —se mofó y nos echamos a reír.

Emilia era cotilla, pero no era mala persona, en absoluto. Actualmente salía con mi amigo Mark, quien la conoció semanas antes de nuestra boda.

—Hora de ser feliz —me dijo Fátima—, esto está mucho mejor que mis novelas rosas, Bea —lagrimeó.

Me miré con expresión bobalicona en el espejo. Mi vestido de color blanco sin tirantes que dejaba mis brazos al aire era hermoso, de cuento de hadas. El velo me ocultaba la cara, aunque se podían apreciar mis grandes ojos, mis largas pestañas, la nariz y mis labios rosados.

—Tus pechos rellenan con elegancia el corpiño del vestido —me dijo Laura.

Me arregló la falda amplia y ahuecada de mi vestido de novia.

—¿Listas? —nos dijo nuestro padre—, ¡madre mía! ¡Estáis tan hermosas!

Besó mi frente y luego la de Débora con mucho afecto.

—Hora de ser felices, hijas.

Débora me dio una horquilla en forma de mariposa de color azul.

—Ángela me dijo anoche que siempre estaría con nosotros —me dijo Débora con lágrimas en los ojos—, ella me salvó de la muerte —acotó con expresión seria—, ella me despertó aquel día justo a tiempo, Bea.

Cogí la horquilla y me la puse en el pelo con los ojos nublados.

—Ella siempre estará con nosotros, Débora.

Salimos de la casa, rumbo al altar montado cerca del lago. Sofía y Luisito eran nuestro cortejo.

—¡Estás hermosa, doctora! —me gritó Luisito—, también tú —le dijo a mi hermana—, mamá Morticia.

Los ojos de Débora se nublaron al oírlo.

—Serás mi madre ¿no?

Mi hermana se sorbió con fuerza por la nariz.

—Sí, espero que sí.

Luisito y Sofía la besaron, cada uno en un moflete.

—Os quiero, hijos.

—¡Y nosotros a ti, mamá Morticia!

Cierta vez dije que mi peor error fue haberla traído aquí, pero estaba equivocada, totalmente equivocada.

—Te quiero —le dije a mi hermana—, nunca lo olvides y jamás, jamás lo dudes.

—Te quiero, Bea.

Nos enfilamos hacia el lago, a pocos metros del lugar. A lo lejos podíamos

apreciar el hermoso y romántico altar que montaron allí.

—Ni el Diario de Noah puede competir con este día —masculló Fátima anegada en lágrimas.

Sentí un nudo en el pecho cuando vi a Daniel al lado de su padre y Emanuel. Era sin lugar a dudas el novio más hermoso del mundo. Los ángeles sentirían envidia de su belleza.

—Dios —dije nerviosa.

El estómago se me fue encogiendo con cada paso que me acercaba a él. Apreté los labios y respiré hondo para tranquilizarme. Mi padre levantó el velo y reveló mi sonrisa nerviosa, una sonrisa que invadía mis ojos y toda mi cara.

—Hoy te entrego mi mayor tesoro —le dijo a Daniel y luego a Emanuel.

Daniel se adelantó para cogerme de la mano. Emanuel besó la frente de Débora y le dijo algo que no alcancé a oír. Luego la acercó al altar, donde nos esperaba un sacerdote. Daniel y yo nos miramos con profundo amor, diciéndonos a través de nuestros ojos «te amo».

—Dios, estás hermosa —me dijo Daniel, con ojos melosos—. Te amo tanto, Bea.

Me lo repetía cada vez que podía, alegando que antes el silencio absorbía la verdadera intensidad de sus sentimientos. Acaricié su rostro con mi mano derecha.

—¿Qué puedo decir de ti, mi carita de ángel?

Entrelacé mi brazo con el suyo y nos acercamos al altar, donde estaban nuestros amigos más queridos.

—Sólo el amor vive para siempre —comenzó a decir el padre y ambos nos miramos con lágrimas en los ojos—. Hay tres cosas que son permanentes: la confianza en Dios, —apretujé su mano con vigor y él me devolvió el gesto con la misma fuerza—, la seguridad de que él cumplirá su promesa..., y el amor —el padre nos miró con fijeza—, de estas tres cosas, la más importante, es el amor...

A continuación, recitamos nuestros votos maritales:

—Yo, Beatriz Aquino, te tomo a ti, Daniel Franke —la voz se me estremeció—, como mi esposo y prometo serte fiel, en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad —lo miré con intensidad—. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

La abuela Rita sollozaba a un costado, estaba muy emocionada.

—Yo, Daniel Franke, te tomo a ti, Beatriz Aquino —sonrió emocionado—,

como mi esposa, y prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad —le miré con ojos soñadores—. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—¿Los anillos? —preguntó el padre.

—Aquí tienes, padre —dijo Luisito.

—Beatriz Aquino, recibe este anillo como signo de mi amor y mi fidelidad... —me dijo Daniel con infinito amor.

Cogí el otro anillo.

—Daniel Franke, recibe este anillo como signo de mi amor y mi fidelidad... —le dije al borde de las lágrimas—. Mi carita de ángel.

Suspiramos hondo, intercambiando una mirada un tanto bobalicona. En ese lapso, mi hermana y Emanuel hicieron sus respectivos votos de amor.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dijo el padre solemne—. Los declaro marido y mujer. Pueden besar a sus novias.

Un largo y apasionado beso selló para siempre nuestra unión.

—Te amo, mi dulce destino —le dije anegada en lágrimas.

—Te amo, mi dulce casualidad —me dijo él.

Daniel me dijo ayer, que las palabras no eran su fuerte, pero cuando hablaba su corazón, las palabras que decía eran pura magia.

—¡Vaquero! —gritó mi hermana cuando su esposo la cogió en brazos—, ¡la silla!

Emanuel se detuvo para darle un beso muy apasionado.

—Quiero llevarte en brazos siempre que pueda, esposa mía.

Débora le devolvió el beso.

—¡Te amo, vaquero!

La felicidad al fin había llegado a sus vidas.

—¡No, vaquero! —chilló mi hermana cuando su esposo la giró en el aire—, ¡estás loco!

—¡Por ti, señora Fischer! ¡Solo y exclusivamente por ti, mi vampira!

Una mariposa posó sobre mi ramo, no era azul, pero era hermosa, era ella, Ángela.

«Siempre juntas, Bea» resonó su voz en mi cabeza.

—Siempre.

Daniel me dio un largo y dulce beso, devolviéndome a la realidad, a la primorosa realidad.

—¿Lista, esposa mía?

Daniel y yo decidimos irnos a nuestro sitio favorito, a la gruta mágica tras

el banquete. Cogimos la vieja fusca blanca, ya que con el vestido no podía montar a Mimosa.

—¡Dios mío! —grité al ver la gran sorpresa que Daniel, mi esposo me preparó—, ¡es hermoso!

La gruta estaba repleta de velas y rosas blancas. Daniel me abrazó por detrás y me susurró cositas hermosas. Su voz me tenía hechizada. La canción «Creo en ti» de Miguel Bosé empezó a sonar en la gruta. Daniel me giró y rodeó su cuello con mis brazos. Posó su frente en la mía y me canturreó aquella hermosa canción de amor y fe.

—Creo en ti, Beatriz —me susurró sonriendo.

Me dio un tímido beso.

—Y yo en ti, esposo mío —le dije emocionada—, nosotros creemos en ti, Daniel.

Mi bello esposo frunció su entrecejo confundido.

—¿Creemos? —repitió sin abandonar su deje.

Me aparté de él y posé mis manos sobre mi vientre.

—Nuestro hijo y yo —le dije con lágrimas en los ojos—, estoy esperando un bebé tuyo, mi amor.

Daniel lloró, no tenía otra manera de expresar lo que sentía en aquel momento.

—No será fácil, ya que es un embarazo muy riesgoso, mi amor —le dije con la voz temblorosa.

Daniel se arrodilló y besó mi vientre con los ojos entrecerrados.

—Creo en ti, mi amor —le dijo a nuestro hijo—, y sé que pronto nos veremos, amor de papá.

Cogí su cabeza con las manos y la apretujé contra mí llorando.

—Lo mejor está por venir —repetí las palabras de mi hermana.

Miré el cielo estrellado con ojos soñadores.

«La felicidad al fin ha llegado» me dijo mi hermana y lloré, lloré con toda el alma.

Daniel

Tiempo después

ΣϞΣ

«Más allá del amor».

Hoy era la gran inauguración del centro de ayuda y apoyo para niños, adolescentes y adultos con alguna discapacidad física, «Dulce destino» en la granja con el mismo nombre. Aquí podrán hacer Zooterapia con diversos animales y también convivir con otras personas con la misma discapacidad. Además, también inauguraremos el albergue «Una patita para tu corazón», encargado de salvar a animales abandonados y maltratados.

—¡El centro es perfecto! —chilló mi esposa, mi dulce esposa—. Samuel está muy inquieto —me dijo con la expresión algo desencajada—, creo que heredó los genes de su hermana mayor, Mimosa.

Nos echamos a reír.

—¡Amor de papá! —le dije a mi hijo tras besarle a través del vientre de su madre—, ya falta poco para vernos...

Aún recuerdo el día que Beatriz me contó que esperaba un bebé. Primero pensé que tenía hambre, ya que posó sus manos sobre su vientre, luego pensé otra cosa menos agradable, hasta que me lo dijo y todo mi mundo tembló bajo mis pies. Me gustaba esa expresión típica de Emilia para enfatizar cualquier cosa. Lloré a moco tendido, no podía controlarlo. La emoción era mayor que mi voluntad.

—Te amo tanto, Daniel —me dijo Beatriz tras amarnos—, tanto.

Estábamos en el agua tibia de la gruta, abrazados y gimiendo de placer bajo las estrellas y la luna de miel. Miré a la luna con intensidad, no sabía que era de miel hasta aquel entonces.

—Te amo, Bea —le dije con lágrimas en los ojos—, siempre te amaré, mi

dulce destino.

Volví al presente cuando mi esposa se abrazó a mí con fuerza.

—Lolita y Lolo están procreando sin parar —me dijo riendo—, ¿qué haremos con tantos conejos?

Le dije que el campo era bastante vasto para ellos y sus hijos. Ella rio de buena gana, rio con el alma y acarició la mía de un modo... indescriptible, resonó la voz de mi abuelito en mi cabeza.

—Estoy tan emocionada, mi amor —me dijo Beatriz.

Observamos de manos dadas la antigua mansión de los Weber. Por unos instantes, evoqué a Diana y su triste final. Beatriz y yo fuimos ayer al cementerio para depositar flores en su panteón y en los de mi madre y abuelo. También deposité una solitaria rosa roja en el panteón de Marcia. Muchas cosas habían cambiado en mi vida en tan poco tiempo. Cosas buenas y otras no tanto.

—¡Daniel! —me saludó el antiguo veterinario, al que acusaron en vano de mi ataque en el pasado—, ¡hemos salvado a Roco!

El perro callejero que encontré días atrás, golpeado y muy hambriento, hoy gozaba de buena salud. Decidí adoptarlo, en nombre de la perra que alguna vez Sascha mató.

—Mi amor —me dijo Beatriz y me arrancó de mi trance de golpe—, mira...

A lo lejos vi el autobús del centro, que transportaba a los futuros alumnos del centro.

—¡Te amo! —me besó como si no hubiera un mañana.

La besé como si en verdad no lo hubiera.

—Te amo con locura, Bea.

Débora apareció con su silla eléctrica súper moderna, regalo mío, con Luisito detrás y Sofía en su regazo. Incluso tenía un claxon que emitía «La cucaracha». ¡Estaba loca! Pero feliz, ante todo.

—¡Aquí está una de las tantas ayudantes del centro!

Débora ayudaría a muchas personas que sufrieron algún tipo de accidente y perdieron los movimientos como consecuencia. Angelina, una joven rebelde y malhumorada, fue su primera víctima, perdón, su primer caso. No sería fácil, pero nada en la vida lo era.

—Estoy tan orgulloso, hijo —me dijo mi padre, que venía con su nueva pareja.

—Estoy tan orgullosa de ambos —nos dijo Laura, mi madrastra—, ven,

hijo —me pidió y me acerqué—, te arreglaré este mechón rebelde.

Tenía treinta años, pero ella me trataba como si tuviera ocho. Me gustaba, mucho, a pesar de fingir lo contrario.

—Mi bebé está hermoso —me dijo tras besarme la mejilla—. Mañana iremos al centro para comprarte unas ropitas —la miré confundido—, para mi nietito —me aclaró—. Seré una abuela muy cariñosa...

«Demasiado joven» pensé y callé.

Mi abuela tocó su campana, anunciando la hora de la merienda. Los futuros alumnos del centro gritaron de alegría al oírla. Yo me contuve a duras penas, era mi hora favorita en todo el mundo.

Observé con entrañable afecto a los niños, adolescentes y adultos con diferentes tipos de discapacidades. Yo, mejor que nadie, podía comprenderlos.

Mientras Bea y los demás se enfilaban hacia el comedor, aproveché para ir un momento al bosque. Cogí unos deliciosos panes y una botella de leche de la nevera. Mi esposa esbozó una sonrisa al verme, no me preguntaba adónde iría, ni para qué llevaba aquellos alimentos. Ella y yo nos comunicábamos más allá de la mirada.

«Te amo» vocalizó.

«Te amo» solfeó.

Me dirigí al bosque con un júbilo indescriptible en el pecho. Levanté la cabeza y observé maravillado el cielo azul, como me gustaba hacer desde crío. Me metí en el bosque y deposité sobre el tronco la comida y la bebida.

—No te guardo rencor —le dije al hombre que yacía cerca del árbol—, te perdono, Sascha.

Él me miró con los ojos vacíos. No sabía quién era Sascha, no sabía quién era yo. Su pelo sucio y algo largo acentuaban aún más su estado deprimente. Nada había restado del arrogante y ambicioso hombre de negocios que alguna vez fue. Se arrastró hasta el tronco y cogió los panes, los comió con desesperación. Las llagas de su cara no me dieron asco, sino pena. Sascha se estaba muriendo, lentamente, como los animales abandonados que tanto odiaba.

—Adiós —le dije antes de marcharme.

—Adiós —me dijo.

Me volví y lo miré con atención. Sascha me sonrió, por primera vez en su vida, no me miró con desprecio, sino con gratitud.

—¿Estás bien, mi amor? —me preguntó mi esposa.

Me volví hacia el bosque y sonreí.

—Sí, mi amor.

Días después murió como un animal callejero, solo y herido en aquel bosque que tanto odiaba. Nadie lloró por él, nadie lo echaría en falta, ni siquiera aquellos que alguna vez lo criaron como hijo.

—Es muy triste —me dijo Bea el día de su sepelio—, ellos lo criaron como a un hijo, ¿cómo pueden ser tan indiferentes? ¿Tan desalmados?

Sascha les había robado todo, no le importó dejarles en la miseria y a ellos no les importó su destino final. Mi padre los buscó y les comunicó sobre la muerte de Sascha, pero ellos no asistieron al velorio y tampoco al sepelio que decidimos darle. Todos merecían una cristiana sepultura, me dijo mi abuela.

—El corazón de los humanos es un enigma, Bea —le dije pensativo—. Algunos son muy claros y otros, como los de Sascha, muy oscuros.

Mi esposa me miró con admiración. Desde que mi institutriz empezó a enseñarme nuevas palabras, tenía mejor dicción que antes. Aún me costaba mucho comprender ciertas cosas, pero Bea solía explicarme con términos simples y mi cerebro captaba el mensaje mucho mejor.

—¡Sí! —gritaron Luisito y Sofía, arrancándome de mi trance de golpe.

Beatriz y yo acabábamos de llegar del camposanto tras el triste sepelio de Sascha, cuando los vimos por el largo camino asfaltado que llevaba a la mansión. Sofía estaba en la silla de ruedas de Angelina y Luisito en la de Débora, al parecer, jugaban a las carreras. Mi padre le regaló una silla eléctrica a Angelina tras su buen comportamiento en el centro, donde ayudaba a muchos adolescentes con problemas de aprendizaje, además les enseñaba a tocar el piano, una de sus grandes pasiones.

—¡Mañana será el festival del centro! —gritó Débora mientras aceleraba—, ¡no lo olvidéis!

¿Olvidarlo? ¡Era imposible! Mañana muchos de nuestros alumnos se presentarán en la plaza ante todo el pueblo, demostrando así sus talentos. Beatriz se abrazó a mí a pocos metros de la mansión.

—¿Eres feliz, Daniel?

Bajé la mirada y la miré con ojos de conejo enamorado, expresión exclusiva de Sofía.

—De una manera indescriptible —le dije con el corazón en la mirada—, a tu lado soy inmensamente feliz, mi amor.

Nos dimos un largo y apasionado beso de amor, un beso que sellaba el

pacto de nuestras almas para siempre.



Débora y su grupo empezaron el espectáculo con la canción del cantante alemán Jonathan Zelter «*Ein Teil von meinem Herzen*».

—Parte de mi corazón —me dijo mi padre—, hoy parte del mío ha vuelto a latir...

Mis ojos se llenaron de lágrimas ante su declaración.

—Al igual que el mío, papá —le dije emocionado.

Mi padre me besó la frente, luego besó la de Beatriz y por último su panza de abultada. Samuel dio una patadita a modo de respuesta.

—Os amo mucho —nos dijo mi padre—, sois mi mundo —miró a Laura con devoción—, mi motor.

Puse cara de póker. ¿Éramos su motor? ¿Como el de los coches? Me imaginé siendo un coche. Me reí ante mi ocurrencia sin sentido.

—¡El amor verdadero ve más allá de cualquier discapacidad! —gritó emocionada Débora desde el palco—, ¡el amor verdadero nos ayuda a vencer nuestros peores miedos!, ¡el amor verdadero es la cura para las almas con discapacidad!

Todos gritaron eufóricos. Mi cuñada sabía muy bien cómo animar una fiesta.

—¡Dulce destino es nuestro nuevo hogar!

Todos gritaron y aplaudieron. Beatriz lloró a lágrima viva al tiempo que posaba sus manos sobre su vientre. Hizo una mueca de dolor.

—¡Te amo mamá, te amo Ángela!

Ángela, la hermana de Beatriz y Débora solía aparecérseme en el bosque. Me decía que siempre estaría allí con todos nosotros. Nunca se lo dije a nadie, era nuestro secreto.

Besé a mi esposa y luego a nuestro hijo, que se puso muy tenso. Beatriz soltó un gemido y me robó la atención.

—¿Te sientes bien, mi amor? —le pregunté en tono preocupado.

—Sí —me respondió.

Beatriz llegó a mi vida para demostrarme que la mayor discapacidad del ser humano era la incapacidad de amar.

—¿Quieres dar un paseo, Daniel?

Nos cogimos de las manos y nos marchamos hacia el bosque que hoy

estaba iluminado con algunas farolas. Mi padre, además de la iluminación, mandó colocar varios bancos de madera y una fuente de agua potable para algunos animales. Nunca se sabía cuándo uno lo necesitaría.

—Daniel —me dijo Beatriz con la cara algo descompuesta antes de sentarse en el banco que estaba en el centro del bosque—, creo que Samuel adelantó su llegada —empezó a soplar—, ¡se ha roto la bolsa de aguas!

Puse los ojos como platos. ¿De qué bolsa hablaba? ¡No había ninguna bolsa!

—¡Samuel vendrá hoy! —chilló a todo pulmón—, llama a una ambulancia, Daniel.

Cogí mi móvil y marqué el número de mi padre, que me dijo que estaría aquí lo antes posible. Beatriz se quitó la chaqueta y la puso en el suelo.

—Tendrás que ayudarme, mi amor —me dijo como si tal—, meses atrás me ayudaste con el parto de Lulú.

¡Era una oveja! ¡No era la misma cosa!

—¿Qué? —le dije nervioso—, no puedo, mi amor —temblé como una hoja.

Me quité la chaqueta y la tendí debajo de la suya como le lo pidió ella. La ayudé a acostarse. Luego le quité las bragas y abrió sus piernas resoplando con fuerza. Beatriz inhaló y exhaló sin parar.

—Oh, Dios mío —dije aterrado—, empuja, cielo —le dije sin saber qué hacer—, empuja —repetí lo que alguna vez vi en la televisión.

Beatriz sudaba mucho y respiraba con mucha dificultad.

—¡Ya viene nuestro hijo! —gritó—, ¡Dios!

Su amiga Fátima gritó.

—¡Aquí! —le contesté—, cerca de la fuente de piedras —le aclaré.

Llegó corriendo con un maletín entre manos y nos ayudó. Me dijo que empapara la toalla que me dio. Lo hice y me dijo que le refrescara la frente de Beatriz con ella. Depositó la cabeza de mi mujer en mi regazo y le sequé el sudor con la toalla. Ella me pidió que le cogiera de la mano y así lo hice. Temí que me la rompiera, ya que ejercía mucha presión. Verla sufrir era descorazonador.

—¡Empuja! —le gritó Fátima a mi esposa—, ¡vamos, Bea! ¡Eres una yegua indomable!

Aquello me hizo fruncir el ceño. Mi esposa no era una yegua, le quise decir, pero su sufrimiento me enmudeció. Beatriz empujó varias veces y tras unos minutos, mi hijo, Samuel, vino al mundo. Fátima lo cogió llorando y tras

limpiarle la boca, él lloró, lloró con todas sus fuerzas. Beatriz y yo lloramos con él, la mar de emocionados. Aquella alegría que sentíamos era realmente indescriptible.

—¡Felicidades! —nos dijo tras colocar a nuestro hijo en los brazos de Beatriz—. Pronto llegará la ambulancia y hará el resto.

Besé la cabecita ensangrentada de nuestro hijo y luego la de mi esposa llorando a lágrima viva, ya sabéis, llorar se me daba muy bien.

—Te amo, mi amor —le dijo Beatriz anegada en lágrimas—, amor de mamá —le contó los dedos de las manos y luego de los pies.

Yo me cercioré de que tuviera todo lo demás.

—Te amo, Daniel —me dijo—, sois mi mundo...

Vi a Ángela cerca de un árbol. No podía comprender por qué podía verla, pero allí estaba, sonriéndome.

—La felicidad al fin ha llegado a vuestras vidas —me dijo con lágrimas en los ojos—, adiós y cuídala mucho, Daniel.

Jamás volví a verla tras aquella noche mágica en que su sobrino vino al mundo por obra de un milagro. Mi abuela me dijo cierta vez, que las almas en pena encontraban el descanso tras cumplir sus misiones. Ángela cumplió la suya, ver feliz a sus hermanas, ver feliz a su padre y ver feliz a su sobrino. Ella, al igual que yo, no comprendía muchas cosas, pero algo sabía mejor que nadie, que la felicidad de aquellos que amábamos era lo más importante de nuestras vidas.

—¡Amor de papá! —le grité a mi hijo de seis meses antes de meterme con él en el agua de la gruta—, mira a mamá —le dije y él sonrió ampliamente.

Beatriz nos tomó varias fotos, ¡estaba obsesionada con ellas! Teníamos un muro entero con nuestras fotos. Una mariposa azul apareció de la nada y posó sobre una piedra. Beatriz le tomó una foto y tras ello, ella voló lejos mientras la canción «Creo en ti» sonaba en nuestra radio a baterías.

La felicidad era como una mariposa azul, rara, exquisita e inesperada.

—¡Amor de mamá! —gritó Beatriz antes de reunirse con nosotros—, os amo tanto.

Beatriz besó la cabecita de nuestro hijo y luego me besó los labios.

—Creo en vosotros —nos dijo con lágrimas en los ojos—, siempre lo haré.

Nos dimos un largo beso de amor, un beso que unía cada trocito de nuestras almas en una sola.

La felicidad que sentía a su lado era... indescriptible...

Índice

[«Dulce destino»](#)
[«Secretos del alma»](#)
[«Hogar dulce hogar»](#)
[«Mil lágrimas»](#)
[«Más allá de una mirada»](#)
[«Alas de mariposa»](#)
[«Carita de ángel»](#)
[«Dulce sonrisa»](#)
[«Sonrisas y lágrimas»](#)
[«Alma y corazón»](#)
[«En tu ausencia»](#)
[«Una cláusula del corazón»](#)
[«Una daga mortal»](#)
[«Sombras del odio»](#)
[«Magia de amor»](#)
[«Una segunda oportunidad»](#)
[«Creo en ti»](#)
[«Alucinaciones»](#)
[«Te amo»](#)
[«En busca de la verdad»](#)
[«Te amo»](#)
[«Un ángel llora»](#)
[«Código de amor»](#)
[«El corazón de una mariposa»](#)
[«El abismo del enemigo»](#)
[«Un secreto inesperado»](#)
[«La venganza»](#)
[«El castigo»](#)
[«Siempre te extrañaré»](#)
[«A donde te lleve el corazón»](#)
[«En tus alas»](#)

[«Lo mejor está por venir»](#)

[«Más allá del amor».](#)

[Otras obras de la autora](#)

Otras obras de la autora



El disfraz de una mentira (1)

El disfraz de una mentira (2)

Dos almas y un secreto

Dudas del alma

Un príncipe a mis 30

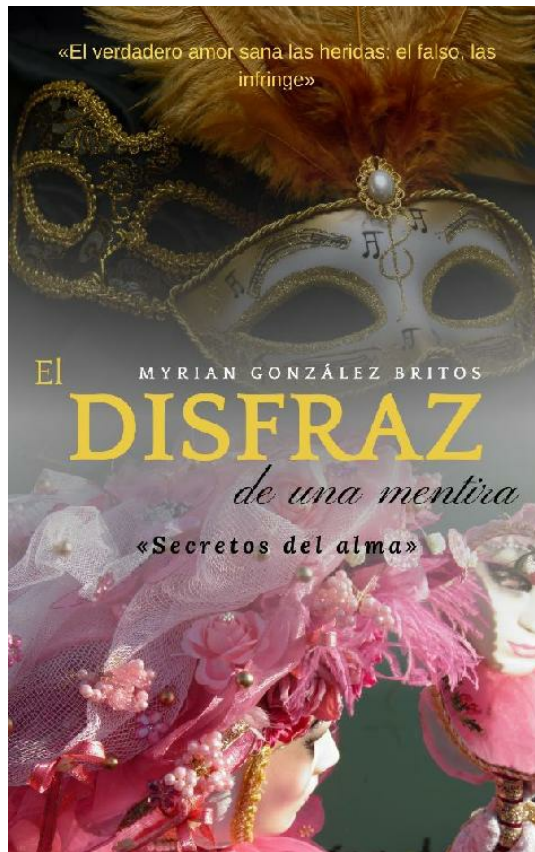
Un príncipe a mis 35

No me olvides

Siempre te extrañare

Secretos de sangre

Alguien como tu



¿Qué razones nos llevan a escondernos tras un disfraz? Para algunos es la inseguridad, el miedo. Para otros, la maldad.

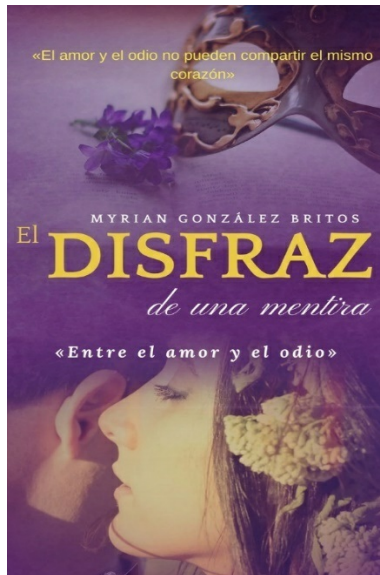
En Bagni Di Luca, un pequeño pueblo de Italia, Anna Bellini se refugia en los libros y la comida para huir de la soledad.

Carla Ferruzzi no duda en brindarle su amistad, y entre ellas se genera un lazo que parece inquebrantable.

Un lazo que se pone a prueba con la llegada de Marcello Hoffman.

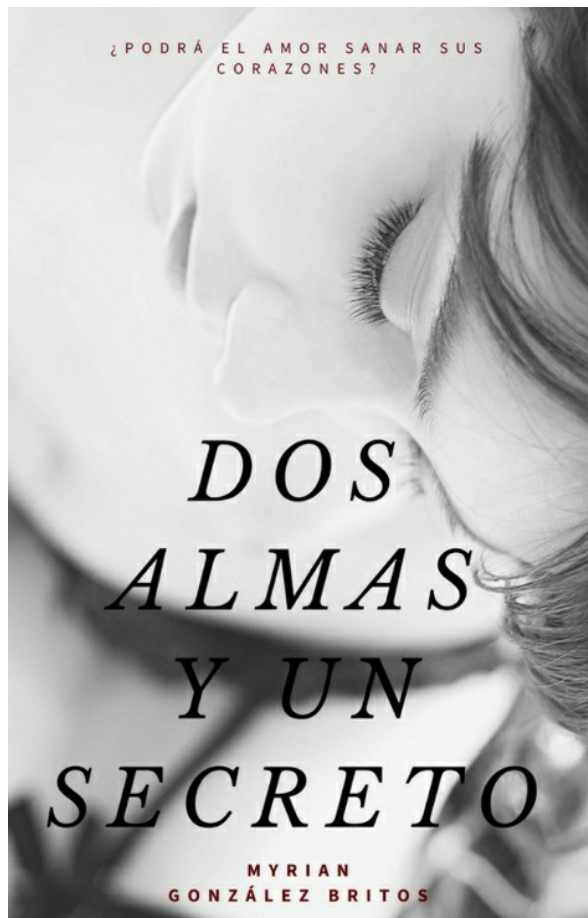
Las verdades salen a la luz, las máscaras caen y no hay disfraz que resista las pruebas del amor.

El disfraz de una mentira, una novela que habla del valor de la amistad, el amor y la sinceridad.



«Entre el amor y el odio, porque no pueden residir ambos sentimientos en el mismo corazón» Anna y Marcello se separan tras una trampa bien armada por Carla. Cada uno sigue con su vida, aunque, jamás consiguen desconectar sus almas. Anna se marcha a estudiar periodismo en Turín, donde disfruta de su juventud con sus amigos y conoce a Alex Mancini; sin embargo, no consigue olvidar a su primer amor. ¿verdadero? Marcello sufre una gran pérdida e intenta reconstruir su vida al lado de Caroline, pero, a pesar del tiempo y la distancia, no logra olvidar a Anna. El pasado y el destino parecen conspirar contra la felicidad de ambos, ¿o era alguien más? Cuando a Anna le diagnostican una grave enfermedad visual, y la tragedia golpea su puerta una vez más, se sumerge en una profunda y peligrosa depresión. Todo empeora, el día que descubre una verdad oculta detrás de una mentira bien disfrazada. Nadie era quien parecía ser en su vida. El odio y la venganza comandan su corazón a partir de entonces. Nada parece capaz de hacerla

desistir, salvo, quizá, el inmutable amor de
Marcello, que retorna a su vida, para poner a
prueba su corazón y su propio destino. ¿La
venganza será su salvación o el amor



Todos tenemos un secreto inconfesable en esta vida». Matt lo tenía. Lizzy, también. Matthew Caffrey, un millonario excéntrico y perturbado, lucha contra su pasado en un desesperado intento de que éste no rija su presente; pero el vacío que siente es cada vez más profundo y difícil de llenar. Lizzy Smith carga con una historia de dolor y abusos. Su alma parece ahogarse en las penas y sólo desea ser feliz, aunque sea una vez en la vida. Dos corazones. Un secreto. Una oportunidad de sanar.



Érase una vez...

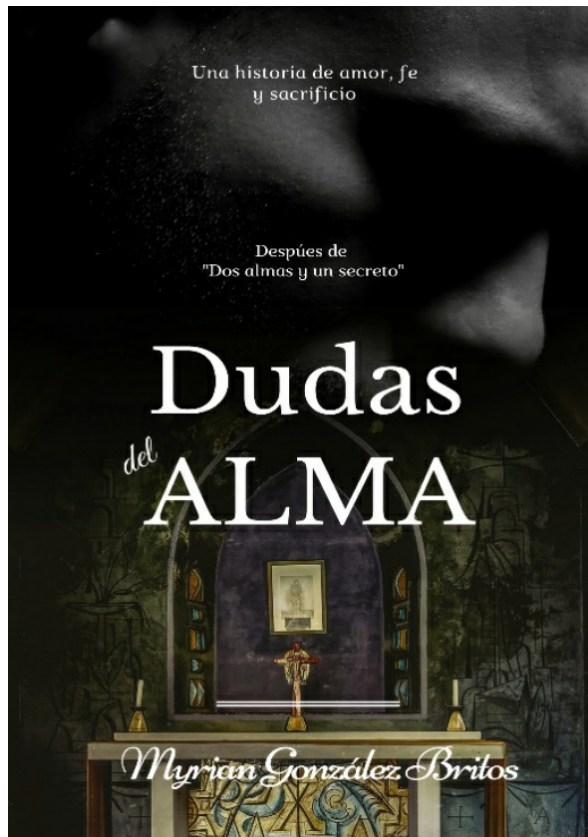
Valentina González no creía en los finales felices y mucho menos ahora que estaba a punto de cumplir sus treinta años. La muerte de su madre había dejado un enorme vacío en su corazón. La pena y la desesperanza tendían a crecer cada día más y más en su interior.

¿El destino se apiadará de ella?

Jonás Müller había huido de su país tras pillar a su hermano y su prometida en la cama.

Nada tenía sentido para el triste vikingo, hasta que llegó a Somo, y conoció a Valentina, la princesa que vivía encerrada en una librería.

¿Podrían dos almas rotas escribir una linda historia de amor?



«Una historia de amor, fe y sacrificio»

Peter Stanzenberger, un fervoroso cura alemán, viaja a Italia por una misión, sin sospechar que el destino pondrá a prueba su devoción.

Anna María Barsi, una dulce y soñadora italiana, prepara su boda convencida de haber encontrado el amor de su vida.

Cuando el padre Peter llega a su humilde pueblo, sus planes y sus propias certezas cambiarán para siempre.

Un amor vedado ante los ojos de los hombres y de Dios.

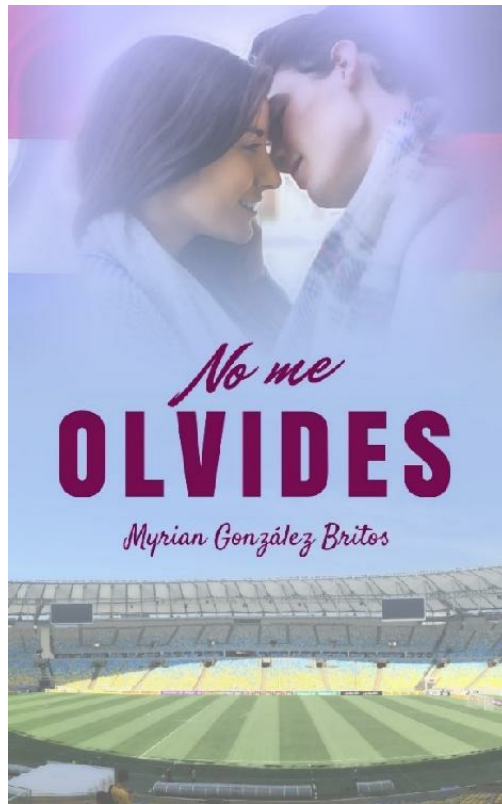
¿Es el amor un pecado mortal? ¿Podrán vencer las pruebas impuestas por el destino?

Una historia conmovedora, que pondrá a prueba incluso tu propia creencia.



Valentina y Jonás escribieron su historia a pulso. Juntos lograron vencer los obstáculos impuestos por el implacable destino. Sin embargo, había muchas pruebas más a vencer a lo largo de la vida. Un campeonato de surf en la playa de Somo prometía desatar los demonios más salvajes de Pulgarcito. Jonás, el dulce vikingo, disfrutará como nunca del lado más ladino de su pequeña y simpática esposa. Para completar su suerte, su hermano, Stefan, retornará a su vida y pondrá a prueba su corazón. El cuento de hadas era idílico, hasta que un video erótico del alemán comenzó a circular por las redes sociales, desestabilizando por completo los pilares de su matrimonio. ¿Podrá el amor de Pulgarcito y el vikingo dorado vencer esta inesperada y brutal

oleada?



Aramí González tenía el corazón roto cuando llegó desde Paraguay a Río de Janeiro para ayudar a su tía enferma. Lejos de los suyos, intentó rehacer su vida y encontrarse a sí misma.

Thomas Leuenberger estaba a punto de casarse, pero antes de dar el sí, haría un último viaje de soltero con su hermano y unos amigos; el destino: Brasil, Copa del Mundo 2014.

Un encontronazo marcado por el destino cambió sus historias para siempre.

Aramí y Thomas iniciaron el gran juego de sus vidas.

¿Era el amor el gran premio?

«El amor nació mientras dormía»



Volver a la vida no era una tarea sencilla para Paula Bellini y Nicolás Ricci. Ambos habían sido privados de su libertad por aquellos que menos esperaban. Cuando Paula llegó a la vida de Nicolás, a través de sus sueños, algo renació en su interior. ¿Cómo era eso posible? ¿Soñar con alguien que nunca había

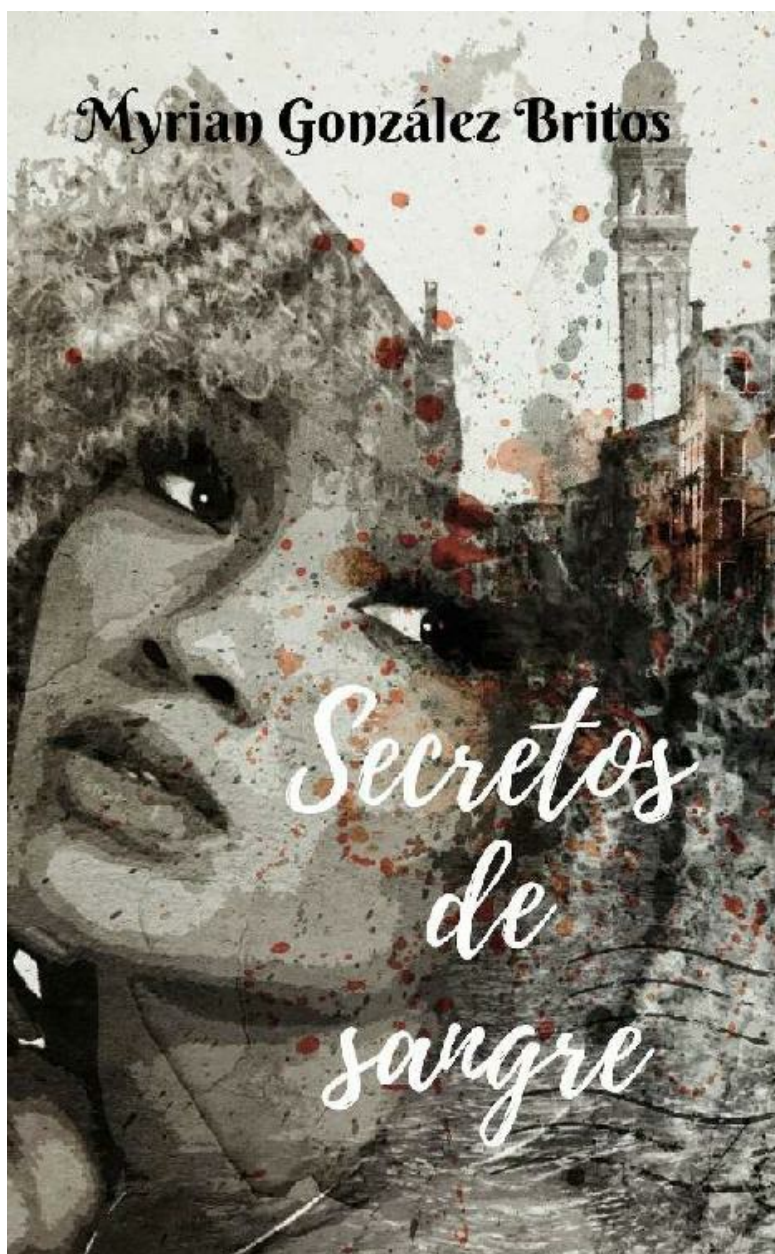
conocido?

Paula llevaba años haciéndose la misma pregunta, soñaba despierta con él desde su adolescencia, conocerlo en persona fue la magia que necesitaba en su vida.

El destino les tenía preparada una gran sorpresa.

Una sanación que no esperaban, un milagro que no creían posible.

«El amor iluminó sus abismos».



«La peor batalla siempre la libra el corazón»

La bella y tímida pastora judía Giovanna Bianco paseaba todas las mañanas por los valles de su pueblo con sus ovejas y su fiel perro. Ser hija de una judía nunca fue un problema para ella, hasta que se desató la guerra.

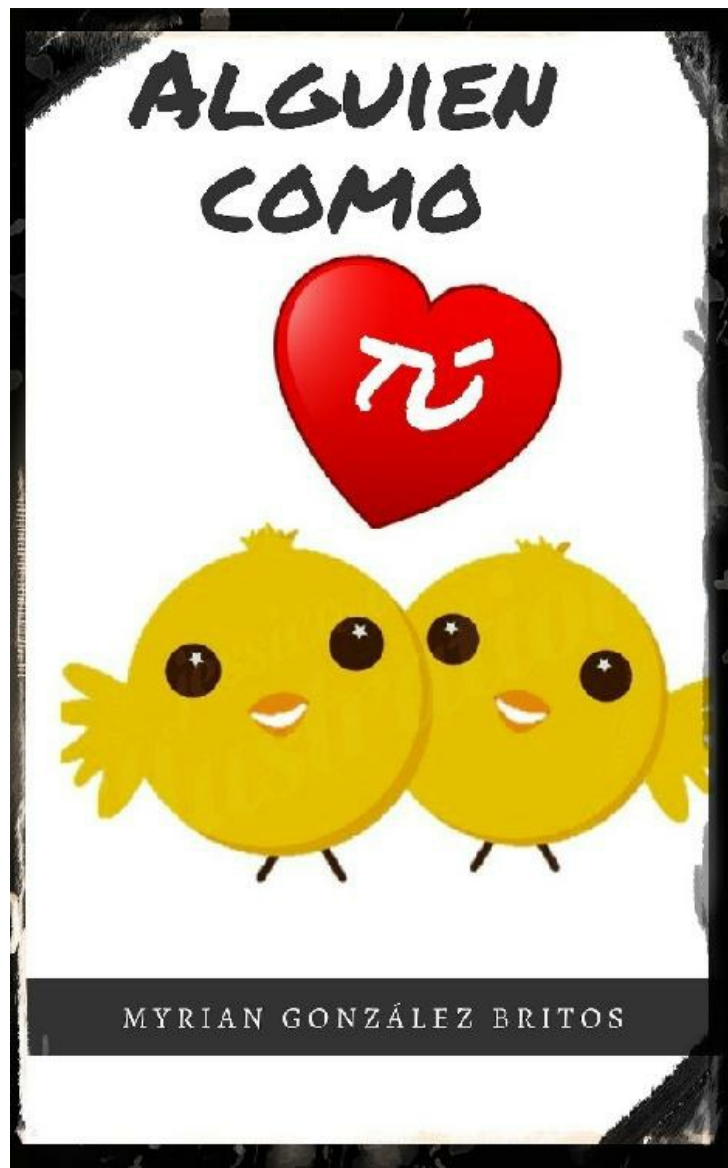
Paul Bachmann era un atractivo e inmovible capitán nazi, cuya misión en Italia era clara hasta que conoció a la inocente pastora y todo cambió.

Un sentimiento desconocido nació en su duro pecho y cambió su destino para siempre.

Les unía el amor y también un secreto. ¿Podrán vencer los obstáculos

impuestos por la guerra?

Una novela que desatará una dura batalla en tu corazón.



Elena creía en las segundas oportunidades, a pesar de todo lo que había sufrido a lo largo de su vida. Huyó de su pueblo y decidió reconstruir su historia lejos de los malos recuerdos.

Cierta tarde, vio a su nuevo vecino y pensó perder la cordura ante semejante dios mítico. Nunca sintió tanta atracción por alguien, pero con un pequeño defecto: era gay.

Alan tenía el corazón roto tras el inesperado y duro divorcio. Reconstruir su vida no sería una tarea simple y menos sin trabajo. Todo iba mal en su vida hasta que conoció a Elena, su vecina. Verla se le hizo vital. Era la mujer

perfecta, pero con un pequeño fallo: era lesbiana.

Una confusión que los llevará a cometer grandes y divertidas locuras, mientras el amor comandaba en secreto sus corazones.

¿Quieres formar parte de este dulce gallinero?